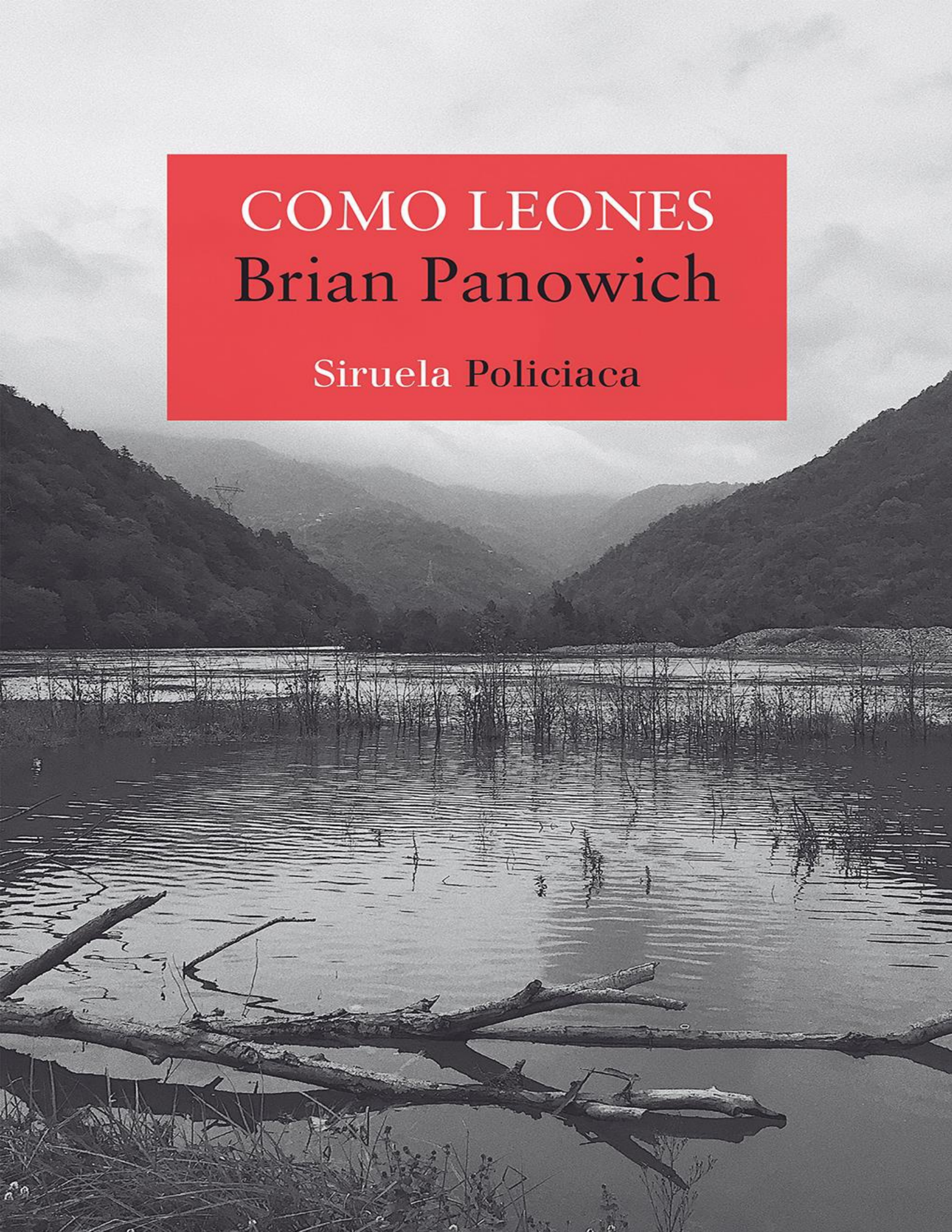




COMO LEONES

Brian Panowich

Siruela Policiaca

COMO LEONES

BRIAN PANOWICH

Brian Panowich

Como leones

Traducción del inglés de
Virginia Maza

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Edición en formato digital: septiembre de 2019

Título original: *Like Lions*

En cubierta: fotografía de Artem Ivanchenko / Unsplash

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Brian Panowich, 2019

© De la traducción, Virginia Maza

© Ediciones Siruela, S. A., 2020

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-18245-65-7

Conversión a formato digital: María Belloso

Para Neicy.

Para mamá.

Y para mis cachorritas,

Talia, Ivy y Olivia.

*«Strike a few matches
Laugh at the fire
Burn a few edges
Put them back in a pile
Swing from the pain that
I don't want to kill
It's time to go play in a minefield»*

TRAVIS MEADOWS

«Si tienes que atravesar el infierno, no te detengas».

WINSTON CHURCHILL

PRÓLOGO

BULL MOUNTAIN (GEORGIA)

1972

Annette conocía al dedillo hasta la última tabla del suelo. Había tardado dos meses en grabarse en la memoria aquel entramado. Sabía perfectamente qué listones crujían y cuáles gemían al ponerse encima, así que procuraba pisar únicamente los pocos que estaban bien clavados. Esas contadas tiras de roble viejo se habían convertido en sus cómplices. Estaban de su parte y sabía que no iban a traicionarla, y eso no podía decirlo de nadie ni de nada más. Aun así, era la primera vez que intentaba hacer el recorrido a oscuras y tenía que avanzar con cuidado. Iba descalza y contaba hasta diez antes de cambiar el peso de un listón a otro, zigzagueando a cámara lenta por el pasillo principal de la casa.

Pasó por delante de la habitación en la que dormían sus dos hijos mayores. Pensó que, a partir de esa noche, quizá no volverían a pelear por la litera de arriba, aunque no fue más que un mal intento de acallar la conciencia por lo que se disponía a hacer. Se detuvo junto a la puerta de los niños y escuchó el ronquido entrecortado del mediano, regalo de un tabique desviado. Recordaba perfectamente el día en el que se hizo picadillo el cartílago: el chico tiró una lata de pintura en el establo y su padre no se puso precisamente contento. Tenía cuatro años. Annette se apoyó contra la madera maciza del marco de la puerta (otra cómplice de confianza) y dejó que la respiración nasal del niño le rompiera el corazón lo suficiente como para cortarle a ella el aire, pero no tanto como para hacerle emitir ningún sonido ni derramar ninguna lágrima. Las lágrimas se le habían secado hacía ya mucho tiempo. Se llevó dos dedos a los labios y, muy despacio, depositó el beso de despedida en la puerta.

Miró hacia el suelo, buscó la tabla que tocaba pisar y, luego, la siguiente. Se movía sin parar un instante y tan lenta como un caracol. Le llevó unos minutos llegar a la última puerta a mano izquierda. Se detuvo. Todo lo hizo sin un solo ruido y pensó que sería buena ladrona. Muy despacio, metió bajo el brazo las deportivas de baratillo que había recogido en un contenedor de basura de Waymore, en una salida que pudo hacer sola al valle. Llevaban varias semanas escondidas en el armario, bajo el arcón del ajuar. Eran de hombre y le quedaban dos números más grandes, pero le protegerían los pies de las espinas y las zarzas del bosque. Desde luego, eran mucho mejor que cuanto le permitían tener a ella. Puso la mano sobre el deslustrado pomo de bronce del dormitorio y, tan despacio como pudo, tardó casi un minuto en girar el pomo y conseguir que el pestillo de metal saliera de la cerradura. Había engrasado las bisagras el día

anterior a primera hora para que la puerta se moviera sigilosamente. Se tomó su tiempo en abrir esa nueva aliada. Dentro, el bebé estaba dormido. Annette cruzó la habitación a la luz de la luna, poniendo el mismo cuidado en cada pisada, hasta ver cómo subía y bajaba el pecho de su hijo pequeño. Verlo le bastó para reconocer que aún era capaz de llorar. Ante la cuna, las lágrimas comenzaron a encharcarse tras las bolsas oscuras que le cercaban los ojos. Sabía que se le iban a escapar. También estaba segura de que iban a acabar con ella. Las lágrimas. La sal le empañaría la vista y daría un paso en falso o soltaría un sollozo que retumbaría como una sirena en el silencio de aquella casa. La iban a pillar porque era incapaz de controlar las emociones. Y esa sería su sentencia de muerte.

Cerró los ojos y respiró hondo. No tenía que pensar tanto. Lo que tenía que hacer era moverse. La luna se colaba por las cortinas que había cosido con una sábana vieja y esa luz azul convertía el cabello de color óxido del recién nacido en hilos de cobre relucientes. Se inclinó y con el dorso de la mano alisó los finos mechones que cubrían aquella cabecita tan frágil. Entonces, lo cogió en brazos y se lo llevó al pecho en un movimiento desmañado y rápido que estuvo a punto de hacerle tirar una zapatilla, aunque consiguió sujetarla con el codo en el último momento. El corazón le empezó a latir tan fuerte que la sacudió entera. Se incorporó con los ojos cerrados y siguió petrificada en la misma postura hasta que le pasó el aire, se colocó otra vez bien las deportivas y abrazó al bebé, que comenzaba a desperezarse.

—Shhh —susurró sin apenas voz—, estoy aquí.

Calmado por el calor y la protección de su madre, el niño volvió a quedarse dormido sin protestar. Era lo único que había tenido que dejar en manos de la suerte. Lo único que no había podido planear. Su reacción podría haber terminado con todo, pero su pequeño, el niño bonito de mamá, no iba a ser su perdición aquella noche. Ya le habían arrebatado a dos hijos. A lo largo de los años, había tenido que ver cómo aquel lugar se apoderaba de ellos sin remedio. Pensaba que, cuando los críos crecieran un poco, quizá tuvieran algo de ella, pero no había ni una chispa. En sus corazones no crecía nada más que el hueco negro como ala de cuervo que ya se había adueñado de su marido, de su suegro y de tantos otros de su familia antes que él.

«Pero tú no. —Annette posó la mano sobre la pelusilla cobriza del recién nacido—. A ti todavía te puedo salvar. Nos podemos salvar el uno al otro».

Se apartó de la cuna, salió de la habitación con el mismo sigilo con el que había entrado y dejó la puerta abierta para que la luz de la luna se derramara sobre el pasillo y le alumbrara el camino hacia la puerta, hacia el bosque y hacia una nueva vida.

Annette llevaba unos meses robando a su marido, nada más que un par de dólares sueltos de aquí y de allá. Por toda la casa había rollos de dinero atados con gomas y fajos de billetes de diez y de veinte dólares, así que estaba segura de que las pequeñas cantidades que se metía en la manga o en el sujetador mientras limpiaba no iban a llamar la atención. El dinero para escapar lo había atado con un coletero rojo y estaba enterrado en un bote de mermelada casi al final del terreno, junto a unos árboles del ámbar. También había guardado un poco de pan, un paquete de carne salada de venado y una manta de lana para el pequeño, por si cambiaba el tiempo, aunque al final hacía calor y no llovía. No le iba a hacer falta. Mejor, menos cosas que llevar encima.

La puerta de entrada se abrió con la misma suavidad engrasada que la del bebé. No le hizo falta desbloquear ningún cerrojo. Había, pero nunca los usaban. Nadie se habría atrevido a entrar en aquella casa. La guardaba sellada el miedo, que le quitaba la idea de entrar a cualquier intruso. Lo mismo que a Annette la de salir. Empujó la puerta mosquitera lentamente. Una pequeña tira

de cinta adhesiva evitó que el pestillo chasqueara como siempre. La había puesto ella antes de acostarse. Fue una jugada arriesgada y alguien podría haberlo advertido, pero no le quedaba otra. Aquel chasquido a esas horas de la noche habría sido como el cuerno de Gabriel. Incluso le pareció oírlo en la imaginación al empujar la rejilla, como un eco fantasma. Nunca podría olvidar aquel sonido y, por muy lejos que consiguiera llegar, ese ruido siempre iba a perseguirla. Era el de una celda que se cerraba cada noche y la recluía allí dentro con lo mismo que mantenía fuera a los demás.

Cuando llegó al porche, en la oscuridad de la cornisa, cerró la puerta y llegó a los peldaños de piedra de la entrada en dos zancadas. En cuanto atravesara el patio y el terreno que se abría frente a ella, le esperaba la vida con la que soñaba desde hacía casi diez años. Una vida que había evocado con todos sus detalles; iba a ser una vida para ella y para su hijo, lejos de la sangre y de la ira que dominaban su mundo. Sintió que el sudor del cuello se le enfriaba al tocarlo el aire y respiró hondo. En ese mismo momento, notó el olor dulzón del tabaco y del *whisky* de maíz mezclado con la brisa nocturna, y una capa de hielo le rellenó los huecos que le separaban la piel de los huesos.

«No».

Cerró los ojos y escuchó. Solo se oían los grillos. Nada más, pero no le hacía falta oírlo para saber que estaba ahí. Lo sabía.

Apretó los ojos y abrazó a su hijo tan fuerte como pudo. Tenía el cuerpo paralizado, pero la cabeza iba a estallarle con tantas cosas como se le pasaban por dentro. Rogó a Dios que fueran imaginaciones suyas. Se lo suplicó.

Y Dios le dijo: «¡Corre!».

Pero no se movió y, en ese instante de duda, dejó de existir un Dios con quien hablar y lo único que pasó a haber en el mundo fue el suave chasquido del gatillo del revólver de su marido.

—¿Hay otro hombre? —le oyó decir desde las sombras que tenía a la espalda.

Seguía sin poder moverse, ni para temblar. Era incapaz de hablar. El hielo que le roía los huesos le llegó hasta la sangre y la convirtió en un lodazal de nieve derretida. Los pinos que había en el otro extremo del terreno se mecían a cámara lenta, mientras la distancia que la separaba de ellos se multiplicaba por tres. Ni siquiera podía parpadear, aunque tenía los ojos resecos y congelados.

—Eh, te he hecho una pregunta.

Sabía que no iba a preguntar una tercera vez, así que consiguió sacar algo de voz y respondió con sinceridad.

—No.

—¿Es porque te he pegado?

—No.

—Entonces, ¿por qué?

Se le pasó por la cabeza mentir, pero sabía que no serviría de nada. Así que calló.

—Has tardado casi diez minutos en recorrer el pasillo. Estaba dormido aquí fuera.

—Yo...

—Si estás pensando en abrir esa boca que tienes para mentirme, la cosa se pondrá todavía más fea de lo que ya está. Te lo voy a preguntar una vez más. ¿Adónde crees que vas?

Annette miró a su hijo y admitió lo que estaba pasando.

—Lejos.

—¿Lejos, dónde?

—Solo lejos. Lejos de ti.

—Da media vuelta ahora mismo. —Lo dijo con una voz que sonó áspera y densa, como la gravilla húmeda.

Annette relajó la tensión que le agarrotaba el cuerpo e hizo lo que le mandaba. Su marido estaba sentado en la mecedora de pino que le había hecho a ella en el primer embarazo. Sumergido en las sombras de la cornisa, oculto hasta que decidió mostrarse y, cuando se levantó, lo primero que vio Annette fue el destello plateado en la mano izquierda. Ya había oído cómo despertaba el Colt y ahora también podía verlo colgado junto a su cadera como un guante de acero, la extensión natural de una mano que Annette conocía muy bien. Sabía lo implacable y despiadada que podía ser. Ahí lo tenía, iba descalzo y solo llevaba unos pantalones de trabajo que habría encontrado por el suelo del dormitorio.

—Mientras tú te dedicabas a ir por el pasillo, vi la cinta que pusiste en la mosquitera. Chica lista. Siempre lo fuiste y eso me encantaba. Tan lista como una zorra. —Ya hablaba de ella en pasado—. Sabía que algún día la joderías. Ayer toda la casa apestaba a lubricante, así que imaginé que era la hora. Engrasaste todas las puertas de casa, no te dejaste ni una puta bisagra. Supongo que echaste esa porquería en todas partes para que no imaginara que, en realidad, estabas preparando la fuga. Estuvo bien pensado, pero justo así la fastidiaste.

No le veía la cara, pero sabía que estaba sonriendo. Hablaba con tanto desdén que le entraron ganas de vomitar.

—Si no hubieras engrasado también la puerta de atrás, me habrías oído pasar cuando ya estabas levantada. —Dio un paso hacia delante y obligó a Annette a bajar del porche—. Quién sabe, quizá habrías podido escapar.

—Espera —respondió, tratando de cubrirse del golpe inminente, pero Gareth no levantó la mano. Se limitó a salir del porche con una sonrisa. Podía verlo perfectamente a la luz de la luna. La piel le relucía y se veían todas las líneas que le dibujaban los músculos en el pecho y hasta la última vena de los brazos. Había tanta luz que pudo leer su nombre tatuado cerca del pezón izquierdo, justo encima del corazón, como le dijo un día. Recordaba bien aquella noche, porque le pegó con una revista enrollada cuando no quiso hacerse otro igual. También esa noche decidió abandonarlo. Desde entonces, habían pasado casi diez años.

—¿Quieres librarte de mí, Annette?

—Sí —le dijo.

—¿Es porque ya no me quieres? ¿Es eso?

—No, Gareth, ya no te quiero. —Le sorprendió que fuera tan fácil decirlo y supo que a él le había dolido por la forma en que frunció el labio. La ira siempre era su primera respuesta al dolor, así que lamentó haberlo dicho y trató de suavizarlo—: Déjanos marchar, Gareth, por favor. Desapareceré y no volveré a molestarte nunca.

Él relajó el labio y cambió el gesto por esa media sonrisa que tanto había llegado a odiar.

—Te dejaré marchar, Annette. Puedes confiar en mí. —Miró el Colt plateado.

—No lo hagas, Gareth. Ten piedad. Soy tu mujer. Un día me quisiste, ¿no es verdad? Puedes apartarte y permitir que nos vayamos.

—¿Mi mujer? —Gareth pensó en aquella palabra—. Eso era hasta que la muerte nos separe,

¿no quedamos en eso, Annette? Nos lo prometiste, ¿verdad? ¿Es que ya no te acuerdas?

Unas finas lágrimas comenzaron a manchar el rostro de Annette.

—Sí.

Gareth levantó el arma y la apuntó con ella.

—Gareth, espera.

—Cállate. —Avanzó un paso más y le puso el Colt a unos centímetros de la cara.

—Espera —repitió.

—He dicho que te calles. No quiero oír ni una palabra más. ¿De verdad pensabas que iba a permitirlo? ¿Acaso eres tan tonta? ¿Pensabas que iba a dejar que te llevaras a mi hijo?

—Es de los dos —dijo, casi como si le avergonzara. Gareth le arrimó aún más el Colt a la cara y ella bajó la mirada. Estaba descalza sobre la hierba.

—Arrodíllate.

—Por favor, Gareth.

—Vamos. —La gravilla húmeda volvió a su garganta.

«Se acabó —se dijo ella—. Me va a matar aquí mismo». Pensó que iba a enrollarla en una lona, que la lanzaría a la caja de la camioneta y que terminaría en algún vertedero perdido de la cumbre meridional de la montaña.

—Hazme lo que quieras, Gareth, pero no le hagas daño a nuestro hijo.

—¿Que no le haga daño? —Gareth rompió a reír con ganas y miró alrededor, exagerando el gesto—. Tú eres la que estaba a punto de llevárselo del lugar más seguro de esta montaña. Querías meterlo en el bosque con una manta y... ah, espera... —Gareth metió la mano en el bolsillo y le lanzó un fajo de dinero a los pies—. Una manta y los 340 dólares que me has robado.

El dinero ya no estaba en el bote de mermelada, aunque seguía recogido con el coletero. Gareth le dio un tiempo para asimilarlo, mientras la mirada de Annette se apagaba como si fuera de vidrio esmerilado. La mera visión de aquel dinero acabó con el ánimo que pudiera quedarle aún.

Se había enterado. Todo aquel tiempo lo había sabido. Nunca tuvo ninguna oportunidad.

Le fallaron las piernas y cayó de rodillas sin que tuviera que repetírselo. La caída sobresaltó al bebé, que despertó y empezó a revolverse, pero no lo soltó. Miró esa carita redonda y diminuta que algún día sería exactamente igual que la del hombre que tenía plantado frente a ella con un revólver, y la invadió una paz agridulce al saber que, al menos, no viviría para contemplar aquella transformación. Eso le dio fuerzas para levantar la mirada hacia su marido. Quería decirle que iba a arder en el infierno, pero no lo hizo. No pudo: Buckley estaba a unos metros de su padre. El niño mediano llevaba puesta una de sus camisetas, que le llegaba por debajo de las rodillas y dejaba a la vista un hombro blanquecino. Pronto iba a cumplir siete años y no mostró ni rastro de miedo en aquella oscuridad... solo parecía curioso. Annette se limpió el reguero de sal y lágrimas que le caía por la cara y trató de sonar a madre, y no a despojo en pena.

—Buckley, cariño. Vuelve dentro. No pasa nada.

El chico se rascó la cadera, pero no se movió.

—¿Estás bien, tesoro? Haz caso a mamá y vuelve dentro.

—¿Papá? —preguntó el chico mirando a su padre. A pesar de tenerlo cerca, Gareth no bajó el arma.

—Buckley, coge a tu hermano y llévalo a la cuna.

—No —suplicó Annette—. Deja que nos vayamos.

Gareth se acercó tanto que le rozó la mejilla con el cañón de acero del revólver.

—¿Lo has oído, Buck? A la zorra de tu madre no le importáis ni Halford ni tú. Solo quiere largarse con Clayton. Ya no nos quiere, hijo. ¿Qué te parece?

Buckley no respondió, pero fue hacia su madre y extendió los brazos para cumplir lo que le habían ordenado. No tenía sentido negarse a dárselo. Si el padre lo había dicho, el chico iba a hacerlo. Daba igual lo que dijera o quisiera ella. Así que besó en la frente al recién nacido y se lo entregó a su hermano. El bebé empezó a gimotear en cuanto Buckley lo tuvo en brazos y el crío huesudo se las vio y se las deseó para cogerlo bien, pero era fuerte y lo apretó hasta que se quedó quieto; entonces, habló mirándola directamente a los ojos:

—Adiós, zorra.

Aunque apenas lo susurró, esas palabras le retumbaron a Annette en los oídos como un trueno. Se sintió tan vieja y hueca como el tocón de nogal que había en el patio trasero, donde Gareth y ella se sentaban para hacer planes e imaginar cómo sería su vida cuando ni siquiera habían construido la casa. Esos planes ya no importaban. Nada importaba nada. Nada en absoluto. Rezó para que Gareth esperara al menos a que los niños estuvieran dentro. Hundió la cabeza. De tan vacía que estaba, ni siquiera le quedaban emociones. Gareth empujó con fuerza el cañón contra su mata de pelo castaño y apretó el gatillo.

El percutor golpeó contra la aguja con un chasquido. Annette se encogió y, luego, levantó la vista muy despacio hacia Gareth, que la miraba con unos ojos reducidos a muescas negras, unos ojos que no parecían los de siempre. Estaban húmedos. Annette nunca lo había visto así. Él bajó la pistola, recogió el fajo de dinero y empezó a metérselo a ella dentro de la blusa, mientras Annette contenía la respiración. Fue brusco y le dolió, pero le dio igual. No iba a matarla.

—Te he querido —dijo él, y Annette escuchó en silencio—. Lo he hecho lo mejor que he sabido. —Se pasó la mano por la cara—. Llévate el dinero que me robaste, lárgate de mi montaña y no vuelvas. Si alguna vez apareces o te acercas a mis hijos, este de aquí —levantó el Colt— no estará descargado.

Siguió de rodillas, sin saber qué hacer.

—¿Me has entendido?

Asintió, aunque no era verdad. En el pecho sentía una atracción magnética por él, por aquel hombre, aquel monstruo. Aun así, no se movió.

—Entonces, lárgate. ¡Fuera!

Guardó el Colt en el cinturón y le dio la espalda. Annette lo miró subir los peldaños de casa y despegar la cinta del pestillo. Cuando entró y cerró la puerta, sonó el horrible chasquido, aunque era diferente cuando se escuchaba desde fuera.

Desde la ventana de la habitación que daba al porche, Buckley observó a su madre, que buscó a tientas las zapatillas y se perdió en el bosque como una sombra. El niño apoyó una mano diminuta contra el cristal y apretó. No iba a volver a verla.

«Adiós, zorra».

Mientras, Gareth fue a la cocina, recogió al bebé del frío suelo de baldosas donde lo había soltado Buckley, lo arrulló hasta que dejó de llorar y lo acostó en la cuna. Sentado en la mecedora junto a la ventana, sacó un *walkie-talkie* del bolsillo, bajó el volumen y pulsó el botón

del micrófono.

—Val, ¿estás ahí?

—Sí, jefe. Donde me dijiste. Viene corriendo hacia mi posición.

Gareth dejó el *walkie-talkie* en el regazo, con la mirada perdida.

—Jefe, ¿sigues al otro lado? ¿Qué quieres que haga? Sabe mucho.

—Eso me da igual.

Un largo silencio.

—Es tu mujer, Gareth.

—Eso también me da igual.

No esperó a que el otro respondiera. Apagó el receptor y lo dejó en el suelo. Siguió despierto unas horas, con la esperanza de que la puerta de mosquitera volviera a abrirse, aunque sabía que era imposible.

1

LA CLOACA UN RINCÓN PERDIDO DE LOS BOSQUES DEL NORTE DE GEORGIA EN LA ACTUALIDAD

Con el primer estallido, la puerta se transformó en una nube de chispas y astillas de madera. Aquel antiguo establo convertido en billar tenía mala fama en toda la montaña. A pesar del estruendo, con el local hasta la bandera y la música a máximo volumen, los que había dentro empapados de sudor no dieron señales de percatarse. Fue la segunda descarga de perdigones la que consiguió la atención del bar, al acribillar el techo y hacer añicos la bola de espejos. La música se cortó en seco con un chirrido y sobre la pista de baile comenzó a caer una lluvia de esquirlas, trozos de paneles acústicos y lana de roca de color rosa. El humo del arma y el polvo del yeso inundaron el bar de una niebla azulada y densa que apestaba a cordita. En cuestión de segundos, se encendieron las luces. Un hombre con ropa militar negra y la cara embutida en la pernera de unos pantis cargó por tercera vez la escopeta que llevaba en las manos.

—¡Las pollas contra el suelo, si no queréis que esta de aquí os las arranque a lametazos!

La sala se transformó en una reunión de estatuas que lo observaban con la mirada vacía; él, sin embargo, daba la impresión de sentirse cómodo, como si se alegrara de tener por fin la atención de todo el mundo.

—Esto va muy en serio. El último en tumbarse acabará mal. Venga, ¿qué hacéis ahí como pasmarotes? Al suelo, mariconas.

El pistolero señaló con el cañón de la Mossberg hacia el suelo de cemento que tenía a los pies. Había Jägermeister recién derramado y apestaba a cerveza rancia, pero los clientes del refugio nocturno comenzaron a comprender cuál era la situación y se fueron arrodillando de uno en uno, al tiempo que se despejaba el humo.

El bar estaba en un edificio destartado que en su día sirvió de secadero de marihuana, una sencilla construcción de madera, placas de yeso y revoque sobre una base de cemento, y era conocido en toda la cordillera Azul por su absoluta desconsideración hacia los valores morales de sus habitantes. Quienes lo frecuentaban eran auténticos bichos raros en aquellos parajes del norte de Georgia y, cada noche, el local llenaba la caja a rebosar. La clientela de La Cloaca de Tuten, o simplemente La Cloaca, como lo conocían los locales, era un peculiar combinado de trotamundos, depravados, universitarios curiosos y fetichistas de otros rincones del estado. Eran de ese tipo de gente que no encajaba en los bares más tradicionales de Helen o Rabun County, de

esos con los que la mayoría no quiere ni cruzar un saludo. El hombre de la escopeta entró un poco más en el local y por detrás se le sumaron otros tres, también con las caras metidas en medias y ropa militar parecida a la suya. Seguían movimientos perfectamente coreografiados y, mientras rodeaban a la gente y cubrían la pista de baile, tomaron buena cuenta de la distribución del bar y de los clientes. El jefe del grupo los fue mirando uno por uno a los ojos, hasta que dio con uno que le aguantó la mirada.

—Ese de ahí. —Señaló a un tipo corpulento y con una enorme cabeza rapada. Era el único que no se había arrodillado. Otro pistolero se le acercó por la espalda y le pegó con la culata. El golpe lo tiró de rodillas.

—Te han dicho que te echas al suelo, ¿es que eres tonto?

Al caer, el grandullón gimió como un animal, pero enseguida se recuperó y comenzó a incorporarse, aunque otro golpe lo derribó contra el suelo. Hubo un estremecimiento al ver que se levantaba de nuevo. El jefe le aplastó el cañón de la Mossberg contra la carne blanda del cuello y le hundió la cabeza en el cemento.

—Quédate en el suelo o te vuelo este pedazo de melón que tienes.

El hombre murmuró algo, pero nadie lo entendió.

—No te levantes, Zarpas —se oyó decir al fondo, y toda la sala miró en esa dirección. De una pequeña oficina por detrás de la barra había salido Freddy Tuten, un hombre grande y corpulento como el otro—. Haz lo que dicen.

—Deberías hacerle caso a tu novia, Zarpas.

Obedeció. Dejó de moverse y se quedó tumbado boca abajo sobre el suelo. El de la escopeta apartó esta del cuello del Zarpas y se giró hacia el hombre al que había venido a ver. Freddy Tuten tenía por lo menos setenta años, pero la complexión de un peso pesado del boxeo. Solo lo conocía de oídas, aunque, por lo que veía, los rumores eran ciertos. Le habían dicho que Freddy casi siempre llevaba puesto un albornoz rosa de tafetán con la letra T bordada en bastardilla. Al pistolero le costaba creer que un hombre adulto fuera capaz de ir así vestido en aquellas montañas, pero ahí lo tenía. Iba tal y como se lo habían descrito y no faltaba ni la letra de la solapa; incluso llevaba sombra de ojos azul celeste y pintalabios de color chicle. Sin embargo, por muy ridículo que pudiera parecer el viejo, sabía que no convenía subestimarlo. Los rumores también hablaban de su arma favorita (un bate de béisbol de aluminio) y de las cosas que había hecho con ella, que no eran precisamente bonitas. Freddy estaba de pie detrás de la barra y sujetaba tranquilamente el bate con las dos manos. Aquel tubo de metal medía casi un metro y parecía haber cumplido tantos años como el dueño... y duros, a juzgar por las muescas y las abolladuras.

—Vaya, vaya —dijo el pistolero—. Tú debes de ser el famoso Freddy Tuten.

—En carne y hueso. Y tú debes de ser el pedazo de escoria más insensata a este lado de Bear Creek.

A pesar de llevar la nariz aplastada y la cara deformada por los pantis, estaba claro que sonreía. Tener una escopeta en lugar del bate de béisbol le inspiraba confianza. Al diablo con los rumores. Levantó la Mossberg y le apuntó directamente. Tuten soltó una mano y se recogió un mechón de cabello entreverado de canas detrás de la oreja.

—Si fuera tú, bajaría esa escopeta, hijo.

—Qué fanfarrón para ir vestido con un albornoz rosa. ¿Y qué pasa si no hago caso y aprieto

el gatillo? ¿Crees que podrás parar la bala con ese bate?

Tuten sacudió la cabeza.

—Imagino que no. —Lanzó el bate sobre la barra y rodó hasta caer con un golpe suave al suelo, cerca del Zarpas—. Si decides hacer eso, no tendría salvación. De todas formas, si pretendes salir de este condado con vida, no te queda otra que apretar ese gatillo. Te lo aseguro.

El de la escopeta se echó a reír, pero sonó forzado y hueco. Estaba harto de hablar con ese payaso. Habían ido hasta allí por un motivo y tenía que ir al grano. Mejor no perder el tiempo con palabrería y aquel viejo solo trataba de enredarlo, así que dio media vuelta y alzó la voz para dirigirse a sus hombres:

—Curtis y Hutch, vosotros atad con bridas a todos sobre el suelo, como os dije. JoJo, tú quédate al otro lado y vigila a este bujarrón mientras abre la caja fuerte. Si hace cualquier cosa que no sea lo que yo le digo, le vuelas la cabeza.

—Claro, jefe —dijo JoJo, y apuntó a Tuten con el rifle desde el extremo de la barra.

El hombre que estaba al mando metió la mano en el bolsillo y sacó un fardo de plástico negro. Algunos de los que estaban atados en el suelo temblaron cuando abrió la bolsa de basura y la dejó en la barra, delante de Tuten, que parecía más un abuelo enfadado con su nieto que una *drag queen* entrada en años atracada a punta de pistola. Cogió la bolsa de basura y volvió a sacudir la cabeza.

—Gilipollas —dijo en voz baja, y se giró hacia el mostrador que tenía a la espalda.

—¿Qué pasa, abuelo? ¿Decías algo?

—He dicho que eres gilipollas, chico. Te faltan luces. ¿Te das cuenta de que acabas de decir los nombres de tus compinches? Hutch, JoJo y Curtis. Joder, ¿cuánto crees que me costará dar con vosotros cuando acabe esta idiotez?

—Igual lo hago porque nos importa un bleto que tú y tu bata rosa sepáis quiénes somos. —El pistolero trató de sonar a tipo duro, pero Tuten sabía que acababa de asustarlo. Lo olía. Era como si la voz se le fuera a romper en cualquier momento.

—Idiota, no deberías preocuparte tanto por la bata, sino por el dueño del dinero que hay metido en esta caja. ¿A quién crees que estás robando?

—¿A la mariposa reina?

Tuten sacudió la cabeza por tercera vez y se acercó a la caja fuerte.

—Sigue con tus chistes de mariquitas, hijo. Sigue pensando que este atraco que has montado con tus amiguitos merecerá la pena. No va a ser así, te lo aseguro.

—Tú dame el dinero, perra.

A Tuten se le estaba agotando la paciencia, solo era capaz de aguantar esas sandeces por un tiempo. De todos modos, se contuvo e hizo lo que le habían dicho. Apartó unas botellas del famoso *whisky* de nuez pacana de Valentine y una fotografía enmarcada que escondía la caja de combinación encastrada en la pared. Se la había hecho hacía cuarenta años y salía él con otro hombre vestido con uniforme militar. Era en tonos sepia y ni siquiera parecía auténtica, más bien salida de una película de la Segunda Guerra Mundial o una de esas fotografías falsas que se ven de decoración en los restaurantes Cracker Barrel.

—Date prisa, gilipollas. —El pistolero dio un golpecito con el cañón de la escopeta sobre la barra. Tuten dejó la fotografía con cuidado delante de una fila de botellas de plástico y empezó a abrir la cerradura.

—¿Sabes? —dijo, mientras giraba la ruedecilla—. Supongo que es mejor que seas tan idiota. No me gustaría pensar que tienes una pizca de cerebro y que has conseguido tener trabajo y familia, incluso niños... Que haya alguien que dependa de ti.

—Cierra la boca de una vez y sigue dando vueltas a esa cosa.

—Sería una pena. Pero, si eres idiota, tu muerte será más fácil para todos.

—Date prisa.

—Ah, y luego están JoJo, Hutch y Curtis... Tío, espero que sean tan zoquetes como tú. —Tuten miró hacia atrás—. Bah, qué leches. Supongo que lo serán, si te han seguido hasta aquí.

Los tres hombres lo miraron fijamente y él les regaló una sonrisa de oreja a oreja.

—Tranquilos, muchachos. Solo está soltando el rollo para que nos larguemos. Ya os hablé de él. Todo el mundo sabe que este tugurio ya no es lo que era. JoJo tenía razón. En estos bosques no quedan lobos, solo sigue aquí esta vieja bruja saqueando a otras como ella. —Se dirigió hacia Tuten—. Puedes ahorrarte el numerito. Sabemos que a nadie de esta montaña le importa una mierda si estás vivo o muerto. Así que cierra la boca, abre la caja y llena la bolsa. Se acabó la charla. —El pistolero empujó la bolsa de basura con el cañón de la escopeta hacia Tuten y miró alrededor—. Estar aquí me da arcadas. Este sitio huele a estercolero. No sé cómo podéis soportarlo, panda de soplanucas.

Tuten no dijo nada más. Él también estaba harto del parloteo. Mientras abría la caja, no apartó la vista de la fotografía del mostrador. El que salía con él era su hermano Jacob. Les habían hecho la foto tres días antes de que un soldado coreano le disparara en la cara. Era lo único en el bar que le importaba a Tuten y estaba cansado de escuchar a ese montón de mierda homófobo hablando de aquella forma y faltándole al respeto. Tuten giró el candado de combinación con la mirada inmóvil en la fotografía: izquierda, derecha y otra vez izquierda. El de la escopeta ni siquiera había visto la fotografía, pero sí se fijó en que los nudillos del viejo estaban atravesados por cicatrices. Se preguntó qué habría hecho aquel cabrón para acabar con los nudillos así. Debía de haber peleado mucho, aunque mucho tiempo atrás. A esas alturas, no era más que un anciano con los labios pintados y sombra de ojos. Dio otro golpecito sobre la barra.

—Tienes cinco segundos, abuelo.

La caja chasqueó y, como por arte de magia, el ambiente se relajó. Tuten abrió la puerta de acero y metió la mano muy despacio para que nadie se pusiera nervioso.

—Eso es. Venga, llena la bolsa.

—¿También quieres la droga?

—Sí, claro. Eso también —gritó JoJo desde la otra punta de la barra, como si le hubiera preguntado a él.

Tuten echó en la bolsa de basura rollos de billetes tan gordos como puños y dos bolsas de plástico de cierre hermético llenas de meta casera de color lodo. Al ver el dinero, el tipo de la escopeta comenzó a ponerse nervioso. Estaban tardando demasiado. Miró hacia atrás y examinó la sala. Sus hombres habían maniatado a todos sin encontrar apenas resistencia, pero Curtis seguía ocupado con el calvo que no había querido tumbarse en el suelo.

—¿Qué pasa, Curtis? Ata ya a ese cabrón.

—Eso intento, Clyde, pero mira qué manos tiene el hijo de puta.

Curtis levantó el brazo izquierdo del Zarpas. Las manos eran el doble de grandes que unas

manos normales y estaban tan hinchadas como dos huevos gigantes. Tenía los dedos tan gordos que apenas podía doblarlos y unas uñas gruesas y amarillentas que le cubrían las puntas. Era como si llevara atado a la muñeca un guante de goma inflado como un globo, pero con garras.

—Pero ¿qué cojones haces? —dijo Clyde—. Átalo de una vez, por el amor de Dios.

Curtis siguió peleando con la brida transparente.

—Es que no me alcanza.

—A la mierda, entonces. De todas formas, ya hemos terminado. Pégale un tiro.

Curtis soltó el brazo del Zarpas y se incorporó. Comenzó a sacar del cinturón una pistola de pequeño calibre.

—Espera —dijo Clyde—. Con esa cerbatana no vas a poder. Yo me encargo.

—Un momento. —Tuten empujó la bolsa con el dinero y la droga sobre la barra—. ¿Por qué no te llevas lo que habéis venido a buscar, Clyde? Llévatelo y dejad en paz a ese hombre. No os dará problemas, te doy mi palabra.

Clydeladeó la cabeza y clavó la vista en Tuten.

—Vaya, vaya... ¿A qué viene ser tan suave, Tuten? ¿Es que sientes debilidad por este tonto de aquí?

Tuten empujó la bolsa en dirección a Clyde, sin contestar.

—No jodas... —Clyde echó a reír—. ¿No me digas que este deforme es tu novio?

—No —respondió Tuten—. No es eso. El Zarpas ni siquiera es gay. Pero no quiero que os mate antes de averiguar quiénes sois, eso es todo.

—¿Que no... nos mate? —Clyde rio con más ganas y, esta vez, era de verdad. Se giró hacia la barra y apretó la escopeta contra el Zarpas, pero ya era tarde. Cogiendo impulso, el Zarpas arrastró por el suelo el puño magullado que Curtis no había conseguido atar y fue como una bola de demolición. A su paso, golpeó a Clyde y a Curtis en los tobillos y los derribó al suelo de un solo barrido. Cayeron de espaldas y, al desplomarse, la escopeta de Clyde salió dando vueltas hacia la puerta. En cuestión de segundos, el Zarpas agarró el bate de aluminio que Tuten había dejado caer a su lado minutos antes y, con la mano buena, lo descargó con todas sus fuerzas contra la espinilla izquierda de Clyde. El crujido y el chasquido del hueso retumbaron en el local entero.

Incluso Tuten hizo un gesto de dolor.

—Joder —dijo, alargando las sílabas. Clyde gritó en un tono casi inaudible y en el bosque respondieron unos ladridos. Entre la suciedad del suelo, el Zarpas tiró de la pierna que acababa de hacer añicos y arrastró hacia él a Clyde, que perdió el conocimiento.

El Zarpas miró aquel saco de huesos con la pierna destrozada con unos ojos extraños y desproporcionados en los que no asomaba ni una pizca de piedad.

—Lo siento, Fred. Tengo que matarlo. No soy tonto y me lo ha llamado dos veces.

—Lo he oído, Zarpas. Haz lo que tengas que hacer, pero al menos deja vivos a dos de los otros.

—¡Esperad! —gritó Curtis. El calibre .22 se le había soltado en la caída, pero había ido a coger la escopeta de Clyde y estaba apuntando al Zarpas—. Ahora, ¿quién manda aquí?

Cargó la Mossberg como había visto hacer a Clyde. El casquillo que estaba ya en el cargador (el del último cartucho) salió por un lado del arma y giró como una peonza sobre el suelo de cemento. Toda la sala se quedó hipnotizada por el molinillo rojo.

Esperó un buen rato para apretar el gatillo y, cuando lo hizo, solo se escuchó un chasquido hueco. El Zarpas y Tuten parecieron confundidos hasta que Tuten soltó una risotada tan fuerte que acabó convertida en tos de fumador. JoJo y Hutch, que habían estado callados e inmóviles todo ese tiempo, salieron disparados hacia la puerta y Curtis lanzó la inservible escopeta hacia el Zarpas (que la agarró) antes de arrastrarse hacia la puerta, abandonando a Clyde inconsciente sobre el suelo.

El Zarpas se sentó sin soltar el arma. Seguía desconcertado.

—¿Ha pasado de verdad?

—Sí —le dijo Tuten, mientras salía de la barra y comenzaba a cortar las bridas de sus amigos con un cuchillo de cocina. Mientras tanto, Curtis consiguió levantarse y echó a correr hacia El Camino que había aparcado a las puertas del local, con JoJo sentado ya en el asiento del conductor y con el motor en marcha. Curtis subió de un salto a la caja del coche negro y brillante, mientras Hutch se sentaba en el asiento del acompañante.

—¡Venga! —gritó Curtis—. ¡Vámonos!

—¿Y qué pasa con Clyde?

—Que le den, JoJo. ¡Vámonos!

JoJo pisó a fondo el acelerador y el coche le devolvió un rugido. Aquel híbrido entre coche y camioneta alzó una polvareda al despertar y alejarse del escenario del atraco frustrado. Sin embargo, cuando apenas había recorrido seis metros por el camino de tierra, el motor empezó a subir de revoluciones hasta que paró en seco, aplastando a Curtis contra la ventanilla trasera. El coche siguió traqueteando unos metros por inercia y, al final, se detuvo.

—¿Qué coño pasa, JoJo?

JoJo giró la llave de contacto, pero no se oyó más que un zumbido.

—Se ha calado.

—¿Que se ha calado? —bramó Hutch—. ¿Cómo leches se va a calar? ¡Si ya habíamos arrancado!

JoJo giró otra vez la llave, pero no se oyó más que un chasquido que apenas conseguía rivalizar en volumen con los grillos que cantaban al otro lado del cristal.

—¿Echaste gasolina como te dijimos? —preguntó Hutch, mirando por la ventana hacia los hombres que acababan de aparecer por la puerta del bar.

JoJo dio la sensación de ofenderse.

—Claro que he echado gasolina. Llené el depósito para venir aquí. Está a tope.

Curtis dio un puñetazo en el techo y gritó a través de la luneta trasera.

—Me cago en todo, JoJo. ¿No habrás echado diésel otra vez?

JoJo pasó del enfado al bochorno.

—Que no, joder. Eché con el surtidor verde. Hice lo que me dijiste tú.

Curtis aporreó con los puños contra el techo.

—No, no, no, ¡imbécil! Dije que no usaras el surtidor verde. Te dije que...

Pero ya daba completamente igual lo que dijera, porque el lado izquierdo de su cara y la mayor parte del hombro desaparecieron en una neblina rosa que cubrió la luneta trasera. Hutch, que estaba mirando, roció el cristal con vómito desde el interior.

El Zarpas estaba de pie en el porche de La Cloaca, empapado de sangre de Clyde y con su escopeta contra el hombro. Esta vez, nadie prestó atención al casquillo rojo que salió disparado

hacia los arbustos.

—No mates a nadie más, Zarpas. Necesito a alguien vivo.

—Aunque quisiera, no puedo. —El Zarpas bajó la escopeta y la lanzó a los matorrales—. Con esto no, por lo menos. Solo dejaron un cartucho.

Tuten se cerró la bata para protegerse de la fresca brisa nocturna y se ajustó el cinturón, antes de echar a caminar hacia el coche con el bate de béisbol al hombro.

—La matrícula es de Boneville.

El Zarpas se llevó una mano a la frente y entrecerró los ojos.

—¿Dónde narices está eso?

—¿Qué más da? —El Zarpas se limpió las manos en los vaqueros—. ¿Quieres que llame a Mike el Costras?

—No, es muy tarde. Mejor vamos a conseguirle información y mañana por la mañana lo llamamos. Tú encárgate de ese. —Señaló con el bate a Hutch, que había bajado del coche y corría hacia el bosque—. Ya estoy mayor para perseguir a ese gilipollas. Yo hablaré con el conductor.

El Zarpas tampoco pareció contento con la idea, pero fue tras él, mientras Tuten se dirigía a la puerta de la camioneta. JoJo seguía agarrado al volante con las dos manos y mascullaba algo. Todavía trataba de recordar si había repostado en el surtidor verde o no.

2

WAYMORE VALLEY (GEORGIA)

Clayton Burroughs escuchó el mensaje de Mike el Costras por segunda vez y luego se guardó de nuevo el móvil en el bolsillo. Llevaba tanto tiempo en el último pasillo del Pollard's Corner que ya no recordaba qué había ido a buscar allí. La oxicodona tenía esas cosas a veces. Lo nublaba todo. Con las manos bien metidas en los bolsillos, empezó a jugar con el teléfono y la billetera, mirando desorientado las polvorientas baldas de aluminio, con la confianza de despejarse pronto. Aunque nadie solía acordarse, la sección de comestibles de aquella pequeña tienda de gasolinera perdida de la mano de Dios estaba llena de hileras perfectas de botes de mayonesa Duke's y latas de salchichas vienesas o carne en conserva Dinty Moore. Clayton dudaba de que hubieran comprado o repuesto algo de eso en años. Con un IGA a pocos kilómetros carretera abajo, no habría mucha gente dispuesta a pagar de más al viejo Pollard por huevos en escabeche caducados o por unas latas abolladas de leche infantil.

«Leche infantil... Un momento». Al ver los botes de leche en polvo, se le encendió la bombilla. Deslizó la vista por una pila de paquetes de toallitas húmedas de color azul celeste y la niebla comenzó a levantarse.

«¡Pañales!», eso era lo que tenía apuntado, pero ¿eran Huggies o Pampers?

Nunca lo recordaba. Estaba prácticamente seguro de que Kate prefería Huggies. Había visto esa bolsa de plástico rojo alguna vez al entrar en la habitación del bebé, pero tampoco pondría la mano en el fuego. Los medicamentos le hacían perder la memoria y por eso llevaba una nota, pero tampoco la encontraba.

«Por el amor de Dios, Clayton, si vas a poner los pañales como excusa para salir de casa a estas horas de la mañana, al menos podías recordar la marca».

Rebuscó de nuevo en los bolsillos y sacó por tercera vez la cartera y el teléfono móvil. «Mierda», murmuró de camino al pasillo para bebés; al llegar, se agachó, agarró el paquete de plástico rojo con un resoplido y lo apretó bajo el brazo, como si fuera una pelota de fútbol, decidido a no seguir dándole vueltas ni un segundo más. Tenía un cincuenta por ciento de probabilidades de acertar. Quizá la suerte le sonriera por una vez.

«Claro que sí, con la racha que llevo... —pensó—. Es más probable que al llegar me diga que el crío ni siquiera lleva pañales».

Probablemente Kate utilizara una caja de sus viejas camisetas del departamento del *sheriff*. Y seguro que iban bien; al fin y al cabo, él siempre estaba de mierda hasta las orejas... Tan pesimista era que se le escapó una media sonrisa, aunque al incorporarse la borró en seco un

latigazo que le barrió su lado izquierdo desde la axila hasta la rodilla. En cuanto se confiaba o las pastillas le hacían olvidarlo, el dolor lo devolvía de un mazazo a la realidad. Siempre estaba presente, siempre, y nunca le permitiría olvidar. Jamás iba a dejar atrás lo que pasó ni lo que había hecho. Ese día, el dolor era especialmente molesto. Pensó que era su particular penitencia por haberse portado mal con Kate la noche anterior. Ella quería hablar y él, no. No le apetecía, aunque ya nunca lo hacía. Hubo un tiempo en el que Kate no entendía aquel silencio como un ataque personal a sus emociones, sino como un atractivo. Volvió a sonreír. Sabía que era una estupidez, pero últimamente se había hecho experto en racionalizar sus estupideces. Intentó ponerse de nuevo en pie, pero otro aguijonazo le atravesó la pierna y la sonrisa torcida se transformó en una mueca de dolor. Podía racionalizar chifladuras, pero no había forma de aplacar con la razón aquel fuego que le consumía los huesos. Cerró los ojos, se armó de fuerzas y terminó de enderezar la espalda. Las pastillas solían servirle para pasar la mañana, pero calculaba que ni siquiera veinte miligramos de *oxi* bastarían para neutralizar el karma. Recordó a su mujer balanceándose por la noche en el columpio del porche.

«Deberías estar agradecido por seguir vivo —le dijo—. Podrías haber muerto en el bosque y dime, ¿qué sería de nosotros entonces?». Siempre decía cosas así... Era incapaz de entender que resultaba muy complicado estar agradecido si, cada vez que daba un mal paso, se sentaba demasiado rápido o hacía una nadería como agacharse para coger unos pañales, los huesos lo desgarraban y le abrían en canal por dentro. Le habían disparado. Por supuesto, iba con el cargo y, cuando prestó juramento y se convirtió en *sheriff*, los dos sabían que iba a correr peligro. Aun así, Clayton se preguntaba a veces si Kate comprendía por lo que estaba pasando desde que todo terminó. Recibir aquel disparo era solo la mitad de la historia. Seguía vivo, desde luego, pero la mayor parte del tiempo tenía la sensación de que no lo merecía... Especialmente, después de lo que le pasó a Hal. Kate nunca quería oír esa parte. De lo único que quería hablar era de la suerte que tenían.

«Ya te diré por dónde me paso yo la suerte».

Clayton volvió a ver a su esposa meciéndose en el balancín. La imaginó allí sentada en ese mismo instante, clavando una aguja de coser una y otra vez en un pequeño muñeco vudú con la barba pelirroja y una estrella plateada en el pecho. Sacudió la cabeza.

«Por el amor de Dios, Clayton. Esa mujer es tu mejor amiga. ¿Qué narices te pasa?».

Esa mañana estaba perdiendo la cabeza más de lo normal.

Clayton fue hacia el mostrador donde aguardaba el viejo Pollard sentado en un taburete, frente a una antigua caja registradora mecánica y rodeado de expositores de cartón y bandejas giratorias con señuelos de pesca y encendedores. El anciano abastecedor de cerveza, cebo y maíz frito estaba encorvado sobre el mostrador, con el cuello tan estirado que parecía a punto de romperse y, por encima de la montura metálica de las gafas, miraba hacia un grupo de críos que había junto a las neveras. Pensó que todos se parecían a Halford cuando tenía su edad, pero se sacudió el espectro de la cabeza y los miró de nuevo. Solo conocía a uno que se llamaba Reggie Cole. Por lo que sabía, era un buen chico, pero se criaba con un padre que era verdadera escoria y que lo estaba echando a perder. Clayton se veía reflejado. Toda la pandilla iba perfectamente uniformada con ropa de caza de color camuflaje y ribetes naranjas. Detalles así los diferenciaban de los jóvenes de la época de Clayton. Sus hermanos y los amigos de sus hermanos hacían su propia ropa de camuflaje con pintura verde, tierra e imprimación, como les había enseñado su padre. Sin embargo, los jóvenes de ahora preferían perder el tiempo comprando en Ace

Hardware o Bass Pro para parecer como mucho la sombra de lo que serían si hicieran cualquier cosa de verdad en ese mismo tiempo. Lo más seguro es que ni siquiera pudieran disparar decentemente. «Pardillos», masculló, y se sintió como si tuviera cien años.

Los chicos estaban robando cerveza, bastaba con atender un poco para darse cuenta. De nuevo, recordó a su hermano. A Halford lo pillaron una vez haciendo exactamente lo mismo, con el mismo hombre sentado detrás del mostrador y en esa misma tienda, aunque de eso hacía más de veinte años. Su padre le dio una buena paliza. Pero no por robar, sino porque lo cogieran. Halford soportó los golpes sin una lágrima, pero Clayton lo escuchó todo desde la habitación de al lado y lloró por él. Más tarde, su hermano entró en el dormitorio y le dijo que jamás debían verlo llorar así. Que eso lo debilitaba. Le dijo que tenía bien merecida aquella azotaina y que, si hubiera estado en su lugar, no estaría echado en la cama lloriqueando. Clayton nunca siguió el consejo de Hal, ni entonces ni ahora. Siguió derramando lágrimas por su hermano mayor, incluso cuando crecieron. Incluso en ese momento, notó que se le habían empañado los ojos, pero se guardó el recuerdo y, en lugar de llorar, dejó los pañales sobre el mostrador. Para terminar de distraerse, cogió un par de Slim Jim que ni siquiera le apetecían y un ejemplar del *McFalls County News-Times*, y empujó las cosas hacia la caja.

—Buenas, Clayton. Ya estoy hartó. —La voz malhumorada del anciano le despejó aún más la cabeza a Clayton, que levantó el sombrero.

—Hola, Tom.

El hombre se colocó bien las gafas.

—Me apuesto el pescuezo a que esos mocosos no están haciendo nada bueno.

Clayton no quiso volver a mirarlos, así que se limitó a observar a Pollard mientras recogía la compra. El viejo examinó los pañales como si nunca hubiera visto nada parecido en la tienda. Hizo lo mismo con el resto de las cosas, aunque sin dejar de mirar de reojo hacia el fondo del pasillo.

—Compré uno de esos espejos antirrobo gigantes hace un par de meses, pero no consigo ver nada en él, aunque me deje la vista. Voy a quedarme ciego y esos chiquillos me van a robar hasta los empastes.

—Si no los ves desde aquí, Tom, yo diría que ya estás ciego y que no es por culpa del espejo.

Pollard le lanzó una mirada inexpresiva por encima de las gafas, refunfuñó algo y empezó a pulsar las teclas de la vieja caja registradora. Mientras esperaba, Clayton no pudo seguir resistiendo la tentación de mirar hacia el espejo circular que colgaba al final del pasillo. Estaba claro que no era la primera vez que hacían esa trastada, pero aún estaban lejos de perfeccionarla. Iban muy despacio y se amontonaban justo delante del espejo para ocultar la nevera de la cerveza, mientras el más bajito del grupo —Reggie— se movía por el punto ciego. Luego, cubrirían entre todos al canijo un par de minutos, el tiempo justo para que se esfumara con un paquete de doce latas. Para terminar, uno del grupo se quedaría a pagar una lata de refresco y los demás irían desfilando por la puerta. Esa parte era la más importante. Justificaba que estuvieran allí, en caso de que alguien pusiera en duda sus intenciones. Tenían el numerito bien montado, pero cometían fallos garrafales en la ejecución. En circunstancias normales, eso les habría costado caro, pero como aquella mañana le dolía tanto la pierna y el canijo le caía bien... Qué demonios, solo por tener los arrestos de hacer eso con el *sheriff* del condado en la tienda, Clayton se hizo el desentendido y miró a Pollard.

—¿Cuánto es, Tom?

—¿Sabes lo que están haciendo, Clayton?

—No, no veo nada —mintió.

El viejo gritó hacia el pasillo:

—¡Si no vais a comprar nada, largaos de aquí! ¡Veo perfectamente lo que estáis haciendo, mocosos!

Se oyeron risas.

—Me cago en todo, Clayton. Tengo una pipa del calibre .22 aquí debajo y aún puedo darles una lección a esos cabroncetes.

—No son más que unos críos, Tom. Deja el arma en su sitio.

—Críos, y una mierda. Los críos deberían estar estudiando, no mangando en la tienda.

—Lo sé, Tom.

—Te regalo esto, si vas al final del pasillo y le disparas a uno en el pie. El que sea.

—¿Hablas del pie o del crío?

—Vete a paseo, Clayton, lo digo en serio.

—No es verdad, Tom. Venga, dime cuánto es.

—Entonces, ¿no quieres nada más?

Aquel día, Clayton no llevaba intención de complicarse la vida, pero la respuesta salió sola, sin pensarla ni un solo instante:

—Ponme también dos botellas de Evan Williams y una cajetilla de Camel Lights, ¿te parece?

«Damas y caballeros, vean lo rápido que el demonio entra en escena para susurrarte al oído cómo tienes que arruinarte la tarde».

El hombre recuperó la sonrisa y miró a Clayton como si hubiera sido otro todo aquel tiempo y, por fin, lo viera asomar por la puerta.

—Claro que sí, *sheriff*.

Mientras Pollard se agachaba para sacar las botellas de *whisky* de etiqueta negra de debajo del mostrador, Clayton giró un expositor lleno de encendedores estilo Zippo, pero sin marca. Empezó a mirar los diseños, algunos tenían muestras realmente ilustrativas de la cultura sureña, con expresiones como «Get'er Done» («remátalo») o «El Sur se levantará de nuevo» en letras rojas, blancas y azules. En otro decía: «La mujer y la cerveza, frías y al rato amargan», humor refinado. Se preguntó quién sería el gilipollas que se ganaba la vida escribiendo aquella basura, no le importaría partirle la cara. En otros encendedores había dibujos de peces, tractores y banderas confederadas, las piedras angulares de la visión del mundo de su estado natal. Esa mierda lo sacaba de sus casillas y era incapaz de entender por qué no le pasaba lo mismo a todo el mundo.

«La gente cree que esto es como la mierda de Duck Dynasty, esos flojos de la Ivy League que se forran haciendo que el sur sea el hazmerreír de todo el mundo. Si dejaran a esos domingueros diez minutos a solas en esta montaña, se cagarían en sus bonitos pantalones de Under Armour».

Clayton se mordió el labio, echó otro vistazo a los chicos y dejó de dar vueltas al expositor. Cogió un encendedor de metal pulido, sin dibujos ni frases graciosas ni estereotipos rancios, y lo dejó sobre el mostrador, junto a las botellas de *whisky*.

—También me llevo esto.

—Estupendo. ¿Lo recargo?

—No, llevo combustible en la camioneta.

—Estupendo —repitió Pollard. Lo examinó detenidamente y lo metió en la bolsa—. Eso hace veintiséis dólares. —La caja marcaba 38,32 \$.

Clayton le dio dos billetes de veinte.

—Quédate con el cambio, Tom.

Echó a andar hacia la puerta, mientras Pollard cogía los billetes y los sometía a un minucioso examen. Ninguno de los dos se despidió. Clayton subió al Bronco de 1990, arrancó el motor 302 de ocho cilindros y echó mano al asiento trasero para sacar de la bolsa de papel una de las botellas de *whisky* que acababa de comprar. Bajó la ventanilla y el aire frío de la mañana llenó el interior de la camioneta, así que orientó la salida de la calefacción para que le diera directamente en la cara, justo en el momento en que Reggie Cole salía de la tienda con un par de paquetes de doce botellas de High Life. Al poco, apareció el resto del grupo y echaron a correr juntos, entre risas. Clayton sonrió al pensar otra vez en su hermano y, aunque se le pasó por la cabeza bajar de la camioneta, cambió de idea. Esa noche, Reggie no iba a recibir una paliza porque él lo cogiera. Bebió un trago y dejó que el *whisky* le quemara la lengua antes de tragarlo. Se le empañó la vista y se secó la mejilla. No se había dado cuenta de que estaba llorando. Debía de ser por pensar tanto en Halford y por el *whisky*, que hacía correr más las lágrimas. Volvió a secarse la cara. Apenas veía a sus hermanos cuando estaban vivos y, ahora que estaban muertos, los echaba de menos cada día. El *whisky* se mezcló en el estómago con la culpa y se revolvió dentro como si fuera ácido de batería. Apartó la salida de aire caliente de la cara. Tenía calor. Pensó en llamar a Mike el Costras para quedar en otra parte. Mike le había dicho que fuera al estanque de Burnt Hickory, aunque sabía que, en circunstancias normales, habría evitado ir a aquel cementerio a toda costa. Era pronto todavía. Pero ¿y si no lo era? Quizá iba siendo hora. Quizá hacía tiempo que le debiera una visita a la familia.

3

ESTANQUE DE BURNT HICKORY

Clayton fue el primero en llegar. En el viaje, había vaciado la primera botella de *bourbon* y ahora esperaba de pie entre las hierbas que cubrían las tres lápidas hasta media altura. El claro se extendía entre el estanque y el bosque, y era lógico que Halford y Buckley quisieran que los enterraran allí. Ese lugar fue importante para ellos, en él pasaron más tiempo de niños que en ningún otro de la montaña. Sin embargo, nunca entendió por qué Halford decidió enterrar también a su padre. Que Clayton supiera, jamás puso un pie en aquel pedazo de pantano, salvo la vez que Buckley quiso acabar con un nido de avispas y Gareth tuvo que apagar el fuego que consumió unos cuantos nogales en la linde del bosque (precisamente por esos árboles muertos, aquel lugar era el estanque del nogal quemado). Ni siquiera iba a pescar allí. Su padre odiaba tener que pasar el rato mal sentado en una barca. Lo que a él le gustaba era pescar truchas en las aguas rugientes, abiertas y poco profundas de Bear Creek. Por eso, siempre le resultó extraño que Halford escogiera aquel rincón para enterrarlo y que no lo hiciera en Cooper's Field, donde descansaban todos los demás Burroughs. De todas formas, hacía mucho que ya no se preguntaba por qué su hermano hacía la mayoría de las cosas que hacía... y, en cualquier caso, tampoco importaba ya. Halford estaba muerto y pensarlo le helaba la sangre, porque lo había matado él. Por supuesto, algunos —como la propia Kate— se empeñaban en decir que Halford se había matado a sí mismo en el momento en que obligó a Clayton a tomar una decisión. Que murió en cuanto apareció en la oficina armado con una escopeta y amenazó a una inocente. Nadie lo culpaba a él por apretar el gatillo, incluso lo convertía en héroe para muchos. Para la mayoría de los habitantes de McFalls County, el resultado había sido inevitable, siendo Clayton la ley y Halford, un delincuente. Era como si la cosa no hubiera podido terminar de otra forma y ninguno de los dos hubiera tenido elección. A veces, Clayton trataba de convencerse de lo mismo; lo intentaba al menos cada noche, justo antes de automedicarse para dormir. Sin embargo, al llegar la mañana, el sol lo devolvía a la dura realidad: le había metido tres balas en el pecho a su hermano mayor. Halford se había equivocado, claro que la rabia le había hecho perder la cabeza, pero él había matado al que era sangre de su sangre. Y vio esa sangre regando el suelo de la calle.

Dio un trago de la segunda botella, derramó un poco de *whisky* sobre la lápida de granito del hermano mayor y el líquido recorrió las letras cinceladas hasta que lo absorbió la losa. Aquel pedazo de piedra era insaciable. Notaba tanto la presencia de fantasmas bajo sus pies que estuvo a punto de llamar a su hermano en voz alta, pero lo distrajo el martilleo de un motor de ocho

válvulas que se aproximaba por el camino, y al final no dijo nada. Bebió otro trago de *whisky* y guardó la botella en el bolsillo de la chaqueta Carhartt. Debía empezar a beber más despacio. Ya le daba vueltas la cabeza y aún tenía el día entero por delante.

Mike el Costras rodeó el claro hasta detener el Ford viejo y chirriante junto al estanque. Tenía la misma camioneta desde que comenzó a afeitarse y aquel cacharro llevaba ya encima más óxido que pintura. Él decía que era un «clásico» y en la montaña no había muchos dispuestos a llevarle la contraria en eso. Mike Cummings, el Costras, no era el tipo de hombre con el que a uno le gustaría discutir, a menos que uno se contara entre sus amigos, e incluso esos iban con cuidado al referirse a la camioneta. Mike le debía ese descriptivo apodo a un brote de varicela fuera de control que le dejó la cara marcada de niño. De pequeños, a Clayton le resultaba un mote terrible que mostraba bien lo crueles que pueden ser los niños. A Mike, se le compadecía o evitaba, pero él acabó por darle la vuelta y aceptó aquel sobrenombre como una distinción. Lo hacía único. Los que no lo conocían apenas se atrevían a mirarlo a la cara. Ellos se lo perdían, pensaba Clayton, porque quienes lo conocían ni siquiera veían las cicatrices. Quien es bueno nunca deja de serlo y, a pesar de llevar dos décadas al frente del imperio criminal de su hermano, Mike era un buen hombre. Por supuesto, hubo una época en la que el *sheriff* de McFalls County no podría haberse reunido a solas con un delincuente tan notorio como Mike (por muy bueno que fuera), pero ese tiempo había pasado a la historia. Al menos, para Clayton. Sus pecados superaban con creces cualquier cosa que pudiera haber hecho Mike. De hecho, superaban los pecados de la población de aquella montaña al completo. En eso pensaba, mientras Mike tiraba del freno de mano y abría la puerta de la camioneta. Las marcas acartonadas que le cubrían el sesenta por ciento de la cara deslumbraban en un rosa brillante y abotargado, y recordaban un panal de abejas. Vista desde esa distancia, la piel parecía recubierta por una fina capa de chicle mascado. Clayton lo conocía lo bastante como para saber que las cicatrices se le marcaban más cuando hacía calor o cuando estaba estresado (o cabreado) y eso le preocupó, porque aquella mañana había salido fresca. Mike bajó de la camioneta y se quitó la gorra. Siempre hacía el mismo gesto, pero, entonces, dibujó una sonrisa torcida por el lado sin cicatrices de la boca que confirmó los temores de Clayton. No era la sonrisa cálida que solía regalar el Costras, la que usaba al abrir una cerveza o cuando hablaba de la penosa temporada de los Braves. Clayton sabía bien que era la sonrisa que anunciaba malas noticias.

—Mierda —masculló, mientras se preguntaba si en esa montaña quedaría alguien que todavía sonriera de felicidad. Desde luego, ya no recordaba cuándo fue la última vez que lo hizo él.

Clayton se sorprendió al ver bajar a otro hombre por la puerta del acompañante. No sabía quién era, y eso que conocía a casi toda la montaña, así que verlo le hizo ser más consciente del uniforme que llevaba puesto e incluso pensó que tal vez no había sido buena idea acudir a la cita. No pintaba bien. Conocía a Mike desde la infancia y podría decirse que eran amigos, pero a aquel otro tipo no lo conocía. Era alto y estaba en forma, y tenía una cara que parecía cincelada. Atractivo, iba perfectamente afeitado y con un sombrero de ala ancha. No era habitual ver por allí a un hombre adulto sin barba o, al menos, sin pelusilla de unos días. Eso le daba un aspecto extraño. Clayton no solía confiar en los que llevaban la cara recién afeitada. Pensó que parecía un imbécil o, lo que era peor, un federal. Saludó a Clayton con el sombrero y el *sheriff* le devolvió el saludo con la cabeza, entrecerrando los ojos para observarlos mientras llegaban a su lado.

Mike el Costras fue el primero en hablar.

—Clayton, este es Wallace. Wallace Cobb. Es de los míos.

Eso significaba que Mike confiaba en él y que podía escuchar lo que estaban a punto de decir. Wallace tendió la mano a Clayton, dejando ver un brazo cubierto de arriba abajo por tatuajes en tonos negros y grises. Deslizándose, los tentáculos monocolor de una criatura marina asomaron por debajo de una camiseta limpia y ceñida. Al ver un tatuaje tan peculiar, Clayton terminó de convencerse de que no era de por allí... aunque aquella cara le resultaba familiar.

—¿Nos conocemos? —dijo Clayton, mientras le estrechaba la mano. Se dio cuenta de que tenía los nudillos en carne viva.

—Ha pasado mucho tiempo y no diría que fuéramos amigos... Pero sí, ya nos conocíamos.

Clayton lo examinó detenidamente y Wallace le sostuvo la mirada.

—Joder, Clayton —dijo Mike—. Acabo de decirte que es de fiar. ¿A qué vienen esas miradas?

Clayton le soltó la mano.

—¿Quién más va en la camioneta?

—Pero ¿qué...?

Mike y Wallace dieron media vuelta. Un joven se movía nervioso dentro y saludó, al darse cuenta de que lo estaban mirando. Clayton pensó que era un crío. Mike sacudió la cabeza y se rascó la nuca.

—Es T-Ride, el hijo de mi hermana. Le dije que no se moviera. Aún no está preparado para todo esto.

—Ajá, todo esto. ¿Y por qué no me cuentas de una vez de qué va todo esto, Mike? —Clayton dio un golpecito con el dedo en la estrella plateada que llevaba en el pecho y miró a Cobb directamente a los ojos—. Recordad lo que significa esta placa.

Mike hizo oídos sordos, se apartó el cabello grasiento de la cara y se volvió a poner la gorra de béisbol igual de grasienta en la cabeza. Miró a Clayton y luego a Wallace, como si no supiera por dónde empezar. Por fin, respiró hondo, se giró hacia la camioneta y echó a andar hacia allí. Paró junto a la puerta de atrás y desató el as de guía de la lona que cubría la caja, antes de repetir la misma operación en la otra esquina. Tras coger aire una vez más, retiró la lona y se apartó de la camioneta.

—Ven a ver esto. —Hizo señas a Clayton y a Wallace para que acudieran.

Mientras iban hacia la camioneta, lo recordó:

—Del colegio, ¿verdad? —le dijo a Cobb.

—Exacto —respondió Wallace—. En quinto curso, la clase de la señora Summers.

Clayton dejó de andar y se rascó la barba.

—Un momento... Tú salías con Kate.

Wallace se echó a reír.

—Tenía diez años... Esa chica me aterrorizaba.

—Te entiendo —dijo Clayton, y siguieron andando.

Wallace añadió algo más que sonó a conversación desenfadada, pero, en cuanto Clayton vio lo que llevaba Mike tapado en aquella caja, se le cortaron de raíz las ganas de charlar.

—¿Qué coño es esto, Mike? —La cara de Clayton estaba completamente pálida, con lo que el rojo de la barba brillaba como las brasas de una hoguera.

Tendido entre un montón de latas de cerveza vacías y descoloridas, y sobre un lecho de agujas de pino, había un muchacho de entre dieciocho y veinte años. Tenía una mata de pelo castaño oscuro, la cara rechoncha, la nariz rota y unos cardenales frescos que le salían de los ojos y le atravesaban el puente. Estaba atado, pero se movía y Clayton se alegró de no estar viendo un cadáver. «¿Qué coño es esto?», repitió muy despacio y para sus adentros esta vez. Estaba furioso. El chico de la caja rodó sobre sí mismo para quedar de espaldas; miraba de un lado a otro con los ojos como platos y estaba tan aterrado como confundido. Se calmó un poco al descubrir a Clayton. Llevaba la boca tapada con la misma cinta adhesiva con la que lo habían maniatado, iba descalzo y los pies estaban llenos de tierra. Clayton imaginó que Mike le habría quitado los zapatos por si lograba soltarse. Descalzo era más complicado correr. Odiaba saber ese tipo de cosas. Odiaba que ninguno de esos dos hombres lo respetara lo bastante como para llamarle *sheriff*. Odiaba todo lo que estaba sucediendo. Miró al chico. La parte blanca del ojo izquierdo estaba encharcada en sangre, tendría reventada una vena. Estaba claro que le habían dado un buen golpe y que aún se estaba inflamando, así que no podía haber pasado mucho tiempo. Recordó los nudillos de su nuevo amigo Wallace. El chico llevaba el pelo pringoso con sangre seca de alguna herida que tendría por la cabeza y el lado izquierdo de la cara, lleno de marcas de las agujas de pino y las acanaladuras del metal de la caja. Clayton dejó de mirar al crío, se giró hacia Mike y Wallace, y, luego, otra vez al chico. Instintivamente, echó una ojeada al estanque y los alrededores para asegurarse de que no había nadie mirando, aunque no hacía falta: sabía que nadie iba a acercarse tanto al cementerio de los Burroughs. Por eso habían elegido aquel lugar. Clayton se apartó de la camioneta y Mike y Wallace, con él. Respiró hondo, cogiendo el aire con calma y dejándolo salir muy despacio antes de hablar. La cabeza le daba vueltas y habló de la forma más precisa y calmada que pudo.

—¿Quién coño es este? ¿Y por qué era tan importante enseñármelo a mí?

—¡Es un Viner! —gritó T-Ride desde la ventanilla trasera de la camioneta.

—Tú, cállate —dijo Mike—. Y cierra esa ventana, si no quieres que te dé una patada en el culo, joder.

T-Ride subió el cristal y observó a Clayton caminar impaciente de un lado para otro, esperando a que alguien empezara a hablar.

Mike le hizo un gesto a Wallace con el mentón.

—Adelante, díselo.

Wallace miró al muchacho apaleado de la caja, que se revolvía y gruñía desde dentro del precinto metalizado.

—Es Joseph Viner. Lo llaman JoJo. Es el nieto de Twyla Viner.

—¿Se supone que esos nombres deberían sonarme de algo? —preguntó un Clayton tajante.

—No creo. Es una panda bastante pequeña del este de Georgia. Normalmente, no habrían estado en el radar de McFalls County. Tampoco hay que preocuparse por la anciana; desde que el marido murió hace unos años sirve poco más que de adorno. Sin embargo, su hijo es de la peor calaña, lo llaman el Carroza y es el papaíta de este mocosito de aquí. Salen todos de una cochiguera llamada Boneville.

—¿Y eso dónde está?

—Esa es precisamente la cuestión.

Clayton se estaba hartando de respuestas en clave.

—Mike, ya podéis empezar a explicarme qué leches está pasando. ¿Tu amiguito y tú habéis olvidado que soy la ley por aquí? No debería ni estar cerca de este asunto.

Como de costumbre, Mike el Costras no mostró demasiado respeto por la estrella de *sheriff* que llevaba Clayton al pecho, como ninguno de los hombres de Bull Mountain, así que se limitó a responder a la pregunta anterior.

—Boneville es un pueblucho en la frontera oriental de Carolina.

Clayton no cambió la cara de hastío.

—Por última vez, ¿y eso a mí qué me importa?

—Verás. —Esta vez fue Wallace quien tomó la palabra—. Este blanquito de aquí participó en un atraco en Prouty Hollar, en un garito llamado La Cloaca. ¿Te suena? —Se interrumpió y miró a Mike. No estaba seguro de cuánto más podía decir.

—No pasa nada. Continúa.

—Como iba diciendo, La Cloaca. La lleva un tal Freddy Tuten. Es una vieja casucha perdida en el monte que tu padre utilizaba de secadero hasta que...

Clayton sacó la botella de *whisky* del abrigo.

—Sé dónde está, Wallace. Llevo aquí toda la vida. —Dio un trago largo y volvió a guardar la botella—. Sigo sin entender por qué me has metido en esta historia, Mike. No han denunciado ningún robo.

Por un segundo, a Mike pareció hacerle gracia, pero enseguida cambió el gesto.

—Claro que no, Clayton. El bar de Tuten no es de los que tienen las cosas precisamente en regla, ¿sabes?

Clayton lo sabía y empezaba a cabrearse. El alcohol que llevaba en la sangre tampoco ayudaba mucho a templar los nervios. Sacudió la cabeza como si quisiera despertar de un mal sueño. Quería marcharse. Lo único que deseaba era dar media vuelta y largarse de allí, pero, en lugar de eso, preguntó algo que ni siquiera le interesaba:

—De todas formas, ¿por qué querría alguien robarle al viejo Tuten? No suele tener más de unos cientos de pavos en la caja. ¿Qué esperaban encontrar?

Wallace quiso responder, pero Mike lo interrumpió.

—Esa no es la clave, Clayton. Creo que no estás entendiendo de qué va esto.

—Entonces, ¿por qué no me lo aclaras tú, Mike? Por mucho que pregunte, no me cuentas más que gilipolleces.

Mike se acercó a Clayton y lo miró directamente a la cara, era como si le molestara tener que explicar lo evidente.

—La clave es el local donde quisieron dar el golpe. Durante años, ha sido una mina de oro para la familia Burroughs, tú lo sabes tan bien como todo el mundo y eso, precisamente, lo ha convertido en algo más o menos intocable. De hecho, es uno de los pocos sitios en los que seguimos ganando algo por aquí arriba, después de que los federales no dejaran prácticamente nada en pie.

—Imagino que, si no hay denuncia, es porque Freddy Tuten ya se ocupó de ello. Entonces, ¿por qué me interesa a mí una panda de yonquis de medio pelo que intentaron llevarse la recaudación del bar?

Wallace se puso entre los otros dos hombres.

—Verá, señor Burroughs, si ni siquiera los «yonquis de medio pelo» tienen ya respeto por

este lugar, su esposa y su hijo están en peligro. De hecho, lo está toda la montaña.

Clayton miró en silencio al hombre del afeitado perfecto, ya no le parecía un imbécil. Además, su preocupación sonaba sincera. Se giró hacia Mike y este asintió, como para darle la razón. Todo este martirio le parecía surrealista; Mike había estado al cargo de todos los asuntos de la montaña desde que Halford murió y era extraño verlo eclipsado por Wallace.

—Mike, ¿tú también crees que mi familia está en peligro?

—Creo que lo estará, si no hacemos nada con lo que sucedió anoche.

Clayton encendió un cigarrillo y el *whisky* le hizo tambalearse.

—¿Dónde están los demás? —dijo, yendo hacia la plataforma trasera de la camioneta de Mike.

—¿A quiénes te refieres?

—Al resto del grupo. Has dicho que eran varios.

—Se toparon con McKenna el Zarpas.

Clayton tosió con tanta fuerza que se le vaciaron de humo los pulmones.

—¿En serio? —Hacía mucho que no escuchaba aquel nombre. Los tres sabían que no hacían falta más explicaciones, así que miró a JoJo—. Soltadlo y que se vaya a casa.

—Clayton, no me parece buena idea.

—No es más que un crío que ha hecho una estupidez por la que han terminado muertos sus amigos, Mike. Ya ha aprendido la lección. —Seguía con la mirada clavada en JoJo—. ¿A que sí, muchacho?

El chico gruñó tras la cinta adhesiva.

—Este crío que tú dices iba a por ti. Cuando Tuten le soltó la lengua, habló más que un sacamuelas. Decía que el reinado de los Burroughs en el norte de Georgia había terminado.

—Y tiene razón, Mike. Halford está mu...

—Clayton, haz el favor de escuchar. Dijo que solo era cuestión de tiempo que su padre y él vinieran a reclamar el trono.

—Déjalos. Si lo hacen, tendré un motivo para encargarme de ellos; ahora mismo, esto no es más que una pérdida de tiempo.

Clayton dio media vuelta muy despacio, decidido a marcharse.

—Espera, Clayton. También dijo que... Bueno, ¿sabes qué? —Mike subió las dos manos, como si se rindiera—. Espera un momento y que te lo cuente él mismo.

Clayton se volvió sin decir nada.

—Adelante, Wallace —dijo Mike—. Suéltalo.

—No puedes decirlo en serio.

—Ya lo has oído. Ha dicho que lo soltáramos. Empieza por la mordaza.

Wallace no siguió discutiendo y asintió a Mike, como si hubieran llegado los dos a un acuerdo sin necesidad de hablar. Clayton estaba tan embotado que no se dio cuenta, pero quería saber qué pasaba, así que se quedó observando mientras Cobb sacaba un cuchillo con hoja fija de una funda que llevaba al cinturón y se inclinaba sobre la camioneta. El chico se encogió al ver el enorme cuchillo y volvió a refunfuñar, pero Wallace lo agarró por el pelo y le empujó la cabeza contra el suelo del vehículo para inmovilizarlo.

—Voy a intentar cortar el precinto que llevas en la boca, pero, si sigues retorciéndote como

una lagartija, puede que acabes con un tajo en la nariz o en una oreja. ¿Has oído, JoJo?

El joven dijo algo ininteligible y se quedó quieto mientras Wallace cortaba la parte de atrás de la cinta. Al arrancarla, se llevó unos cuantos trozos de piel y mechones de pelo sucio. JoJo intentó hablar, pero aún no podía.

—Abre bien la boca —dijo Wallace—. Te juro que, si intentas morderme los dedos, me importará tres leches lo que diga este, porque te destriparé como un cerdo aquí mismo.

Le mostró de nuevo el cuchillo y JoJo se quedó tan inmóvil y tan silencioso como una serpiente cabeza de cobre. Abrió la boca tanto como pudo y Wallace metió dos dedos para sacar muy despacio una cinta de tela rosa de más de un metro y empapada de babas. Wallace se sintió raro haciendo eso, era como estar representando un truco de magia. Cuando terminó, lanzó el cinturón de la bata de Freddy Tuten al suelo. JoJo tosió, carraspeó y se humedeció los dientes con la lengua, ante la mirada atenta de los otros tres. Al cabo de un rato, consiguió hablar:

—Mi padre os va a matar a todos.

Wallace rompió a reír.

—Tu padre es un adicto al crack que no es capaz ni de matar el tiempo.

—Que te follen, maricón.

Clayton agarró a Wallace por el hombro y lo echó a un lado. El chico lo miró con la arrogancia de un adolescente, más animado por la adrenalina y la curiosidad que por el miedo.

—No has hablado ni cinco segundos y ya te he cogido manía.

—Me importa una mierda, cabrón.

Clayton apretó el puño, pero lo soltó enseguida. No iba a caer en las provocaciones de un mocos con la lengua larga.

—Dime lo que quieras, pero quien tiene un pie en el hoyo eres tú y lo sabes, ¿verdad? Ahora, escúchame bien. Voy a intentar ayudarte.

—¿Que tú vas a ayudarme, «zanahorio»? Vale, haz que ese aborto y su novio me suelten y corred a encerraros en casa antes de que llegue el Carroza con toda la caballería.

—La caballería no va a venir a salvarte, hijo. Soy tu única oportunidad.

El chico entornó los ojos y se quedó mirando fijamente la cara de Clayton. El pelo rojo, la barba multicolor; la camisa marrón y el sombrero. Por la cara que puso, acababa de reconocerlo.

—No me jodas... Tú eres el *sheriff* Burroughs, ¿no? Eres el pedazo de cabrón que mató a su propio hermano.

Sin darse cuenta ni poder evitarlo, Clayton apretó con fuerza los dos puños.

—Ten cuidado, hijo.

Pero JoJo se lanzó sin pensar y siguió hablando.

—Joder, para hacer eso hay que tener sangre fría. Me dijeron que le disparaste directamente en el pecho. Sin advertencias. Nada de dispararle antes en la rodilla ni nada parecido. ¿Es verdad? —Clayton cerró los ojos, pero se mareó, así que volvió a abrirlos y miró fijamente al chico, que seguía hablando sin parar siquiera a coger aire—: También he oído que te llevaste lo tuyo en ese asunto con los federales y que ahora no eres más que un borracho cojitranco.

Clayton se apartó tambaleando y bajó el portón de la plataforma.

El chico siguió hablando, incansable:

—¿También tienes la polla tullida? Sería una pena, porque dicen que tu mujer está muy buena.

Clayton inclinó un poco la cabeza y Mike le puso una mano en el hombro. Clayton se deshizo de ella y apagó el cigarrillo sobre la chapa de metal oxidado.

—Esta es tu última oportunidad, JoJo. —Lo dijo tan impasible como si estuviera leyendo un guion y no como si ardiera por dentro—. Cállate y escucha, si no quieres perder al único amigo que tienes por aquí.

—¿Amigo? —JoJo rio tan fuerte que movió la caja de la camioneta—. Vete a la mierda, cabrón. Tú y yo no somos amigos, aunque no me importaría serlo de tu mujercita. Escucha una cosa, no os puedo prometer nada a vosotros tres, furcias, pero si me dejáis marchar, puede que la deje a ella con vida si me da un buen lametón en la polla.

Mike movió el brazo tan rápido que nadie lo vio lanzar el golpe hasta que lo hundió en la mandíbula de JoJo. Clayton lo apartó de un empujón.

—¡No! —gritó, y se echó para atrás para quitarse el abrigo—. Baja a esa escoria y tráelo aquí.

Clayton se acercó al estanque, donde la tierra estaba blanda. Mike y Wallace agarraron a JoJo por los brazos sin hacer preguntas y lo bajaron de la camioneta a rastras. Cayó al suelo con un ruido sordo y, aunque se llevó un buen golpe en el hombro, no paró de reír.

—Adelante —dijo—. Dame una paliza si quieres. Podré soportarlo, pero sabéis tan bien como yo que no vais a matarme ahora por lo mismo que no me matasteis anoche.

—Traedlo aquí. —Clayton estaba de pie junto a la orilla.

Wallace y Mike arrastraron a JoJo hasta allí y lo tiraron al suelo de espaldas. La cabeza rozó el agua y unas olas diminutas atravesaron la fina capa de agua cristalina. Clayton se olvidó del dolor de la pierna y se agachó a su lado.

—¿Y por qué es eso, muchacho, si se puede saber? ¿Por qué te han dejado con vida estos hombres?

JoJo dibujó una amplia sonrisa, como de tiburón, que dejó asomar unos dientes amarillos salpicados de sangre.

—Porque sabéis que estoy diciendo la verdad. Sabéis que mi padre va a arrasarlo este sitio y que ya no tenéis lo que hay que tener para detenernos.

—Yo lo haré.

—Joder, casi ni se te entiende y no serán ni las ocho de la mañana. Eres un chiste andante, Burroughs. Mi padre vendrá a por ti, pero creo que empezaremos por esa zorrita que tienes en casa. —JoJo le lanzó un beso a Clayton.

Con una simple sonrisa, Clayton lo agarró por el hombro y el cinturón para colocarlo bocabajo sobre el estanque. De pie a su lado, se dedicó a observar cómo JoJo trataba de sacar la cara del agua, aunque, atado de pies y manos, lo único que conseguía era hundirse más y más en el barro. Un gorgojeo salió del agua y Clayton se acercó la mano a la oreja:

—¿Qué pasa, JoJo? No te oigo. ¿No tienes la lengua muy suelta? —Clayton se limpió el barro de las manos en la camisa mientras JoJo se sacudía, como un pez recién pescado. Mike y Wallace se movieron hacia la orilla, pero Clayton levantó una mano para detenerlos—. Estará bien, dijo que podía soportarlo, ¿no? —Casi no se le entendía. Cogió el abrigo del suelo, sacó la botella de *whisky*, la apuró y la lanzó al agua. Cuando terminó de ponerse la chaqueta, alrededor de la cabeza de JoJo había una fina capa de burbujas y su cuerpo empezaba a retorcerse en la arena—. Sacadlo.

Mike y Wallace arrastraron a JoJo unos centímetros por los pies, hasta sacarle la cara del agua. Clayton encendió otro cigarrillo y dio una buena calada.

—¿Nada más que añadir, muchacho?

JoJo no respondió.

—Eso pensaba yo. —Clayton dio media vuelta, dándoles la espalda a Mike y Wallace—. Ahora, soltadlo y llevadlo a casa. No voy a repetirlo. —Eché a andar hacia el Bronco. Volvía a cojear, estaba agotado y no podía disimularlo—. Dejadlo tirado en el porche de su abuela. Quiero que el Carroza y toda la banda sepan lo que les espera, si deciden seguir los pasos de este majadero. Quiero que les cuente a todos que en McFalls County ya no mandan los Burroughs, sino la ley, como debe ser. No quiero seguir hablando de esto. Tengo que cambiarme de ropa y ya llego tarde al trabajo.

—Sí, señor.

Mike volvió a quitarse la gorra y miró de reojo a Wallace, que estaba agachado junto a JoJo, con las botas metidas en el agua del estanque. Ninguno de los tres abrió la boca mientras Clayton sacaba una camisa de uniforme limpia de una bolsa de viaje. Luego, se quitó la estrella plateada de *sheriff* del pecho y la enganchó con torpeza en la otra camisa antes de ponérsela.

—Clayton —dijo Mike—. ¿Te acuerdas de la reunión con la gente de Florida? Ya hemos hablado de eso.

Clayton se frotó el puente de la nariz y miró hacia las tres lápidas del claro. Mike y Wallace siguieron su mirada. Notó que iba a empezar a dolerle la cabeza y se rascó la barba.

—¿Clayton?

—Tú prepáralo todo, Mike. Acudiré, pero eso no cambiará nada. Déjales claro que no van a reunirse con un Burroughs, sino con el *sheriff* del condado.

—De acuerdo —dijo Mike con un suspiro.

Clayton no los miró más, pero se quedó cerca de un minuto de pie junto a la camioneta, observando fijamente las tres lápidas de granito, hasta que las manos le dejaron de temblar. Entonces, se puso al volante del Bronco y se perdió montaña abajo.

—¿A quién te ha recordado? —preguntó Mike.

Wallace se quitó el sombrero y le sacudió el polvo.

—Lo admito. Pensaba que no era así.

—Bueno, Halford sí. Tengo la sensación de que por eso odiaba tanto a Clayton.

—¿Porque los dos se parecían a Gareth Burroughs?

—No, porque Clayton se parecía más.

Wallace puso a JoJo boca arriba.

—Pues tengo que darle la razón. Este de aquí no va a contar nada a nadie.

—¿Por qué lo dices?

—Ven a verlo. Creo que me equivoqué con Clayton.

Mike se inclinó y miró a los ojos a JoJo Viner. Estaba muerto.

—Joder —dijo Mike, dando una patada al cuerpo, que estaba encajado entre la arena y el barro y apenas se movió. Agachándose, meneó la cabeza de JoJo de un lado para otro. Cuando se hizo cargo de la situación, hundió la mirada—. ¡Mierda! Esto no tenía que haber acabado así.

—Pero lo ha hecho. Dime, ¿qué hacemos ahora? ¿Se lo decimos?

—¿El qué? ¿Que acaba de matar a alguien? No, no vamos a abrir la boca. ¿Tú has visto cómo está? Perdería el control completamente.

—Entonces, ¿qué quieres hacer?

—Dame un minuto. —Mike se quitó la gorra y se frotó la barbilla. De pronto, volvió en sí y se la puso rápidamente—. Haremos lo que nos ha dicho.

—¿Dices que nos llevemos a este gilipollas y que lo dejemos tirado en la puerta de casa?

—Mira, necesitamos a Clayton a bordo si queremos poner este sitio en orden. Puede que esta sea la forma de conseguirlo.

Wallace se inclinó y le cerró los párpados a JoJo con el dorso de la mano.

—Más que traerlo a bordo, esto va a hacer que estalle una guerra.

Mike el Costras miró hacia la dirección en la que se había marchado el Bronco.

—Quizá nos venga bien esa guerra.

Se volvió y agarró la cinta adhesiva que llevaba JoJo en los tobillos. Con la ayuda de Wallace, lanzaron el cuerpo a la caja de la camioneta. T-Ride miraba por la ventana, sin rastro de la bravuconería de antes. Era el primer cadáver que veía. Wallace le hizo un gesto con la cabeza y T-Ride se lo devolvió, tratando de hacerse el duro, pero no lo consiguió y tuvo que mirar a otro lado. Mike tenía razón, el chico no estaba preparado. Wallace subió la portezuela de la caja y, al instante, se olvidó del problema que llevaban hecho un ovillo sin vida en la parte de atrás. A cambio, volvió a pensar en un asunto que le rondaba desde que había regresado a Bull Mountain. Abrió la puerta del acompañante y se apoyó contra el marco, con los brazos cruzados.

—Es increíble que Kate Farris terminara siendo la amita de casa de un Burroughs.

A Mike se le escapó una risa.

—A mí Kate no me parece la amita de casa de nadie. —Fue hacia la parte trasera de la camioneta para atar la lona y bajó la voz para que T-Ride no lo oyera—: Has oído lo del agente del FBI que se presentó el año pasado, ¿verdad? El que le regaló a Clayton esa cojera y estuvo a punto de mandarlo a la tumba.

—Sí, el agente Jolly o algo así. Lo último que oí fue que estaba desaparecido en combate.

—Se llamaba Holly. Simon Holly. Era de la ATF.

—¿Era? ¿No irás a decirme que mataste a un federal? —dijo Wallace, que parecía impresionado.

Mike sonrió sin poder evitarlo.

—No, señor, no fui yo. Fue la chica. Insistió en hacerlo ella.

Wallace se frotó los tatuajes de los antebrazos.

—¿Lo dices en serio?

Mike apretó el nudo.

—Bienvenido a casa, Wallace.

4

CRIPPLE CREEK ROAD

Kate Burroughs miraba por la ventana que había sobre la pila de la cocina hacia un pequeño campo de maíz agostado. Tras el maizal, se abría una vasta extensión de arces azucareros y pinos reales, entre los que estallaban como palomitas cornejos en flor desperdigados aquí y allá. Cubiertos todavía de flores blancas y rosas, los cornejos mostraban un absoluto desprecio por la llegada del otoño. Como casi todos los que habitaban las laderas de McFalls County, los arbustos hacían lo que les venía en gana. Pero Kate apenas se fijaba ya en ellos ni en las flores. Por las mañanas, solía quedarse con la mirada perdida en el tocón serrado de lo que en su día fue un magnolio de casi diez metros de altura en el rincón más alejado del prado. Le encantaba aquel árbol. Antes de que naciera Eben, pasaba horas sentada a la sombra de sus hojas verdes y cerosas los días de verano. Una vez, hacía ya mucho, Clayton se escondió bajo un montón de hojas a sus pies y esperó media tarde pacientemente para saltarle encima en cuanto saliera a leer. Estuvo a punto de matarla del susto, pero nunca la había hecho reír tanto. Ya no reían así. Kate se entregó a ese recuerdo. Fue un buen día. Junto a aquel magnolio había leído prácticamente todos los libros que tenía: *Fathers and sons*, *Hell at the breech*, *Give us a kiss...* Los devoraba, leía hasta tarde y luego recogía las flores nacaradas que habían caído al suelo y hacía con ellas centros para la mesa de la cocina. Llenaban la casa de un olor fresco y dulce, como el de la madreselva después de la lluvia. Recordaba el tendedero atado entre lo alto del tronco y el porche de la casa. Mientras colgaba la ropa, alguna vez le daba incluso por hablarle al árbol, en especial cuando estaba a punto de dar a luz. Cuánto había deseado ser madre y, ahora que por fin lo era, el magnolio no estaba allí para verla. El día que lo taló, lloró. Los hongos y la podredumbre habían empezado a devorarlo desde el interior, un cáncer gris que estaba demasiado extendido para detenerlo. A los siete meses de embarazo, Kate pasó un día entero cortándolo con una pértiga casera y una motosierra oxidada que nunca antes había usado. Cada vez que caía una rama al suelo, se le rompía un poco el corazón. Le pasaba así a veces: no hubo un gran golpe ni un hachazo que acabara al instante, sino un sinfín de pequeños cortes que la dejaron sollozando al calor donde antes había sombra.

Ese año había sido complicado. Al tiempo que Kate descubrió que su árbol favorito se estaba pudriendo, su marido Clayton estuvo a punto de morir tiroteado en un caso relacionado con su familia. Cuando se recuperó en el centro de traumatología de Atlanta y pudo traerlo de vuelta a casa, Clayton estaba tan muerto por dentro como su querido magnolio. Cuando Dios hunde el dedo en la tierra y la remueve, arrasa con todo. No se salvan ni los árboles.

Dice el dicho que lo que no te mata te hace más fuerte, pero, en el año que había transcurrido desde aquello, Kate había aprendido que no siempre es así. A veces, hay tanta maldad en el mundo que te golpea hasta dejarte a punto de morir, pero no mueres y sigues vivo; lo único que haces es recuperarte, y no por el efecto de una fuerza interior que no sabías que estaba ahí, sino porque no aguantas más el dolor. Sería más fiel a la verdad decir que lo que no te mata te anestesia. El árbol estaba muerto. Ella misma se encargó de echar sal en el tocón. Y siguió con su vida.

Kate apartó la vista del árbol muerto, abrió la ventana y aspiró con fuerza el aire de la montaña. Abrió el grifo y esperó a que el agua del pozo empezara a calentarse. El aire de fuera era fresco sin llegar a ser frío y, cuando entró en la habitación, fue como si la hiciera crecer y echara hacia atrás las paredes que parecían ir acercándose a medida que avanzaba el día. Echó un vistazo por el terreno y posó la vista en el hueco que había junto al Jeep. Clayton se había marchado antes del amanecer una vez más. Cuanto mejor podía moverse, más a menudo lo hacía. Era la esposa del *sheriff* desde hacía casi doce años, pero nunca lo había visto tan poco como desde que lo hirieron y era padre.

«O algo parecido a padre», estuvo a punto de decir en voz alta.

La amargura le pellizcó en la boca del estómago. Le pasaba cada día, pero aquel todavía era muy temprano, así que decidió preparar un poco de café para combatirla. El café podía con cualquier cosa, si se bebía en cantidad suficiente. El agua salió casi hirviendo del grifo, la vertió sobre unos granos recién molidos y dejó que el líquido infusionara en la cazuela. El olor de su vicio favorito se entremezcló con el aire fresco y empujó algo más para atrás las paredes. Bebió el café con una cantidad generosa de leche fresca de la granja de los Harper y miró el reloj Kit-Cat de la pared. En unos diez minutos, el día dejaría de pertenecerle. Miró la nota que había dejado Clayton en la puerta del frigorífico para avisar de que iba al Pollard's Corner a por cosas que no necesitaban. Una nueva excusa para desaparecer mientras la familia dormía. Bebió un trago de café y tapó la estrella plateada del departamento del *sheriff* de McFalls County con las dos manos. Clayton había tenido aquella taza sobre la mesa de la sala de estar desde que prestó juramento. Significaba mucho para él. Ahora, sin embargo, había pasado a ser una taza más de la cocina.

Clayton se tenía por un buen *sheriff*, un buen hombre y un buen marido. La única semilla de un árbol torcido en dar buen fruto. Y Kate siempre se había tenido por la esposa de ese buen hombre. Le hacía feliz. Les hacía felices a los dos. Ahora, sin embargo, ya no estaba segura de eso. Y aquella taza azul que tenía en la mano no hacía más que clavarle espinas.

Sacó otra del armario, una blanca y lisa, y pasó el café. Bebió otro trago y le supo mejor. Para Kate, las cosas solían ser así de sencillas: si tienes un problema con la taza de café, coges otra y problema resuelto, a continuar con tu vida. No tenía sentido seguir dándole vueltas. Clayton era justo lo contrario, no soltaba nada. Iba acumulando culpa y dolor, igual que hay gente que amontona revistas y periódicos por los pasillos de su casa hasta que ni siquiera se dan cuenta de que están allí. Durante más de una década, le había visto echarse a la espalda toda la violencia y la depravación que bajaban de la montaña, pero, después de lo que pasó con su hermano, apenas era capaz de mantenerse en pie y soportar el peso. Le flaqueaban las fuerzas. Sacudió la cabeza. Se sentía culpable por ver a Clayton con esa mezcla de tormento y resquemor, y no le gustaba la sensación. Su marido había perdido mucho, por supuesto, pero el tiempo pasaba y la herida no curaba. Se estaba hartando de despertar en una cama vacía y en una casa

fría, en lugar de con un beso de buenos días y la sonrisa adormilada del hombre que tanto la había querido.

Cruzó la cocina y fue hacia la puerta de entrada a recoger el bastón que le hizo a Clayton cuando lo hirieron. Era una buena vara de nogal y había tenido la esperanza de que él la cambiara por la placa, pero su marido volvió al trabajo y, desde aquel día, el bastón quedó olvidado junto a la puerta. Solo lo había tocado ella. Cada día, la corriente de aire lo tiraba al suelo y cada día volvía a ponerlo en su sitio, se había convertido en un ritual. Clayton decía que no tenía que caminar con bastón porque le hacía parecer débil. Kate tenía ganas de decirle que estar borracho era lo que le hacía parecer débil, no un bastón. Lo dejó apoyado en el hueco de la puerta.

Se había planteado abandonarlo. Pensaba mucho en eso últimamente, sobre todo después de una discusión a voces como la que habían tenido la noche anterior. Ya no sabía ni por qué había sido. Aunque tampoco importaba. En realidad, era la misma pelea una y otra vez y siempre terminaba de la misma forma: ella se acostaba temprano sin echar el pestillo de la habitación y esperaba bajo las mantas a que se abriera la puerta y él se acostara a su lado, pidiéndole disculpas sin palabras, nada más que acariciándole el cuello con el aliento. Pero casi siempre esperaba en balde. Y, mientras ella aguardaba a oscuras el milagro que nunca llegaba y que transformaría a su marido de nuevo en el hombre que fue, Clayton se dedicaba a dar golpes en los armarios y a dar vueltas por la cocina como un animal enjaulado, esperando que el mismo milagro obrara en ella. Ninguno era capaz de reconocer que cuando se hacían daño de verdad no era en el fragor de la batalla, sino en aquella espera. Las horas de silencio que llegan después de los gritos son los dominios de la verdadera locura y en ellas es donde le gusta cazar al diablo.

Kate bebió otro trago del café que tan bien le sabía ahora y miró hacia el hueco del coche. «Ya basta, Kate, déjalo ya», se dijo. No iba a permitir que el día se convirtiera en lo que anunciaba. No era justo para nadie. Cerró los ojos y sacudió la cabeza, como si pudiera quitarse la tristeza de encima igual que una manta, y pasó unos minutos calentando el biberón de Eben bajo el agua caliente del grifo. Un solo año no iba a tirar por la borda los quince que llevaban juntos. Tenían que lograrlo y necesitaba creerlo porque lo importante ya no eran ellos dos. Y, como en respuesta, Kate oyó unos ruidos saliendo de la habitación de Eben. Segundos más tarde, sonó el primer llanto del día. Sonrió y toda la amargura que había ido acumulando a lo largo de la mañana se esfumó sin más.

Kate y Clayton habían estado intentando tener un hijo casi la mitad del tiempo que llevaban casados y estuvieron a punto de rendirse. Qué narices, se habían rendido. Los dos tenían claro que no era fácil quedarse embarazada cumplidos los cuarenta. Eben fue concebido y nació en esa misma montaña y era la prueba viva de que puede haber milagros incluso en lugares que no los merecen. Aquel bebé de mejillas sonrosadas que la esperaba en la habitación y acababa de descubrir eso tan fascinante que eran sus pies evitaba que Kate acabara mortificada entre arrepentimientos y malas decisiones. Si el año anterior había sido una película de tragedias y desastres, Eben Burroughs era el *happy end* a lo Hollywood. Deseaba con todas sus fuerzas que Clayton se diera cuenta: para conseguir un final feliz solo había que sacar los créditos antes de que se viniera encima la siguiente tragedia. A fin de cuentas, ¿cuántos milagros podían pedirse? Seguro que con dos tendrían cubierto el cupo.

Terminó de calentar el biberón y echó un chorrito de leche en la muñeca para comprobar la temperatura.

—¿Tienes hambre, pequeñajo?

Eben le contestó con un gemido que la derritió. No hizo falta nada más. Cogió en brazos al recién nacido y se envolvió con él en una manta de lana roja que había tejido cuando estaba embarazada. Lo llevó hasta el balancín del porche y se quedó un rato de pie al calor del sol, antes de sentarse sobre la madera de pino del columpio y darle de comer. Vista desde el porche, la montaña era preciosa, nada más que verdes y azules, con el eterno cerco de nubes que daba a la cima un aspecto amenazador y sublime a partes iguales. Antes, le encantaba ese paisaje, pero cuanto más tiempo pasaba, más le parecía una simple roca fría y pelada. A Eben le daba igual. Solo trataba de enganchar el biberón. Quería empezar a comer y estaba malhumorado. Le recordó de pronto al padre de Clayton y sintió una aversión con la que no contaba.

«Hombres —dejó escapar entre dientes—. Siempre tan perdidos y tan necesitados». Se estaba adelantando a los acontecimientos. Puede que Clayton estuviera perdido, pero Eben estaba allí con ella. Se meció arriba y abajo en el balancín, mirando como ausente hacia el maizal. Un jilguero había construido el nido en la cabeza del espantapájaros. Eben bebía con ansia del biberón y por la barbilla le caía un hilillo de leche que terminaba en la lana roja de la manta. Mamá pájaro también estaba dando de comer a los polluelos. No era la primera vez que Kate la veía. Observó a los pollitos y los escuchó piar. Era un chillido tan fuerte como el de un trueno que echaba a perder la calma del momento. Se arrebujó en la manta que le cubría los hombros, aquella mañana parecía condenada a acabar arruinada. Echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y entonces, como para darle la razón, sonó el teléfono.

«Cómo no».

Con suavidad, le apartó el biberón al niño y lo tranquilizó.

—Lo siento, peque, pero nos toca escuchar qué excusa nos da hoy tu padre para no venir pronto a casa.

Sabía que Clayton querría explicarle por qué iba a tardar en volver. Seguro que sería cualquier nimiedad, como siempre, aunque para Kate, ya podía acabarse el mundo, que nada era más importante que el niño que tenía en brazos y que quería tocarle la cara o tirarle de la barba a su padre. Se puso a Eben sobre la cadera, volvió a la cocina y descolgó el teléfono.

—Dime.

—Cariño, escucha...

—Ya lo sé, no me lo digas —le respondió—. Al llegar al trabajo, has decidido que podían prescindir de ti por un día y vienes directamente a casa.

En cuanto lo dijo, se arrepintió de haber pronunciado en voz alta aquel deseo, porque la decepción era inminente.

—Esto, no...

«Tú te lo has buscado, Kate».

—Esta mañana he tenido que ir a arreglar un asuntillo a Burnt Hickory, pero ya voy a la oficina.

—Un asuntillo... —repitió Kate como aburrida.

—Sí, pero no llamo por eso, no era nada importante. Solo quería decirte que he estado allí. —Se interrumpió—. ¿Kate?

—No necesitas mi visto bueno para seguir castigándote.

—Kate, no intento...

—Claro que no, no intentas nada.

—Venga, Kate.

—Venga, ¿qué? ¿Cuánto tiempo vas a pasar así? No quiero volver una y otra vez a lo mismo. ¿Quieres emborracharte y regodearte en tus penas? Sin problema, pero no vengas a molestarme a mí. Hoy no tengo ganas.

—No he bebido.

—Me da igual.

—¿Qué cojones te pasa, Kate?

Claro que había bebido. Nunca decía tacos si no llevaba su dosis de *whisky* en el cuerpo. Siguió hablando, pero Kate ya había desconectado. Miró hacia el reloj que había colgado en la pared, junto a la mesa del comedor, y esperó a que la cola del gato se moviera diez veces de un lado a otro para sacudir hastiada la cabeza con los ojos cerrados y apoyarla contra la pared. Estuvo a punto de empezar a gritar, pero el enfrentamiento se había enquistado hacía meses y no hacían más que rascar una y otra vez en la misma herida que nunca se cerraba.

—Te quiero, Clayton. Pero creo que deberíamos darnos un tiempo.

Levantó la cabeza, sorprendida por lo fácil que había sido decir algo como eso, tan cruel, tan frío y tan sincero.

—¿Qué narices estás diciendo, Kate?

—Tú eres el detective, Clayton. Trata de averiguarlo.

—A ver si lo entiendo... —«Allá vamos», se dijo Kate, y cambió a Eben de lado—. ¿Te llamo para decir dónde estoy, como me pides siempre, y tú dices que necesitas un tiempo? Lo siento, pero no voy a darte el gusto. Si no te llamo, soy gilipollas. Si te llamo, soy gilipollas. Contigo no hay manera de acertar.

—¿Acertar? Esto no es un concurso, Clayton. Somos una familia. ¿Qué es lo que no comprendes?

No hubo respuesta y los dos esperaron a que el otro dijera las palabras mágicas con las que deshacer el daño que se estaban haciendo, pero el tren ya iba a toda máquina y las palabras no llegaron. Solo se escuchaba el péndulo del reloj de cocina retumbando entre las cuatro paredes.

Tic, tac, tic, tac.

La cola de plástico negro bien podría haber marcado la cuenta atrás para la siguiente oleada de rencores y decisiones que era mejor no tomar y que solo servirían para separarlos más todavía. Al rato, Clayton dijo algo, pero ella ni lo escuchó. Le bastó con oír el tono agresivo. Colgó en seco y levantó a Eben de la cadera. El teléfono siguió sonando, pero no se molestó en descolgar, volvió a salir al patio y cerró la puerta. Oyó que el bastón resbalaba y caía al suelo. También lo dejó allí. El teléfono paró cuando su hijo terminó de comer y, en ese tiempo, Kate no apartó la vista del recién nacido, ni siquiera para mirar el tocón del magnolio o el espantapájaros. Lo observó, mientras la mente se agitaba entre la tranquilidad y la rabia, entre la tristeza más honda y de nuevo la rabia. Consiguió que eructara y, cuando se disponía a salir a dar una vuelta para calmarse, el teléfono sonó de nuevo. Sabía que no tenía sentido hablar en ese momento. Lo único que quería él era acabar teniendo la razón, porque siempre hacía lo mismo cuando estaba bebido, así que empezarían los dos a subir la voz, hablarían el uno encima del otro y pronto parecerían dos desconocidos. Aun así, entró en casa.

Al poner la mano sobre el auricular, respiró hondo, como tratando de hacerlo parar. Podía dejarlo y volver al porche o montar en el todoterreno y marcharse a cualquier parte. Adonde

fuera. Pero no lo hizo. A pesar de lo que había dicho, no estaba dispuesta a rendirse. Se negaba a creer que no tenía arreglo. Todavía no. Así que descolgó.

—¿Qué quieres, Clayton? No voy a seguir con esto...

No le hizo falta terminar la frase para darse cuenta de que no era Clayton.

—Hola, Kate. Soy Wallace. Ha pasado mucho tiempo.

5

MOTEL KNIGHT'S INN INTERESTATAL 92, TAMPA (FLORIDA)

—Eso es, preciosa. Esta noche llegaré algo tarde. —Mientras pagaba el hielo, Bob Kane sujetaba el teléfono entre el hombro y la oreja—. Lo sé, lo sé. El tonto del nuevo, Pouler, no para de colgar el sistema y nadie más sabe arreglarlo. —Dejó un billete de diez sobre el mostrador y guardó la billetera en el bolsillo del pantalón—. Tienes toda la razón del mundo, me deberían subir el sueldo. Si no fuera por mí, los muelles se irían al cuerno. ¿Qué tal fue hoy el tratamiento?

El dependiente era joven y llevaba el pelo recogido en un moño. Cobró el hielo y le entregó el cambio, mientras Bob se echaba la resbaladiza bolsa de plástico al hombro sin despegar el teléfono de la oreja.

—Lo siento mucho, cielito, pero los médicos llevan razón. Tienes que sacar fuerzas y aguantar.

Una moneda de veinticinco se le escurrió entre los dedos y rebotó hasta terminar en el suelo, y al chico del moñete se le escapó una sonrisita. Aunque su mujer seguía hablando al otro lado, Bob se puso el móvil contra el pecho en cuanto terminó de meter el dinero en el bolsillo:

—¿Y tú qué coño de peinado llevas?

El chico no borró la sonrisa. Bob sacudió la cabeza y se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Qué? No, no he dicho nada de tu peinado. Ya sabes que me gusta la peluca, te sienta muy bien.

No se dio cuenta de que el chico le hacía un corte de manga al salir por la puerta. Después de pasar unos minutos más hablando con su esposa bajo las luces fluorescentes del escaparate de la tienda, colgó el teléfono.

—No hay manera de que termine —le masculó a un hombre que entraba en ese momento en la tienda, y volvió a cargar el hielo al hombro. Atravesó el aparcamiento y, al primer hueco que se abrió entre los coches, cruzó corriendo los cuatro carriles de la autopista en dirección al motel.

Al llegar al otro lado del asfalto, acortó por la explanada de un Denny's, tratando de recordar algún momento en el que no hubiera estado bajo los antojos de una mujer. Su madre había muerto hacía un año y, aunque nunca lo reconocería, fue un alivio. Cuando su padre murió en 2002, él se convirtió en el chico de los recados de aquella mujer y dejó de extrañarle que su marido hubiera muerto a los cincuenta y tres. Le había chupado la sangre. Ahora, su esposa

estaba enferma y, desde el día en el que le detectaron el bulto, Kelly contaba con tenerlo a su entera disposición día y noche. En ese año, ni siquiera se había acostado con ella. Fundamentalmente era por la quimio, que siempre la tenía cansada, pero, para ser sincero, antes de que cayera enferma, el sexo era tan frío y rutinario como una auditoría. Nadie lo culparía por ponerle los cuernos.

«Por ponerle los cuernos a mi esposa enferma. —La idea estuvo a punto de hacerle reír—. ¿A quién trato de engañar?».

Por supuesto que se lo echarían en cara. Lo odiarían todos.

«Todos, salvo Penny».

Ella comprendía bien lo duro que le estaba resultando aquello y conseguía que Kelly, los goteros y las consultas se esfumaran aunque solo fuera por una noche. Si es que conseguía llegar con el maldito hielo, claro estaba. Con el sinfín de moteles de mala muerte que había cerca del puerto, había tenido que elegir el único con tres (ni una ni dos: tres) máquinas de hielo rotas... La mujer de recepción, esa señora con un bigote más tupido que el suyo, debería habérselo advertido cuando se registraron.

«Mujeres bigotudas y chicos con moño. Decididamente, el mundo se está yendo al garete».

Bob se secó el sudor de la calva y dobló la esquina del motel.

«Habitación 104. Penny. Por fin».

Sacó la tarjeta magnética de los pantalones de pitillo, pero paró en seco al descubrir la puerta entreabierta. Cuando se marchó, le dijo a Penny que echara el cerrojo. Aquella zona no estaba del todo mal, pero era mejor andarse con cuidado.

«Las mujeres quieren que cumplas todas sus ocurrencias y luego son incapaces de seguir una orden tan sencilla como que cierren la puerta».

Cuando agarró el pomo, le invadió el pánico. ¿Y si Kelly los había seguido? ¿Y si estaba sentada ahí dentro con esa ridícula peluca puesta en la cabeza? Cuando alguien es infiel, siempre está a la defensiva.

«Es imposible», se dijo, y abrió la puerta.

—¿Penny? —Echó un vistazo; la habitación era como una caja de zapatos—. ¿Penny? —repitió, más preocupado esta vez—. Ya he vuelto, preciosa.

La colcha morada de terciopelo raído estaba extendida sobre la cama, igual que cuando llegaron. Le habría gustado encontrarla encima con el picardías negro que le había comprado, pero la cama seguía sin una sola arruga, ni la había tocado. Dejó la bolsa de hielo en un aparador junto a la puerta y enseguida empezaron a caer gotas de condensación sobre la moqueta.

El televisor estaba apagado.

Habría jurado que lo había encendido antes de que comenzara a darle la lata con el hielo. Penny sabía que le gustaba tener el canal de deportes sintonizado y en silencio cuando entraban en faena. Pensaba que era para verla mejor, aunque en realidad quería tener algo más que su cuerpo menudo y terso en lo que fijar la atención. Sin nada para distraerse, no sería capaz de aguantar ni los preliminares.

—¿Penny? —dijo por tercera vez, más alto y nervioso. Oyó la cadena del retrete y se le escapó una sonrisa. «En marcha»—. Menudo susto me has dado. Has dejado la puerta abierta, pensaba que te habían secuestrado—. Se giró para sacar una botella de soda de una bolsa de papel. El grifo del baño se abrió—. No hace falta que te laves mucho, porque tú y yo vamos a

hacer cosas muy sucias —dijo, mientras sacaba dos limas de otra bolsa.

Abrió el hielo sin preocuparse del charco que había bajo la mesa y echó un par de cubitos en los vasos de plástico de la habitación. Sirvió un buen chorro de ron y luego, la soda.

—Ya tengo todo preparado, pequeña. Sal cuando estés lista.

Buscó en la bolsa el cuchillo para cortar las limas. Mientras, dejó de sonar el agua y se abrió la puerta.

—Gracias, pero voy a pasar, a mí me va más el *bourbon*.

Bob dio media vuelta. Aquella voz no era la de Penny. Llevaba el cuchillo de mondar en una mano y una lima verde y madura, en la otra.

—Joder, Bob. ¿Vengo hasta aquí para verte y tú me amenazas con un cuchillo?

Era una mujer alta y con la piel pálida. A pesar de lo que acababa de decir, sonreía tranquila, sin preocuparse lo más mínimo por el cuchillo, mientras terminaba de secarse las manos con una toalla. Bob no supo disimular el desconcierto, tenía en la cabeza el mismo caos que si un cuerpo de baile acabara de atravesar la habitación a toda velocidad. La mujer abrió la sonrisa y dejó ver unos dientes blancos como la nieve. No fue más que un instante, porque inmediatamente frunció el ceño, cruzó los brazos y le habló como si él fuera un niño pequeño y ella, la profesora:

—¿Por qué no guardas eso, Bob? Me estás poniendo nerviosa.

Tiró la toalla mojada sobre la cama. Bob Kane miró perplejo el cuchillo de cinco centímetros que llevaba en la mano, pareció sorprendido de verlo allí y sacudió la cabeza como tratando de desperezarse.

—¿Vanessa? —preguntó.

La mujer se llevó unas manos finas y limpias a los labios.

—Bob, en serio, el cuchillo...

Bob lo dejó en la barra, como si le quemara de pronto, pero siguió sin soltar la lima. La estrujaba igual que una pelota de béisbol.

—Vanessa, ¿qué narices haces aquí? ¿Dónde está Penny?

La mujer llevaba un traje pantalón blanco y una melena negra que le caía por la espalda. Se retiró un mechón por detrás del hombro, se sentó al borde de la cama y, tras alisar la colcha, se recostó con la cabeza entre las manos.

—¿Penny? —le respondió, sin levantar la vista—. ¿Te refieres a la chica que estaba contigo? Ha tenido que marcharse. —Frunció el ceño—. Siento haberte asustado, Bob.

Solo la había visto una vez. La observó mientras seguía acariciando el terciopelo morado. Al rato, cruzó las piernas y se acomodó. Esa cama la había pagado él. Estrujó todavía más la lima y apuntó con ella a la intrusa.

—¿Qué demonios es esto? ¿Qué haces aquí y qué le has hecho a Penny?

Vanessa pareció ofendida.

—¿Qué dices? No le hemos hecho nada a esa chica. Se ha marchado. ¿Cómo quieres que te lo diga?

—¿Hemos? —Eso lo asustó y desistió de seguir preguntando por la preciosa camarera.

—Claro, Bob. ¿No pensarás que iba a presentarme en la habitación de un extraño en mitad de la noche sin alguien que me cubriera las espaldas?

Sin soltar la lima, Bob echó un vistazo rápido por la habitación. Estaba vacía. Entonces, miró hacia el baño. Vanessa también se volvió hacia la puerta que tenía a la espalda y luego se dirigió

a Bob.

—Estamos solos en la habitación, Bob. Les dije a mis hombres que eras un tipo sensato y que podríamos resolver este asunto nosotros dos. Les he pedido que esperen fuera.

Eso le tranquilizó un poco y, por fin, dejó la lima junto al cuchillo.

—No sé qué es lo que quieres, pero no puedes presentarte aquí y hablarme como si fuéramos viejos amigos. Apenas te conozco.

Vanessa se incorporó, se limpió la parte de atrás del pantalón y fue a sentarse junto a una mesita. Bob se dio cuenta de que, al lado de la guía de canales de televisión, había una pila de papeles que no estaba allí cuando llegó con Penny. Vanessa los empujó hacia la otra silla.

—La última vez que hablamos, tuve la sensación de que sabías exactamente qué era lo que quería y que estabas dispuesto a conocerme mejor.

—Pues lo siento mucho, pero no es así. Me pediste que falsificara documentación de los ordenadores de embarques y yo dije que vería lo que podía hacer. Cumplí mi palabra, pero me pareció que no merecía la pena asumir el riesgo. Así que, sintiéndolo mucho, cielo, no te puedo ayudar.

—La cosa no va así, cielo —repitió ella con desprecio—. Teníamos un trato.

—También te equivocas en eso. Nunca hemos pactado nada. Hice un *negociete* del que solo estaban al tanto un par de personas y, la verdad, aunque era poca cosa nunca me sentí cómodo. Aún no sé cómo te enteraste tú, tendría que tapar ese agujero.

—Eso no tiene importancia —dijo Vanessa, examinándose las uñas, sin prestarle atención.

—Para mí, sí. De todas maneras, cambiar los números de un par de contenedores es una cosa, pero lo que me estás pidiendo es completamente distinto. Hay demasiados controles y no me la puedo jugar, ya te lo he dicho.

—Sí, Bob, ya me lo has dicho. Pero creo que no eres consciente del puesto en el que estás. Tu posición es única y sigo pensando que me puedes ser de gran ayuda.

—¿Es que estás sorda? No te conozco ni te debo nada. —Bob señaló los papeles—. Escúchame bien, coge eso y lárgate de aquí.

Bob se cruzó de brazos y se recostó en la barra de formica, examinando a Vanessa de arriba abajo. Menos una vez, siempre habían hablado por teléfono. Era atractiva. Tenía los ojos enormes y de color azul claro. Había en ellos un aire de tristeza y ardían con una mezcla de fuerza y serenidad. Su piel era tan pálida que brillaba como una perla en contraste con el traje a medida. Jugaba en una liga superior a Penny y estaba a años luz de su mujer. Pero en esos ojos había algo desconcertante, esa frialdad le ponía los pelos de punta. Ella debió de darse cuenta de aquel efecto, porque se los clavó directamente, como si fueran flechas de escarcha.

Descruzó las piernas, las abrió unos pocos centímetros y arqueó la espalda, sabedora del efecto que iban a tener aquellos movimientos sutiles. Fue un gesto perfectamente calculado que le tensó los botones de la blusa, a punto de hacer estallar el escote. Bob posó la vista justo donde ella quería y le sacó una sonrisa. Dominar a un hombre hecho y derecho con tan solo cambiar de postura la hacía sentir poderosa.

Cuando Bob habló, fue como si estuviera leyendo un guion escrito por ella.

—¿Por qué no nos olvidamos de los muelles y nos ocupamos de otros asuntos? La habitación ya está pagada...

Vanessa se hizo la remilgada y habló como si sintiera vergüenza.

—Bob, ¿acaso te parezco del tipo de chica que vuelve a casa con los pantis metidos en el bolso?

—Apuesto a que eres del tipo de chica que ni siquiera lleva pantis.

—Se te ve con confianza en ti mismo.

—Dada la situación, debo tenerla.

Vanessa se incorporó y abandonó el papel de seductora para transformarse otra vez en la fría mujer de negocios. Habló en tono seco y cortante.

—Entonces, siéntete igual de seguro como capataz de embarques del puerto de Tampa y acepta la propuesta que voy a hacerte. Si lo haces, la pobre señora Kane no sabrá nada de esta escapadita con una mujer a la que doblas la edad. La enferma se llama Kelly, ¿verdad?

La actitud seductora de Bob se esfumó y su voz se tornó amenazadora:

—¿Así que has venido para extorsionarme? —Vanessa entornó los ojos, pero en un gesto tan discreto que Bob no lo advirtió. Estaba rojo y empezó a gritar—: ¿Crees que puedes amenazarme con decirle a mi esposa que me tiro a una zorrilla para obligarme a hacer algo que puede llevarme a una prisión federal? —Se echó a reír—. Haz lo que quieras, encanto. Se llama Kelly, sí, cuéntaselo todo. Puede que así deje de ser vuestro pelele de una vez.

Vanessa ni se inmutó.

—Mira, Bob, no he venido a extorsionarte ni a tratar de convencerte de que cometas un delito. Ese barco ya ha zarpado... si me permites el juego de palabras. Tan solo se me ocurrió hacer este último intento, en honor a nuestra amistad. —Se retiró otra vez el pelo—. No volveré a presionarte con este asunto.

—Fantástico. Entonces, ya sabes dónde está la puerta.

—Claro, pero antes de que me vaya, vas a tener que firmar esto de aquí.

Puso la mano sobre los documentos de la mesa.

—He marcado todas las páginas que tienes que firmar para facilitarte el papeleo. Un par de garabatos y desaparezo.

—¿Y qué es exactamente lo que voy a firmar?

—Tu dimisión. —El frío de su mirada se recrudeció—. Y una recomendación para tu sustituto.

Bob la miró perplejo, antes de romper a reír.

—¿Mi dimisión? —Se arrimó a la mesa y echó un vistazo a los papeles. Seguía riendo tanto que la barriga le temblaba. Vanessa también empezó a reírse con él—. ¿Crees que voy a irme y a dejar al cargo al pardillo de Pouler, porque tú lo mandes?

—Exactamente.

Al empezar a leer, se le cortó la risa, igual que a Vanessa, que la cambió por una sonrisa mientras se hacía a un lado. Esa era la parte que más le gustaba: cuando el otro perdía el control.

—Estás como una puta cabra si crees que voy a firmar esto —dijo Bob—. Ni pensarlo.

Vanessa se apartó un poco más, sin borrar la sonrisa.

—Sigue leyendo, Bob. Fíjate bien en la última página. Así lo tendrás todo claro, te lo prometo.

Bob miró de nuevo hacia los papeles y pasó a la última página. Era una carta de despedida para su esposa, con su propio membrete. La falsificación era perfecta, incluso le habían copiado la letra y estaba tan bien hecha que por un instante dudó de haberla escrito él en algún momento.

La carta decía que se iba de Florida con otra mujer. Hablaba con una sinceridad desgarradora sobre el cáncer y lo que le repugnaba. Después, decía muchas otras cosas que siempre había querido decir y que solo le había contado a una persona. Penny. A Bob se le nubló la vista y arrojó los papeles con furia.

—Nadie se va a creer esta basura.

—Claro que sí, en cuanto hablen con Penny y les corrobore la historia.

Dio otro paso para atrás y Bob comenzó a temblar de pura rabia.

—Zorra, tú no sabes quién soy yo. Conozco a gente muy importante. ¿Crees que por haberme pillado con una puta en un motel puedes hacer conmigo lo que quieras? ¿O porque alguien de los muelles se fuera de la lengua y te contara lo de mis trapicheos? Eso no te vale de nada contra mí. Bob Kane estuvo en las huelgas de 2012 y se enfrentó al presidente de Estados Unidos. ¿Y sabes qué? Ahora él está en su casa y yo sigo aquí. Los sindicatos están de mi parte. Yo soy quien tiene el poder y tú no tienes ni puta idea de con quién te estás metiendo.

Vanessa escuchó impertérrita al capataz, sin dejar de sonreír. Había estado esperando ese estallido.

—Sé muy bien con quién estoy hablando, Bob. —Borró la sonrisa—. Con otro gilipollas con la boca grande... seguramente para compensar otras carencias.

—Zorra.

Entonces, se abalanzó sobre Vanessa, que solo tuvo que ponerse detrás de la cama para esquivarlo. En ese mismo instante, se abrió la puerta del baño y, sin que Bob tuviera apenas tiempo de reaccionar, una figura delgada y encapuchada entró en la habitación levantando una pistola con un tubo plateado en el cañón. El hombre hizo un solo disparo silenciado y el proyectil entró en la cabeza de Bob justo por encima de la oreja izquierda. La bala siguió rebotando en el cráneo de Bob sin orificio de salida ni sacudida por la onda expansiva ni sangre. El antiguo capataz de embarques siguió de pie, mirando fijamente los ojos azules y tormentosos de Vanessa. Al principio pareció sorprendido y luego desconcertado. No había comprendido todavía que acababa de morir.

Vanessa lo observó con una fascinación que dio paso a la decepción en cuanto el cuerpo de Bob se desplomó a los pies de la cama, como un montón de ropa. El hombre de la pistola del calibre .22 desenroscó el silenciador y guardó las dos cosas en los bolsillos de la sudadera.

—No entiendo por qué te gusta jugar de esta forma con los muertos, Vanessa. Ya sabías que no iba a firmar.

Era un hombre menudo. Se agachó y empezó a recoger los papeles que había tirados por el suelo.

—Me gusta dar a la gente el beneficio de la duda.

—Y siempre te decepciona.

—Tú no, Chon.

—Deberías añadir «todavía».

—Qué pesimista eres, Chon.

—Soy realista. Y la realidad es que acabamos de perder un tiempo precioso con este asunto. Yo acabaré aquí, falsificaré las firmas y revolveré la habitación para que parezca que hubo una pelea. Tú márchate. Vuelve a casa y deja que lo haga como quería desde el principio. No tendrías que haber...

—¡Mierda! —Vanessa gritó tanto que lo sobresaltó.

Chon echó mano a la pistola que llevaba en el bolsillo, miró hacia atrás y por toda la habitación, pero no vio nada. Cuando volvió a fijarse en Vanessa, se le escapó un suspiro. Estaba mirando una salpicadura de sangre del tamaño de una mariquita que había terminado en la pernera del pantalón.

—No voy a poder quitar esta mancha. Joder. Por algo dije que nada de armas ni de sangre.

—¿Lo dijiste por la ropa?

Vanessa lo fulminó con la mirada y Chon se limitó a sacudir la cabeza. Después de echar un vistazo por la habitación, Vanessa descubrió la botella de soda que había en la coccinilla.

—Ha habido suerte. —La cogió y fue renqueando hacia el baño, como si la hubieran disparado a ella, con cuidado de que el puntito rojo no empezara a extenderse y empapara la tela.

—Vanessa, tenemos que concentrarnos en esto de aquí.

—Solo será un momento.

—Con el debido respeto, Vanessa, yo...

Se giró hacia él.

—Ya basta, Chon. No voy a consentir que me des órdenes. Trabajas para mí, así que llama a esos moteros amigos tuyos y asegúrate de que están cumpliendo su parte, pero no te metas en lo que hago yo con la mía.

—Los Chacales no van a fallar, Vanessa. Puedes estar tranquila.

—Más les vale.

—Bracken y sus hombres siempre han estado a la altura, y más en algo de este calibre.

—Deberías añadir «todavía», Chon.

Chon se mordió el labio, pero no dijo nada.

—Muy bien —Vanessa retomó la palabra—. Haz esa llamada y deja la habitación como mejor te parezca. Yo voy al repugnante cuarto de baño para intentar quitar esta mancha antes de que me dé un infarto. ¿Estamos de acuerdo?

Chon no estaba convencido, pero sabía que no había más que hablar. Asintió.

—Claro, Vanessa. ¿Eso es todo?

—No —dijo, solo por llevarle la contraria.

—¿Qué más quieres?

Vanessa no quería nada más, así que soltó lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Me encantan estos pantalones.

Cerró de un portazo la puerta del baño y Chon se quedó mirando perplejo unos segundos en esa dirección. Luego, sacó unos guantes de látex y se puso manos a la obra.

Vanessa se sentó en el retrete, echó soda en otra toalla de mano y trató de empapar con ella la mancha de sangre.

—Estos pantalones me han costado seiscientos dólares. Mierda. Por mucho dinero que tenga, seiscientos dólares no se tiran a la basura, ¿no te parece?

En la bañera había sentada una muchacha menuda y pelirroja, medio desnuda y con los ojos hinchados. No dijo nada.

—Pues no, no se tiran. —Vanessa respondió por ella, mientras daba unos toquecitos sobre la sangre con la toalla—. El secreto es no frotar. Hay que dejar que empape... Pero la sangre es

muy complicada de quitar. Acabo de hacer picadillo seiscientos dólares. —Hizo lo que pudo por quitar la mancha, pero acabó dándose por vencida y tiró la toalla al lavabo, con un resoplido—. Gilipollas —dijo, y levantó el dedo corazón hacia la puerta.

La chica de la bañera siguió sin decir nada. Para no moverse, trató de apretar las rodillas contra el pecho, pero no llevaba puestos más que unos pantis y un picardías barato, y estaba helada. Con el miedo que le corría por las venas y el frío de la cerámica en la que estaba sentada, no podía parar de temblar. Vanessa apoyó los codos en las rodillas y el pelo le cayó sobre la cara; no se oía más que el castañetear de dientes y ese sonido la devolvió al presente. Se retiró el pelo detrás de la oreja y se giró hacia la chica.

—Te llaman Penny, ¿verdad? ¿Eso es el diminutivo de Penelope?

La joven asintió.

—Habla conmigo, Penny.

—Sí. —Apenas se la oía—. Así se llama mi abuela.

—Es mejor que Penny. Para ser puta, me refiero. —Vanessa pareció pensar en algo—. La verdad es que no hay peor nombre que Penny para una chica que folla por dinero.

Penny consiguió sacar un hilo de voz.

—No soy prostituta, señora, yo...

Tenía los labios amoratados. Vanessa le puso un dedo encima y sacudió la cabeza.

—Escucha, cariño, lo entiendo. Los jóvenes de tu edad no regalan nada, mientras que los hombres casados nunca preguntan por el precio. Cualquier chica con un buen par de tetas y medio cerebro sabe echar cuentas. En algún momento, todas nos hemos planteado seguir ese camino, te lo aseguro. —Vanessa se incorporó y juntó los pechos con los brazos, mirándose el escote como si fuera más una carga que una bendición. Después, volvió a sentarse con los codos sobre las rodillas—. Sin embargo, no todas lo hemos seguido. Lo inteligente es conseguir que sigan nuestras reglas. Enséñales a los chicos lo que puedes hacer sin ellos. Abre tú la puerta, págate tus copas y la cena. Algo así los deja descolocados, les rompe los esquemas y devuelve el poder a quien le corresponde. Si haces eso —dijo Vanessa, deslizando un dedo bajo el tirante negro del salto de cama—, terminarás llevando pantalones de seiscientos dólares en lugar de lencería cutre de Target.

Soltó la tira elástica que chasqueó contra la piel desnuda de la chica.

—¿Lo comprendes, Penny? —Vanessa se inclinó para mirarla a la cara y suspiró con decepción—. Ya veo que no... No hay muchas putas que lo entiendan, pero a ti voy a darte el beneficio de la duda. Yo no estoy tan cansada como mi hombre. —Bajó la voz—. ¿Quieres pasarte la vida tiritando en una bañera mientras cabrones como Bob Kane te degradan? ¿De verdad es lo que quieres?

La chica no dijo nada.

—Respóndeme, Penny.

—No, señora.

—Entonces, esta puede ser tu oportunidad de cambiar las cosas. Mi regalo.

La chica miró a Vanessa, pero enseguida hundió otra vez la mirada en la bañera.

—Te voy a contar qué es lo que va a pasar. Estarás aquí sentada un rato más, mientras mi amigo lo arregla todo en el otro lado. Te está montando el escenario. En una hora más o menos, cogerás el teléfono del motel y llamarás a la policía. Nosotros estaremos escuchando, así que

sabré cuándo llamas y a quién. El meollo de la historia que vas a contarle a la policía es que el gilipollas de tu novio (que, por cierto, te llamó «zorrita» y «puta» en solo diez minutos de conversación) iba a abandonar a su mujer, a dejar el trabajo y a huir contigo para ser felices para siempre. Sin embargo, nada más registraros en el motel, tres o cuatro hombres os estuvieron molestando a los dos tortolitos en el aparcamiento. Eran unos tipos corrientes, sin nada especial. Al final, Bob dio una mala contestación y estalló una pelea. Tú echaste a correr y te encerraste en el baño, pero uno de los matones os siguió a Bob y a ti hasta la habitación y le pegó un tiro. Después, se asustaron y salieron huyendo. Los detalles te los dejo a ti, eres una chica lista. Los polis de aquí se tragarán lo que les digas, te lo prometo, no tienen demasiadas luces.

—¿Y si no es así? ¿Qué pasa si no me creen? —Penny tenía esperanzas y la voz se parecía más a la de siempre.

—Penny, le he dicho a mi amigo el de la pistola que te las apañaría. ¿Puedes o no? ¿Lo conseguirás o tengo que decirle que estaba equivocada?

—Sí, señora. —Había dejado de temblar.

—Buena chica, odio equivocarme. Sigamos. Cuando te dejen marchar, tendrás que lidiar con algunas consecuencias, pero podrás superarlo. Cuando las cosas se tranquilicen, el resto irá rodado y lo que hagas después será cosa tuya. —Vanessa volvió a inclinarse hacia ella—. De todas formas, yo te recomendaría que volvieras a Carolina del Norte y que terminaras el grado de Inglés en la universidad de los Apalaches para que tu abuela se sienta orgullosa. Es un encanto de señora, por cierto, igual que su perro. Qué ternura, las ancianas y sus perritos, ¿verdad?

Penny perdió el color y le costaba respirar.

—¿Nos vamos entendiendo?

Penny asintió bruscamente, apretando los ojos con fuerza.

—Abre los ojos y contéstame bien.

—Sí, señora, lo entiendo.

—Estupendo, porque si la fastidias... —Vanessa agarró a Penny de la barbilla y la obligó a girar la cabeza para mirarla a los ojos—. Si la fastidias, te confieso que no creo en las nuevas oportunidades ni en ser clemente con quien no lo merece. Sé dónde vives, Pen, y también sé dónde viven tus padres, Ron y Sabrina. Sé a qué colegio de educación especial va tu hermano pequeño y lo fácil que es entrar. Sería terrible ver sufrir a tu familia por ser incapaz de seguir un buen consejo.

—La entiendo, señora. Lo haré bien.

—Qué alegría oírte decir eso. —Vanessa le soltó la cara, se levantó y le dejó encima la ropa que había doblado con cuidado en el lavabo—. Vístete y empieza a ensayar lo que vas a decirle a la policía. Y recuerda...

Sonó un teléfono.

—Disculpa un momento.

Sacó el móvil del bolsillo y leyó la pantalla, mientras Penny apretaba la ropa contra el pecho. Vanessa torció el gesto.

—Esto no puede ser verdad. —Dio unos toques en la pantalla y se acercó el teléfono al oído—. ¿Qué es lo que quieres, Carroza?

—¿Qué tal, Bessie May? Ha pasado mucho tiempo.

—No me llamo así desde hace más de seis años, ya lo sabes. Te lo repito: ¿qué quieres?

—Tienes que venir a casa.

—Ya estoy en casa.

—No, hermanita. Tienes que volver a tu casa de verdad.

—¿Y por qué leches iba yo a hacer eso?

—Porque JoJo está muerto. Lo han ahogado. Le sujetaron la cabeza bajo el agua, como a un gato callejero.

Vanessa se quedó callada y sin soltar el teléfono, esperando a que llegara el resto.

—Bessie May, ¿estás ahí?

—Te he dicho que ya no me llamo así. —A Vanessa se le escapó tan fácilmente el acento de Georgia que casi no reconoció su propia voz.

—Usa el nombre que te dé la gana por allá abajo, qué más da. Tienes que venir a casa, y no se hable más. Verás, mi chico y los descerebrados de sus amigos tuvieron la gran idea de ir a robar a unas viejas glorias del norte de Georgia.

Ahí, fue Vanessa la que se quedó sin aire y apretó tan fuerte el teléfono que habría podido aplastarlo.

—Los mismos pájaros de los que hablaste con mamá hace un par de meses. ¿A que la cosa se pone interesante? Ya sabes que mi chico no tenía cerebro y pelotas, menos todavía. Si fue allí, es porque debió de pensar que sería pan comido. ¿Me escuchas, Bessie May?

—Sí, estoy aquí.

—¿De dónde crees que sacaría esa idea?

—¿Qué me quieres decir?

—Ya te lo he dicho, ven a casa echando leches.

—¿Cómo ha sido?

—Te lo contaré todo cuando llegues.

—Vale, dame un par de días.

—El funeral es...

Vanessa colgó y se quedó en silencio. Después de dejar el teléfono junto al lavabo, miró hacia el techo y esperó a que la luz verde del detector de humo parpadeara veinte veces antes de soltar un largo y enfurecido suspiro. Miró a Penny:

—Por casualidad, ¿no tendrás un cigarrillo?

6

LA FINCA

El móvil que Clayton tenía reservado para asuntos privados sonó tras un par de días de soporífero papeleo entre las cuatro paredes de la oficina del *sheriff* de McFalls County. Según le dijo Mike, los contactos de Florida ya habían cruzado la frontera del estado y se acercaban al norte. Pasó lo que quedaba del día mirando por la ventana y sacando brillo al arma y, cuando llegó la hora, dejó los expedientes sobre la mesa del ayudante, Darby Ellis. Antes de salir, pensó en llamar a Kate e incluso llevó la mano hacia el teléfono del escritorio, pero lo que agarró fue el Colt. Con el revólver en la funda, cogió el sombrero y la chaqueta del perchero y salió de la oficina sin despedirse de nadie.

La puerta se cerró a su espalda, bajo la atenta mirada de Cricket. La recepcionista de la oficina y única coordinadora del condado se giró hacia Ellis y le susurró, como si no estuvieran solos:

—¿Crees que lo recuperaremos? Ya sabes a qué me refiero, si volverá a ser el que era.

—No tengo ni idea. Ojalá lo supiera.

El joven y musculoso ayudante del *sheriff* se sentó a su lado.

—La verdad es que está empeorando. ¿Notaste cómo olía al llegar? Está bebiendo otra vez desde primera hora de la mañana. —Cricket se recolocó las gafas en la nariz—. Ayer, llevaba las botas y los pantalones llenos de barro del estanque. Me tiré casi toda la mañana limpiando el rastro que dejaba por donde pasaba y creo que ni siquiera se daba cuenta. Ojalá supiera cómo ayudarlo.

Darby cogió a Cricket de la mano.

—Tengo la misma sensación, pero la única persona que puede salvar a Clayton es él mismo. Los demás no podemos hacer otra cosa que estar ahí.

Cricket le lanzó una mirada que dejaba claro que no le gustaba la respuesta. Su relación con el *sheriff* no era una simple relación entre jefe y empleada. Se preocupaba por él y le importaba. Ni mucho menos estaba enamorada, pero se sentía fuertemente unida al hombre que le salvó la vida. Aquel día, Halford Burroughs la amenazó a ella con volarle la tapa de los sesos, se vio atrapada en el centro de la tormenta que obligó a Clayton a disparar a su hermano, y en cierta medida se responsabilizaba de lo que le sucedía ahora. Clayton no tenía el monopolio de la culpa y del dolor, en McFalls County había más que de sobra de las dos cosas y le enfermaba ver cargando con todo el peso al hombre al que deberían tratar como un héroe por lo que tuvo que hacer.

—El otro día, estuve charlando con Kate —continuó—. Me acerqué a ver al niño. Dijo que Clayton nunca estaba en casa y no tuve valor de decirle que tampoco está mucho por aquí. ¿Dónde pasará el día?

—En Burnt Hickory, imagino. O puede que en el Lucky's. No tengo ni idea, Cricket, ya te lo he dicho.

Cricket apartó la mano y se sentó bien en la silla.

—Tal vez deberías seguirlo, Darby. Sería conveniente cerciorarnos de que las cosas están bien.

Darby se subió levemente el sombrero.

—Cricket, hubo un tiempo en el que habría seguido a ese hombre hasta el infierno, si hubiera hecho falta. Sabes que es cierto, porque lo hice. Pero allí adonde va ahora no te gustaría verme, te lo aseguro.

Cricket no se molestó en disimular cuánto le fastidiaba también esa respuesta y volvió a afanarse con un informe. Darby siguió sentado, viendo cómo construía un muro de silencio entre ambos. Al rato, se levantó con un resoplido, fue hacia la puerta y cogió el abrigo del mismo perchero que Clayton.

—Voy a por un café que se pueda beber. ¿Te traigo otro?

—No. —Cricket no apartó la vista de la pantalla.

—Vale, ¿nos vemos luego?

Cricket no se molestó en responder. Darby sacudió la cabeza y se puso el chaquetón.

—Como quieras.

Clayton montó en el Bronco y tomó Main Street rumbo al norte, hacia lo alto de Bull Mountain. De camino, tendría que pasar por Burnt Hickory y eso le hizo recordar al chico al que había dado una paliza el día anterior. Se había sobrepasado, lo sabía, y era por culpa del *whisky*. De no haber llevado tanto en el cuerpo, no habría caído en las provocaciones de ese pelagatos. Pensarlo le dio ganas de beber un trago y se odió por ello. Resistió la tentación de coger el botellín lleno de *bourbon* que llevaba debajo del asiento y, a cambio, sacó una cajetilla de Camel del bolsillo de la camisa. Fumó un cigarrillo detrás de otro durante los cuarenta y cinco minutos que duró el viaje y tiró todas las colillas por la ventanilla; primero, al asfalto y, cuando se terminó el asfalto, a la gravilla del camino que llevaba directamente hasta la casa de su padre o «la finca Burroughs», como se llamaba ahora. La última vez que subió hasta allí terminó bastante mal. Halford le aclaró a puñetazos que no era bien recibido. Ahora, sin embargo, iba de invitado.

«El rey ha muerto. Larga vida al rey». Por primera vez en toda su vida, comprendía el verdadero sentido de aquella expresión. Clayton acababa de ponerse otro pitillo entre los labios, cuando chisporrotearon interferencias por la radio y sonó la tímida voz de Cricket.

—¿*Sheriff*? Responda, por favor.

Clayton encendió el cigarrillo y esperó a que Cricket volviera a llamarlo para coger el transmisor.

—¿Qué pasa, Cricket?

Interferencias.

—Ha llegado un aviso. Al parecer, sale un olor pestilente de una caravana. Es en el número 1.128 de White Bluff Road.

—¿Pestilente?

—Así lo han descrito, señor. Según la persona que dio el aviso, olía a una mezcla de amoníaco y... orín de gato. Eso es lo que dijo.

—¿Y quién ha llamado?

—Reba Brown, señor. Dijo que el olor era tan fuerte que le lloraban los ojos.

Interferencias.

«Mierda». Clayton estiró el cable espiral tanto como pudo y se frotó la frente con el transmisor... Otra vez le dolía la cabeza como si fuera a estallar. Cuando Cricket lo llamó de nuevo, tiró la colilla y pulsó el botón del micrófono.

—Que se encargue Darby.

Interferencias.

—Señor, el 1.128 de White Bluff Road es la residencia de los Cole.

—Ya lo sé, Cricket. ¿Adónde quieres llegar? —En realidad, ya lo sabía.

—*Sheriff*, no quiero parecer irrespetuosa, pero si Sonny Cole se encuentra allí, ¿cree que Darby está preparado para ocuparse de él?

—Es el ayudante del *sheriff* de McFalls County, ¿no?

—Sí, señor, pero aun así...

Clayton ya veía la finca.

—Cricket, no pago a ese chico para que pase el día levantando pesas o coqueteando contigo en la oficina. Tendrá que ganarse el sueldo de alguna manera. Vamos, pásale el aviso.

Interferencias.

—Sí, señor.

Clayton esperó a que Darby respondiera. Sabía que estaría escuchando. Cuando lo oyó, se acercó al salpicadero y apagó la radio.

En cuanto el bosquecillo que flanqueaba el camino de tierra pisada se abrió en un claro, apareció un chico. Estaba en los huesos, llevaba una camisa de franela roja y una perilla larga y despeluchada, el tipo de barba que se dejan crecer los críos cuando todavía no tienen una de verdad. Con la bota plantada sobre un enorme tocón de roble junto a la entrada principal, empezó a hablar por un *walkie*. Llevaba el rifle automático colgado de una correa de cuero al hombro y se enderezó al ver que el enorme portón comenzaba a abrirse. Clayton avanzó muy despacio hacia la entrada y saludó con la cabeza, esperando a que el Bronco pudiera pasar por el cercado de dos metros y medio de altura y concertinas que rodeaba el epicentro del delito en el norte de Georgia: la casa de su niñez. La cerca no llevaba mucho tiempo en pie. De hecho, no estaba allí la última vez que subió a la montaña. Tan pronto como el portón dejó de moverse, el joven famélico hizo señas para que avanzara y levantó la gorra al paso del Bronco.

—Puede entrar en la casa, señor Burroughs. Le están esperando —gritó, en cuanto paró el motor.

A Clayton le sorprendió que solamente hubiera un hombre (un crío, en realidad) cuidando las puertas de la propiedad.

—¿Qué haces solo aquí fuera? —le gritó él, mientras trataba de recordar dónde lo había visto antes.

—No estoy solo, señor, se lo aseguro. —Señaló hacia las cámaras de seguridad que adornaban los postes del cercado y cubrían el terreno entero. Eso también era nuevo. Clayton

recordó cuántos hombres hacían guardia cuando Halford estaba vivo. Eran docenas, un ejército de sombras dispuestas a coser a balazos al que asomara por allí, si el jefe lo ordenaba. Ahora, ocupaban su lugar un saco de huesos con un rifle y un puñado de cámaras. Cuando Halford ocupaba el trono de aquella montaña, se mantuvo fiel al viejo estilo y haciendo las cosas igual que su padre. Al parecer, sin embargo, Mike se portaba como un paleta fascinado por la tecnología... eso o eran ciertos los rumores de que las filas de Halford estaban menguando.

«A fin de cuentas, ¿por qué no iban a largarse? Aquí arriba ya no hay nada. El imperio se ha hundido».

De eso se había ocupado el propio Clayton, cuando apretó el gatillo y ejecutó al jefe.

—¡Me llaman T-Ride!

—¿Qué?

Clayton se giró hacia el chico de la puerta. El joven sonrió, sujetando la gorra entre las manos. Por fin lo había reconocido. Era el sobrino de Mike, el que estaba metido en la camioneta cuando se vieron en Burnt Hickory. Clayton se sintió avergonzado por lo que había hecho. Le abochornaba haber tratado a ese chico de aquella manera y lo que este otro le había visto hacer. Aunque, por lo que parecía, a T-Ride no le importaba demasiado. Lo miraba prácticamente deslumbrado.

—He dicho que me llamo T-Ride. Estaba en el estanque cuando...

—Sé quién eres, hijo —lo interrumpió Clayton—. ¿Cómo están tu madre y los demás?

En realidad, no le importaba. Fue una pregunta automática, igual que la respuesta del chico:

—No se pueden quejar.

—Tampoco serviría de nada.

—Eso dicen.

La puerta comenzó a cerrarse entre los dos y Clayton miró hacia las luces rojas y parpadeantes de las cámaras.

—Escucha, T-Ride. Aunque haya muchas cámaras, anda con ojo cuando estés por aquí.

—Sí, señor. —T-Ride dio un golpecito al rifle que llevaba colgado en el costado—. Pero no se preocupe, tengo las espaldas bien cubiertas.

Clayton asintió sin dejarse impresionar. Mientras bajaba de la camioneta, se quitó la placa y lanzó la estrella plateada al asiento. Esa visita era extraoficial y no quería malentendidos. Allí sabían quién era, así que no hacía falta pregonarlo. Lo que sí hizo fue acercarse al lado del acompañante y meter la mano por la ventanilla para sacar el Colt de la guantera. Con una mueca de dolor, lo guardó en la funda que llevaba en la pierna herida y echó a andar renqueando un poco, aunque había que fijarse bien para darse cuenta.

—De todas formas, ten cuidado, hijo.

—Sí, señor Burroughs. —El chico esperó a que se cerrara la puerta para sentarse sobre el tocón de la linde de la arboleda y dejó el rifle en el regazo sin borrar la sonrisa.

El sol ya había comenzado a ponerse en las tierras bajas, pero, ahí arriba, el cielo seguía siendo de un suave color mandarina por detrás de las ondas interminables de la cordillera Azul. El fuego anaranjado de la tarde arrullaba aquellas moles hasta que se dormían, difuminando sus detalles. Las crestas y barrancos habían desaparecido, y solo destacaban en la distancia aquellos enormes Goliats. Era hermoso y revelador. Ese cielo tan solo iba a durar unos minutos y era el símbolo perfecto de cómo, en ese lugar, la belleza despuntaba fugaz para ser devorada de

inmediato por una noche negra como la pez.

El patio ajardinado de entrada a la casa se había convertido en una explanada de tierra y gravilla llena de camionetas, *jeeps* y todoterrenos de color negro deslustrado o con el gris del imprimador, algunos nuevos y la mayoría viejos; unos cuantos, de hecho, parecían seguir en pie por pura terquedad o porque su dueño tenía tiempo libre en exceso. Eso ya no era un patio, sino un parque móvil para paletos. Halford había convertido la casa en una fortaleza blindada, una especie de prisión estatal en miniatura. Detectores de movimiento, cámaras y alambre de espino habían ocupado el lugar de las persianas de madera y de los columpios hechos a mano. También habían desaparecido los perros de caza que dormían la siesta en el porche y que habían cedido el puesto a unos pitbulls amaestrados atados junto a las alambradas.

Lo que era un hogar se había transformado en una base de operaciones.

Clayton se crio allí con sus hermanos, pero la finca ya no se parecía en nada al lugar que habitaba en el recuerdo. En el centro seguía la casa, un sencillo edificio de madera con tejado a dos aguas, estructura de pino y revestimiento de cedro. Había dos ventanas a cada lado de la puerta de entrada que, antes, eran las de la sala de estar. Ahora, estaban revestidas por unas gruesas planchas de acero galvanizado con bisagras y balazos. A los lados de la casa, habían construido anexos con bloques de hormigón para protegerla mejor y darle prestancia. Mientras se movía entre los coches, Clayton miró hacia el tejado. En las esquinas, habían instalado unos enormes focos de los que se utilizan en los campos de fútbol de los institutos. También se dio cuenta de que había lucecitas de cámaras de seguridad brillando por doquier, no solo en el cercado. Estaban escondidas en todas partes y de vez en cuando parpadeaban, como un enjambre de luciérnagas rojas. Buscó el banco de la fogata, donde trató de coger a Kate de la mano por primera vez. Ya no estaba. La fogata tampoco. La casita de pájaros que había colocado en un poste junto a la casa también había desaparecido. El poste seguía ahí, pero no tenía más que trozos de cinta adhesiva y cuerdas de nailon colgando. No costaba imaginar para qué lo habrían utilizado.

Cuando era niño, el aire olía a sangre y a carne de venado fresca, a harina de maíz o a pan casero en aquella época del año. Aun siendo el padre que era, Gareth siempre sacaba tiempo para reunir a los niños y cenar en familia. Pero eso también había acabado. Ahora, el aire olía a aceite para armas, a excremento de perro y a diésel. La finca había devorado el hogar de su familia, como lo haría una serpiente cabeza de cobre con un ratoncillo de campo.

Al aproximarse a la puerta, vio sobre ella una cámara que seguía todos sus movimientos. Miró fijamente el piloto, sabiendo que el color rojo servía para dar el alto, otra señal que iba a ignorar, igual que el aviso de Cricket que le iba a pasar al novato de su ayudante. Justo en el momento en que empezaba a remorderle la culpa, oyó el chasquido del cerrojo. Mecánicamente, mientras abría la puerta, rozó la empuñadura de madera del Colt con la punta de los dedos de la mano izquierda.

Nada más entrar, se limpió las botas en un pedazo raído de alfombra amarilla. La madera del suelo tenía manchas y estaba alabeada en algunas partes, pero, sorprendentemente, el piso seguía tan firme como el de su propia casa. Gareth Burroughs hacía las cosas para que duraran una eternidad. En la sala de estar, seguían los casquillos y paneles de madera originales, pero las paredes estaban desnudas y las bombillas peladas proyectaban sombras deformes envueltas en un resplandor eléctrico y ambarino. Clayton trató de buscar algún rostro conocido y enseguida localizó a Mike el Costras, que se incorporó y se quitó la gorra al verlo. Con él, había al menos

una docena de hombres más, todos con ropa del color de la paja descolorida al sol y del barro reseco. Se hizo el silencio. Apestaba a *whisky* derramado, a tabaco y a leonera. Se preguntó si Halford habría tolerado que sus hombres ensuciaran así la casa de su padre, aunque también podría haberlo facilitado él mismo, por qué no. Lo observaban, sentía las miradas clavadas encima quemándole como un sarpullido y se dio cuenta de que tenía gotas de sudor bajo el bigote cobrizo. Ya no encajaba en aquel sitio. Miró hacia la cocina con ganas de un trago, también lo observaban desde allí. El papel amarillo y añil de las paredes le trajo a la memoria una pelea a puñetazos con Buckley, el día que presentó a Kate a la familia. Clayton estuvo a punto de matar a golpes a su hermano por decir algo sobre ella que ya ni recordaba. Lo que sí recordaba era que su padre no hizo nada por detenerlos; se limitó a sonreír y a sacar a Kate de la habitación. También recordaba la repugnancia con la que miraba ella. En aquel momento, pensó que era por su padre, por haberlo permitido, pero echando la vista atrás, se dio cuenta de que quizá había sido por él, por cómo se había comportado. En cualquier caso, Kate no cenó nunca más en aquella casa.

Wallace Cobb estaba en la cocina con un hombre que le triplicaba la edad, sentado en una mesa improvisada con un tablero contrachapado y cajas de munición apiladas. Levantó la botella de cerveza para saludar a Clayton, que asintió y se llevó una botella imaginaria a los labios con la esperanza de tener pronto una como la suya. Wallace lo entendió enseguida y fue hacia el frigorífico. A medida que se adentraba en aquel nido de víboras, empezó a reconocer más caras. Allí estaba Frank Wells, un bombero local con tantos hijos que Clayton había perdido la cuenta. Con él los hermanos Rosier, que eran gemelos y los dos se llamaban Robert —no era completamente extraño al pie de la montaña—, aunque uno de ellos se hacía llamar Bobby (no sabía cuál era, seguramente nadie lo tenía claro). Solo se detuvo al ver una cara que no había visto en años y que le hizo olvidar todo lo demás: la cara enorme y contrahecha de McKenna. El Zarpas estaba sentado en un sofá ajado en el rincón más oscuro de la habitación, asustaba a los demás y no solo por su aspecto, sino por la fama de asesino despiadado; pero, aunque era capaz de atemorizar hasta al más templado, Clayton se alegró al verlo, no habían coincidido desde que se casó con Kate y antes habían sido amigos los tres. Lo conoció cuando nadie le temía y lo llamaban Nelson, mucho antes de que las décadas de mofas por una leve deficiencia o por los incestos de su familia lo convirtieran en el solitario y taciturno que era ahora. Le decían Zarpas porque una malformación de la mano izquierda hacía parecer que tuviera garras en lugar de uñas. A Clayton le resultaba un buen apodo, pero no por la mano. Su historia podía haber acabado siendo la más triste contada nunca en McFalls County, pero seguía allí, había sobrevivido. Clayton estaba convencido de que, para sobrevivir a una vida así, había que abrirse paso a zarpazos. Le tendió la mano y el hombretón se levantó para estrechársela con fuerza.

—Me alegra verte, Nelson. —Clayton dibujó una media sonrisa, pero el Zarpas no se la devolvió. Hacía mucho que no podía sonreír.

—¿Cómo está Katelyn?

—Muy bien, mejor de lo que merezco.

—¿Y el pequeño?

Clayton se encogió de hombros. Realmente, no lo sabía. El Zarpas le soltó la mano, masculló alguna cosa y volvió a sentarse en el sofá. Perdió la vista en la cerveza y Clayton dejó que la conversación terminara ahí.

El hombre que acompañaba a Wallace se llamaba Ernest Pruitt y bastaba con verlos juntos

para saber que eran parientes. Ernest pertenecía al círculo más estrecho de Gareth Burroughs cuando estaba vivo, lo que prácticamente convertía a Wallace en parte de la familia y explicaba por qué Mike casi parecía estar a sus órdenes en el estanque. Ernest le hizo un gesto con un mentón salpicado de canas y levantó el sombrero. Clayton asintió y le extrañó que aquella vieja gloria le mostrara respeto. Era la primera vez. Nunca lo habían respetado, ninguno de ellos, pero las cosas habían cambiado y se notaba. La habitación estaba como cargada de electricidad. De hecho, casi todos esos hombres lo habían amenazado de muerte en un momento u otro por ser el *sheriff* y ahora, en cambio, se quitaban el sombrero o se levantaban al verlo pasar. ¿No sabrían ya quién era? ¿O lo que hizo tiró abajo el muro que lo separaba de ellos? ¿Acaso se había convertido él también en asesino?

«No lo soy», se dijo, aunque sin estar convencido. Tenía que marcharse de allí. Fue hacia Mike.

—Clayton. —Mike estrujaba la visera de la gorra. Wallace acudió con una cerveza y Clayton la cogió sin darle las gracias.

—Venga, quiero acabar de una vez.

—De acuerdo, acompáñame.

Mike condujo a Clayton por la antigua sala de estar que siempre había presidido un enorme y ostentoso televisor y en la que ya no había más que munición apilada y un armario bien provisto de rifles. Atravesaron una puerta de roble y entraron en una habitación a la que tenía prohibido el paso cuando vivía allí. Era el despacho de su padre, el «centro de mando», como decían sus hermanos. Nada más entrar, vio a tres hombres. Estaban sentados a la izquierda de una antigua mesa de comedor de madera de roble y se levantaron en cuanto asomaron ellos por la puerta. Iban vestidos de cuero y ropa tejana, y parecían tan fuera de lugar como Clayton, aunque mucho más cómodos que él. Se quedaron en pie, a la espera de las presentaciones.

Clayton le dio la mano a un tal Moe. Era bajo y fornido, y llevaba el pelo recogido en una coleta de pelo encrespado. Fue como darle la mano a un muerto. El segundo hombre, más joven y enérgico, se presentó como Jayden Bennet. Llevaba el pelo recién cortado y parecía más un corredor de seguros disfrazado de motorista que un auténtico motero. Los dos llevaban chalecos de cuero con enormes parches para dejar claro que pertenecían al club motero de los Chacales de Jacksonville. Clayton siempre había mantenido las distancias con esa gente y ahí estaba ahora, estrechándoles la mano. No tenía claro cómo debía sentirse. De momento, necesitaba un cigarrillo. Dentro, en esa pequeña sala de reuniones, el aire estaba tan enrarecido como si hubieran ascendido otros tres mil metros de altitud y aquella presión en el pecho no hizo más que crecer cuando advirtió la mirada del tercer hombre. Era el jefe. Sacaba más de una cabeza a los demás y tenía la piel gris como cincelada en granito. En realidad, no solo era la piel, también los ojos y los labios, las uñas y hasta la tela vaquera parecían descoloridos. Alrededor de la cabeza le crecía una pelusilla gris que se fundía con las canas de la barba. Era imposible calcular su edad, podía tener lo mismo cincuenta que quinientos años y, aunque tenía arrugas, no le endulzaban ni le hacían parecer frágil ni viejo. Estaban como labradas en el rostro, igual que el agua erosiona una roca y abre surcos en la arenisca. Clayton se quedó mirando su mano un buen rato antes de apretarla y, en cuanto lo hizo, fue consciente de que había cometido un error. Si antes tenía la sensación de que no debía haber acudido a aquella casa, la sombra de aquel gigante le despejó las dudas. El hombre de piedra no le había quitado la vista de encima desde que entró en la habitación. Seguro que lo veía como el conejito asustado que era para su padre y eso iba a

costarle la vida. El sudor que le cubría el labio se extendió y ahora le sudaban también la frente y el cuello. Empezó a ver estrellas por los flancos y pensó que iba a desmayarse.

«Qué cojones estás haciendo, Clayton. Contrólate. Esta es la casa de tu padre y tú eres el *sheriff* del condado. No te pueden hacer esto. No puedes consentirlo».

El hombre de piedra tomó la palabra.

—Señor Burroughs, me llamo Bracken Leek. Soy el presidente de los Chacales en la ciudad de Jacksonville. También soy amigo de la familia.

Con todo lo trágico que podía resultar, le hizo gracia ver lo pequeña que parecía su mano recogida dentro de la de Bracken. El gigante habría podido cerrar los dedos y triturarle los huesos sin problema. Pero no pasó. Lo que hizo fue estrecharle la mano con firmeza y sostenerla el tiempo suficiente para que Clayton sintiera el calor que desprendía la piedra. Entonces, le soltó.

—Llámame *sheriff*. Sé quién eres, Leek.

—No lo dudaba... *sheriff*.

—Bueno, ¿qué es lo que queréis?

—¿Por qué no nos sentamos? —Mike los interrumpió para indicarles que tomaran asiento y señaló con discreción la silla de la cabecera, cuando Clayton fue a sentarse en el otro lado de la mesa. Al descansar el peso de la pierna izquierda, no logró disimular el alivio y a nadie se le escapó. Lo que solo Mike fue capaz de advertir fue la extraña mezcla de emociones que comenzó a agitarlo por dentro. Estaba sentado en la misma silla que habían ocupado su hermano Halford y su padre Gareth antes que él. La misma desde la que el abuelo Cooper dirigió el imperio de los Burroughs antes que ellos. Eso le llenó el pecho de un ardor con el que no estaba familiarizado o que no pudo identificar en un primer momento. Nadie piensa que haya algo más importante que el dinero, o incluso que el amor, hasta que le toca sentarse a la cabecera de una mesa así y descubre el poder. Ese calor era el suyo y le asustó tanto como la muerte. Mike no pudo evitar una sonrisa cuando Clayton se quitó el sombrero y lo dejó sobre la mesa, como si aquel sitio le perteneciera. Se echó sobre la mesa y repitió la pregunta:

—Y ahora decidme, ¿qué es lo que queréis?

7

VÍA DE SERVICIO, 19

—Recibido. —El ayudante Darby Ellis devolvió a su sitio el transmisor y dio media vuelta al Crown Vic de 2002, con cuidado de no acabar en las cunetas que flanqueaban la carretera. Dio gracias a Dios. Cuando recibió la llamada de Cricket, hacía pocos kilómetros que seguía al jefe y prefería ir a cualquier sitio antes que continuar en la misma dirección que Clayton.

Habían dado aviso de una posible cocina de droga en White Bluff Road. «Posible, y una leche». Darby sabía muy bien lo que se cocía allí. De todas formas, le gustaba más saber con qué iba a tener que vérselas. Sonny Cole era un delincuente de poca monta, un muerto de hambre que había pasado la mayor parte de su vida entrando y saliendo de la cárcel, dejando prácticamente abandonados a su mujer y a su hijo. Para darse cuenta, bastaba con ver la caravana en la que vivían. En algún momento, la pintura debió de ser de color blanco o beis, pero en cada centímetro cuadrado había acumulada una década de moho que la teñía de verde mortecino. No había ningún coche aparcado al lado, aunque eso no quería decir nada. Que supiera Darby, Sonny nunca había tenido coche. Había mejores cosas en las que gastar el dinero de la familia, como licor, cerveza y meta. Acercó el Crown Vic a la entrada y apagó el motor. Al salir, se puso el sombrero, un Stetson nuevecito y todavía rígido que le daba una agradable sensación de autoridad. Darby había querido ser policía desde que tenía uso de razón y todavía no había asimilado del todo que lo había conseguido. Comprobó que la camisa estaba bien metida por dentro del pantalón y, con el gesto, rozó las esposas que le colgaban del cinturón. Con la mano levemente por encima del Glock 27, llamó a la puerta de plexiglás de la caravana, pero nadie respondió. Insistió. El olor a amoníaco era tan intenso que empezaron a llorarle los ojos. Miró hacia una bicicleta BMX llena de pegatinas que había tirada junto a los peldaños de entrada y las rodadas recientes que terminaban en la rueda trasera. Le ardían los ojos.

«¿Quién sería tan gilipollas de hacer algo así en la casa donde vive con su hijo?».

Darby ya lo sabía. Precisamente, estaba en la puerta de uno de esos gilipollas. Cruzó los dedos para que no les hubiera pasado nada a la mujer y al chico. La bicicleta era de Reggie, el hijo de Sonny, pero con suerte habría salido de casa. Darby pulsó el botón de la radio que llevaba al hombro.

—Cricket, no responden cuando llamo a la puerta, pero este lugar apesta. Voy a echar un vistazo. Me pondré en contacto cada cinco minutos.

Interferencias.

—Recibido, Darby. Cinco minutos. Ten cuidado.

—Caramba, ¿te preocupas por mí? Me has dado una alegría, pero tranquila, terminaré enseguida. Luego, vamos al Lucky's y me demuestras lo mucho que te importo con una buena *pizza* delante.

—Tú concéntrate en lo tuyo, Darby. Y recuerda informar cada cinco minutos.

—Sí, señora.

El ayudante Ellis bajó el escalón de ladrillo, desenfundó el arma y rodeó la caravana, pasando por encima de un eje oxidado y salvando excrementos de perro. Con la mano libre, se cubrió la nariz y la boca para tratar de protegerse del olor penetrante de los productos químicos y las heces. El aire estaba cargado y lleno de polvo, pero a unos veinte metros de distancia se distinguía una especie de cobertizo, una chabola hecha con chapas de acero y tableros de aglomerado. Sobre la puerta, había colgados un fluorescente y un cable alargador de color naranja que se abría paso entre la hierba para desaparecer detrás de la caravana. Darby sacudió la cabeza y se frotó los ojos. El cobertizo era una cocina al aire libre y, por lo que parecía, a Sonny Cole le daba igual quién se enterase, porque la tenía en marcha a plena luz del día. Dentro, intuyó a dos hombres en calzoncillos y con máscaras de gas que pasaban algo de una enorme garrafa de plástico a un bidón todavía mayor. Siguió frotándose los ojos, mientras los veía dejar la garrafa en el suelo. No tardó en darse cuenta de que no eran hombres, sino unos chiquillos... apenas unos niños. Aquel no era Sonny Cole, sino su hijo Reggie con otro chico que parecía de la misma edad.

—Hijo de perra —susurró, y volvió a guardar el Glock en la funda—. No son más que unos críos.

Echó mano al transmisor que llevaba en el hombro, pero se quedó petrificado al oír que alguien cargaba una escopeta.

—Aparta las manos de la radio, chaval, y súbelas, si no quieres que vuele por los aires esa cabecita rubia que tienes.

Darby levantó las manos, aunque antes pulsó un pequeño botón de color naranja que había en un lado del transmisor. La llamada de emergencia pasaría directamente a la central y, de ahí, al *sheriff*.

—Sonny, escucha...

—Chist. Ni una palabra más. Te lo digo en serio. Ahora, mueve el culo hasta que yo te diga. Vacilante, Darby dio un paso atrás.

—Eso es, tú no pares. Venga.

Darby dio un paso más, luego otro, y otro más, hasta que dobló otra vez la esquina de la caravana y dejó de ver el cobertizo. Entonces, sintió un tubo de metal contra la espalda y le dio un vuelco el corazón.

—¿Lo notas? Da la vuelta muy despacio y deja las manos donde yo pueda verlas.

Darby dio media vuelta y bajó las manos unos centímetros. Sonny apoyó la escopeta contra el hombro.

—Sube las manos, joder. Déjalas donde estaban.

—Sonny, ahora soy el ayudante del *sheriff*. Esto no te conviene.

El hombre avanzó y le puso el cañón de la escopeta en la cara.

—¿No acabo de decir que te calles?

Con los ojos cerrados y gesto compungido, dejó que Sonny lo mirara de arriba abajo, hasta

que se fijó en la placa de ayudante. Rompió a reír y bajó ligeramente el cañón.

—Vaya, vaya, mira eso. Así que Clayton ha nombrado ayudante a este mocoso engreído. Debe de estar tan jodido como me habían dicho.

Darby abrió los ojos muy despacio. Sonny Cole estaba tan flaco como un poste eléctrico y miraba a Darby con unas gafas baratas de natación. No bajó más el arma. Iba descamisado, solo vestía unos pantalones Levi's sucios y botas militares; llevaba la cabeza rapada y reluciente, y un mosaico de tatuajes carcelarios en negro y azul. De no ser negro, habría pasado por un *skinhead*... camino de la piscina.

—Escucha, Sonny, no ando buscando problemas, pero soy representante de la ley y no puedo permitir que esos críos continúen con lo que están haciendo.

Sonny seguía sosteniendo el cañón de la Remington del calibre .20 a poco más de un palmo del pecho de Darby y este mantuvo las manos a la vista.

—Yo diría que te buscaste problemas en el momento en que decidiste venir aquí, como si tuvieras derecho a entrometerte en lo que hago o dejo de hacer en mi propiedad.

—Sonny, tu hijo está cocinando meta ahí detrás. ¿Cuántos años tiene? ¿Trece? Visto lo que hay, sí debo entrometerme en lo que le dejas hacer al chico. Además, ya sabes que apuntarme con un arma te llevará otra vez a la sombra... y seguro que por mucho tiempo.

Sonny se movía nervioso en el sitio, apretando y rechinando los dientes. Tras las gafas de plástico, sus ojos parecían dos pequeños agujeros de color negro. Por un segundo, fue como si hubiera olvidado qué hacía o lo que estaba pasando.

—Sonny, ¿por qué no bajas el arma y acabamos con esto antes de que sea tarde? —Darby habló con un tono más conciliador esta vez—. No pretendo meteros en líos. Solo quiero que las cosas sigan en paz.

Sonny se mordió el labio y siguió agitándose, hasta que se le aclararon las ideas.

—¿En paz? ¿Te crees que soy tonto? Me parece que has visto demasiadas reposiciones de *La ley del revólver*. Por aquí las cosas nunca han estado en paz y esa placa no significa nada. Tu jefe, el *sheriff*, lo sabe mejor que nadie. ¿Por qué no sigues tu camino, mueves ese culo blanco hasta el nido de mierda de ahí arriba y te largas de mi propiedad antes de que...?

Detrás de la caravana estallaron unos gritos que los sobresaltaron. Darby echó a correr hacia el cobertizo y Sonny se quedó un instante desorientado. Gritaban, ¡los llamaban a ellos! Reggie les salió al paso con una máscara de gas en la mano. Al otro chico no se le veía por ningún lado, pero de la puerta salió un fogonazo y después, más alaridos. Cuando asomó el muchacho, lo estaban devorando las llamas. Apenas logró dar unos pasos fuera del cobertizo antes de caer desplomado de rodillas al suelo. Darby se acercó a Reggie, pero la explosión lo lanzó por los aires y todo se volvió blanco y, luego... negro.

8

POMPAS FÚNEBRES MEADOWS A LAS AFUERAS DE BONEVILLE (GEORGIA)

—¿De verdad dejaron el cadáver de JoJo en la puerta de casa?

—Por lo que he oído, lo encontraron en el porche y a plena luz del día.

—Hacen falta pelotas.

—Pelotas no. Hay que estar mal de la cabeza.

—Desde luego. Le dieron una paliza al hijo del Carroza y lo tiraron como si fuera la mierda de un perro. Los que lo hicieron lo tienen negro como el betún.

—Esa boca, Donnie. A ver si te salto los piños.

—No te mosquees, Tate. Eres un finolis. Solo es una manera de hablar.

—Y tú un racista, gilipollas.

Carroza Viner fulminó con la mirada a sus primos, Donnie y Tate.

—¿Por qué no bajáis la voz y mostráis un poco de respeto?

Los dos dejaron la conversación y trataron de aparentar que la muerte de JoJo les conmovía, aunque nunca lo habían apreciado mucho. La verdad es que ni siquiera el padre tragaba a ese fanfarrón. Si alguien le hubiera dicho que había ido a la luna, JoJo habría respondido que él ya la había visitado dos veces. Sacaba a todo el mundo de sus casillas y se sabía que iba a terminar así tarde o temprano. También le habían dicho que no se acercara al norte de Georgia, pero era incapaz de hacer caso a nadie. Ahora, el único hijo del Carroza estaba muerto y había que poner cara de circunstancias, porque además también era el único nieto de Twyla, así que lo mejor era callarse lo que pensaban.

—Lo siento, Carroza. No quería faltáros al respeto.

—Me da igual cuál fuera la intención, Donnie. —El Carroza bebió de una petaca de plata y se frotó la nariz—. La próxima vez que digas algo racista delante de Tate, dejaré que te muela a palos, aunque estemos en la iglesia. Ahora, discúlpate también con él sin alzar la voz y cierra esa boca de una vez.

Donnie hundió la vista en las botas de trabajo y se frotó los pies. El Carroza se inclinó hacia él, esperando a que hablara.

—Lo siento.

—He dicho que te disculpes con él, no conmigo.

Donnie se giró hacia Tate.

—Perdona.

Tate se sentó bien derecho sobre el banco, cruzó los brazos e hinchó el pecho. Le gustó tener al Carroza de su parte por una vez, aunque conocía a poca gente que dijera «negrata» tantas veces por minuto como él.

—Vale, acepto las disculpas.

El Carroza volvió a recostarse y bostezó. Ninguno de los presentes dijo nada cuando el predicador pronunció el panegírico. Insistió en que la muerte había puesto fin al sufrimiento de JoJo y, en respuesta, se movieron algunas cabezas para darle la razón, como si fueran títeres. Sin embargo, el Carroza se limitó a acariciarse la perilla de pelo blanco y rubio, y volvió a bostezar. Sabía que esa majadería de las recompensas que nos esperan en el más allá no valía más que un montón de estiércol. Al morir, se acababa todo. Se estaba muerto y punto final. Quien sostuviera otra cosa no era más que un bobo tratando de dar sentido a una vacua existencia.

El predicador era obeso, llevaba una camisa de color azul claro con cercos oscuros de sudor en las axilas y no paraba de secarse la frente. Parecía más preocupado por no decir lo que no debía ante la familia del difunto que por su alma eterna, así que seguía a pies juntillas el guion que utilizaba siempre que le pagaban por sus servicios. Era un predicador de cereales que no eran más que azúcar y caries dental, pero presentados en una bonita caja para parecer buenos y saludables. Al Carroza le asqueaba todo aquello. No había entrado en una iglesia desde el colegio y estaba deseando irse, sin importarle el motivo por el que estaba allí. Alrededor del sencillo ataúd de madera en el que descansaba el cuerpo de su hijo, había tantas flores de plástico como para llenar el contenedor de basura de detrás de la iglesia y el Carroza se iba a asegurar en persona de que fueran todas a parar allí en cuanto terminara aquel circo. No quería que esa basura acabara en su casa.

Se hundió en el incómodo banco de madera para estirar las piernas y descansar los hombros. El traje era de segunda mano. Había sido de su padre, pero el corte no era bueno y además le picaba por todas partes. Se tiró del cuello para aflojar la corbata de clip que le apretaba en la nuez y empezó a sentir claustrofobia. Estaba encajado entre sus dos primos y su madre en la primera fila, la que estaba reservada «para la familia». Por suerte, la mujer se había podido sentar junto al pasillo y así tenía hueco para la bombona de oxígeno sin andar con tubos por todas partes. Cada pocos minutos, la anciana levantaba el velo y sostenía el respirador contra la nariz y la boca para mantener a raya el enfisema. Lo sacaba de quicio, pero lo que le enfurecía todavía más era que Twyla Viner aún no hubiera derramado ni una sola lágrima.

El Carroza imaginaba que, si hubiera sido el hijo de su hermana Bessie May el ocupante de esa caja de pino, la mujer habría estado deshecha en lágrimas; sin embargo, ahí la tenía, atrincherada tras esa mirada de «te lo dije» que hacía que al Carroza le entraran ganas de llenar unas cuantas cajas de pino él mismo. Fue a sacar el *whisky* del bolsillo, pero Twyla le puso una mano fría y frágil sobre la rodilla. Tenía la piel de los nudillos tan fina como papel de fumar. Miró a través del delicado encaje negro tras el que ocultaba el rostro y, sin palabras, le advirtió que no sacara la petaca. Aunque eso también le irritó, obedeció. La mujer inclinó la cabeza levemente hacia su hombro y le jadeó al oído. Antes de que abriera la boca, ya sabía lo que iba a decir:

—Daniel, ¿dónde está tu hermana? —susurró.

El Carroza miró hacia atrás y trató de distinguir a su hermana pequeña entre las caras de sus amigos y el mar de personas que solo habían ido para lamerle el culo a su madre. Tal vez había

entrado sin decir nada y estaba sentada por el fondo, pero no era así.

—No lo sé, mamá, pero dijo que vendría, así que aparecerá. Ya conoces a Bessie May. Sus ritmos son diferentes.

—Su sobrino está muerto, Daniel. Tu hijo.

—Ya lo sé, mamá.

—Mi nieto ha muerto.

—Ya lo sé, mamá. —El Carroza le agarró las manos.

—Debería estar aquí con nosotros.

—Ya lo sé, mamá.

Twyla levantó la cabeza de su hombro y aspiró con fuerza de la máscara de oxígeno; luego, quitó la mano de la pierna del Carroza, no sin antes darle la palmadita maternal de «buen chico» que tanto odiaba él, y los dos volvieron a escuchar al telepredicador de los «choco-cristis». Esa parte (la lata de la iglesia y la monserga del predicador) era por Twyla. Ella lo necesitaba y el Carroza se lo daba. La suya vendría luego, cuando terminaran de comer en casa y de beber junto al arroyo. La auténtica ceremonia sería entonces y saberlo era lo único que mantenía contenida la ira que le consumía bajo la piel. Así que siguió sentado y esperó a que el gordo sudoroso del altar dijera el amén.

9

LA FINCA

Uno de los hombres de Mike el Costras, un joven con una cicatriz alrededor de la oreja izquierda y papada sonrosada, entró en el centro de mando y dejó sobre la mesa una jarra de té helado, una fuente con manzanas recién cogidas del árbol y un paquete de vasos de plástico.

—Gracias, Tank.

—De nada, Mike.

«Cuánta hospitalidad —pensó Clayton—. Los delincuentes sureños saben guardar las costumbres».

—¿No hay nada más contundente? —preguntó Clayton, mostrando la botella de cerveza vacía.

—Enseguida, señor Burroughs.

Tank salió de la habitación y Clayton volvió a centrar la atención en los hombres que había sentados con él a la mesa.

—De acuerdo, Leek, ¿por qué no vamos al grano? ¿A qué habéis venido?

—No quiero ser impertinente, señor Burroughs, pero creo que ya lo sabe.

—Pues no lo seas y háblame como si tuviera cinco años y no supiera absolutamente nada, con respuestas sencillas a mis preguntas, que también son bastante facilitas.

Bracken dibujó una sonrisa en el rostro de piedra.

—¿Te hace gracia? —A Clayton se le aceleró el pulso, pero no permitió que se le notara.

—No, señor Burroughs, no quiero faltarle al respeto. Solo me sorprende cuánto me recuerda a...

—¿A quién? ¿A mi hermano? Te lo voy a dejar claro, así que escúchame bien: yo no soy él. Halford era un egoísta que solo se preocupaba de sí mismo y un narcotraficante que convirtió esta montaña en una guarida para otros como él. En cambio, yo trabajo para los ciudadanos del condado que no quieren tener a camellos por aquí. Así que, antes de dejarte engañar por los recuerdos, es importante que comprendas esta diferencia.

Mike se removió nervioso en la silla, al tiempo que Tank asomaba por la puerta con una jarra de aguardiente casero y un vaso de *whisky* que ya iba con un dedo del matarratas. Lo dejó todo sobre la mesa y Clayton no tardó ni un segundo en coger el vaso. Nadie dijo nada hasta que lo vació de un trago.

—Yo no soy como mi hermano.

Moe le pidió por señas a Jayden que le acercara la jarra de licor.

—No —dijo Bracken—. No es como su hermano. Iba a decir que me recuerda a su padre.

Clayton no tenía claro si debía pasar por alto aquella comparación, pero optó por no añadir nada más. El *whisky* le encendió la cara y esperó a que el ardor terminara de bajarle por la garganta. Había olvidado lo fuerte que era aquel brebaje; aun así, hizo un gesto para que le volvieran a pasar la botella. En cuanto Moe se sirvió un trago, Jayden deslizó la botella de vuelta hacia el *sheriff*.

—Verás, Leek, los federales dismantelaron todas las cocinas que Halford y tú teníais por aquí montadas. Están selladas y no volverán a abrir las puertas. Los cultivos de marihuana están arrasados y todo este lugar está en el punto de mira del Gobierno. Se acabó y, aunque tuviera algún interés en permitir que volviera a haber movimiento aquí arriba, cosa que no sucede, lo cierto es que no podría hacer nada. El negocio terminó y Bull Mountain ha dejado el pasado atrás. Para mí, es lo mejor que podía ocurrir.

—Lo sé, *sheriff*. No queremos volver a poner en marcha la producción en la montaña.

Clayton lo miró fijamente, tratando de descifrar su expresión, pero no consiguió ver nada.

—Entonces, ¿qué hacéis aquí?

—Trataré de dar una respuesta sencilla —dijo Bracken, repitiendo las palabras de Clayton—. Podríamos decir que mi club sigue necesitando las rutas que tanto nos costó organizar y tenemos que pasar por aquí para acceder a Tennessee y a las Carolinas. Con Alabama podemos arreglarnos solos, pero Halford y su padre cultivaron durante muchos años una excelente relación con la policía de este estado, con la patrullera estatal de Georgia y con las demás fuerzas del orden de la región. Ahora que nadie cuida de esa amistad, se está echando a perder. Usted está en una posición única para hacerlo, mejor incluso que la de su predecesor.

—¿Mi predecesor?

—Disculpe, señor Burroughs, tampoco pretendía ofenderlo, al contrario, trato de hablar con todo el tacto que puedo. Me refería a su hermano.

Clayton lo desaprobó con un gesto y clavó la mirada en Mike.

—Creo que no te han explicado bien por qué he accedido a estar aquí. No tengo intención de seguir con lo que hacía mi hermano ni de valerme del cargo de *sheriff* para ayudarlos. A eso te referías, ¿verdad?

—Sí, pero verás, hemos dedicado una gran cantidad de tiempo y dinero en crear un punto ciego que se extiende desde Valdosta hasta Gatlinburg y es una zona crucial para nuestro negocio, ya que es la puerta de entrada a otras muchas regiones. Necesitamos que siga siendo tan ciego como hasta ahora y que se nos garantice la seguridad que teníamos en el pasado para continuar con nuestras operaciones.

—¿Qué operaciones son esas?

—Eso es asunto nuestro.

—No. Dado que queréis atravesar nuestras montañas, lo estáis convirtiendo en asunto de cuantos vivimos aquí. Me parece una pregunta justificada y razonable para valorar si merece la pena seguir con esta conversación. Ya he dicho que no voy a ayudarlos a reanudar el tráfico de droga por aquí arriba y, si de lo que habláis es de que mi oficina haga la vista gorda, tampoco veo ninguna diferencia. No contéis conmigo.

—No estoy hablando de meta, señor Burroughs. Nuestro club se está expandiendo a otras

áreas de negocio. Dentro de la legalidad, por supuesto. Estamos en contacto con un grupo de profesionales de la medicina de Tennessee y Carolina del Norte que también desean ampliar su actividad y necesitan nuestra ayuda para conseguirlo. Por supuesto, están dispuestos a pagar generosamente a quien lo facilite.

—¿Profesionales de la medicina?

—Sí.

—¿Y qué tipo de negocio desean poner en marcha?

—Ya tienen varias clínicas y desean abrir nuevos centros.

—¿Clínicas?

—Sí.

—Imagino que especializadas en tratamiento del dolor.

Jayden y Moe intercambiaron una mirada y volvieron rápidamente con Clayton. Estaban impresionados.

—Bingo —dijo Bracken.

—Así que todo esto es por la oxicodona. —Bracken ni parpadeó y Clayton empezó a pensar que el hombretón simplemente no podía. El resto lo dedujo sin necesidad de más pistas—: Por lo que entiendo, necesitáis un paso seguro para mover pastillas robadas desde Florida a las clínicas del norte.

—Eso es, aunque puntualizando que los medicamentos no son robados, sino adquiridos legalmente.

—Si tú lo dices... En cualquier caso, la policía no os molesta gracias a la especial amistad que tenía con mi hermano y Mike se ocupa de que nadie de por aquí os estorbe, ¿verdad?

—Eso es.

—¿Y a eso lo llamas legal?

—Lo llamo progreso.

—¿Y ahora se lo estás contando todo al *sheriff*, que soy yo, porque da la casualidad de que me apellido Burroughs? Eso es tenerlos bien plantados.

—No, *sheriff*, no solo es por el apellido. Es por respeto a su padre... y a su hermano.

—Ya te he dicho que yo no soy Halford. Además, aunque quisiera que trabajásemos juntos, no tengo contactos... de ese tipo.

—Mike podría echar una mano con eso.

—Entonces, ¿por qué no te las arreglas con Mike?

—Porque Mike sabe cuál es su lugar.

Clayton esperó a que Mike reaccionara de alguna forma a esa insolencia, pero no lo hizo. Se limitó a asentir para darle la razón.

—La familia, claro... Entonces, por lo que dices, la suerte del negocio está en mis manos.

—Eso es, *sheriff*. Usted decide si nos largamos y no habrá discusión. Así de sencillo.

Clayton no dudó ni un segundo.

—Bueno, entonces... la respuesta es no. —Dejó que esa última palabra flotara en el ambiente, mientras apuraba el segundo vaso de matarratas. Luego, lo dejó sobre la mesa y empezó a arañar un nudo de la madera, como para dar por terminada la reunión—. Eso es todo. Me da igual si las drogas que terminan en manos de niños y gente humilde las preparan en una

bañera en las montañas o en un laboratorio de India. No quiero tener nada que ver. Si estamos siendo sinceros y realmente todo depende de mí, me niego en rotundo.

Nadie le respondió. Clayton pensó en añadir algo más, pero no le hizo falta.

—Señor, ¿me permite decir una cosa? —Jayden habló con calma—. Los analgésicos con receta no son para los niños y, siento tener que aguarle yo la fiesta, pero cualquiera puede conseguir lo mismo en un Walmart o la farmacia que le pille cerca. Sinceramente, no veo ninguna diferencia con lo que queremos hacer nosotros, salvo que usted se empeña en garantizar que las grandes farmacéuticas se embolsen un buen montón de dinero que, con nuestra ayuda, seguiría en manos de sus electores más humildes.

—Bien hablado, hijo. —Estaba claro que el aguardiente empezaba a desinhibir a Clayton—. ¿Analgésicos con receta...? —añadió echándose sobre la mesa de roble—. Te llamabas Jayden, ¿verdad? Un nombre tan bonito como el discurso. Solo una pregunta, ¿tú me tomas por tonto?

—Un momento, Clayton —lo interrumpió Mike antes de que la cosa fuera a mayores—. Deja que Bracken y sus hombres te expliquen por qué esta colaboración no solo sería buena para los que estamos en la habitación, sino para toda la montaña... Y eso incluye a Kate y a Eben.

Clayton entornó los ojos y miró fijamente a su amigo.

—Me da igual a quién nombres, Mike. Ya he dicho que no.

—Pues a mí sí que me gustaría saberlo.

Todas las miradas se dirigieron hacia Wallace Cobb, que asomaba la cabeza por la rendija de la puerta en la que llevaba un rato apoyado.

—Venga, Clayton, estos tipos han hecho un viaje muy largo. Lo menos que podemos hacer es escucharlos antes de mandarlos a paseo, ¿no crees?

Wallace se sentó junto a Mike, como si el sitio le perteneciera, y se llenó un vaso de té helado. Nadie había tocado la jarra y el cristal estaba empañado. Clayton se recostó en la silla, rascándose la barba. Cobb le caía bien. No podía evitarlo. Bracken esperó a que Clayton le diera permiso para hablar.

—De acuerdo, Leek. ¿Puedes contárselo al cotilla del señor Cobb?

Wallace bebió un trago de té y asintió con la cabeza a Clayton.

—Gracias, *sheriff*. —Luego, se dirigió a Bracken—: Vamos, grandullón, el escenario es tuyo. Véndelo bien.

Clayton estuvo a punto de romper a reír.

—De acuerdo, señor Cobb. Como sabe, su gente tiene un serio problema por aquí arriba y nosotros podemos ayudar a resolverlo.

—Explícate.

—La desgraciada muerte de Halford y las redadas de los federales acabaron con todo lo que su padre y él habían construido en este lugar y han creado un vacío, una «nada» que querrán llenar verdaderos indeseables. En este mismo momento, ese agujero negro está atrayendo a muchos lobos que acudirán directamente a la puerta de su casa, *sheriff*, por tener el apellido que tiene. Saben que la organización de los Burroughs se ha desmoronado e intentarán poner otra vez en marcha el antiguo flujo de dinero y droga. Pero, para eso, el último Burroughs es una amenaza y lo seguirá siendo mientras esté con vida.

—Sé apañármelas solo, Leek.

—No hablaba de usted, *sheriff*. Me refería a su hijo.

Clayton no respondió.

—Puede hacer oídos sordos, señor Burroughs, pero sé que tuvo un incidente con uno de ellos hace unos días.

Clayton fulminó a Mike el Costras con la mirada, pero Mike se encogió de hombros y volvió a asentir.

—Esto no va a parar —siguió diciendo Bracken—. Lo sé, porque lo he visto cientos de veces en este negocio. En efecto, lo mío son los negocios y, si usted quiere dedicarse a mantener la paz y a evitar que entre droga en McFalls County, debería colaborar conmigo, porque puedo ayudarle. Ya sabe lo que dicen: hay que cuidar la tierra para que no termine llena de malas hierbas y alimañas.

—¿Tenías muchas tierras, Bracken? —Wallace cogió una manzana.

—Mi padre nos alimentó con sesenta acres de naranjos, señor Cobb, pero ese no es el asunto. Como sin duda sabrá alguien con su experiencia e inteligencia, la cuestión es que, si ese vacío sigue descontrolado mucho tiempo, se las verán con algo mucho peor que unos niños de Boneville. Morirá gente, buena gente... la suya. Sé que no es lo que quiere ni yo tampoco.

Esa vez, Wallace cedió el turno a Clayton.

—¿Y qué nos ofreces, Bracken? ¿Armas? —Clayton hizo el gesto de mirar alrededor, para mostrar todas las que ya tenían—. ¿Crees que necesitaremos más todavía?

Bracken se apoyó contra la mesa.

—*Sheriff*, las personas que están conspirando en su contra tienen el mismo arsenal. La diferencia es que, si el otro bando paga bien, crecerán las filas de los dispuestos a empuñar el rifle contra usted. De hecho, Mike cada vez tiene más problemas para conseguir que se queden. Si no me cree, pregúntele a él. —Mike se encogió de hombros una vez más—. Por supuesto que podría darle las armas que hagan falta para compensar lo que confiscó el Gobierno tras la muerte de Halford. Incluso puedo traer Chacales de otras ciudades... Pero con eso no bastará, lo importante es que puedo meter a su familia en el negocio que tengo montado con esos médicos del norte. Es muy lucrativo y, con el dinero contante y sonante que correrá por aquí, se calmarán los ánimos. Puedo ayudarle a que la montaña sobreviva.

El silencio volvió. Wallace dio un sorbo al té y siguió cortando trozos de manzana con su cuchillo y masticando ruidosamente. A Clayton empezaba a fastidiarle lo tranquilo que estaba.

—¿Y por qué nos lo pides, Leek?

—No le entiendo, *sheriff*. —Bracken se recostó en la silla.

—Yo tampoco a ti. ¿Por qué nos pides permiso? ¿Por qué no te presentas con tus hombres y te llevas lo que quieres por las buenas? ¿Por qué no te apropias de las rutas sin pensar en lo que pueda parecerme a mí?

—Porque la familia es importante.

—Tú y yo no somos familia, Leek.

—De sangre, no. Pero tampoco me unen esos lazos a los hombres que se sientan a mi lado y aun así daría la vida por ellos, igual que ellos por mí. Para mí, la familia va más allá de la sangre, *sheriff*, y mi club se ha sentado a la mesa con los suyos durante mucho tiempo. Eso es importante para nosotros. No soy el enemigo. De hecho, según mi modo de ver las cosas, somos hermanos.

—De acuerdo, hermano. Por un momento, voy a imaginar que no soy el representante de la ley en este condado y que solo soy el Burroughs al que le toca tomar las riendas, porque así es

como me ves, ¿no? Hablas de mi familia como si también fuera la tuya. Voy a contarte algo sobre ella, Leek. —Cuanto más le costaba hablar, más se envalentonaba—. ¿Recuerdas la crecida del 85?

—Clayton, no creo que sea el momento. —Mike lo agarró por el hombro, pero Clayton le apartó la mano.

—Déjame, Mike. Este hombre respeta mucho a mi familia, así que quiero hablarle de ella. —Miró a Bracken y esperó a que le respondiera.

—La recuerdo. El negocio con su padre se estancó durante unos meses. ¿Qué pasa?

Wallace se sentó bien erguido, preguntándose adónde querría llegar.

—Llovió tanto como para volverse loco y el agua arrasó con el valle. Éramos unos críos. —Clayton miró a Wallace—. ¿Aún estabas por aquí? ¿Lo recuerdas?

—Sí, sé de qué hablas.

—Llovió sin parar durante días. Parecía el fin del mundo. Lo recuerdo como si fuera ayer.

—Clayton... —repitió Mike, tratando de hacerlo entrar en razón.

—Espera un momento, Mike. Presta atención, seguro que esta historia te gusta. —Clayton miró fijamente a Bracken—. La familia es importante, ¿verdad? —dijo, repitiendo las palabras del hombretón, que escuchaba atentamente—. Yo tenía once años. Todavía no conocía a Kate, aunque puede que él sí... —Clayton señaló con el vaso hacia Wallace, que no se inmutó—. Me acuerdo tan bien de ese verano y de las lluvias, porque fue la primera vez que Halford intentó matarme.

—Clayton —dijo Mike por tercera vez para que Clayton no siguiera, pero el *sheriff* ni siquiera pareció oírlo y siguió hablando como si nada.

—Bear Creek se desbordó con las lluvias y bajaba con tanta fuerza como el Misisipi. A su paso, golpeó con fuerza en Keystone Hill y Arrowood, se llevó consigo caravanas y remolques, y acabó arrasando el centro de Waymore. La colina nunca volvió a ser la que era. —Clayton se quedó pensativo un momento y luego, siguió adelante—: Por el río bajaban cacharros de cocina, libros, muebles, muñecas, escobillas de baño... cuanto se te pueda ocurrir. Era un caos. A Buckley se le ocurrió buscar algo que flotara y dejar que la corriente nos arrastrara hasta Waymore. Habían evacuado el pueblo prácticamente entero, así que podríamos saquear las tiendas de Main Street. Joder, yo ni siquiera sabía lo que era saquear, solo dije que sí para hacer algo juntos, porque siempre me trataba como a un perro. Buck se buscó un cojín de sofá y yo, la tapa de plástico de un cubo de basura. Al principio, fue muy divertido. El río bajaba tan rápido que, cuando intentábamos entrar, nos lanzaba al banco del recodo del desfiladero de Johnson. Rodábamos por la arena y acabábamos entre los árboles. Íbamos de barro hasta las orejas y fue una de las pocas veces que lo vi reír sin hacerme daño. —Clayton se echó más aguardiente y le pasó la botella a Moe; en la mesa, no bebía nadie más—. Después de unos cuantos intentos, aprendimos a maniobrar nuestras embarcaciones improvisadas y nos sentimos preparados para salvar la curva, así que subimos a pie hasta Black Rock para coger impulso y nos lanzamos al agua. —Clayton tenía la mirada perdida en el *whisky*, pero no lo probaba—. Bajar a toda velocidad por el río fue lo más divertido que he hecho en toda mi vida —dijo, y se reclinó en la silla, sumido en los recuerdos. Se rascó el cuello y la barba.

—Bueno, ¿y qué pasó? —espetó Moe como si fuera un niño que no aguantara más para conocer el final de un cuento, y Wallace estuvo a punto de estallar en una carcajada, al ver el ansia del corpulento motero por saber cómo terminaba la historia de su nuevo compañero de

borrachera.

—Que superamos la curva —dijo Clayton todavía absorto, aunque enseguida retomó el hilo—. Conseguimos dejarla atrás, pero la tapa era redonda y empecé a dar vueltas como un molinete. Justo en el momento en que empezaba a controlarla, un tronco que había cruzado en mitad del río me golpeó en la cabeza y me lanzó para atrás. La tapa salió disparada y empecé a hundirme, atrapado entre ramas y hojas. Tenía las piernas enganchadas y no me llegaban las fuerzas para liberarme. El agua me arrancó las botas y después comenzó a tirarme también de los tobillos hacia abajo. Buck dobló la curva y salvó el tronco. Vi que miró hacia atrás y gritó algo, pero la corriente era tan fuerte que no podía detenerse. Segundos después, había desaparecido.

Bracken no parecía indiferente a la historia, pero empezó a llenar tranquilamente un vaso de té helado.

—Yo me quedé atrapado, hundiéndome poco a poco. Por fin, conseguí hacer pie, aunque tenía la cabeza bajo el agua; solo estaba a un centímetro de la superficie, pero bastaba para no poder respirar. Estiré tanto el cuello que pensaba que se iba a separar del resto del cuerpo. Cada vez que trataba de coger aire, bebía un trago de esa agua repugnante.

—Ahogarse es una forma horrible de morir —dijo Bracken.

—Después de quemarse —añadió Wallace, con la mirada perdida en el vaso de té. Bracken se tensó al oírlo y Mike se removió nervioso en la silla. Clayton no estaba muy seguro de lo que le pasaba, pero tenía aguardiente de sobra para que no le importara, así que siguió hablando.

—Veía el cielo y las copas de los árboles deformadas por el agua. Nunca había tenido tanto miedo en toda mi vida. No podía respirar y creía que iba a morir. No podía salir, ni coger aire. No podía hacer nada. Pensaba que había llegado mi hora y lo triste es que recuerdo que pensaba en mi padre aliviado al enterarse de que el hijo que no quería se había ahogado haciendo una gilipollez.

—Es horrible que un niño piense algo así de su padre.

—Bracken, a nuestro padre no le importaba lo más mínimo si nos matábamos o no. En todo caso, le habría interesado cómo y si lo merecimos o no.

—Ese no es el Gareth que yo conocía.

—Y de eso se trata, precisamente. No eran de tu familia.

—Pero no murió.

—No.

—Entonces, ¿qué sucedió?

—Conseguí soltarme. Aún no sé cómo. Imagino que el agua acabaría moviendo el tronco. En cualquier caso, logré llegar nadando hasta la orilla.

—Pero ¿por qué dijo que aquel día Halford intentó matarle?

—Él estaba allí. —Clayton se puso rígido, estaba en guardia y furioso—. A pocos metros de donde quedé yo atrapado, sentado en un árbol y viéndome sufrir.

Mike se echó hacia delante, como si quisiera hablar, pero Clayton alzó una mano para interrumpirlo.

—No, Mike, no intentes decir que me habría ayudado o que no entendía lo que estaba pasando. No lo defiendas. Ese cabrón se quedó mirando. Estaba esperando a que me ahogara sin mover un dedo. Vio cómo me hundía y se quedó a contemplar el espectáculo. —A Clayton le costaba respirar. No había insultado a su hermano desde que le disparó, y se sintió mal por

hacerlo. También se sintió mal de pronto por haber contado aquella historia y se sonrojó, más por sinsabor que por rabia. Notó que se le empañaban los ojos, pero se lo tragó y siguió hablando—: Cuando conseguí salir del río y recuperé la respiración, mi hermano se levantó, se sacudió el barro de los pantalones y se marchó sin decir nada.

Se hizo el silencio.

—Ese era mi hermano, Leek. Así era mi familia... la familia a la que has venido a mostrar tus respetos y, por eso, mi respuesta es y seguirá siendo que no. Esta montaña ha sufrido a los míos como una carga y por fin se ha librado de ellos. Si dejara que volviera a empezar, merecería acabar en el infierno, así que jamás seré parte activa. —Clayton echó la silla hacia atrás y se incorporó. Estaba mareado por el aguardiente y el dolor de la pierna izquierda lo atravesó de arriba abajo. Mientras esperaba a que se le pasara, los demás guardaron silencio. Al rato, cogió el sombrero de la mesa y terminó de enderezarse—. Hemos terminado.

Bracken lo observó fijamente y, al final, asintió.

—De acuerdo. Tendré que hacer una llamada.

—Por supuesto. —Mike también se puso en pie.

Cuando estaba a punto de llegar a la puerta, Clayton se fijó en el parpadeo naranja de la radio. La había silenciado antes de entrar en la reunión, pero esa luz indicaba que alguien había activado el sistema de respuesta de emergencia y solo podía haber sido una persona en el condado. Subió el volumen y apretó el micrófono.

—Cricket, ¿qué pasa?

Interferencias.

—*Sheriff*, ¿dónde se había metido? —Estaba fuera de sí—. Han llegado varios avisos de una explosión en White Bluff Road.

—¿Allí es adonde enviamos a Darby?

—Sí, usted lo envió. Lleva más de diez minutos sin dar señales de vida. Clayton, está en apuros.

—Avisa a los bomberos del condado.

—Ya lo he hecho, señor. Todavía no han llegado.

—Voy para allá. —Enganchó el transmisor al cinturón—. Mike, abre el portón.

—Enseguida, señor.

«Maldita sea, Clayton. Ese chico es responsabilidad tuya, ¿y tú lo envías al infierno para sentarte más tranquilo en la mesa de tu hermano? ¿Qué es lo que te pasa? Si le sucede algo a Darby Ellis, será culpa tuya, viejo tarado».

Clayton fue hacia el Bronco tan rápido como se lo permitió la pierna.

—¡Clayton! —gritó Mike desde el porche y el *sheriff* se giró hacia él.

—¿Qué pasa?

—Aquel día, en el arroyo, no pasó lo que crees. Al menos, no fue como tú piensas.

—Me da igual, Mike. Ve sacándote de la cabeza que vaya a participar en lo que mi familia hacía aquí. No sé en qué pensaba al venir, pero fue un error.

Clayton cerró la puerta de la camioneta y puso rumbo a White Bluff Road, pensando en que era allí adonde tendría que haber ido desde el primer momento.

10

REFUGIO DE CAZA DE LOS BURROUGHS CERCA DE LA CRESTA MERIDIONAL DE LA MONTAÑA

La cabaña quedaba a pocos kilómetros de la cima de Bull Mountain. Cuando los Chacales llegaron, Bracken les hizo señas a Moe y a Jayden para que entraran y quedarse él a solas en el porche. A esa altitud, el aire estaba enrarecido y la brisa que le rozaba la nuca no aliviaba del todo la sensación. Odiaba la humedad de ese estado. En Florida, hacía prácticamente el mismo calor, pero el aire olía a sal, como un recordatorio constante de la cercanía del mar y su libertad. En casa, las largas rectas de asfalto y los vastos espacios abiertos compensaban bien unas temperaturas de horno. Pero ahí, no había nada a cambio de aquel calor húmedo que molía el cuerpo hasta que solo cabía rendirse, incluso a la sombra. Resultaba una sensación desagradable a la que era imposible acostumbrarse, aunque pasaran décadas.

Quería perderse con la moto, sin casco, sin equipaje ni preocupaciones, sintiendo únicamente el viento en la cara y la playa a la espalda... pero eso quedaba lejos todavía. De momento, seguiría atrapado en esa especie de parque temático de la vida montañesa hasta que terminara aquel negocio. No paraban de surgir asuntos de los que ocuparse, nuevos fuegos que apagar; por ahora, de la siguiente escapada en moto lo separaba otro Burroughs —tan terco como los que lo precedieron—. Bracken se desabrochó la chaqueta, con la esperanza de sentir una pizca de brisa en el pecho, pero no le acompañó la suerte. Solo le sirvió para notar los chorretones de sudor por el cuello y la espalda. Necesitaba una ducha, pero antes fue hasta el extremo más apartado del porche, miró hacia el bosque y marcó un número oculto en el teléfono por satélite.

—Hola, ¿Bracken? —respondió una voz de mujer.

—Por el momento no podemos contar con Burroughs.

—Qué lástima.

—La verdad es que sí. Parece que el hermano pequeño no está interesado en continuar con el negocio familiar.

—¿Se ha dado cuenta de que esa reunión era un mero formalismo y de que no necesitamos su permiso para nada? ¿Sabe que, al rechazarnos, no muestra demasiado interés en seguir con vida?

—No creo que sean necesarias las amenazas, Vanessa.

—Cuando accedí a que te reunieras con esos paletos, creí que lo dabas por hecho. Al menos, eso me dijisteis Chon y tú.

—Así lo pensaba. En realidad, habría sido lo más inteligente para Burroughs... y para toda la

montaña.

—No debes confiar tanto en tus propios códigos. Ahora tienes a un *sheriff* imprevisible que conoce nuestros planes.

—La cosa no es exactamente así. No tiene intención de poner trabas ni hubo faltas de respeto; simplemente, no quiere estar en el negocio.

—Ni cooperar con nosotros.

—Ha sido su primera vez y todavía no ha digerido lo de su hermano. Creo que está descolocado, nada más.

—No tengo tiempo para eso.

—Lo entiendo, pero sigo pensando que hemos hecho bien.

Vanessa se quedó callada un momento, antes de seguir con las malas noticias.

—Supongo que sabrás lo del atraco. Imagino que no habrá ayudado con las negociaciones.

Bracken se pasó el teléfono al otro oído.

—¿Cómo te has enterado?

—Creo que lo que pasó podría ser por mi culpa.

—¿Qué estás diciendo?

—Fueron el idiota de mi sobrino y sus amigos. La última vez que estuve en Georgia y me enteré de lo que los Burroughs tienen por allí arriba, ese zoquete debió de escuchar lo que no debía. Decidiría actuar por su cuenta.

—¿Tu sobrino? ¿Uno de los tipos que atracaron el bar era de tu familia?

—Uno, no. El que mató tu amigo el *sheriff*.

El motero cerró los ojos y se rascó la barba de tres días del cuello.

—Por el amor de Dios, Vanessa, ¿cómo te pudo pasar?

—Gracias por la comprensión, Bracken.

—No es el momento. Algo así podría echar todo por la borda. ¿Cómo cometiste tal descuido?

—No te pongas así, abuelo. Lo tengo bajo control.

—¿De verdad?

—Bracken, por el respeto que te tengo, voy a perdonar ese tono, pero no olvides quién de los dos está asumiendo más riesgos. Este negocio es mío. Chon y yo solo te lo contamos, porque llevas tiempo tratando con esos palurdos, pero hasta ahora tu ayuda no nos ha servido de nada. Así que baja los humos. Sé ocuparme de mi familia.

—Has dicho que el chico era sobrino tuyo, ¿era el hijo de tu hermano?

—Eso es.

—No he conocido a nadie capaz de detener a Carroza Viner cuando decide ir a la guerra.

—¿Te da miedo mi hermano, Bracken?

—No es momento de jueguecitos, Vanessa.

—Tienes razón, lo siento. Tú cumple con lo que prometiste y yo me ocuparé del resto. El Carroza no nos dará ningún problema.

—Me estás pidiendo mucha confianza, Vanessa. Más de la que había pensado.

—Ya lo sé.

—¿Y también sabes lo que pasará si la defraudas?

No hubo respuesta al otro lado. Bracken observó a Moe y a Jayden a través de las tablillas

rotas de una ventana. Estaban riéndose de algo. Bracken notó la carga de los dos a sus espaldas. Volvió a mirar hacia el bosque y bajó la voz.

—Creo que el *sheriff* necesita más tiempo. No quiere reconocer lo mal que se van a poner las cosas por aquí ni lo importante que puede ser su papel para evitarlo. Pero entrará en razón. No le queda otra. Solo está siendo terco, pero aquí arriba me he acostumbrado a tratar con gente así.

—De acuerdo —dijo una Vanessa tajante—. ¿Y qué pasa con lo otro?

—Desde que llegamos, hemos tenido los oídos abiertos y hemos sido discretos; de momento, nuestra prioridad es reabrir las rutas. Por otro lado, en la mesa había un tipo que no conocía de nada. Jayden ha estado investigando y resulta que es un rastreador de Atlanta. Es bueno y tiene fama de cumplir con su trabajo.

—¿Cómo se llama?

—Wallace Cobb. Es uno de los hombres de Jack Parson. ¿Te suena?

—Claro, ese nombre es muy conocido en el sudeste.

—Entonces, también te harás una idea de que ya no hablamos de una simple posibilidad: la historia debe de ser cierta. Cobb es de por aquí, pero volvió hace solo unos meses. Puedo imaginar por qué.

—Así que vamos contra el reloj.

—No deberíamos ir en contra de nada. En todo caso, la presencia de Cobb vendría a subrayar lo importante que es cooperar.

—Precisamente por eso estás allí, ¿no?

—Eso es.

—Excelente, sigue con tu trabajo. Nos veremos pronto.

Vanessa colgó y Bracken guardó el teléfono en el bolsillo. Miró hacia la moto y suspiró. Lo único que deseaba era echarse a la carretera.

11

WHITE BLUFF ROAD

El solar de la caravana de Sonny Cole parecía un escenario de guerra. La casa rodante seguía en pie, pero las ventanas de plexiglás habían salido volando y la hierba estaba salpicada de restos desperdigados en llamas. Clayton detuvo el Bronco y bajó del coche sin apagar el contacto. Salvó unos cuantos fuegos, tropezó con el eje de una rueda y acabó con la rodilla hundida en los excrementos de perro que su ayudante había sorteado con habilidad. Era asqueroso, pero iba tan rápido que ni siquiera se dio cuenta. Aunque seguía con la cabeza embotada por el aguardiente, se espabiló en cuanto vio los cuerpos tendidos en el suelo. Sonny Cole y Darby Ellis yacían sobre la hierba y, a pocos metros de donde había caído él, tenía el sombrero chamuscado del ayudante. Como pudo, gateando y a rastras, se acercó al único de los dos que le importaba. Tanteó las piernas, el pecho y los brazos del ayudante para hacer un repaso rápido; luego, lo agarró por los hombros y comenzó a sacudirlo.

—¡Darby! Despierta, muchacho. ¡No me hagas esto, Darby!

Parecía un trapo, pero tras varias sacudidas, soltó un gemido. Clayton respiró aliviado, mientras el ayudante comenzaba a jadear y toser, llenándole la camisa de salivazos marrones. Trataba de decir algo, pero no podía. El aire abrasaba y a Clayton le quemaban ya los ojos y la garganta.

—No intentes hablar. Cricket ha llamado a una ambulancia y están en camino. Vas a ponerte bien, aguanta. —Darby quiso incorporarse unos centímetros del suelo, pero Clayton se lo impidió—. Espera, hijo. Enseguida estarán aquí.

El ayudante se apartó un poco de su jefe y, con esfuerzo, señaló hacia el fuego que ardía por detrás de la caravana. Por fin, consiguió articular una palabra.

—Niños.

Clayton miró en esa dirección y reconoció dos cuerpos más tendidos sobre el suelo... eran menudos.

—Dios mío.

Dejó al ayudante y fue rápidamente hacia ellos. No había avanzado mucho, cuando los vapores químicos que llenaban el aire lo frenaron en seco. Se le cerró la garganta y no conseguía que pasara el aire. Decidió taparse la nariz y la boca con el cuello de la camisa, pero no pudo avanzar y cayó de rodillas, le escocían tanto los ojos que se le saltaban las lágrimas. Con la vista empañada, distinguió las formas, pero ya no eran niños, sino jirones de carne carbonizada que apenas se distinguían de los restos de chatarra retorcidos y humeantes que había esparcidos por

el patio. Rezó para que no fuera Reggie, aunque ya sabía que lo era. Recordó el aspecto que tenía en el Pollard's Corner, cuando lo vio robando cerveza, y vació sobre la hierba el aguardiente que le quedaba en el estómago. El olor le hizo vomitar de nuevo, pero no salió más que bilis. Las sirenas se acercaban por el puerto, aunque para ellos ya era tarde. Aquella montaña nunca se cansaba de provocar dolor y en esa espiral de tragedias no salvaba a nadie... ni siquiera a los niños.

Por fin, se obligó a ponerse en pie; cubriéndose con el cuello de la camisa, llegó hasta Darby, se arrodilló a su lado y le puso la cabeza en el regazo. Al ver las luces de la ambulancia, llamó a gritos y aún insistió más al mirar a Sonny Cole: no sabía si seguía vivo, pero los médicos no iban a ayudar a ese cabrón antes que a Darby. Bajó la vista hacia el ayudante y se fijó en que los golpes que llevaba en los pómulos comenzaban a amoratarse.

—Jefe, Cricket se va a cabrear conmigo.

—Se le pasará, hijo. No te preocupes.

Clayton silbó y dos médicos con el uniforme de McFalls County le quitaron a Darby de las piernas y lo subieron a una camilla de plástico con correas a los lados.

—Además —añadió, apartándose para no molestar—, tú no has hecho nada mal, Darby. Esto es culpa mía.

12

CRIPPLE CREEK ROAD

Con aquella, iban tres llamadas. Desde lo que ocurrió días antes en White Bluff Road, Kate y Clayton estaban razonablemente bien. Clayton no quería hablar del incidente en el que murieron dos muchachos de la ciudad y que envió al ayudante al hospital, pero se culpaba de ello, como de todo lo malo que sucedía en el condado, así que pasaba mucho más tiempo en casa. También había dejado de beber tanto y a cambio Kate le concedió no hablar del tema si no quería. Al fin y al cabo, agradecía aquella tregua. Cuando sonó el teléfono, estaban a punto de ver el final de un viejo *spaghetti western* protagonizado por Yul Brynner. Wallace había insistido en quedar con ella desde que la sorprendiera con la primera llamada y, hasta esa tarde, el teléfono siempre había sonado cuando sabía que Clayton estaba fuera de casa. Esa vez, en cambio, era como si quisiera ponerla a prueba y averiguar si elegiría mentir o por fin lo mandaría al cuerno.

Mientras lo escuchaba hablar al otro lado de la línea, Kate no paró de preguntarse si debía decirle a Clayton que su ex había vuelto. Sin embargo, antes de despedirse había quedado con él y estaba buscando excusas. Si Wallace la había puesto a prueba, había fallado de manera garrafal. Aun así, tenía claro que la visita de un antiguo novio no iba a echar a perder los avances hechos con Clayton y decidió aprovechar la cita para mandarlo de vuelta al sitio donde había pasado los últimos veinticinco años. Al menos, de eso intentó convencerse a sí misma.

Cuando Wallace colgó, Kate se quedó con el teléfono en la mano, viendo cómo Eben acariciaba las cicatrices del pecho de su padre. Clayton se había dejado crecer mucho el pelo en el último año; el bebé le dio un tirón, él hizo una mueca y rompió a reír. Hacía años que no escuchaba aquel sonido. Estuvo a punto de reírse ella también de la estupidez que se disponía a hacer en un día así, pero quizá después de aquella noche —y de poner punto final al disparate con Wallace—, la risa volvería a ser una presencia permanente en aquella casa. En el sofá de la salita, tenía la familia feliz con la que soñaba desde hacía tiempo y allí estaba ella, buscando una excusa para marcharse. No se le escapó la ironía. Se sintió como si estuviera metida en un episodio de *En los límites de la realidad*, en el que Clayton y ella intercambiaran papeles. Le entraron náuseas, pero el tono de línea empezó a sonar y la sacó de la ensoñación. Lo cierto era que parte de ella seguía resentida, como si también mereciera tener un secreto.

—Charmaine necesita hablar con una amiga urgentemente —dijo, mientras sacaba la chaqueta del armario sin esperar respuesta.

—¿Ahora? ¿No es un poco tarde?

—Clayton, te quiero, pero si me obligas a ver una vez más esa película, creo que saldré por la

puerta y no volverás a verme el pelo.

Clayton pareció herido.

—Pero si es un clásico...

—Es una manera de decirlo.

—Podemos ver otra cosa, si quieres.

Clayton buscó el mando a distancia por el sofá y se lo ofreció.

—Toma...

—No, cariño, no te preocupes. Disfrutad de una noche de chicos. Además, no tardaré mucho.

—Le acarició la cabeza a Eben—. Quizá a él todavía puedas convencerlo de que este bodrio es un clásico.

—Me estás rompiendo el corazón, ¿sabes?

Igual que Eben, recorrió con los dedos las cicatrices que le atravesaban el pecho y las costillas.

—Creo que sobrevivirás. —Se inclinó sobre el sofá y les dio un beso en la frente a cada uno—. No vendré tarde.

—No te preocupes, estaremos dormidos.

Kate señaló hacia el televisor.

—No me cabe duda.

Clayton entornó los ojos.

—Cuando lo acuestes, deja abierto el vigilabebés.

—Siempre lo hago.

Kate sonrió. Seguramente, no sabía ni cómo se encendía.

13

TRAMO SEPTENTRIONAL DE BEAR CREEK

Kate iba sentada en el asiento del acompañante del Toyota Tundra de Wallace, el vehículo más nuevo —y probablemente más caro— de todo McFalls County. Tenía centrada toda su atención en no girarse hacia él. Acababa de dejar el Jeep en manos de dos hombres que Wallace le presentó como Sasser y Lo-Fat y, en cuanto les entregó las llaves, tuvo perfectamente claro que había perdido la cabeza. Desde ese momento, aquella cita con un hombre que se había convertido en un perfecto desconocido pasó a encabezar su particular lista de estupideces. Nunca había engañado a su marido. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza y estaba segura de que jamás lo haría. Aunque tampoco le había mentido hasta aquella noche...

Se sentía sucia, quería echar una hora para atrás el reloj y continuar en casa; pero, aun así, no podía dejar de mirar al hombre que tenía al lado. Wallace seguía siendo tan guapo como en el instituto y no parecía haber envejecido ni un solo día. A lo sumo, había perdido cierta tersura, pero eso lo hacía todavía más atractivo.

—¿Te suena este camino? —le preguntó Wallace, y ella miró por la ventana. No lo recordaba.

—No, ¿debería?

—Imagino que no. Para mí, es bastante raro estar por aquí. Todo me resulta familiar y diferente a partes iguales. Es como encontrarse en un estado permanente de *déjà vu*.

Kate sintió el impulso de darle la razón, pero no lo hizo. Ya era bastante malo sentirse como una colegiala, como para además parecerlo. Wallace llevaba tatuado el brazo con el que agarraba el volante y lo guiaba con simples giros de muñeca por un camino sin asfaltar. Subían la montaña entretenidos en una conversación deshilvanada y superficial, hasta que Wallace calló un momento y subió el volumen de la música. La voz de Taylor Swift estalló entre las interferencias de una emisora de radio FM. Siguieron serpenteando por la ladera al ritmo de una canción pop empalagosa y pegadiza sobre no volver con alguien. Kate se sintió de repente superada por lo absurdo de la situación y bajó el volumen.

—Está bien, Wallace, ¿de qué va esto?

—¿A qué te refieres?

—Llevamos más de veinte años sin vernos, así que ve al grano y explícame por qué has vuelto y por qué tenías tantas ganas de verme. Ya no me conoces, ni yo a ti. Por favor, dime de una vez qué es lo que quieres.

—Yo no diría que no nos conocemos.

Kate se ruborizó y se enderezó en el asiento.

—No vayas por ahí. Estoy felizmente casada y, si eso era lo que buscabas, ya puedes ir dando media vuelta.

—Frena el carro, Kate. No me refería a eso. Solo quería decir que no me parece justo hacer como que no pasó nada entre nosotros, eso es todo. Para mí fue importante.

—Éramos unos niños.

—Teníamos diecinueve años, Kate.

—Lo que he dicho, unos niños.

—Entonces, si no significó nada para ti, ¿cómo es que tu marido no sabe lo nuestro?

Kate se mostró sorprendida.

—Clayton lo sabe todo de ti. No tengo secretos para él.

—Sabe que estuvimos saliendo en secundaria, pero no sabe lo de aquel verano después de la graduación ni...

—Un momento. —Kate levantó una mano—. ¿Cómo estás tú al tanto de lo que mi marido sabe o deja de saber?

—Porque he estado hablando con él. Nos vimos el otro día.

—Muy bien. Para el coche y dime de qué va esto.

—Cálmate, Kate. No es ninguna conspiración. Al poco de volver, quedé con Mike Cummings y nos encontramos con Clayton por casualidad. Sabía quién era yo, pero, por lo que dijo, creo que solo le has contado cuándo nos conocimos.

—No puedo creer que estemos hablando de esto. ¿En qué estaba pensando al quedar contigo?

—Te explicaré lo que quieras. Pregunta, si tienes dudas.

Kate se giró hacia él un momento, pero enseguida volvió a mirar por la ventana.

—Para empezar, puedes decirme dónde has estado metido este tiempo. Te esfumaste sin ni siquiera despedirte. ¿Qué sucedió?

—Lo siento.

—No es que me importe, pero me parece un buen punto de partida, si quieres dar explicaciones.

—La realidad es más sencilla de lo que parece, no hubo ningún gran misterio. —Wallace sacó un cigarro de una cajetilla que había en el salpicadero—. ¿Te importa si fumo?

—Sí. —La miró para ver si estaba bromeando, pero no lo estaba, así que dejó el pitillo—. ¿Qué ibas a decirme?

—Ya sabes que nunca me llevé muy bien con mi padre.

—Sí, lo sé.

—Yo ya era mayor y me las apañaba cuando el viejo se emborrachaba y le daba por pegarme, pero mi madre y mi hermano pequeño...

—¿Emmett?

—Exacto. No podía estar siempre ahí para protegerlos y Emmett se llevaba la peor parte. No era más que un niño. Sabía que, si no hacía algo, papá acabaría matándolo algún día. En cuanto conseguí suficiente dinero, me los llevé de aquí. Terminamos en Atlanta. No es que nos fuéramos a la otra punta del país, lo sé, pero sí lo bastante lejos como para librarnos de ese

cabrón. Comenzamos a usar el apellido de soltera de mi madre y nos procuramos una vida nueva.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—No quería que nadie supiera adónde íbamos. Mi abuelo era uno de los hombres de confianza de Burroughs y, si mi padre iba a apretarle las clavijas a alguien para descubrir dónde estábamos, no quería que ese alguien fueras tú.

Kate se sintió atravesada por una ola de calor. Le ardía la cara.

—¿Tu madre sigue en Atlanta?

—Murió a los pocos años de mudarnos.

—Oh, lo siento.

—No pasa nada, estaba enferma. Así es la vida a veces. Murió en compañía de sus hijos. Se fue en paz, así que la historia tuvo un final feliz para ella. Después, tuve que hacerme cargo yo de mi hermano. Por suerte, dimos con unas buenas personas que nos ofrecieron trabajo. Estaba bien pagado y nos llevó por el país entero... por todo el mundo, en realidad.

—¿Dónde, por ejemplo?

—Estuvimos mucho tiempo en Japón, Afganistán, Filipinas... Por todas partes. —Se interrumpió, como si estuviera pensando en algo.

—¿Qué clase de trabajo te lleva hasta Japón?

Wallace tardó un minuto en responder.

—Recuperación de impagos...

—¿Eres una especie de cobrador?

—Sí, podría decirse... Recupero cosas. —Vaciló antes de seguir—. En ocasiones, también hago desaparecer otras. Es complicado de explicar.

Estaba claro que no quería dar muchos detalles y Kate no le presionó.

—La madre de Clayton también se tuvo que marchar de aquí. Por la misma razón que tuviste que sacar a la tuya.

Wallace la miró fijamente.

—Lo sé.

—Sin embargo, ella solo se salvó a sí misma y lo dejó atrás.

—Tuvo suerte.

A Kate le sorprendió aquella respuesta. «Suerte» era la última palabra que emplearía para referirse a un niño abandonado por su madre.

—¿Suerte? ¿En qué sentido?

—Si lo hubiera llevado con ella, Clayton nunca te habría conocido.

Kate no supo qué responder. Siguieron un rato en silencio, hasta que por la radio comenzó a sonar otra canción que le llamó la atención a Wallace y subió el volumen para llenar el vacío. Avanzaron unos minutos dejando que el *country pop* llenara la cabina de la camioneta. Kate odiaba esa porquería y, al final, apagó la radio.

—Ahora dime, ¿qué te ha traído de vuelta?

—Tú —dijo Wallace, casi demasiado rápido, como si hubiera estado esperando aquella pregunta. Kate volvió a acalorarse. Tenía que espabilar y mandar a la colegiala a freír espárragos.

—¿Qué quieres decir?

—Tú exactamente, no: tu familia. La familia de tu marido.

—¿Por qué?

—Mike y yo nos conocemos de toda la vida, ya lo sabes. Sé que no voy a ganarme tu confianza con esto, pero fui el hombre de Mike y de Halford en Atlanta durante años.

—¿De verdad?

—Sí, y a pesar de lo que puedas creer, Mike el Costras es un buen tipo.

—Lo sé y me parece horrible que sus supuestos amigos lo sigáis llamando así.

Wallace le sonrió. Aún podía sorprenderlo.

—Sea como sea, hace unos meses, estaba trabajando en la frontera de Texas y Mike me llamó para decirme que mi padre había muerto.

—Me enteré, lo siento.

—No lo hagas, se lo merecía. Lo importante es que Mike me contó lo que ocurrió aquí el año pasado, que habían matado a Halford y quién lo hizo. También me dijo que la gente de la montaña empezaba a impacientarse y que necesitaba un poco de ayuda para que este sitio no se convirtiera en el salvaje Oeste.

—¿No lo ha sido siempre?

—Hazme caso, Kate. La situación es nueva.

—¿Y por qué te importa este lugar? Por lo que parece, te ha ido bastante bien por ahí abajo.

—Acarició el salpicadero del Tundra—. ¿Por qué arriesgar lo que has conseguido para venir a ayudar a unos pueblerinos?

Wallace pareció molesto.

—Este es mi hogar, Kate. Precisamente tú deberías comprenderlo. Seguro que puedes imaginar cuánto me sorprendió saber que estabas casada con un Burroughs. Además, empecé a preocuparme por el abuelo. Era uña y carne con la familia de tu marido y no sabía cómo le iría sin Halford para cuidar de él.

Kate ya empezaba a cansarse de oír aquel nombre.

—Sabes que Halford Burroughs estaba loco, ¿no? Solo cuidaba de sí mismo. Yo diría que tu abuelo está más seguro ahora que ese psicópata ha muerto.

Wallace tardó un momento en responder.

—Puede ser. En cualquier caso, el abuelo se está haciendo mayor y no sé cuánto tiempo seguirá con nosotros. Pensé que iba siendo hora de volver a casa.

—¿Ha venido también tu hermano?

—¿Quién, Emmett? No... No volvería aquí por nada del mundo, prefiere evitar este sitio. Él sigue al cargo del negocio mientras estoy fuera de Atlanta.

—Comprendo...

—De todas formas, no tengo prisa por regresar.

—¿Por qué?

—Bueno, las cosas han cambiado mucho.

Kate se acaloró otra vez y se secó el sudor de las manos en los tejanos. Tenía que estar haciéndolo a propósito.

—Por eso quería verte. Ponte el cinturón. A partir de aquí, el camino está lleno de baches.

Wallace abandonó la carretera de dos carriles y entró en un camino de tierra que salía a la derecha.

—¿Adónde vamos?

—Quiero enseñarte algo.

—Wallace, no me parece buena idea.

—Confía en mí, Kate. Solo estaremos un momento y después te dejaré en el Jeep.

Kate se abrochó el cinturón y Wallace condujo la camioneta por el camino pedregoso. Al rato, llegaron a un claro sumido en una completa oscuridad. Wallace se detuvo junto al tramo más ancho de Bear Creek, donde el arroyo podía confundirse con un río. La luna se reflejaba en el agua y era como si una bandada de luciérnagas revoloteara a ras de la superficie. Conocía aquel camino y aquel lugar. Había estado de niña, pero nunca había vuelto. Recordaba que, en la otra orilla, había una caravana ruín puesta sobre unos bloques de hormigón. Ya no estaba. De hecho, no podía creer lo que había en su lugar y recordó lo que había dicho Wallace minutos antes.

«Las cosas han cambiado mucho».

No estaba hablando de ella, sino de lo que tenía ante sus ojos. En lugar de la caravana, había una pequeña cabaña de ladrillo, acogedora y bien iluminada, con un porche cubierto en la puerta de entrada. También había un columpio y una casa de juegos para niños en mitad del patio.

Wallace apagó el motor y Kate bajó del coche. Se acercó tanto al agua que pisó el barro. Wallace la siguió. Había un hombre sentado en la parte cerrada del porche con un recién nacido en el regazo. Estaba leyendo un cuento, pero lo dejó para observar a Kate con curiosidad desde la otra orilla. En los peldaños, otro niño, de unos ocho años, se entretenía con un cuaderno de dibujo y lápices, y no mostraba demasiado interés por los adultos. Kate se dio cuenta de que el hombre del porche era Ernest Pruitt, el abuelo de Wallace. Se giró hacia él para preguntarle quiénes eran aquellos niños, pero él se le adelantó:

—Son los hijos de mi hermanastra. Ha tenido algunos problemas y el abuelo va a cuidar de ellos hasta que los resuelva.

Kate asintió.

—¿Ese camino está asfaltado? —preguntó, señalando la pista que salía de la casa.

—Sí. También les llega electricidad por tendido subterráneo.

—Me tomas el pelo.

—No.

—La última vez que estuvimos aquí arriba, esto era muy diferente.

—Entonces, ¿lo recuerdas?

Kate no respondió.

—Imagino que lo verás cambiado. Era un estercolero. Nuestra caravana estaba justo donde está ahora la casa. No era más que una lata sobre ruedas, con dos dormitorios, salita, una cocina y un baño que nunca funcionó. El bueno de mi padre nos dejó una habitación a mi hermano y a mí, y obligaba a mi madre a dormir en el sofá de la salita. Él se quedó con la otra habitación para beber y meterse de todo.

—No sabía que te hubieras criado allí.

—No, allí no. —Wallace señaló hacia el abuelo y lo saludó. Ernest no le devolvió el saludo, levantó al pequeño que tenía en el regazo y le dijo al otro niño que entrara en casa—. Crecí en lo que era esto antes de que el psicópata de Halford Burroughs se llevara la caravana destartada y construyera lo que tienes ahora delante.

—¿Y por qué lo hizo?

—Por lo mismo que hizo otras muchas cosas de las que no te puedes enterar desde tu burbuja de Waymore Valley.

—Frena un poco, ya estás hablando como los catetos de por aquí. Tenían a Halford por una especie de héroe.

—No creo que fuera un héroe, pero me gustaría contarte algo. Cuando era niño, por aquí solamente había *roulottes* como la que tú recuerdas. Eres de la ciudad, así que no te estoy contando nada nuevo. Todo eran cuchitriles cochambrosos de camellos de poca monta, capaces de matarse entre ellos por una miseria. En esta zona de la montaña, no había más que chabolas y desgraciados que cocinaban meta en la bañera; entre ellos, mi padre. Se dejaban la piel preparando esa bazofia y solo aspiraban a ganar lo justo para comprar el gas de los generadores, *whisky* para el mueble bar y cerveza fría. No pensaban en cosas como comida, ropa o una cama para sus hijos. Ni siquiera teníamos agua corriente. Recuerdo que había que bajar al arroyo a por agua para que mi madre cocinara col con patatas, mientras papá bebía una cerveza tras otra, puesto hasta las cejas. La mayoría de los niños de por aquí arriba podían haber ido a clase en Waymore como yo, pero ¿quién podría culparlos por no querer compartir espacio con esos chicos limpios y bien vestidos, gente normal con fiambreras y zapatillas blancas?

Kate pensó en su vieja fiambrera y en sus zapatillas blancas y relucientes. Había sido de esa gente «normal» de la que hablaba Wallace, y él lo sabía.

—Era más fácil seguir las reglas de tipos como papá, meterse algo o dar un paso adelante y ofrecerse a trabajar en las cosechas para el padre de Clayton. Yo odiaba este lugar. Lo único que recuerdo de aquella época es a gente haciendo daño a otra, o a gente haciéndose daño a sí misma. Por aquí, prácticamente no había nadie que no tuviera coche o camioneta, y las armas abundaban, pero no veías ni rastro de las cosas con las que sentirte en una casa normal, como un frigorífico, un televisor... aunque fuera una radio. Era lo peor que puedas imaginar. Y míralo ahora. El abuelo vive en un auténtico hogar y esos niños pueden jugar en un patio de verdad. Les han dado una oportunidad, ¿no lo entiendes?

—Y supongo que todo esto es por obra y gracia de san Halford...

Wallace suspiró y encendió un cigarrillo sin pedirle permiso. Aspiró con fuerza y giró la cabeza para no molestarla con el humo.

—¿Sabías que el otro día explotó un laboratorio de meta en White Bluff Road y que murieron dos niños, mejor dicho, volaron por los aires?

Junto al arroyo, el viento soplaba con fuerza y Kate pensó que era el culpable del escalofrío que la recorría.

—No lo sabía.

—El ayudante de tu marido estaba allí y acabó en cuidados intensivos.

Kate no dijo nada, pero Wallace la miró a los ojos y supo que estaba encajando piezas. Dio otra calada y soltó el humo muy despacio.

—En otros tiempos, no habría ocurrido nada parecido. Por muchos defectos que tuviera el hermano de Clayton, en ese sentido, cambió las cosas.

—¿Defectos? —dijo Kate, indignada—. Halford y su padre vendían droga y armas al mejor postor. El único Burroughs que ha intentado cambiar las cosas es mi marido y, desde hace un año, apenas puede andar gracias a tus filántropos.

—Eso no es totalmente cierto, Kate.

—¿Ah, no?

—Halford no vendía su mercancía por aquí. Más bien al contrario, la mantuvo lejos. Limpió esto y lo conservó limpio. ¿Sabes cuántos críos salieron volando por los aires estando él vivo? Muy fácil: ninguno.

—Llévame a casa, Wallace.

—Enseguida, pero antes, dime una cosa: ¿te arrepientes?

—¿De qué debería arrepentirme?

—De haber matado al federal.

Estaba furiosa.

—He dicho que me lleves a casa.

Wallace sujetaba el cigarrillo entre el pulgar y el dedo índice, y sopló un poco hacia la brasa para avivarla.

—Claro que no, te conozco. Nunca haces nada de lo que puedas arrepentirte... Entonces, ¿tendríamos que decir que eres una psicópata? ¿O solo hiciste lo que fue necesario para mantener a salvo a tu familia? Ahora, pregúntate con cuántos hombres como el que intentó matar a tu marido se toparon el padre de Clayton o Halford a lo largo de su vida.

Wallace apagó el pitillo entre los dedos y se guardó la colilla en el bolsillo.

Kate se ajustó bien la chaqueta y se recogió el pelo detrás de la oreja. No tenía ganas de seguir hablando. Solo quería volver a casa.

—Wallace, aprecio tu opinión. Siempre es interesante saber cómo veis las cosas los que vivís fuera. También me alegro de que tu abuelo y esos chicos estén cuidados, pero ¿por qué me has traído para enseñarme esto? ¿Qué te importa lo que yo piense?

Las luces de la cabaña se apagaron y solo les alumbraban los faros de la camioneta. Wallace se agachó para coger una piedra de la orilla. La lanzó al agua y los dos la vieron saltar hasta el centro del río y hundirse.

—El año pasado, los federales se llevaron lo que encontraron por aquí, incautaron el dinero y dejaron el lugar destrozado.

—Lo sé, ¿y qué pasa?

—Lo que pasa es que no se llevaron todo. De hecho, creemos que apenas rascaron la superficie.

—Ah. —De pronto, Kate sintió el peso de su cuerpo, como si la hubieran clavado al suelo.

«Dinero. Todo esto es por dinero. Cualquier cosa que sucede en esta montaña está siempre perfectamente calculada de antemano».

Se retiró el pelo de la cara y cogió ella también una piedra.

—Entonces, lo de llamar de pronto, hablar del pasado, traerme hasta aquí y enseñarme esto no es más que una puesta en escena para tu discurso.

Limpió de tierra la piedra y la lanzó al agua. La vieron planear sobre la superficie hasta llegar a la otra orilla.

—No exactamente.

—No te molestes en disimular, cobrador... ¿De qué queréis Mike y tú que convenza a mi marido, el *sheriff*? Estoy segura de que ya os habrá dicho que no.

—No confías en nadie, ¿verdad?

—La confianza estuvo a punto de matar al hombre a quien amo, Wallace, así que límitate a decir para qué me has traído hasta aquí y acabemos con esto de una vez.

—Quizá no es el momento.

—Entonces, llévame al todoterreno.

—Si tú quieres...

Wallace se colocó detrás de ella y la agarró con suavidad por la cadera. Kate tardó en moverse, como si sentir allí su mano fuera lo más natural del mundo. Después, se volvió hacia él, dio un paso atrás y se desabrochó la chaqueta. Por debajo, llevaba una blusa que dejaba ver las delicadas curvas del escote. Sabía que un hombre como Wallace no podría evitar mirar, y lo hizo. Entonces, Kate inclinó ligeramente la cabeza hasta que sus miradas se encontraron.

—Mira bien, Wallace. Mira tanto como quieras, hasta quedarte saciado, porque no va a pasar nada más. Soy la esposa de Clayton Burroughs y me encanta serlo. Ya sabes hasta dónde soy capaz de llegar por él, porque tú mismo lo has dejado claro hace un momento. Te equivocas en lo que imaginas que va a suceder entre nosotros dos. Eres como los demás, pero mi marido no. Él es diferente. Y, si realmente necesitas que te ayude a convencerlo de algo, deberás dejar este numerito de antiguos enamorados y mostrarme el respeto que merezco.

—De acuerdo, Kate, te he entendido.

—¿En serio?

—Sí.

—Entonces, dime qué es lo que buscáis.

—Millones de dólares. El problema es que no somos los únicos y, si otros se nos adelantan, lo que te acabo de enseñar, cuanto queda de bueno o decente en Bull Mountain, desaparecerá envuelto en llamas. Esa es la verdad.

—¿Y crees que Clayton os puede ayudar a encontrarlos?

—Creo que es el único capaz de hacerlo.

14

CRIPPLE CREEK ROAD

Cuando llegó Kate, encontró la casa a oscuras. Habían apagado la luz del porche. Abrió la puerta sin hacer ruido. En el recibidor, colgó la chaqueta en el respaldo de una butaca y dejó las botas y los vaqueros tirados en el suelo. Su marido roncaba en el sofá, se sentó con cuidado a su lado y le quitó a Eben del pecho, abrazó al bebé y le llenó la frente de besos. Desperezándose, Clayton tendió la mano para tocarle una pierna, y ella le dejó. Luego, fue a la habitación de Eben y lo acostó en la cuna.

Cuando regresó a la salita, encontró a Clayton despierto. Estaba de pie y sobrio. Sin decirle nada, lo cogió de la mano y lo guio por el pasillo.

—¿Cómo está Charmaine?

Kate no respondió, abrió la puerta del dormitorio y la cerró en cuanto estuvieron dentro. Clayton fue a dar la luz, pero le apartó la mano del interruptor.

—No la enciendas.

Quería tirárselo, pero no le hacía falta mirarlo a la cara.

Lo echó a la cama, se desabotonó la blusa y la dejó caer. No podía ver la sonrisa somnolienta que Clayton tenía en el instituto, pero la intuía. Cuando estaban así, solo podía pensar en sí misma y eso la colocaba como una droga. Esa noche se había sentido indefensa y necesitaba una inyección de fuerza. Se llevó las manos a la espalda y se quitó el sujetador.

—No contaba con esto cuando volvieras a casa.

Kate volvió a hacer oídos sordos y se sentó a horcadas sobre él. Clayton se desabrochó el pantalón a toda prisa y sacó las piernas con ayuda de Kate. Lo besó —con ímpetu— y no notó ni rastro de *whisky* en el aliento. La barba le arañó la cara, pero no le importó. No quería delicadezas.

Esa noche, no. Ya tendría tiempo para ser delicada por la mañana.

15

HAMILTON ROAD CASA DE DANIEL «CARROZA» VINER BONEVILLE (GEORGIA)

El Carroza miraba por la ventana hacia una noche negra y sin estrellas. Parecía agotado por tantos apretones de manos y por las drogas, pero agradecido de tener aquel momento de descanso. Donnie y Tate se habían encargado de que el colocón fuera dulce y reconfortante, y ahora estaban sentados con él en el sofá, como esperando a que les diera permiso para marcharse. Twyla seguía como siempre en la butaca junto a la chimenea y hojeaba en silencio un álbum de fotografías lleno de versiones más jóvenes y bonitas de ella y de su marido Joe. Le parecía estar viendo a dos extraños. Joe Viner fue un buen hombre, un buen esposo y un buen padre. Lo hizo lo mejor que pudo con Daniel, pero, cuando cayó enfermo, Twyla tuvo muy claro que su hijastro —fruto del primer matrimonio de su esposo— no iba a ser un hombre trabajador y honrado como él. A medida que se fue haciendo mayor, Daniel se transformó en el Carroza, y no fue un simple cambio de nombre sino algo más trascendental. Mudó la piel y se convirtió en un ser infame. Era el mismo animal, pero diferente, como les pasa a las serpientes cuando crecen.

Sin embargo, los cambios más terribles comenzaron cuando el cáncer de garganta acabó con el marido de Twyla. El Carroza vendió la empresa de transporte interestatal a la que su padre había entregado más de veinte años de su vida y utilizó el dinero para meter a su familia en el negocio de la meta. Uno de sus problemas era que no podía negarse a nada que pudiera acabar matándolo, así que enseguida estaba consumiendo casi tanta como vendía. La vida con él llegó a hacerse tan violenta que la hija de Twyla y Joe, Bessie May, tuvo que marcharse de allí. Aunque le partió el corazón y la dejó sola en el mundo del Carroza, Twyla no trató de impedirselo. La comprendía. Le quedó la esperanza de que Joseph, el hijo del Carroza, le diera motivos para no rendirse y seguir creyendo que tenía una familia... Ahora, sin embargo, Joseph estaba tan muerto como el abuelo que le dio el nombre y ella pensaba que el Carroza era el responsable. A cuantos había amado estaban muertos y los que todavía llevaban su misma sangre por las venas tenían las manos manchadas con la de otros. No le quedaba nada más que el dolor de la pérdida. Aquellos pedazos rotos habían dejado atrás un vacío que amenazaba con llevarse lo que quedaba de ella, como si tuviera un agujero negro en mitad del pecho. Se acercó la máscara de oxígeno a la cara y trató de llenar los pulmones.

—¿Qué sabes de la gente que mató a mi nieto?

El Carroza se giró hacia la mujer que se había convertido en su madre.

—Estoy esperando información de uno de ellos, pero sé que el otro es un tal Mike el Costras. Ya te imaginarás por qué lo hemos identificado. Es un espantoso hijo de puta; tiene toda la cara quemada o algo por el estilo.

—¿Y quién es esa gente? —Twyla bebió un sorbo de vino.

Volvió a notar que le consumía la rabia, y no era porque su madre hablara con tanta indiferencia de su propio hijo. A él tampoco le importaba que JoJo estuviera muerto, el chico era débil. Lo que le dolía era que no le importara lo más mínimo cómo se podía sentir él. Aquella mujer nunca lo había querido. No como a su hermana, sangre de su sangre. Cuando le respondió, casi lo hizo con una sonrisa en los labios:

—Son de McFalls County, en el norte de Georgia.

A Twyla comenzó a temblarle la mano y dejó la copa sobre la mesita. Luego, visiblemente alterada, empezó a doblar la manta de cuadros rojos y verdes que tenía sobre las piernas.

—De Bull Mountain, mamá. —La mujer miraba ausente. Tate se levantó del sofá y fue a por una cerveza del frigorífico, mientras el Carroza seguía hablando—: El tal Costras era lugarteniente de Halford Burroughs.

El nombre se quedó flotando en el aire, mientras Twyla iba comprendiendo que el problema era mucho mayor de lo que había imaginado.

—Tenía entendido que el chico de Burroughs estaba muerto. —Apenas tenía voz ni aliento.

—Así es. El hermano pequeño, el *sheriff*, le pegó un tiro hará cosa de un año.

La cara de Twyla pasó del color del algodón de azúcar a quedarse blanca como la cal. Bajó la voz; ya no quedaba en ella ni sombra de autoridad:

—Siempre os he dicho que no os acercarais al norte de Georgia. Ellos no se meten con nosotros y nosotros no los molestamos.

—Yo no me he acercado, mamá.

—Entonces, ¿qué hacía mi nieto cerca de Bull Mountain?

—Hablas de mi hijo, ¿verdad, mamá? ¿Por qué crees que mi hijo decidiría ir hasta allí con Clyde Farr para cometer un atraco? ¿No te parece raro? ¿De verdad conocías al chico?

Tate regresó de la cocina con tres botellas de High Life y una jarra de vino dulce:

—Pensaban que iba a ser su gran golpe. Dinero fácil y rápido, Twyla.

Le dio una cerveza al Carroza y otra a Donnie y, mientras llenaba el vaso de Twyla, les contó también que JoJo convenció a sus amigos para robar en el bar de Freddy Tuten. No hablaba tan afectado como el Carroza, que se había puesto junto a la ventana y tenía perdida otra vez la mirada en la nada. Mientras lo escuchaba, a Twyla dejaron de temblarle las manos.

—¿Cómo se lo permitiste?

El Carroza dio media vuelta y dejó la cerveza en la mesa con un golpe.

—¿Permitírselo? Yo no le permití hacer nada. Le dije a ese majadero que no fuera a la montaña. ¿Qué iba a sacar yo mandándolo allí?

Al parecer, eso enfadó a Twyla.

—¿Qué ibas a sacar? Daniel, lo único que te importa es qué puedes ganar tú, siempre es lo mismo.

El Carroza sabía que solo arremetía contra él porque no tenía a nadie más con quien desahogarse, pero llevaba días sin dormir, se sentía agotado, necesitaba meterse algo y estaba de los nervios, así que echó más leña al fuego.

—¿Qué quieres que te diga, mamá? Ya es mayor.

—No es mayor. Está muerto.

—¿Adónde quieres llegar? ¿Crees que es culpa mía?

—No, Carroza, no está diciendo eso.

Todas las miradas se dirigieron hacia la puerta principal. Vanessa apareció arrastrando la maleta y se apoyó contra el marco.

—Lo que quiere saber es qué vas a hacer al respecto.

—¡No me jodas! ¡La que faltaba! Ya era hora de que te presentaras, Bessie May. No viniste al funeral.

—No me lo perdí. Estabas muy guapo con el traje de papá. —Vanessa dejó el bolso sobre la maleta y atravesó la habitación para acercarse a su madre.

—No te vi.

—Quise pasar desapercibida. —Se arrodilló junto a la silla de su madre y puso sus manos entre las suyas—. De haberme visto, habría distraído a los que fueron para daros el pésame a mamá y a ti. Habría sido una falta de respeto hacia tu hijo, aunque aquí parece que brilla por su ausencia.

La cara de Twyla volvió a ponerse del color del algodón de azúcar, mientras la del Carroza se volvía fría y rígida como el acero. Donnie se reacomodó en el sofá y se espabiló por primera vez desde hacía horas.

—Que me parta un rayo, Bessie May, qué guapa estás.

—Lleva las maletas a la habitación de JoJo, Donnie —dijo ella, apretando con fuerza las manos de su madre—. Después, vete a casa con Tate. En su momento, os diremos qué, cuándo y dónde.

Tate remató la cerveza.

—Estos no se mueven. —El Carroza les hizo un gesto a Donnie y a Tate para que se quedaran quietos—. ¿De qué va esto, hermanita? Llevas años sin dignarte a aparecer, y ahora ¿crees que puedes presentarte, hacer como si todo esto fuera tuyo y dar una patada en el culo a la gente que lo quería?

—¿Me lo estás diciendo en serio? Si de verdad querías a ese chico, ¿qué haces aquí discutiendo con mamá en lugar de haciendo lo que hay que hacer?

—Tienen que enviarme más información.

—Bueno, por algo se empieza.

Donnie dejó la cerveza sin abrir que llevaba en la mano, se levantó y se acercó al Carroza.

—Haré lo que necesites, Carroza. Solo tienes que decirlo.

—Cógele las maletas.

—¿Cómo?

—Que le cojas las maletas.

—¿Qué?

—Mis maletas —dijo Vanessa, sin mirarlo—. Ha dicho que cojas mis maletas, como te había dicho yo.

Donnie miró hacia el Carroza, seguro de encontrarlo de su parte, pero no fue así. Murmurando entre dientes, fue hacia la puerta y agarró el bolso y la maleta echando chispas.

Cuando desapareció por el pasillo de la casa, solo Tate le seguía prestando atención. El Carroza tenía la vista clavada en Vanessa y ella, en su madre.

—Ya estoy aquí, mamá. Voy a arreglar las cosas, ¿de acuerdo?

Twyla miró a su hija, asintió y entonces, por fin, llegaron las lágrimas. El Carroza se desplomó en el sofá y sacó una bolsita de plástico del tamaño de una pelota de golf del bolsillo de la camisa. Se preparó dos rayas de meta sobre la mesita del café.

—No hace falta que arregles nada —dijo—. Me ocuparé a mi manera.

—No —le respondió Twyla—. Me niego.

El Carroza enrolló un billete de un dólar y aspiró el polvo blanco por la nariz. Echó la cabeza para atrás y dejó que aquel ardor le bajara por la garganta. El león que llevaba tatuado en negro y gris sobre el pecho jadeaba y enseñaba los dientes a través de los botones abiertos de la camisa. Le quemaba tanto que se le llenaron los ojos de lágrimas. Le pasó el billete a Tate y, cuando terminó, le dijo que fuera a esperarlo al patio trasero con Donnie, que no tardaría mucho. El Carroza fulminó con una mirada inyectada en sangre a las dos mujeres y fue tan claro como pudo, para no tener que repetirlo:

—Nunca os haría daño —y miró a Twyla— porque mi padre te quería, y a ti —dijo mirando a Vanessa— porque eres de mi sangre. —Se interrumpió para tener toda su atención—. Sin embargo, os voy a decir cómo van a ser las cosas: iré a Bull Mountain y haré que paguen ojo por ojo. En esto, o estáis conmigo o contra mí, y no hay más que hablar.

Twyla empezó a llorar a lágrima viva, sin que Vanessa le soltara las manos en ningún momento; mientras, el Carroza se incorporó, cogió la cerveza de la mesa, bebió un buen trago y, antes de salir de la habitación, estrelló la botella contra la pared.

16

LA FINCA

Wallace detuvo el Tundra junto al portón y bajó la ventanilla. T-Ride se había puesto en guardia en cuanto vio asomar la camioneta y fue hacia la puerta como un cachorrito que quisiera salir de paseo.

—¿Qué tal, señor Cobb? Vaya, menuda camioneta... ¿Cuánto cuesta una como esta? Me encantaría tener algo así, ¿piensa venderla? Ahora no, claro, algún día. Si lo hace, podría pagar a plazos. Es la bomba.

—Despacio, muchacho. No le des tanta importancia; al fin y al cabo, una camioneta es solo una camioneta. Créeme, si sigues trabajando como hasta ahora, te llegarán cosas buenas de verdad. —Wallace bajó el volumen de la radio—. Oye, ¿por qué estás siempre solo en la puerta? ¿Mike no tiene a nadie más?

T-Ride sacó pecho.

—Tío Mike dice que tengo que pasar un tiempo de machaca. No quiere que los hombres piensen que me trata mejor por ser de la familia. Además, me valgo solo.

—Lo sé, únicamente me preocupa que estés aquí sin compañía.

—No se preocupe, señor Cobb. No me quitan el ojo de encima. De todas formas, solo hay un camino de subida y una salida. No pueden pillarme desprevenido, se lo prometo. —Dio un golpecito al rifle de asalto que llevaba colgado del hombro.

—Lo sé, lo sé. Aun así, ten cuidado, hijo. La cosa está peligrosa.

T-Ride se inclinó sobre la ventanilla.

—Por aquí, la cosa siempre está peligrosa, señor.

—Creo que tienes razón, muchacho. Vamos, diles que me dejen pasar.

—Por supuesto, señor. —T-Ride dirigió la vista hacia la cámara de seguridad y habló por radio. La puerta hizo un chasquido y el sistema automático se puso en marcha con un estruendo. El portón comenzó a moverse y T-Ride se quitó la gorra para despedir a Wallace mientras se apartaba de la camioneta.

—Recuerda lo que te he dicho, hijo. Ándate con ojo.

—Sí, señor. Eso haré.

Wallace pulsó un botón y subió la ventanilla. La camioneta rodó con suavidad por el camino hasta llegar frente a la casa. Minutos después, estaba sentado a la mesa de roble del centro de mando con Mike el Costras, Ernest Pruitt, Lo-Fat y Sasser. Mike bebió un trago de cerveza.

—¿Conseguiste quedar con Kate?

—Sí —dijo Wallace—. Sigue tan testaruda como siempre.

—Ya te lo dije.

—La llevé a casa del abuelo para que viera algunas de las cosas buenas que hizo Halford por este sitio.

Ernest escupió tabaco en un vaso de plástico con un pañuelo de papel por dentro.

—Te vi, muchacho. Y también vi que intentaste meterle mano.

Mike lo miró enfurecido.

—¿Que hiciste qué?

—Venga... —dijo Wallace, tratando de quitarle importancia—. Solo quería suavizarla un poco. De eso se trataba, ¿no? Tenía que ganármela para que convenciera a Clayton, eso me dijiste.

Mike estaba desencajado y golpeó la mesa con la gorra.

—Te dije que hablaras con ella, gilipollas, no que te la tiraras. Joder, hay cosas que nunca cambian.

—Tranquilízate, no he hecho nada. Solo trataba de ablandarla.

—Yo sí que te dejaría a ti blandito...

—Déjalo ya, Mike. —Ernest escupió otra vez en el vaso—. Wallace es mi nieto y no voy a estar aquí sentado viendo cómo lo tratas. Vayamos al grano.

Durante un momento, todos se quedaron callados. Sasser y Lo-Fat se sentían incómodos, como fuera de lugar. Al rato, Mike rompió el silencio y habló un poco más calmado.

—Bueno, ¿le contaste lo del dinero?

—Sí.

—¿Y qué te respondió?

—Después de llamarnos panda de mentirosos y ladrones, dijo que pensaría si contárselo a Clayton.

—¿Cómo que lo pensaría?

—Bueno, no tiene muchas ganas de hacer nada que pudiera poner en peligro a su marido y, sinceramente, la comprendo. De todos modos, no necesitamos a Clayton. Puedo descubrir dónde metió Halford el dinero; solo necesito algo más de tiempo.

—Tiempo es precisamente lo que no tenemos, Wallace.

—Lo entiendo.

Ernest escupió de nuevo, mientras Wallace cogía una manzana de la fuente que había sobre la mesa y cortaba un trozo con el cuchillo. Otro hombre (el de la cicatriz alrededor de la oreja) entró en la habitación y esperó a que le dieran permiso para hablar. Mike levantó la barbilla para dárselo.

—¿Qué sucede, Tank?

—Hay un problema en la puerta.

—¿Qué clase de problema?

—Tenemos visita, y no son amigos.

Wallace masticó y tragó el trozo de manzana.

—¿Qué decías del tiempo, Mike?

Mike el Costras se incorporó y salió por la puerta como un rayo. En la otra habitación, encontró a media docena de hombres con la vista clavada en los monitores del salón. Volvió inmediatamente.

—Es Carroza Viner y ha traído refuerzos.

Wallace dejó el cuchillo y la manzana sobre la mesa.

—Quédate aquí, abuelo. Nos ocuparemos nosotros.

Ernest se puso de pie muy despacio, con la ayuda de Sasser y Lo-Fat.

—Yo ya peleaba en esta montaña mucho antes de que tú nacieras, muchacho. No voy a quedarme de brazos cruzados.

El anciano sacó de un anaquel un fusil del calibre .30-30 y fue decidido hacia la puerta, escoltado por Sasser y Lo-Fat. Wallace dejó escapar un suspiro al desenfundar el arma. Abrió el tambor, contó las balas que quedaban dentro, lo cerró de nuevo y guardó la pistola. Después de dar un bocado a la manzana, fue a la cocina a por un poco de té helado. Hasta que no terminó, no siguió a su abuelo y a los demás hombres.

Al salir, notó que el ruido de las semiautomáticas y los rifles al cargarse hacía que temblara el suelo del porche. Al otro lado de la verja, había dos camionetas de mediano tamaño con al menos cuatro hombres cada una y un Geo Tracker donde, sin duda, estaría el jefe. Mike aguardaba sobre los peldaños de la entrada y apuntaba con el calibre .440 hacia el Tracker, que avanzó hasta detenerse al borde de la alambrada. El resto de los hombres de Mike hicieron lo mismo. En el porche había más de una docena de cañones en formación.

La puerta del Tracker se abrió y bajó el Carroza. El pelo rubio y la piel lívida relucían en la oscuridad. Era un hombre alto y delgado, pero parecía que hubiera entrenado a diario durante toda una década en el patio de prisión. Llevaba la camisa desabotonada e iba arremangado, dejando a la vista tatuajes carcelarios. Estaba claro que le gustaba presumir del león que tenía dibujado en el pecho, aunque visto desde el porche parecía que se hubiera pintado una mata de pelo. Nada más verlo, Mike pensó que le tocaba vérselas con un imbécil. Tenía los ojos tan azules que parecían falsos; Mike se fijó en ellos a casi cincuenta metros de distancia. También se dio cuenta de que no iba armado. De hecho, por lo que podía ver, ninguno de los que iban con él llevaba armas. Dos hombres —Mike supuso que serían sus subalternos— caminaron hacia la puerta del Tracker para ponerse a su lado. Uno de ellos estaba gordo y tenía cara de bobo. Por detrás llevaba la camisa sacada del pantalón y por delante parecía que la tripa iba a hacerle saltar la hebilla del cinturón. A Mike no le preocupó, no era más que un matón. El otro tenía la piel de color azabache y era más o menos tan alto como el primero, pero mucho más proporcionado. Sus movimientos eran todo lo contrario que los del gordo, suaves y armoniosos. Se movía como una sombra. Llevaba ropa militar oscura y, con el color de la piel, prácticamente se fundía con la noche. Por mucho que alumbraran los faros, Mike tenía que entrecerrar los ojos para distinguirlo. Lo que parecía evidente —al menos de primeras— era que el bobalicón y la sombra también iban desarmados. Mike escupió en el porche y no bajó el arma que tenía apoyada contra el hombro.

—Vete por donde has venido, Viner. Aquí no se te ha perdido nada.

El Carroza mostró las manos vacías, con las palmas hacia arriba. Acto seguido, cruzó los brazos y se recostó contra el Tracker.

—Te equivocas, Mike... Mejor dicho, Mike el Costras, ¿no es así? Joder, eres inconfundible, mira que eres feo.

Mike siguió imperturbable.

—Vas a meterte en un lío, Viner. Te lo repito: aquí no pintas nada y lo mejor sería que les dijeras a tus amigos que den media vuelta y se larguen al sur. Eso incluye a Sal y Pimienta.

El Carroza miró a Donnie y a Tate, y rompió a reír.

—Joder, nunca se me había ocurrido. Tienes gracia para ser un leproso... En otras circunstancias, creo que nos llevaríamos bien.

—No lo voy a repetir.

—Para empezar...

Wallace agitó una mano para interrumpirlo. En lugar de arma, seguía llevando el vaso de plástico con té helado en la mano.

—Para empezar —dijo, imitando al Carroza—, sé que lo de aparecer lleno de tatuajes de pies a cabeza y con esta puesta en escena es para darnos miedo, pero, seamos sinceros, cuesta bastante tomarse en serio a un tipo que acaba de subir hasta aquí arriba al volante de un Geo Tracker. —Miró hacia los hombres del porche—. ¿De qué color diríais que es? ¿Fucsia o frambuesa?

Se oyeron algunas risas.

—Tú debes de ser Cobb.

—A mandar.

El bobalicón intervino.

—Debería pegarte un tiro aquí mismo, Cobb —dijo Donnie, y se puso la gorra del revés, lo que le hizo parecer todavía más bobo.

—¿Estás seguro, Donnie? —Donnie se sorprendió al oír su nombre—. Sí, yo también sé quién eres tú y, como parece que todos hemos hecho los deberes, te recomendaría tener mucho cuidado con lo que vas a decir.

—Puedo contigo.

—¿El qué puedes? ¿Llevarme a cuestras? ¿Echarme un pulso? ¿Ganarme en una carrera? —Wallace bebió algo de té—. Como está claro que no vas a aceptar ningún consejo, y eso que eran por tu bien, ¿qué tal si dejamos esta agradable conversación, te pego un par de tiros y damos la noche por terminada? Cuando te estés desangrando como un cerdo en el suelo, tus primos podrán meterte en ese coche de chuloputas y llevarte de vuelta a Boneville.

—Que te... que te follen, Cobb —se trabó Donnie.

—¿Cómo? ¿Que me hagan qué? —Wallace se dirigió a Mike—. ¿Es que es tonto?

—Ya basta. —Mike hizo un gesto de desesperación, se le estaba agotando la paciencia—. Wallace, si no se han metido en ese ridículo todoterreno en treinta segundos, cárgate al negro que se mueve como una lagartija. Yo me encargaré del rubito.

—Lo imaginaba, viejo cegato. —Wallace dejó el té helado en la baranda del porche y sacó el arma. Deslizó la corredera de un calibre .380 negro y metió en la cámara una bala hecha por él mismo. Estaba prácticamente convencido de que podría acertar a cualquier cosa y acabar con ella, aunque fuera una sombra. Apuntó a Tate Viner, que no se movió ni pareció asustado. El Carroza levantó las manos.

—Está bien, está bien. No hay ningún problema. Montaremos en el coche y nos largaremos. La verdad es que tampoco nos gusta mucho este sitio. Eso sí, querría pedirlos algo antes de irnos.

—Tienes treinta segundos —dijo Mike.

—Hemos venido sin armas. —El Carroza ya no hablaba tan envalentonado.

—Eso es problema tuyo, no tengo nada que decir. Veinticinco segundos.

—Habéis matado a mi hijo. El único que tenía.

—Tampoco tengo nada que decir de eso. Veinte segundos.

—¿Lo niegas?

—Tu hijo se suicidó y tú estás a punto de hacer lo mismo. Quince segundos.

—Mi hijo estaba maniatado y murió ahogado. Luego, lo dejaron en la puerta de mi madre para que lo encontrara al salir de casa. Hay que ser un desalmado para hacer algo así... Ahora, ¿vengo desarmado a hablar con los responsables y me llevo este trato?

—Diez segundos.

Wallace no pudo contenerse.

—Lo has conseguido, Carroza. He picado el anzuelo: ¿qué es lo que quieres?

—Ojo por ojo.

—Sabes que es imposible.

—Dadme al hombre que le pisó el cuello a mi hijo contra el agua y esto se acabará.

—Se terminó el tiempo, Viejales. —Wallace cambió de objetivo y disparó. La gorra de camionero que llevaba Donnie del revés salió volando como si tirasen de ella con un hilo invisible. Se llevó las manos a la cabeza.

—La siguiente bala hará puré los sesos de Pimienta.

Donnie fue a hablar, pero el Carroza lo agarró por el hombro y le dijo al oído algo que no se oyó desde el porche. Donnie miró a Wallace, pero dio media vuelta, cogió la gorra y rodeó el Tracker. Sin decir nada, Tate esperó un instante antes de hacer lo mismo. El Carroza avanzó y se agarró a la valla, cruzando los dedos al otro lado de la alambrada.

—Mike, iba a pasarlo por alto contigo, por respeto a la corona. Lo mismo que contigo, Cobb, por respeto a tu abuelo. —Ni Mike ni Wallace dijeron nada—. No he venido a hacer una exhibición de fuerza, sino a saldar una deuda, a cobrarme ojo por ojo y pegarle un tiro a vuestro amigo el *sheriff*. Pero vuestra negativa cambia las condiciones.

—Tú no puedes marcar ninguna condición.

En el momento en el que Mike quitó el seguro del rifle, Wallace tuvo un mal presentimiento:

—Abre el portón, Mike —susurró.

—Calla, lo tengo controlado.

El Carroza soltó la valla y abrió la puerta del Tracker:

—Sí puedo y voy a hacerlo. Se acabó la oferta del ojo por ojo. —Se sentó en el asiento del conductor y cerró la puerta—. Ahora va a ser un tres por uno.

—Mike, estoy hablando en serio. —Wallace hablaba en voz más baja y con más apremio todavía. Dejó la pistola sobre la barandilla.

El pequeño motor de cuatro cilindros del Tracker arrancó y el Carroza bajó la ventanilla.

—Recuerda bien mis palabras, Mike. Solo venía a por el *sheriff*. Lo que pase a partir de ahora será responsabilidad tuya y de ese cretino que tienes al lado. Ah, y hablando de cretinos, reconozco que la puta mariconas con la que estuvimos antes de subir aquí era dura de pelar—. McKenna el Zarpas, que hasta entonces había estado contemplando la escena, decidió salir al porche y se colocó entre Mike y Wallace—. Aun así, al final se rompió, como hacen todos.

—Mike, ¿dónde está T-Ride?

—Cállate, Wallace.

El Carroza arrojó algo del tamaño de un balón de baloncesto por la ventanilla, era como una pelota de color rosáceo.

—Aguantó casi seis horas, pero el tipo (¿o digo la zorra?) acabó confesando quién mató a mi hijo en el estanque.

Todas las miradas se dirigieron desconcertadas hacia la bola que había en el suelo. El Zarpas fue el primero en reconocer lo que era:

—¡No! —gritó, y su voz profunda retumbó por el patio, desatando el caos. Sacó el calibre .45 y, echando a correr, lo descargó contra el Tracker. Disparó sin control y no acertó ni una sola vez. El Carroza arrancó el vehículo y salió a toda velocidad, seguido por las otras dos camionetas.

—¡Abre la puerta! —Tirando el arma y el té helado a los arbustos, Wallace saltó por encima de la barandilla y salió corriendo hacia la verja detrás del Zarpas—. ¡Abre la puerta, joder!

A medida que todos empezaban a juntar las piezas de lo que Wallace ya sospechaba, el pánico cundió en el porche.

—Hazlo, Tank —le dijo Mike al hombre de la cicatriz en la oreja.

Tank entró en la casa para accionar el interruptor del cercado y los demás siguieron mirando al Zarpas, que gritaba y corría hacia la puerta con Wallace. Cuando arrancó la última camioneta, vieron la cuerda y asomó también el roble que había estado ocultando todo el tiempo. En el árbol había atado un joven inconsciente con la perilla rala y una camisa de franela roja.

—¡T-Ride! —gritó Wallace, tratando de despertar al muchacho en vano.

Mike bajó el arma y entornó los ojos para ver mejor a su sobrino desde el otro extremo del patio.

—Dios mío.

Los hombres comenzaron a seguir a Wallace en cuanto comprendieron lo que estaba sucediendo. Toda la palabrería del Carroza, sus insultos y sus bravuconadas no habían sido más que una distracción. En el suelo, junto a T-Ride, había un enorme rollo de cuerda que se desenrollaba cada vez más rápido camino abajo. Wallace llegó a la valla en el mismo momento en que Tank apretó el interruptor. En el segundo en el que el portón empezó a moverse, trató de colarse por el hueco, mientras el Zarpas tiraba de la puerta para que se moviera más rápido. Por fin, Wallace consiguió pasar, pero cuando fue a echar mano al cuchillo, descubrió que lo había olvidado en la mesa.

—¡Mierda! —Con las manos temblorosas, trató de deshacer el nudo. T-Ride empezó a abrir los ojos muy despacio.

—¿señor Cobb? ¿Qué sucede?

Wallace intentó desatarlo desesperadamente.

—Aguanta, muchacho.

T-Ride miró con los ojos desorbitados al sentir la presión alrededor de la cintura. Solo tuvo tiempo de repetir su nombre antes de que la cuerda se tensara y lo levantara del suelo. Primero, lo arrastró de medio lado y, luego, le hizo dar vueltas por los aires. Al mismo tiempo que la cuerda se le hundía en el vientre y dejaba al joven suspendido en una posición antinatural, Wallace salió disparado contra el suelo. Pudo apartar la vista en el momento exacto en el que el

cuerpo del muchacho cedió y acabó partido por la mitad.

Los hombres se arremolinaron alrededor de los despojos, pero Wallace siguió sin moverse en la tierra empapada de la sangre de T-Ride. Maldecían y amenazaban al aire, y uno vomitó junto al torso del cadáver. Pero, por encima de las voces, Wallace distinguió un extraño gemido. Miró hacia atrás y vio que el Zarpas lloraba. A pocos metros, el gigantón también estaba en el suelo. Se mecía con la cabeza echada sobre el regazo. Acunaba la bata en la que el Carroza había envuelto los pedazos de Freddy Tuten, el único amigo de verdad que Nelson «Zarpas» McKenna había tenido en este mundo... hasta ahora.

17

EDMUND'S KUNTRY KITCHEN FANNIN COUNTY (GEORGIA)

«¿Cómo coño come así la gente?».

La carta del Edmund's Kuntry Kitchen estaba manchada de mermelada reseca y pegajosa y Vanessa la deslizó hacia el otro extremo de la mesa con una toallita húmeda. Siempre que viajaba con Chon, mantenían cierta distancia entre ellos por cautela. En general, ese par de kilómetros le venían bien. Chon se dedicaba a hacer lo que fuera que hiciera cuando estaba solo y ella, mientras, buscaba un lugar agradable para comer, leer o tomar una copa de vino con tranquilidad. Pero aquello era Georgia y, salvo en ciudades como Atlanta o Athens, los restaurantes de carretera del Peach State (el «estado del melocotón») eran versiones más o menos cutres del Waffle House o el Denny's. Aquel no era ninguna excepción. Estaba metida en una caja de zapatos con cegadoras luces fluorescentes, atendida por una camarera que debió de nacer con el delantal puesto. Por el momento, ese viaje no le había dado más que horas interminables de tedio y auténtica decepción. Vanessa era incapaz de comprender cómo podía haber gente que prefiriera la montaña a la costa. Odiaba aquel lugar con todas sus fuerzas.

La solitaria camarera que atendía veinticuatro horas ese engendro junto a la carretera llevaba una plaquita con el nombre de Jeremie, escrito con «ie» en lugar de con «y». Vanessa dedujo que sería para dejar bien claro que era una mujer. Desde luego, le hacía falta... no tenía ni una curva. «Pobrecilla».

A esas horas de la noche solo había dos mesas ocupadas, y una era la suya. En la otra había tres jóvenes del pueblo. Dos de ellos —Vanessa calculó que rondarían los veinticinco— eran tan corpulentos como una morsa y el tercero era un muchacho flacucho, con aspecto de cerebritito y gafas metálicas. Estaba sentado al borde del banco con uno de los gordos y parecía incómodo. Compartían una jarra de té helado y una cesta de pan de maíz, mientras que Vanessa llevaba allí más de diez minutos y Jeremie solo le había servido un vaso de agua con hielo que sabía igual que si la hubiera sacado de un pozo en el patio trasero. «A la mierda», se dijo; de todas formas, no tenía ganas de probar basura rebozada, así que sacó del bolso un ejemplar de *Al este del Edén* y cruzó los dedos para que la siguieran ignorando. Como no podía ser de otra forma, cuando solo había leído tres páginas, Jeremie se dignó a acercarse a la mesa para preguntarle si ya había decidido qué tomar. Vanessa dobló con cuidado una esquina de la página, cerró el libro y preguntó a la rubia sin nada de especial si en la carta había algo que no estuviera frito o rebozado. A la camarera le descolocó tanto la pregunta que tuvo que mirarlo ella misma para

averiguarlo.

—Verás, Jeremie, he quedado con alguien y no tengo mucha hambre. ¿Podría esperar con una taza de café y una porción de la tarta más tierna que tengas?

Al parecer, la pregunta no le gustó mucho a Jeremie, que empezó a pasar el chicle de un lado a otro de la boca.

—Señora, lo siento mucho, pero las mesas están reservadas para dos o más clientes.

Vanessa miró alrededor. Había otras doce mesas vacías.

—Son casi las dos de la mañana.

—Un poco más tarde, creo. —Estaba claro que Jeremie no había captado la indirecta.

—¿Y cuentas con que llegue un autobús a las dos y media?

—Son las normas, señora.

—Claro, lo entiendo. Mejor dicho, lo entendería si hubiera más gente, pero viendo la clientela que tienes ahora mismo, ¿crees que podemos saltarnos esa regla por un día?

—Ya lo hice y por eso está usted sentada aquí sola, pero para quedarse tendrá que pedir una comida o Karl se va a *chinar*.

—¿Que va a hacer qué? —Vanessa bajó las gafas y se recogió un mechón de pelo rubio detrás de la oreja.

—A *chinarsé*, ya sabe —dijo Jeremie, muy sorprendida—. Que me va a echar la bronca, a cantar las cuarenta... Que se enfadará conmigo. ¿No lo había escuchado antes?

—Es la primera vez.

—Verá, siempre trabajo de noche y es un asco. No quiero que Karl se mosquee conmigo y que no me dé nunca el turno de día, ¿entiende? Tengo un hijo y la canguro me cuesta un ojo de la cara.

Vanessa se fijó en la fotografía de un bebé rubio y feúcho que llevaba pegada a la libreta de las comandas. Se quitó las Ray-Ban y las dejó sobre la mesa.

—De acuerdo, entonces tráeme los tres combinados más caros que haya en el menú y prepáralos para llevar. ¿Con eso quedaría justificada mi selección de asiento?

—¿Lo que me pregunta es si podrá seguir sentada aquí?

Vanessa suspiró.

—Exacto, querida.

—Supongo que sí.

—Fantástico. —Vanessa cogió de nuevo el libro y lo abrió por la página que había marcado.

—¿Quiere saber qué incluyen los combinados?

—Me da absolutamente igual.

—Perfecto. —Jeremie garabateó algo en el cuadernillo y Vanessa empezó a buscar dónde se había quedado—. ¿Son todos para llevar?

Vanessa comenzaba a hartarse de aquella conversación.

—Eso es.

Jeremie mascó el chicle y siguió escribiendo.

—¿Sigue queriendo también el café y la tarta?

Vanessa dejó el libro, miró hacia arriba y respiró hondo.

—Sí, si no es mucha molestia.

—Claro que no, señora, ninguna molestia. ¿Quiere que le saque primero la tarta?

—¿Antes que la comida para llevar, quieres decir?

—Esto... sí, eso.

—Sí, Jeremie, trae primero la tarta. ¿Eso es todo? Ya he leído tres veces la misma línea. — Con esas palabras, Vanessa debió de acertar en un punto flaco, porque Jeremie se envaró y torció el gesto.

—Señora, no se altere. Solo trato de ofrecerle el mejor servicio posible.

Vanessa también frunció los labios y señaló con la cabeza hacia el asiento vacío que tenía enfrente.

—Tienes razón, Jeremie, lo siento, me he *chinado*.

La camarera sonrió.

—Lo ha dicho en broma, ¿verdad? Es usted graciosa... y muy guapa, desde luego.

—Gracias. —Vanessa cogió el libro por cuarta vez y Jeremie desapareció por la puerta naranja y blanca que daba a la cocina.

Vio al idiota que se acercaba incluso antes de que levantara su enorme culo del asiento. En efecto, uno de los grandullones se levantó, se colocó los vaqueros y cruzó el restaurante en dirección a Vanessa, que hundió la vista y dejó que el flequillo de la peluca rubia le cayera sobre la cara. El chico morsa puso las manos sobre la mesa y se presentó:

—Soy Teddy.

Vanessa alzó la vista. Teddy llevaba una camiseta de color mostaza que debía de ser de otro color cuando la compró y tan ceñida que marcaba a la perfección unas impresionantes tetas. Llevaba una gorra de camionero con las letras «FBI» impresas y laterales de rejilla. Vanessa estuvo a punto de romper a reír.

—¿Puedo hacer algo por ti, Teddy?

—Creo que sí. Mis amigos y yo hemos hecho una apuesta y nos gustaría saber si podría ayudarnos.

Vanessa cerró el libro y lo deslizó sobre la mesa. No pensaba volver a abrirlo.

—Muy bien, ¿de qué se trata?

—La estábamos observando y tratando de averiguar de dónde viene, porque está claro que no es de por aquí.

—En eso tienes razón, Teddy.

—¿Podría decirnos de dónde es?

—¿Y qué se lleva quien gane la apuesta?

Teddy se le acercó un poco más y sonrió. Tenía los dientes sorprendentemente blancos y alineados.

—Pues verás, el ganador tiene el privilegio de pagarle la cuenta.

—¿En serio?

—Sí, señora.

Miró hacia la mesa donde estaban los otros dos. El que parecía el gemelo de Teddy (imaginó que se llamaría Freddy) le guiñó el ojo y el de las gafas saludó con una sonrisa tímida. No le devolvió el saludo, pero le pareció que tenía una bonita sonrisa y una cara agraciada. Incluso pensó que podría tener una oportunidad en la vida si se marchaba a doscientos kilómetros de allí,

en cualquier dirección.

—¿Y tú qué has dicho, Teddy?

—¿Yo? Nueva York, está claro.

Vanessa exageró la cara de incredulidad.

—Pero bueno, Teddy... no puede ser. Te has llevado el premio.

El chico levantó el pulgar a sus amigos para indicarles que había acertado y metió barriga.

—Vaya, sí, ¡lo sabía! Quiero decirle una cosa... —Teddy subió los brazos, mostrándole las palmas de las manos, y dio un paso atrás—. Solo la invito a comer porque me gusta ser amable, eso es todo. Sé que no me conoce de nada y no quiero que piense cosas raras.

—En ese caso, muchas gracias, Teddy.

—Hay que portarse bien cuando alguien agradable pasa por nuestro pequeño paraíso. Sin pretender nada a cambio.

—Muy amable de tu parte, Teddy.

—No voy a pedirle un abrazo ni nada.

—Estupendo. Gracias de nuevo, Teddy. —Le regaló una sonrisa falsa y deslumbrante y la sostuvo hasta que el chico morsa se dio por vencido. Entonces, levantó el sombrero y sonrió, consciente de que acababa de perder la verdadera apuesta con sus amigos: conseguir un abrazo de la rubia.

—Que pase buena noche, señora.

—Gracias, Teddy, eso haré.

Teddy se dejó caer en el asiento y aguantó la guasa de sus amigos. Al rato, le entristeció todavía más ver que Jeremie aparecía con tres cajas de los mejores platos del Edmund's y las dejaba junto a Vanessa antes de desaparecer en la cocina.

«Y yo, sin la tarta».

Vanessa miró hacia el asiento de vinilo naranja que tenía delante y trató de concentrarse en la respiración hasta que Jeremie regresó con una taza de café.

—Le he dado la cuenta a Teddy. Insistió.

—Parece buen chico.

Jeremie se inclinó hacia ella:

—Creo que no esperaba que fuera tanto, pero él sabrá, ¿no? —Le enseñó el puño, esperando a que Vanessa chocara con ella, pero no lo hizo. El teléfono sonó dentro del bolso, Chon avisaba de que quedaban cinco minutos para salir.

«Gracias a Dios».

—Jeremie, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Imagino que sí.

—¿Alguna vez te has planteado estudiar?

—Sí... alguna.

Vanessa esperó a que la camarera añadiera algo más, pero dejó así la respuesta.

—Vale, te lo preguntaré de otra forma. Si ahora mismo tuvieras quinientos dólares en el bolsillo, ¿qué harías con el dinero?

—Muy fácil: con la mitad, recuperaría los papeles del coche para que no me quiten el Hyundai. Los tipos de la casa de empeños son unos indeseables.

—¿Les debes doscientos cincuenta dólares?

—Sí, y eso que solo me prestaron cien. ¿A que es una mierda?

—Desde luego. —Vanessa volvió a ponerse las gafas y se levantó. Sacó cinco billetes de cien dólares de la billetera, los dobló por la mitad y se los puso a Jeremie en la mano. —Toma. Ve a pagar el préstamo y, con el resto, matricúlate en alguna academia. Empieza hoy una nueva vida.

Jeremie sonrió radiante de felicidad.

—Gracias, señora.

Vanessa se llevó un dedo a los labios y movió la cabeza hacia Teddy y su grupo.

—Eres mujer y madre —le susurró—, no deberías tener que servir a majaderos como esos en mitad de la noche para malvivir. ¿Comprendes lo que digo?

Jeremie le guiñó un ojo y formó un corazón con las manos. Vanessa se ajustó las gafas y metió el bolso bajo el brazo.

—¿Dónde está la papelera, Jeremie?

—Allí. —Señaló—. Al lado de la puerta.

—Gracias. Tú recuerda lo que he dicho.

—¿Qué parte? —dijo Jeremie con los ojos como platos.

Vanessa frunció el ceño y la invadió una profunda tristeza. «No sé ni para qué me molesto». Cogió los diez kilos de comida rebozada para llevar y fue hacia la puerta. Se volvió para mirar a Teddy, que, por supuesto, no le quitaba el ojo de encima. Con una sonrisa, tiró los tres envases de comida a la papelera. El gordo se quedó de piedra y ver esa cara le valió a Vanessa hasta el último segundo que había desperdiciado en aquel antro. Se despidió de él y empujó la puerta con la cadera.

—¡Bollera! —gritó alguien antes de que volviera a cerrarse.

«¿No se les ha ocurrido nada mejor? Qué lamentable».

Cuando estaba a unos metros del coche, la puerta del Edmund's se abrió de nuevo y oyó que la llamaban. Se le aceleró el pulso, pero no respondió y siguió adelante:

—¡Oiga! Espere un momento, ¡por favor!

Empezaron a sudarle las manos y sintió un escalofrío en la nuca. Se detuvo entre su coche y un Chevy Silverado de color rojo y, tras dejar el bolso sobre el techo de su BMW, se subió las mangas de la chaqueta. Esa vez, la voz le habló prácticamente al oído.

—¿Qué le pasa, señora? ¿Es que no oye?

Calculando la distancia que los separaba, dio media vuelta empuñando las llaves como cuchillas y solo fue capaz de desviar el golpe en el último momento para no destrozarle la cara al chico de las gafas metálicas. Ella retiró el puño y el joven retrocedió de un salto.

—Eh, señora, no se ponga así. Se ha dejado esto y casi no consigo alcanzarla. —Le enseñó el ejemplar manoseado de *Al este del Edén*.

—Oh, lo siento. Creía que...

—No pasa nada. Es de noche y está sola, lo entiendo. Pensé que le daría pena perderlo.

—No sabes cuánto. —En esos viajes, Vanessa se esforzaba al máximo para que nadie la reconociera, de ahí que llevara peluca y gafas y que tocara todo con toallitas húmedas. Sin embargo, se había centrado tanto en humillar al saco de grasa que olvidó por completo el libro que estaba tratando de leer y que iba cubierto de huellas.

«No puedo ser tan descuidada —pensó—. Ha sido una estupidez. Menos mal que estaba este crío».

—El libro es bueno. Lo leí hace unos años. Tenga... —Le tendió el ejemplar y, al cogerlo, Vanessa soltó las llaves—. Steinbeck es uno de mis autores favoritos —añadió el muchacho.

—Muchas gracias. Siento mi reacción, ha sido un reflejo. Pensé que sería tu amigo. No he sido muy amable con él. También lo siento. —No era cierto, pero le pareció correcto decirlo.

—¿Teddy? —El joven se giró hacia el restaurante—. No debería preocuparse por él, jamás le haría daño. No tiene agallas para seguir a una mujer hasta el coche, especialmente si lo ha humillado como usted.

—Bueno, me alegro de que tú sí.

—Ningún problema, señora. Que pase buena noche.

—Tú también.

El chico echó a andar hacia el local y Vanessa cogió el bolso del techo del coche. Necesitaba dormir, se estaba volviendo descuidada. Nunca había bajado la guardia de aquel modo. Ni siquiera pensó en el libro ni se fijó en nada más. De hecho, tampoco lo oyó cuando se le aproximó otra vez por la espalda ni anticipó el golpe que le descargó justo en la columna, entre los omóplatos. La fuerza del puñetazo la hundió en el suelo y el dolor le recorrió el cuerpo entero, en todas las direcciones. Las gafas salieron disparadas.

—Ese no es mi amigo, zorra. Es mi primo. Somos familia y es un buen chico.

Vanessa intentó levantarse, pero el muchacho le asestó una patada en las costillas que le hizo caer contra el Silverado y acabar tendida junto a la rueda trasera. Estaba a punto de perder el conocimiento. El chico de la cara agraciada y las gafas metálicas se agachó a unos centímetros de ella.

—¿Te gusta esa mierda, princesita? ¿Te lo pasas bien tratando a la gente como basura? ¿Te crees mejor que nosotros por ser de la ciudad? Teddy no iba a hacer nada malo, solo quería que una chica guapa le diera un abrazo. No es pedir gran cosa, ¿no? Podrías haberle dicho que no y dejarlo estar, pero tenías que humillarlo, ¿verdad? Las zorras como tú pensáis que podéis hacer lo que queráis con vuestras tetas de silicona y la ropa de centro comercial. Pero ¿sabes qué, princesa? Por aquí, no nos gustan tus numeritos. Este pueblo es nuestro y de mi primo, y no puedes presentarte y tratarlo como a un perro, solo porque creas que tu mierda no apesta como la de los demás. Es hora de que alguien te dé una lección.

Se incorporó para golpearla de nuevo.

—Espera —consiguió decir Vanessa, mientras levantaba las manos para protegerse la cara. El chico la estaba abofeteando—. Para ya.

—¿Que pare? Que te lo has creído, alteza. Te vas a ir bien caliente y así te lo pensarás dos veces antes de molestar a unos buenos chicos. —Se levantó y la agarró del pelo; tiró con fuerza y acabó con una peluca rubia en la mano—. Pero ¿qué cojones?

Mientras miraba perplejo la mata de pelo, Vanessa aprovechó la distracción para darle una patada en la pierna y hacerle perder el equilibrio. Cayó con fuerza contra la cadera y, a partir de ese momento, Vanessa aprovechó bien el entrenamiento. Lo enganchó por el cuello con las piernas y cerró la llave por los tobillos, girando la espalda y con el cuerpo en tensión, concentrando toda la fuerza en los muslos.

«A dormir, hijo de perra».

Lo soltó al notar el chasquido. Cuando separó la pierna izquierda, la cabeza del chico cayó desplomada hacia atrás y rodó sin control sobre el otro muslo hasta acabar con un golpe seco en el asfalto.

«¿Qué coño ha pasado? ¿Tan enclenque era que le he partido el cuello con un mataleón?».

Sintió náuseas y rodó de espaldas. «Mierda, mierda, mierda». Todo le daba vueltas. Solo quería que se quedara inconsciente, no matarlo. Ni siquiera pensaba que era capaz de hacer algo así.

«Pero lo has hecho; ahora, apechuga».

Todavía le dolía la espalda donde había recibido el primer golpe, pero se puso rápidamente de pie y miró alrededor. No había salido nadie más del Edmund's... todavía. Examinó la carne gomosa del cuello en busca de pulso, aunque sabía que no iba a encontrarlo y, acto seguido, trató de levantarlo por los hombros. Calculó que pesaría noventa kilos. Entrenarse en defensa personal era una cosa y mover un cadáver, otra. Tardaría demasiado tiempo en meter a ese cateto en el coche. Tenía que dejarlo ahí. «Joder», masculló, y lo soltó de bruces contra el suelo. Comprobó si llevaba rasguños en las manos o algún resto bajo las uñas. No había señales de pelea, ni siquiera se veían golpes en los nudillos. No era más que un crío con el cuello roto en mitad de un aparcamiento. Rebuscó en los bolsillos y encontró una navaja, algunas monedas, un condón y, por fin, la cartera: treinta dólares en efectivo y un rasca y gana.

«Un atraco. Acaban de atracar al chico. Respira hondo, más despacio. Cálmate. Lo tienes controlado, solo tienes que calmarte. No te dejes nada. Haz lo que Chon te ha enseñado. Recuerda el entrenamiento y no tendrás ningún problema».

Vanessa recogió sus cosas sin levantarse: las gafas, el libro, la peluca, el bolso y las llaves. En el forro de malla de la peluca rubia, metió lo que llevaba el chico en los bolsillos y recuperó el zapato que había perdido con el forcejeo. Antes de ponerse de pie, echó un nuevo vistazo al suelo para no olvidar nada que pudiera implicarla... No había nada. Estaba temblando.

«Tranquilízate ya, muchacha».

Vanessa pulsó el botón de las llaves y subió al coche. En cuanto estuvo frente al volante, hizo un repaso. Se miró en el retrovisor. Tenía el pelo negro y lo llevaba recogido con horquillas en un moño bien apretado. No se veían marcas en la cara, ni cortes ni sangre. Le temblaban las manos, pero tampoco tenía rasguños. Estaba ilesa. No tenía rastros de él ni él de ella. Todo estaba bien. Podía controlar la situación. Soltó aire muy despacio y sacó el BMW del aparcamiento por la salida trasera, junto a una hilera de contenedores de basura, y desapareció en la autopista. Cuando había recorrido diez millas, iba riéndose y a las quince, bajó la ventanilla y empezó a gritar. Se había metido en un buen lío y había salido airosa. Quizá en el momento no fue consciente de lo que hacía, pero dentro de aquella chica llamada Bessie May Viner había alguien diferente. Vanessa también estaba allí y quería mostrar a todos de lo que era capaz. Acababa de hacerlo. Ya no era ninguna víctima, eso había terminado. No lo era ni del Carroza ni de nadie. Tenía que llamar a Chon para contarle lo que había sucedido, pero estaba segura de que le leería la cartilla y no tenía ganas de escucharlo. Además, se sentía de maravilla y no le apetecía echar a perder esa sensación. Cuando llegó a McFalls County, su mayor preocupación era si realmente su ropa parecía comprada en un puto centro comercial.

18

COOPER'S FIELD

Clayton pasó casi todo el día en Cooper's Field, sin poder sacarse de la cabeza a los muchachos que habían muerto. Hacía mucho que no acudía por allí y, como nadie limpiaba ya la maleza, era prácticamente imposible leer los nombres de la mayor parte de las lápidas que cubrían la parte izquierda del campo. Algunas ni siquiera se veían desde el camino. Normalmente, Halford mandaba a alguien para que se ocupara de esas cosas, pero ahora que no sonaba el látigo, nadie cuidaba de aquel sitio. Pensó que tendría que encargarse él mismo, en algún momento. En parte, le alegraba que nadie hubiera pasado desde hacía tanto, porque no solo habían crecido malas hierbas, sino también flores silvestres que salpicaban de colores la ladera. Había florecillas naranjas y amarillas por todas partes, de esas que tanto le gustaban a Kate; las llamaba aros de fuego y Clayton se entretuvo en preparar un ramillete. Ya no recordaba cuánto hacía que no le llevaba flores a su mujer ni cuándo fue la última vez que Kate le había mentido. De hecho, quizá aquella fuera la primera.

Por la noche, se ducharon juntos y, mientras él le lavaba el pelo, Kate le contó que se había puesto al día con Charmaine Squire, que bebió algo de vino y que tuvo que esperar a que se le pasara el mareo para coger el coche. Clayton sabía que era mentira, pero no lo dijo. A eso de las diez de la noche, dos horas antes de que Kate volviera a casa, Darby lo había llamado desde el hospital para preguntar por el *software* que utilizaban en comisaría para los informes. Con el ayudante de baja tras la explosión en White Bluff Road, el único que podía cubrir el turno de noche era Woodson Squire. El chico estaba recién contratado y todavía no se aclaraba con el sistema. Aprovechando la llamada, Darby le contó que la madre de Woodson iba a cada rato a comisaría a llevarle comida y que todos decían que era una cocinera fabulosa. De hecho, esa misma noche, se había presentado con un bollo de canela que estaba para caerse de espaldas y era una pena seguir en el hospital y no poder probarlo. Al parecer, quería celebrar con orgullo que era la primera noche de su hijo al cargo de la oficina del *sheriff* de McFalls County. Por un instante, Clayton pensó que Kate tenía una aventura y le aterró, pero enseguida se sacó la idea de la cabeza. La fidelidad de Kate era a prueba de balas. Lo abandonaría antes que hacerle eso (o hacérselo a ella misma). Además, por cómo terminaron en la ducha, estaba claro que no era el caso. Aun así, le había mentido. Algo no iba bien.

Clayton recorrió Cooper's Field arrancando aros de fuego, hasta que notó que el teléfono vibraba sobre la pierna. Hacía bastante tiempo que no veía aparecer aquel nombre en la pantalla. Pulsó el botón verde con una sonrisa y se llevó el móvil al oído.

—¡Pero si es Charles Finnegan! ¿Cómo le va al mejor hombre del Departamento de Investigación de Georgia?

—Según mi médico, debería perder veinte kilos, tengo la próstata inflamada y se me ha estropeado el aire acondicionado del despacho, así que nunca me había sudado tanto el culo como en este mismo momento. ¿Y tú cómo estás?

—Hasta que he imaginado la escena, bastante bien. Estoy en los terrenos del abuelo, preparando un ramo de flores para mi mujer.

—¿Te ha mandado a dormir al sofá?

—Esos cojines llevan mi forma.

—Ya lo imagino.

—Bueno, ¿solo has llamado para hablar de tu trasero sudoroso o necesitas algo?

—En efecto, y es tan importante que hasta mis nalgas pasan a segundo plano. Te quiero pedir un favor.

—Caramba, eso es nuevo.

—Lo sé, lo sé... Normalmente, debo poner mis conocimientos superiores y mi amplia experiencia al servicio de pobres paletos como tú... Pero, por una vez, tengo un caso en el que podrías serme útil.

—Cómo voy a negarme, si me lo pides así.

—Es un caso que queda más o menos cerca de tu zona y...

—Un momento, Charles. No sé si lo sabes, pero me lo estoy tomando con calma últimamente. Mi ayudante Darby es quien lleva casi todos los expedientes y lo más seguro es que se quede él con el cargo en las próximas elecciones. —Clayton volvió a ver a Reggie Cole convertido en un pedazo de carne chamuscada y se le cerró el estómago al recordar que Darby había estado a punto de morir por su culpa.

—Sí, me he enterado y también te he llamado por eso, aunque ya llegaremos. Verás, no necesito más que un par de ojos en McFalls County, pero en el Departamento andamos escasos de hombres.

—De acuerdo, ¿de qué se trata?

—¿Conoces al *sheriff* de Fannin County? Es otro patán como tú, un tal Dane Kirby.

—Conozco a Dane, es un buen hombre. Estuvo al frente del departamento de bomberos de McFalls County hasta que se incorporó a la oficina del *sheriff* de Fannin. Incluso le ayudé en la campaña. ¿Qué ha ocurrido?

—Le ha caído encima un homicidio.

—¿Estás de broma?

—No. Un crío del pueblo apareció con el cuello roto en el aparcamiento de un tugurio llamado Edmund's Kuntry Kitchen. Casi le habían arrancado la cabeza.

—¿Hay testigos?

—Ninguno fiable. Solo hay un borracho que recuerda haber visto un coche caro aparcado en la acera de enfrente. Dijo que nunca se ven coches así en el Edmund's.

—¿Tenía la matrícula?

—A medias. No recordaba los números, pero al parecer vio las letras E y D. Eso, y que la matrícula tenía un melocotón.

—¿Nada más?

—No.

—No es gran cosa.

—Lo sé. Pero verás, Kirby le enseñó fotografías de diferentes coches y acabó identificando un BMW de último modelo, en color negro. Sé que no es mucho con lo que trabajar, pero tampoco creo que haya demasiados BMW de ochenta mil dólares circulando por esas montañas. Si hubiera alguien atento, sería tan fácil de localizar como un grano en mitad de la frente.

—La verdad es que sí.

—¿Harás correr la voz?

—Claro, Charles, pero nosotros también andamos escasos de personal. El otro día hubo una explosión en un laboratorio de meta y Darby resultó herido. De todos modos, veré lo que podemos hacer.

—No lo sabía, Clayton. ¿Está bien?

—Sí, se recuperará, es duro como un buey. Le diré que has preguntado por él, tú dile a Dane que espero que dé con su hombre. Sé por qué se marchó a Fannin y que le vendría bien marcar un tanto.

—Se lo diré. Ahora, me gustaría hablar del otro asunto.

—¿Qué asunto?

—Que no quieres seguir en la policía mucho tiempo.

—¿Y qué sucede?

—¿Está tomada ya la decisión?

—No es una decisión, Charles. Tengo que dejar el puesto, es una necesidad. Casi no puedo moverme. Si hubiera sido yo quien estaba el otro día en White Bluff Road, creo que no estaríamos hablando ahora mismo.

—Eres el mismo hombre que recibió dos disparos de rifle en el pecho y vivió para contarlo, ¿verdad?

—Sí, pero ¿cuántas veces se puede evitar lo inevitable?

—¿No irás a decir que te estás volviendo viejo como yo, que nadie es inmortal y otras gilipolleces por el estilo?

—No, Charles. Lo que digo es que, en cuanto tenga que echar a correr detrás de un pelagatos que robe algo en el Pollard's, me desplomaré en el suelo y no me podré levantar. Eso no inspira mucha confianza a la gente. ¿Me entiendes?

—Creo que sí, pero ¿y si no tuvieras que perseguir a más pelagatos?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué te parecería trabajar en un despacho?

—¿Adónde quieres llegar, Charles?

—Te estoy ofreciendo un trabajo, patán.

—¿En el Departamento?

—No... de cajero en un súper. Pues claro, en el Departamento de Georgia. Los hombres buenos se nos escapan, enseguida ascienden y se van con los federales. Un detective con experiencia y que no vaya a largarse a la primera de cambio es un tesoro.

—Un detective lisiado, querrás decir...

—Un detective que conoce esas montañas mejor que nadie.

—No lo sé, Charles. Kate y yo estamos empezando a arreglar las cosas y ahora somos padres. Además, tendríamos que trasladarnos y...

—No digas nada más. No he llamado para presionarte, sino para hacerte una propuesta. Piénsalo bien y habla con Kate, si lo necesitas. Quizá te interese hacerlo más adelante, cuando hayas colgado el sombrero de *sheriff* y te haga falta algún plan.

—Gracias, Charles, lo tendré en cuenta, aunque ahora mismo, el único plan que tengo en mente es llevarle estas flores a mi mujer.

—Un hombre inteligente, está claro que no me he equivocado con la oferta. Y ahora, si no te importa, pon ese BMW en el radar y diles a tus *boy scouts* que estén atentos. Avísame si encontráis cualquier cosa.

—Cuenta con ello.

—Gracias y cuídate, Clayton.

—Tú también, Charles.

Al terminar la llamada, Clayton siguió mirando el teléfono un buen rato. Si su padre pudiera saber que se planteaba trabajar para el Departamento de Georgia, se revolvería en la tumba. Con las manos en los bolsillos del abrigo, regresó al Bronco tan perdido en su mundo que estuvo a punto de olvidar las flores. Recogió el ramillete, lo echó al asiento de la camioneta y miró hacia el cielo. Por la posición del sol, serían las cinco en punto y era una hora perfecta para pasar por el Lucky's a tomar algo. Al llegar a casa, tendría que preguntarle a Kate dónde había estado la noche anterior y temía aquel momento. No le apetecía discutir con su esposa y sabía que las flores jugaban a su favor, tanto como jugaba en su contra parar en el Lucky's. Así que, por mucho que le apeteciera, no lo iba a hacer. Ni pensarlo.

19

LUCKY'S WAYMORE VALLEY

Al llegar al Lucky's, Clayton se detuvo a observar el letrero de color rojo y blanco que invitaba a pasar. Tenía claro que no necesitaban convencerlo, así que abrió la puerta y atravesó el local hasta la barra. De día, el Lucky's era el mayor restaurante de Main Street y hacía las veces de cafetería, con taburetes junto a la barra, cartas plastificadas y frasquitos de sal y pimienta en las mesas. Pero cada día, pasadas las seis (excepto los domingos), se convertía en bar de copas. La camarera Nicole era una preciosidad de veintipocos, odiada entre la población femenina de Waymore por ser una preciosidad de veintipocos. Nada más entrar, la vio detrás de la barra, ocupada con la transformación del local. Las luces seguían encendidas y las persianas, subidas, pero ya había quitado los manteles de las mesas, las cartas estaban recogidas bajo la barra y ocupaban su lugar cajas apiladas de Bud Light y Yuengling, listas para la noche. En una mesa, había dos cazadores cenando temprano; junto a la barra, una mujer rubia y delgada bebía una copa de vino blanco; y, cerca de donde estaba él, un joven con una camiseta naranja y sucia y las uñas negras de tela asfáltica hablaba con Nicole mientras ella cortaba rodajas de limón y lima para los cócteles que le tocaría preparar durante horas. La chica le sonreía, coqueteaba y dejaba las rodajas de fruta en unos pequeños recipientes de plástico que había alineado en la barra. En cuanto vio aparecer a Clayton, dejó el cuchillo sobre la tabla de cortar.

—¿Qué tal, *sheriff*? ¿Viene a comer o le apetece beber algo? —Clayton trató de sacar una sonrisa, pero no estaba de humor. A Nicole no le hizo falta más para entenderlo—. Enseguida.

Sirvió un *bourbon* doble y lo dejó en la barra. Clayton miró su reflejo en el líquido de color ambarino y le asqueó ver aquella cara. El chico no debería estar muerto. Tuvo la ocasión de evitarlo. Lo podía haber arrestado días antes en el Pollard's por robar cerveza, pero prefirió quedarse en la camioneta a beber *whisky*. Aquella muerte también era responsabilidad suya. La lista cada vez era más larga y Clayton empezaba a pensar que quizá sí era el asesino por el que lo tenían Mike y toda la montaña.

«No —se dijo, sacudiendo la cabeza—. No lo soy».

Nicole se acercó.

—¿Qué pasa, *sheriff*? ¿Le pongo otro?

—No, no quiero más, Nicole.

Fue a sacar la cartera, pero Nicole lo detuvo:

—Ya está pagado, *sheriff*. Le ha invitado su amiga.

—¿Qué amiga?

Nicole le miró, perpleja.

—¿Cómo dice? Esa de ahí. —Señaló a la rubia de la copa de vino—. Dijo que le estaba esperando. Pasó por su oficina hace unas horas. Le dije que no sabía si vendría, pero ella estaba convencida.

Clayton miró a la rubia de ojos azules que tenía sentada a unos taburetes de distancia. La mujer lo saludó educadamente.

—No la conozco.

—Pero yo a usted sí, *sheriff* Burroughs —dijo ella, mirando la copa. Se incorporó y le hizo un gesto a Nicole para que los dejara solos. La camarera esperó a que Clayton asintiera y le lanzó una mirada fría como el hielo a la mujer antes de volver al final de la barra para seguir cortando limones.

La mujer hizo caso omiso del gesto de Nicole, cogió el vaso y se sentó junto a Clayton.

—Lo conozco bien, *sheriff*.

—Lo dudo mucho —respondió él, sin levantar la vista del *bourbon*.

—Lo sé todo sobre usted e indirectamente también usted me conoce.

Clayton bebió un trago.

—En tal caso, también sabrá que estoy casado.

—Sí. —A Vanessa le divirtió aquella respuesta.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere?

Vanessa acarició el borde de la copa con el dedo.

—Me llamo Vanessa Viner.

Oír aquel nombre fue como un mazazo, pero no lo hizo notar. Viner, como el chico del estanque. Siguió mirando el vaso de *whisky*.

—¿Y qué?

—Hace unos días, mataron a mi sobrino en Bull Mountain.

—¿Y qué? —repitió Clayton, antes de beber un buen trago de *bourbon*. Seguía impertérrito. Vanessa giró el taburete para mirarlo de frente.

—Y creo que lo mató usted.

Esa vez no pudo disimular la impresión. Miró a Vanessa a los ojos. Lo estaba examinando y tratando de descifrar qué pasaba por su cabeza, pero, como todavía no le daba suficientes pistas, puso algo más de información sobre la mesa.

—Mi sobrino se llamaba Joseph, pero lo llamaban JoJo. Lo ahogaron en el estanque de Burnt Hickory. Luego, arrojaron el cadáver al porche de mamá. ¿Eso también se le ocurrió a usted?

Clayton siguió con el gesto frío, pero la cabeza era un hervidero por dentro.

—No sé nada de eso.

—¿Seguro? Porque, por lo que yo sé, sus socios Mike Cummings y Wallace Cobb maniataron a Joseph y le dieron una paliza, pero usted fue quien lo metió en el agua.

—Eso no es cierto.

—¿Qué parte? ¿La de la paliza o la del agua?

Al levantarse, Clayton estuvo a punto de tirar el taburete que tenía al lado.

—Todo. No nos conocemos y no sé de qué está hablando. Yo no he matado a nadie...

«¿O sí?». La pregunta retumbaba con tanta fuerza dentro de su cabeza que le latían las sienes. Era imposible no ver que se estaba derrumbando. Nicole le preguntó si se encontraba bien, pero él le hizo un ademán y volvió a mirar a Vanessa a los ojos. Eran de un azul claro y sereno, parecía encantada con la situación y no se le pasó por alto que el *sheriff* estaba descompuesto. Cuando habló, su voz era poco más que un susurro ronco:

—No sé a qué está jugando, señorita Viner, pero, si no quiere que le ocurra nada malo, le recomiendo que no siga haciendo ese tipo de acusaciones y que se largue de McFalls County cuanto antes. Siento que su sobrino haya muerto, pero le aseguro que no le conviene presentarse en Bull Mountain para buscar a quien lo hizo. Si lo hace, no podré protegerla.

—¿Protegerme? —dijo Vanessa con una sonrisa de dientes relucientes—. *Sheriff*, no necesito su protección. Ya le he dicho que sé que lo mató usted, así que puede dejar de fingir y de hacerse el ofendido.

—No estoy fingiendo. —Clayton habló tan alto que el bar se quedó en silencio. Vanessa y él miraron alrededor y no dijeron nada hasta que todos volvieron a sus asuntos—. Y tampoco voy a seguir con esta conversación.

Vanessa lo agarró del brazo.

—Espere —le dijo—. Escuche, *sheriff*. JoJo era un zopenco y, en lo que a mí respecta, él y sus amigos merecían lo que les pasó. Intentaron atracar a alguien y les salió el tiro por la culata. Ellos se lo buscaron. No he venido en busca de venganza ni nada parecido. No me malinterprete. En realidad, estoy aquí para evitar más daños.

Clayton no se movió. Aquella mujer sabía exactamente qué había sucedido en el estanque y que él había estado allí. Tal vez supiera todavía más.

«Por el amor de Dios, ¿lo he matado? —Se le pasaban mil cosas por la cabeza y tenía que hacer esfuerzos para no empezar a temblar—. ¿Acaso Mike me ocultaría algo así?».

—¿A qué se refiere con «evitar más daños»? —dijo, tratando de mantener el tipo.

Vanessa le soltó el brazo y hundió la mirada en la barra.

—Ya sabe lo que hizo anoche el Carroza. Mi hermano actúa por su cuenta. Ni mi madre ni yo estamos de acuerdo con lo que hizo. Quiero que lo sepa.

Clayton no entendía nada.

—Tampoco conozco al Carroza.

Vanessa volvió a mirar al *sheriff* y supo que, esa vez, estaba siendo sincero.

—No lo sabe, ¿verdad?

—¿Saber el qué?

—Si quiere que se lo cuente, tendrá que sentarse.

—Después de lo que me ha dicho, ¿por qué voy a hacerlo?

Vanessa terminó el vino.

—Porque puedo conseguir que esto termine. —Hasta ver esa sonrisa, Clayton no se había dado cuenta de lo hermosa que era—. Siéntese, por favor.

Dio un golpecito en el taburete de al lado y movió en el aire la copa de vino para que Nicole acudiera a llenarla.

—¿Quiere otro, *sheriff*? —preguntó la camarera.

—Va a querer —respondió Vanessa por él, y Clayton asintió despacio, mientras se sentaba.

20

CRIPPLE CREEK ROAD

Clayton había llegado a acostumbrarse a que, en el trabajo, lo apuntaran con un arma, pero llegar a casa y encontrarse a dos tipos armados con rifles en el porche era completamente diferente. Sin pensarlo, dio un volantazo hacia la izquierda para colocar entre ellos tanto acero de fabricación estadounidense como le fuera posible. Acto seguido, sacó el rifle de entre los asientos y, antes de que su cerebro tuviera tiempo de asimilar lo que estaba haciendo, se encontraba fuera del coche y agazapado junto al morro, listo para devolver el fuego. Un hombre asomó por la puerta, iba lleno de cicatrices y con una barba tupida que solo le cubría la mitad del rostro. Clayton dejó caer la frente sobre el metal ardiente del guardabarros y suspiró aliviado, aunque sin soltar el rifle. Mike el Costras dio un manotazo a uno de los hombres que apuntaban a Clayton y del golpe la gorra que llevaba salió disparada. Los dos pistoleros bajaron los cañones y regresaron junto a la puerta, como si fueran dos niños y les acabara de caer un buen rapapolvo.

—Clayton —gritó Mike—. Ha sido culpa mía. Debería haberles descrito la camioneta.

Clayton siguió agachado y sin bajar la guardia.

—¿Qué cojones es esto? ¿Dónde está Kate?

Sin darle tiempo a responder, Kate salió de la casa y apartó a Mike y a los otros dos hombres con la vara de nogal que siempre dejaba junto a la puerta. Clayton no se levantó ni retiró el arma hasta que comprobó que su mujer estaba bien. El dolor furioso de la cadera le recorrió la pierna como si le hubieran atravesado el muslo hasta la rótula con una barra de hierro. Incluso se le saltó una lágrima. Aquel día, estaba poniendo a prueba su aguante. Cuando Kate se fijó en él, pensó que la lágrima era por ella y eso la ablandó. Clayton no trató de sacarla del error y, aunque enseguida le notó el olor a *whisky* del Lucky's, siguió convencida y se le abrazó al cuello.

—¿Qué es todo esto, Kate? —Aunque con la descarga de adrenalina se sostenía en pie sin problema, le cogió el bastón.

—No pasa nada, cariño.

—¿De verdad? ¿Y qué leches hacen Mike y esos dos gilipollas en el porche?

Kate le secó la mejilla, le acarició la barba y empezó a llenarle de besos menudos y tiernos. Con eso lo ablandó a él, aunque solo fuera un poco.

—Él te lo explicará bien —le respondió—. Vamos dentro.

—¿Dónde está Eben?

—Está bien, en su corralito, esperando a su padre. Vamos. —Kate le dio la mano y él se

colgó el rifle a la espalda.

—Un momento —dijo Clayton, y cerró la puerta del Bronco con la punta del bastón. Se olvidó de las flores silvestres, que estaban desperdigadas por el suelo. Siguió a Kate, y los hombres del porche bajaron la vista avergonzados cuando pasó a su lado. Mike acompañó a la pareja y se quitó la gorra al entrar en el recibidor.

—Me alegra verte, Clayton.

—No te ofendas, Mike, pero ¿por qué no te dejas de gilipolleces y vamos al grano? ¿Por qué no me contaste lo del chico que llevaste el otro día al estanque? ¿Por qué no me dijiste que está... que yo...?

—Eso no importa ahora mismo.

—¿Que no importa? ¿Estás de broma, Mike?

—Tenías que proteger a tu familia.

—Yo no quería matarlo.

—Venga, Clayton, ¿qué pensabas que iba a suceder?

—No soy un asesino, Mike.

Mike no quería seguir discutiendo y también sabía que no era a él a quien Clayton trataba de convencer. Hablaba para sí mismo. De todos modos, sí le interesaba saber cómo se había enterado, así que aquella conversación tendrían que retomarla en otro momento. Clayton necesitaba tener a Kate de su lado, pero le bastó con mirarla para saber que no iba a darle la razón. Se sintió mareado y miró fijamente al suelo.

—Clayton, no pasa nada.

Levantó la cabeza para mirar a su esposa, esperando ver decepción o miedo por lo que había hecho, pero solo la encontró preocupada. Al verla, se le empañaron los ojos, esa vez con lágrimas sinceras.

—Tenía dieciocho años.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Mike.

—¿Qué más da eso ahora? Lo que importa es que ha muerto otro niño en mi montaña y que soy el responsable.

—No era un niño, Clayton.

—¿Y qué era entonces?

—Una amenaza.

Clayton siguió parado, mirando fijamente al hombre de la cara marcada al que tenía por un hermano y no conseguía reconocer.

—Por el amor de Dios, Mike, ¿qué te pasa? Sabías que ese crío estaba muerto y aun así me hiciste acudir a aquella reunión.

—Amenazó a tu hijo.

—Era un niño.

—Deja de decir eso —intervino Kate.

—¿Por qué? Es la verdad. Era un niño y yo lo maté. Le quité la vida a una persona y, por si no fuera bastante, fui a reunirme con unos delincuentes, como si no fuera el *sheriff* del condado.

—Antes que nada, eres padre.

—Kate, no era más que un crío inocente.

Kate le respondió hecha una furia:

—No, no lo era. Era un asesino de una familia de asesinos. Ese niño de ahí sí que es inocente —dijo, señalando hacia la habitación de su hijo—, así que siéntate y escucha lo que tiene que contarte Mike para que Eben no termine también muerto en calzoncillos y con una máscara de gas.

Clayton estaba perplejo, pero al mirar a Mike se dio cuenta de que todavía le esperaba más. Se tragó la culpa y volvió a lo que tenía delante. Si aquellos hombres estaban en su casa, debía de haber sucedido algo y ese algo solo podía ser lo que Vanessa había mencionado en el Lucky's... su hermano. Se dejó caer en una silla del comedor para calmar el dolor de la pierna y se hizo el desentendido.

—De acuerdo, ¿qué es lo que pasa?

Mike se sentó en la mesa y Kate, tras él. Trataba de decidir por dónde empezar, sin soltar la gorra.

—Verás, el chico del estanque... Cuando atracaron en La Cloaca...

Kate hizo una mueca.

—Ese sitio tiene un nombre espantoso.

Mike fingió que no la había oído y siguió hablando.

—Creemos que no lo eligieron al azar. Estaban buscando algo mucho mayor de lo que encontraron.

—¿Y qué es, si se puede saber? —preguntó Clayton, rascándose la barba como si tal cosa.

—Pensamos que buscaban el dinero de tu hermano.

—¿Qué dinero?

Mike se recostó en la silla.

—Muy bien, retrocederé un poco. En los últimos años, antes de las redadas, de que te dispararan y de que Halford te pusiera en una posición tan complicada...

—¿Quieres decir en posición de matarlo? ¿Antes de obligarme a pegarle un tiro?

—Sí, bueno, podría decirse así. En cualquier caso, antes de que pasara lo que pasó, Halford no estaba... demasiado bien. Siempre había sido bastante paranoico (herencia de tu padre), pero en la última etapa, era mucho más que eso. Tenía un comportamiento extraño. Aún soy incapaz de entender mucho de lo que hizo.

—¿A qué te refieres con «extraño»?

—Hacía cosas raras.

—¿Raras?

Mike buscó un ejemplo.

—Un par de veces, nos hizo acudir a la finca en mitad de la noche o antes del amanecer. Nos juntaba en la mesa para hacer inventarios de munición o para repasar cuentas que a cualquiera le cuadraban, menos a él. También hablaba solo con frecuencia, incluso estando nosotros delante. Empezó a hacerlo cuando murió tu padre, pero con el tiempo empeoró. Algunos hombres comenzaron a dudar de su capacidad para llevar las riendas y a él no se le escapó...

—Sé lo que hizo en respuesta. Mató a uno de los suyos. No me estás contando nada nuevo.

Mike pareció cansado y un tanto avergonzado de pronto, pero siguió hablando:

—El día en el que atacó a esa chica y le disparaste, había matado a un crío ante nuestros ojos. Fue menos de una hora antes y justo en el porche. Le disparó en las tripas con la misma escopeta

con la que fue a la oficina. Me ordenó a mí que lo limpiara. Conocía al crío, le llamábamos Conejo. Era torpe y un saco de huesos, pero leal como nadie y, lo más importante, había nacido y se había criado a menos de veinte minutos de aquí.

—Dios mío —dijo Kate—. ¿Erais amigos?

Mike la miró vacilante.

—La verdad es que no, pero eso no es lo que importa. Lo que trato de deciros es que era un buen chico y había nacido en Bull Mountain. Aunque a veces no nos entendamos, hay que cuidar de los nuestros. Sin embargo, Hal lo despedazó y me hizo a mí limpiarlo como si se hubiera derramado una jarra de cerveza o el cubo de basura hubiera salido rodando por el suelo. En ese momento, supe que era el final, lo único que no sabía era cuánto tardaría.

—¿Y por qué seguís a ese psicópata? —preguntó Kate, que se había echado para atrás y tenía los brazos cruzados sobre el pecho.

—Porque la gente amaba a ese psicópata. —Mike empleó un tono tan duro como el suyo—. Era mi hermano, lo mismo que lo fue Buckley... y Clayton ahora. Tú luchas por tu familia y no le das la espalda, aunque esté perdida. Lo sabes tan bien como yo. Halford se había perdido y mi trabajo era ayudarlo a volver a casa. —Mike cogió la gorra, se la puso otra vez en la cabeza y la ajustó bien—. Sin embargo, no lo conseguí, le fallé y tendré que vivir con eso. Esta vez eres tú y no quiero fallarte, Clayton. Sé que con Hal no te quedó alternativa. El pasado ha quedado atrás y ahora nos ocupan otros asuntos.

—¿Y cuáles son esos asuntos? ¿Y qué tienen que ver con el crío del estanque?

—Hal se aseguraba de que siempre tuviéramos efectivo. Todas las operaciones se hacían en metálico, pero nunca guardaba el dinero en el mismo sitio... Lo aprendió de vuestro padre. Tenía alijos repartidos por toda la montaña, eran muchos y yo conocía hasta el último. O eso pensaba... Solo yo sabía cuánto dinero había y dónde estaba. Cuando comenzaron las redadas, pensé que los federales darían con él, pero me equivoqué. Solo encontraron el que Hal dejó más o menos a la vista. Luego las cosas se tranquilizaron y los federales dejaron de buscar; yo revisé los alijos, pero ya no encontré nada. Los habían limpiado.

—¿De cuánto dinero hablamos? —preguntó Clayton.

—Según mis cuentas, algo más de tres millones y medio.

—Dios mío, eso es un dineral. Debería haber estado al tanto.

—Se había esfumado hasta el fondo de emergencia que nadie había tocado desde que tu padre estaba al mando. Imaginé que Hal habría llegado a algún acuerdo con Bracken y sus hombres, o que ya no confiaba en mí y habría empezado a guardar el dinero en algún banco en paraísos fiscales, pero a estas alturas los federales ya lo habrían descubierto. Creo que se dieron por satisfechos con el millón que encontraron y no siguieron buscando.

—Acabas de decir que Halford tenía un comportamiento extraño, ¿no crees que podría haberse deshecho de todo? Por lo que parece, incluso podría haberlo quemado.

—También se me pasó por la cabeza y la verdad es que no me extrañaría.

—Sin embargo, no crees que fuera así.

—Ahora tengo más información.

—Cuéntame.

—Al poco de regresar, Wallace me contó algo que le había dicho su abuelo Ernest.

—Un momento, ¿ya estaba aquí? —Kate miró perpleja a Mike y Clayton, a ella; recordó la

mentira de aquella noche, pero decidió seguir callado—. ¿No lo llamaste tú para que te ayudara a encontrar el dinero?

—No, Kate, ya había venido, pero, después de lo sucedido, se lo encargué.

Se quedaron los tres callados hasta que Clayton rompió el incómodo silencio:

—Bueno, ¿qué le contó Ernest?

—Según él, tres meses antes de morir, Halford acudió a su casa en mitad de la noche (ya te he dicho que solía hacer esas cosas) para que vaciara los alijos y llevara a la finca hasta el último centavo. Le dijo que tenía que hacerlo esa misma noche, antes del amanecer.

—¿Por qué? —preguntó Clayton.

—Ernest no lo sabía ni preguntó. Era de la vieja guardia de tu padre y, si subió en el escalafón, fue porque no le gustaba hacer preguntas. No hay mejor forma de acabar con una bala entre pecho y espalda que meter las narices en los asuntos de un Burroughs. Se limitó a hacer lo que le había dicho.

Kate se levantó y fue a por tres cervezas del frigorífico.

—Y, cuando murió Hal, ¿no se le ocurrió contárselo a nadie?

—Ya he dicho que era de la vieja guardia. Esos tipos saben tener la boca cerrada, pase lo que pase. Además, el dinero nunca les ha importado gran cosa. Creo que solo se lo contó a Wallace porque es su nieto y lo había emborrachado con el juego de la herradura.

Clayton cogió la cerveza que le ofrecía Kate.

—¿Por qué no me lo contaste en su momento?

—Cuando hay dinero de por medio, la gente pierde la cabeza y hace locuras, y de eso ya tenemos bastante. Si todos los paletos a este lado de Floyd County pensaran que hay un tesoro enterrado al final del arcoíris de Bull Mountain, Carroza Viner y sus hombres serían la última de nuestras preocupaciones.

—¿Te preocupaba que yo también perdiera la cabeza?

—Eso nunca. Es solo que... bueno, Kate y tú no habéis estado muy bien últimamente y tenéis que cuidar del niño. La verdad, estaba convencido de que Wallace y yo podríamos encontrarlo por nuestra cuenta.

—Y quedaros con la olla de oro del arcoíris.

—No, pensé que os estaba protegiendo a los tres. Ya te he dicho que le fallé a tu hermano y no quiero cometer el mismo error. En cuanto Wallace lo localizara, te iba a poner al día. Fue una mala decisión y lo lamento, pero nos conocemos desde niños y nunca te he mentado. Ni una sola vez.

Clayton no dijo nada. Por lo que sabía, era cierto. Kate se pasó las manos por el pelo y soltó el aire muy despacio, como si estuviera agotada.

—¿Y no se te pasó por la cabeza que Clayton le daría el dinero a la policía si se lo entregabais?

—Claro que sí, pero esa decisión le correspondería a él. Es solo suya.

—Mike, no hay ningún dinero —dijo Clayton—. Creo que tu primera intuición era acertada. Mi hermano estaba loco, seguro que se deshizo hasta del último dólar.

—No estaba loco y era inteligente. Es cosa de familia, por eso lleváis tanto tiempo en lo alto de la pirámide. El único problema es que era más listo de lo que le convenía... Ya sabes que, a veces, eso puede ser peligroso.

—Y ahora crees que el hijo de Viner y sus amigos buscaban ese dinero y que por eso atracaron a Tuten.

—Creo que solo tenían una pieza del rompecabezas, pero eso significa que ya hay mucha gente buscando... y esas son malas noticias para los que vivimos aquí arriba.

Clayton se hundió en la silla y dejó el bastón sobre la mesa. Todo le daba vueltas.

—No me lo puedo creer... —Miró a su esposa. La observó detenidamente. Llevaba el pelo recogido en una coleta, miró sus grandes ojos verdes, no quería más que sumergirse en ellos y olvidarse del mundo, pero no podía—. ¿Y por qué piensas que yo podría encontrar algo con lo que no han dado ni los federales ni un rastreador profesional?

—Porque estoy convencido de que Halford lo dejaría en un sitio que solo tú pudieras encontrar.

—Muy halagador de tu parte, Mike, pero mi hermano me odiaba.

—En eso te equivocas. No te odiaba, a lo sumo, te temía.

Clayton estalló en una carcajada.

—Esa gilipollez es nueva.

Mike bebió un trago de cerveza.

—¿Recuerdas la historia que contaste de la crecida? ¿La que le contaste a Bracken en la finca?

—¿Sobre la primera vez que intentó matarme? Claro, ¿qué pasa?

—Aquel día, yo también estaba junto al arroyo y vi cómo te observaba. Le grité para que te ayudara, ¿sabes lo que respondió?

—¿Y una mierda, que se ahogue ese idiota?

—No. Dijo que no podía. Si te salvaba, vuestro padre te acabaría dejando a ti Bull Mountain y, desde aquel día, se arrepentiría de haberte ayudado.

—No me lo creo.

—Nunca te he mentado, ya te lo he dicho.

Kate se levantó.

—Por el amor de Dios, Mike. Eso no quiere decir que Halford tuviera miedo. Solo demuestra que era un egoísta y que ya entonces no pensaba más que en sí mismo.

—Es una forma de verlo, pero también es bastante simplista, ¿no te parece, Clayton?

El *sheriff* apuró la cerveza en silencio.

Siguieron un buen rato sin decir nada hasta que Mike se decidió a hablarle a Clayton del ataque a la finca.

—Ese hijo de perra dijo que venía a por tres de nosotros. Ya ha matado a dos, que yo sepa. Uno fue T-Ride, mi sobrino.

—¿El muchacho que tenías solo en el portón? —lo dijo con intención de hacer daño. Mike calló, pero se le empañaron los ojos y Clayton se arrepintió de lo que acababa de decir—. Mike, lo siento, yo...

Mike le restó importancia y continuó hablando:

—Creo que el siguiente eres tú, Clayton. Preguntó por ti. No permitiré que te haga nada malo, por eso están Sasser y Lo-Fat ahí fuera. Y tengo a dos hombres más vigilando el terreno.

Clayton no respondió. Se incorporó, sacó otra cerveza del frigorífico y volvió a sentarse.

Hizo rodar la vara de nogal sobre la mesa y, al rato, la paró.

—Creo que sé lo que hay que hacer. Hoy he conocido a una mujer que es pariente del chico y... —Clayton se interrumpió al darse cuenta de lo que acababa de reconocer.

—¿El del estanque? —preguntó Mike, para que retomara el hilo.

—Sí. Se llama Vanessa. Vanessa Viner. Era su tía. —Kate estuvo a punto de hablar, pero Clayton subió una mano para que le dejara seguir—. Me dijo que trabaja con Bracken Leek y que es su enlace para la oxicodona que quieren pasar por aquí. También me contó que fue ella quien, sin pretenderlo, sembró la semilla que llevó a su sobrino a intentar el atraco, así que se culpa de su muerte. Según me dijo, la familia no tiene intención de vengarse.

—¿Y lo de la otra noche?

—Por lo que contó, el hermano actúa por libre. Sabía lo que hizo en casa de mi padre y dejó claro que no tenía nada que ver con lo sucedido. Al parecer, es la oveja negra de los Viner. Se marchó de casa hace unos años e incluso cambió de nombre para marcar distancias, pero sigue siendo la única en la que confía Twyla, la madre. El Carroza no lleva eso demasiado bien y, cuando Twyla dijo lo que había que hacer con este asunto, fue la gota que colmó el vaso, así que decidió no seguir sus instrucciones.

—Era su hijo —dijo Kate, y casi pareció que se ponía de parte del Carroza. Los otros hicieron oídos sordos.

—Entonces, ¿te fías de ella?

—Todavía no lo sé, pero tuvo agallas de venir hasta aquí solo para hablar conmigo. Aunque no esté diciendo la verdad, creo que el acuerdo con Bracken le importa más que lo que le sucedió a su sobrino.

—¿Y qué es lo que quiere?

Clayton se recostó en la silla y se rascó la barba de nuevo.

—Lo mismo que Bracken. Un trato.

—Y, si aceptamos, ¿qué ganamos nosotros? —preguntó Kate.

—Además de lo que ya nos explicó Bracken, dijo que se encargará de su hermano y que la guerra terminaría en el acto.

—¿Y se supone que debemos confiar en su palabra?

—Kate, ahora mismo no sé si puedo creer una sola palabra de lo que me diga nadie, pero te aseguro que esa mujer no es tonta. Y además, le importa el dinero por encima de cualquier otra cosa.

—¿A quién te recuerda? —dijo Kate, mirando directamente a Mike.

—Vamos, Kate, no es justo...

Clayton notó que el teléfono vibraba, pero no le prestó atención.

—¿Quién es tu hombre de confianza, Mike?

—Cobb.

Por segunda vez, Clayton advirtió que su esposa se incomodaba al oír nombrar a Wallace.

—¿De qué se está ocupando ahora mismo?

—De ti. Esta guardando tu casa.

—Que lo deje.

—Clayton, estás amenazado. Hay que proteger este lugar.

—Puedo cuidar de mi propio hogar, Mike. Si te hace sentir mejor, deja a los de la puerta, pero diles que se escondan en el bosque. No me apetece verlos. A Cobb lo necesito en otra parte.

—¿Dónde?

—Es un rastreador. Que rastree al Carcamal o como se llame. Pero que no lo vean ni haga nada más, dile que se limite a observar y que nos mantenga informados. Mientras sepamos dónde está ese cerdo, no deberíamos tener ningún problema.

—¿Y por qué no se lo carga?

—Vanessa podría perder los estribos, Michael —intervino Kate—. Si Clayton tiene claro que no la quiere de enemiga, es porque lo que ha ocurrido hasta ahora parecería una pelea de patio de recreo.

Clayton ladeó la cabeza, lo había dejado boquiabierto.

—¿No basta con que el *sheriff* del condado no puede ir ordenando asesinar a gente? —Clayton miró a su esposa a los ojos. No entendía por qué le había sorprendido tanto oírle decir aquello. Era la mujer más dura que había conocido y por eso le gustó desde el primer momento y se casó con ella. Mike se levantó sin terminar la cerveza, que se quedó sobre la mesa con el cristal empañado.

—Voy a hablar con Wallace.

—Cuando termines, averigua si Bracken Leek sigue en Georgia. Si puedes, organiza otra reunión en casa de mi padre. Quiero saber qué opina sobre Vanessa y si sabe algo del dinero. Me parece demasiada coincidencia que hayan venido hasta aquí solo para negociar y que no sepan nada del alijo.

Clayton estaba convencido de que Bracken continuaba en el estado. Seguro que Mike se había encargado de que ni siquiera saliera de McFalls County. Lo vio sacar un *walkie-talkie* del abrigo y abandonar la habitación. Cuando se cerró la puerta, Kate y él siguieron en silencio. Al rato, Kate fue a limpiar la mesa, vació la cerveza de Mike por el fregadero y tiró la botella a la basura.

—Voy a la ducha.

—Vale.

—¿Vienes conmigo?

Quería hacerlo, pero dijo otra cosa.

—No, Kate, no voy a ducharme.

—¿Estás bien?

¿Hacía falta preguntarlo?

—No, no lo estoy. Todo este asunto... lo que le hice a aquel chico... Yo... —Hundió la cabeza—. No me encuentro bien.

—Lo entiendo. —Kate se puso a su espalda y empezó a masajearle los hombros. Era como intentar ablandar un bloque de granito. Tenía la sensación de que no merecía que lo tocara, como si estuviera infectado y pudiera contagiarla. Aun así, no la apartó.

—Creo que no, Kate. Acabas de descubrir que estás casada con un asesino. Esta vez, no podemos fingir que fue en defensa propia. No había ninguna vida en juego ni decisiones contra las cuerdas. Fue un asesinato a sangre fría.

—No es cierto. —Empujó con fuerza con ambas manos sobre el cuello, junto a las cervicales. De no conocerla tan bien, podría haber pensado que trataba de hacerle daño—. Clayton, acabaste

con un animal rabioso que había amenazado a tu familia. No te quedó alternativa.

—Por mucho que lo repitas, no vas a convencerme.

Kate no respondió, pero se apartó de él. Tiró también su cerveza.

—No tardes mucho. —Se arrimó otra vez a la mesa y puso su mano sobre la de él—. Te necesito.

—No estoy tan seguro de eso. —La vio dar media vuelta y la llamó—: Kate.

—Sí —dijo ella, sin girarse.

—La otra noche no estuviste con Charmaine, sino con Wallace, ¿verdad?

—Sí —repitió sin titubear un segundo y dándole la espalda.

—Tenías que convencerme para que me uniera a la búsqueda del tesoro, ¿no es así?

—Sí.

Sabía que no iba a darse la vuelta, porque no quería romper a llorar.

—Pero no lo sabías cuando quedaste con él.

Esa vez, tardó en responder y fue con un no. Inmediatamente, salió de la habitación y solo se detuvo para mirar al niño antes de entrar al dormitorio y cerrar la puerta. Cuando oyó la ducha, Clayton se levantó para coger otra cerveza. Se la bebió prácticamente de un trago sin cerrar siquiera la puerta del frigorífico; luego, sacó otra botella y fue con las dos hasta la sala de estar, las dejó en la mesa de centro y se tiró en el sofá. Vio una llamada perdida en el teléfono, Charles Finnegan lo había llamado desde casa. Después de un rato, sacó un bote de medicamentos y un papelito que llevaba doblado en el bolsillo. Abrió el frasco y se echó dos pastillas en la mano, las masticó, las pasó con un trago de su segunda cerveza y desdobló el papel. Leyó lo que había escrito en él. Era el número de la matrícula del BMW negro que había visto aparcado en Main Street, a las puertas del Lucky's. Las dos últimas letras eran la E y la D, así que coincidían con las del coche relacionado con el asesinato de Fannin County. Al borracho le pareció ver un melocotón, pero en realidad era una naranja. Vanessa Viner era una asesina. Clayton lanzó el papel a la mesa, abrió otra cerveza y, sin soltarla, se recostó en el sofá para esperar a que la hidrocodona hiciera su magia.

Cuando volvió en sí, no sabía cuánto tiempo llevaba allí. Las pastillas lo habían dormido en el acto. Se había derramado la cerveza por encima y era como si se hubiera meado en los pantalones. «Mierda». Dejó la botella en la mesa y, cuando se iba a incorporar, vio una sombra de pie junto al sofá que sujetaba la vara de nogal que había dejado sobre la mesa.

—Buenas, *sheriff*.

Tate le pegó con el bastón en el lado derecho de la cara y el golpe lo derrumbó sobre el sofá, devolviéndolo al sueño profundo del que acababa de salir. Tate siguió golpeándolo en el pecho y en los brazos hasta quedarse convencido de que no iba a levantarse; entonces, dirigió su atención hacia la otra parte de la casa, donde estaba el auténtico motivo de la visita.

21

PUESTO OCCIDENTAL ALREDEDORES DE LOS RÁPIDOS DE LITTLE FINGER

En cuanto Mike el Costras lo relevó de hacer de niñera de los Burroughs, Wallace Cobb puso bajo vigilancia a Carroza Viner. No tardó ni tres cuartos de hora en cambiar de destino y hacerse a un nuevo puesto que estaba hecho a su medida. Trasladó el peso de la cadera izquierda a la pelvis. Había despejado de hojas y ramas el suelo de la atalaya, así que podía moverse sin hacer prácticamente ningún ruido. El sigilo y la capacidad para fundirse con el entorno eran claves en aquel trabajo. Lo mismo que la paciencia. Ya llevaba unas cuantas horas vigilando los movimientos de los Viner y había tenido al Carroza y a Donnie en el punto de mira una docena de veces. Estaban en un viejo cobertizo de pescadores en los rápidos de Little Finger, aunque Tate no estaba con ellos —y de eso ya había informado a Mike—. Resultó que Carroza Viner estaba enganchado al *speed*. Donnie y él no habían parado de meterse esa basura por la nariz y, cuanto más esnifaba el Carroza, más voces daba. Ya empezaba a verse convertido en el nuevo rey del narcotráfico del norte de Georgia. Wallace llevaba toda la vida viéndoselas con malparidos así y sabía que esa arrogancia iba a acabar con él. Siempre era igual con aquellos tipos.

Hacía años, le habían enseñado que el orgullo mata más rápido que las balas y nunca iba a olvidar aquella lección. «De todas formas, un balazo no estaría nada mal ahora mismo». Habría acabado con esa pareja sin pestañear. Algo rápido y sencillo.

Wallace oyó crujir una ramita por detrás a la izquierda. Lo escuchó, aunque apenas sonó, pero aun así ya era demasiado tarde. Su propia arrogancia le hizo olvidar otra regla básica del oficio: «Presta mucha atención a lo que tienes alrededor».

—Mierda —dijo contra el polvo, justo antes de que un tipo con una cicatriz alrededor de la oreja izquierda lo golpeará con fuerza. Wallace vio un montón de estrellas, y luego, nada.

Al despertar, estaba atado con bridas y tenía la cara hundida en la tierra mojada de la orilla.

—Pobre Cobb —le dijo el Carroza—. Ha pisado la trampa.

Wallace se quedó inmóvil tendido boca abajo, maldiciendo su orgullo. Había dado por sentado que Tank barrería bien la zona antes de llegar él y que Carroza Viner era un idiota. Había dado por sentadas demasiadas cosas.

—¿Qué te parece, señoritingo? —El Carroza llevaba el rifle de Wallace en la mano y hablaba como si le leyera la mente—. Resulta que los Viner no somos los palurdos que tú pensabas, ¿eh? Donnie, ¿para qué crees que llevaba esta preciosidad encima?

—Creo que quería dispararle a alguien, Carroza.

—Puede ser, Donnie. Puede que tengas razón.

Wallace consiguió recuperar la calma y empezó a buscar formas de salir de aquella. El Carroza y su amigo estaban hablando y eso siempre era bueno. Había que darles coba.

—No es lo que pensáis —dijo—. No me han ordenado matar a nadie.

—A mí me parece que sí. Creo que ibas a dispararnos a mi primo y a mí a cincuenta metros de distancia. Como hacen las perras traidoras.

—Solo os estaba vigilando. No era más que una misión de reconocimiento.

—Ah, claro... Un explorador armado con un calibre .50. ¿Tan tonto crees que soy? —Le dio una patada en las costillas y se oyeron chasquear los huesos bajo la bota con punta de acero—. ¿Qué pensabas? ¿Que no sabíamos que intentaríais algo así? ¿Nos tomáis por imbéciles?

A Wallace le zumbaba la cabeza como si llevara un enjambre de abejas metido dentro, pero trató de mantenerse despejado. «Que sigan hablando —pensó—. Consigue que sigan hablando».

—La verdad es que sí —respondió, apretando la mandíbula.

Donnie le sacudió con una bota del número 48 justo debajo de la axila. Cobb habría perdido el conocimiento de no estar entrenado para soportar el dolor. Tenía la boca llena de bilis, pero también sabía contener las náuseas. Debía seguir concentrado, como le habían enseñado.

—No somos tontos, Cobb. Sabíamos que el payaso de Burroughs haría esta jugada y también sabíamos que Mike el Lepras enviaría a su perrito faldero, el asesino de la gran ciudad. Tank no tuvo más que esperar donde le ordenaste.

A Wallace le ardía el pecho y apenas conseguía seguir consciente. «Concéntrate en lo que dice. Concéntrate y aguanta. Un momento, ¿Tank? Joder, no me extraña. Tenían a alguien dentro o lo habrán comprado. Qué estúpido, ¿cómo no me he dado cuenta?».

El Carroza hablaba sin cesar.

—Sí, mi hombre te estaba vigilando mientras tú nos vigilabas a nosotros. Te enseñamos lo que queríamos que vieras. —El Carroza dibujó una amplia sonrisa—. Te la hemos jugado, señoritingo. Dime, ¿qué se siente?

Wallace no respondió. El cuerpo no se lo permitía, pero el Carroza tenía razón. Había sido un engreído y había supuesto demasiadas cosas sobre su rival. Era una chapuza y él tenía la culpa. En Atlanta, Jack y Emmett estarían decepcionados.

—¿Sabes cuál es tu problema, Cobb?

«Eso es, tú sigue hablando, escoria. Sigue hablando y dame turnos de réplica».

Wallace hizo un esfuerzo para coger aire y poder seguir con la sorna.

—¿Por qué... no me lo dices... y así me arreglas... la vida?

—Claro. —El Carroza volvió a sonreír e hinchó el pecho. El león asomó entre los botones de la camisa—. Tu problema es que te crees mejor que los de por aquí. Pero ¿sabes qué? Te equivocas, eres la misma basura blanca y naciste en el mismo montón de mierda que los demás. Tú y yo somos iguales, Cobb. Solo nos diferencia una cosa, ¿sabes cuál es?

—¿Que tienes... micropene?

El Carroza y Donnie se miraron y rieron por lo bajo.

—El tipo tiene su gracia, Carroza.

—La verdad es que sí... No, Cobb, no es eso. La diferencia es que yo lo reconozco y lo acepto. Me encanta ser quien soy. ¿Y a ti, Donnie?

—Claro, Carroza.

—¿Y qué hay de ti? —El Carroza apuntó a Wallace con su rifle de francotirador—. Debes de tener un problema de autoestima. Piensas que la vida en el campo no está a tu altura. Que puedes ponerte ropa elegante, pasar unos años en la gran ciudad y volver como si fueras alguien. Nos miras por encima del hombro, con aires de superioridad. Pero verás, gilipollas, somos iguales. La triste verdad es que, si te hubieras quedado por aquí, pasando el rato con nosotros, quizá ahora estarías jugando con el equipo ganador.

Wallace consiguió responder entre bocanadas.

—¿Por qué no me ahorras... el sermón..., Carca, y... vas al grano de una vez?

Wallace por fin sabía cuál era su única opción de salir con vida: el rifle. Sin la pericia adecuada, el arma que llevaba el Carroza en la mano le arrancaría el brazo si trataba de dispararla. También tenía un retroceso muy fuerte hacia la izquierda, así que había una gran probabilidad de que fallara, aun a corta distancia. Eso le daría la oportunidad de sacar lo que guardaba en el tobillo.

El Carroza sonrió de nuevo.

—¿Que vaya al grano, Cobb? ¿Dices que te mate? Claro que te voy a matar, no te preocupes por eso. Enseguida vamos. Pero antes, quiero que veas algo.

—¿El qué? ¿El inútil y tú... me vais a hacer... un espectáculo erótico... de despedida?

—¿Lo ves, Donnie? El tipo es gracioso. —El Carroza se acucilló, dejó el rifle en la hierba y agarró a Wallace del pelo. Donnie le puso el cañón del arma contra la nuca y el Carroza se le acercó a unos milímetros de la cara. Habló muy bajo, susurrándole al oído—: No, no nos lo vamos a montar, señoritingo. No me pone ese rollo. A mí me van las almejas... Hablando de eso, mientras tú y yo charlamos amistosamente, mi primo Tate ha ido a por ese bollito con el que pasaste la tarde acaramelado en Bear Creek. Ah, sí, olvidé decírtelo, también te seguimos hasta allí. En cuanto prenda fuego el antro donde vive, la traerá para que se una a nuestra pequeña fiesta.

Wallace trató de soltarse, pero Donnie le hundió el cañón contra las vértebras.

—Luego, la verás gozar con nosotros como nunca en su vida. —El Carroza se arrimó tanto a la oreja de Wallace que le llenó la cara de aliento—. Normalmente, no comparto a las mujeres; aunque, bien mirado, no vamos a compartir nada. A mi primo solo le va por delante, pero a mí me gusta la puerta de atrás... ya me entiendes.

Wallace se retorció y sacudía tanto que acabó arrancándose el pelo que le agarraba el Carroza. El dolor fue terrible, como si un ejército de hormigas de fuego le royeran el cráneo, pero no le prestó atención. No podía permitirlo, no iban a tocar a Kate. Sin embargo, no podía hacer nada... por mucho que forcejeara no llegaría a ninguna parte. Donnie dio media vuelta al rifle y descargó la culata de madera contra la cabeza de Wallace, que cedió por debajo sin ofrecer resistencia. No podía aguantar más, había fallado y era culpa suya. Los Viner siguieron golpeándolo un buen rato, aunque ya hacía mucho que había caído inconsciente.

22

EL INCENDIO

Lo que despertó a Kate no fue el humo ni la peste a queroseno, ni siquiera el olor a madera quemada. Fue el llanto de Eben. Se levantó sobresaltada y de golpe: el error más habitual de los que mueren por inhalación de humo en un incendio. Respiró apenas la neblina azul y negra que comenzaba a descolgarse de los travesaños del techo, y en seguida le entraron náuseas y empezó a toser con los pulmones llenos de gas venenoso. Inmediatamente dejó de ver. La piel de los párpados se le había hinchado igual que si estuviera plagada de picaduras de abeja. Con los músculos agarrotados por el pánico, se desplomó sobre la cama sin dejar de frotarse los ojos ni de toser. Instintivamente, se acercó al lado donde dormía Clayton, pero no encontró a su marido. Aunque intentó llamarlo, no consiguió más que jadear. Se le pasaban mil cosas por la cabeza. Por la distancia a la que sonaba el llanto, calculó que Eben seguía en la cuna. Aún era de noche, no había amanecido. ¿Dónde se había metido Clayton? Calor. Humo.

«Dios mío —pensó al tiempo que se disipaba la nebulosa y lograba hacerse una composición de lugar—. Es un incendio. La casa está ardiendo».

—¡Eben! —consiguió decir entre resuellos y hacia la oscuridad cerrada. Su voz no era más que un graznido ahogado, mientras los pulmones trataban de expulsar el humo que tenían dentro y la garganta se había transformado en papel de lija. Con aquel segundo intento de hablar, llegó un nuevo ataque de tos. Extendió la mano y se cubrió la boca con una sábana. Sin parar de toser y tratando de hacer pasar el aire, Kate se tiró al suelo, arrastrando la sábana consigo. Abajo, el aire era más respirable e incluso podía distinguir formas por un ojo. Era como si le hubieran embadurnado la cara con melaza. La tos llenó la sábana de una baba renegrida, pero poco a poco se fue calmando. Aplastó la mejilla contra la madera fría del suelo y respiró tan hondo como pudo a través del algodón. Luego, contuvo la respiración. Eben seguía llorando y el llanto venía de todas las direcciones. Sucedían demasiadas cosas a la vez y ella estaba a punto de perder la cordura. Todo le daba vueltas, el corazón retumbaba en el pecho y estaba perdida y desorientada sobre el suelo del dormitorio. Oír llorar a Eben casi la hacía romper a ella también en llanto. La madera del suelo ya se estaba calentando. Tenía que levantarse. Su hijo la llamaba. Claro, el monitor: por eso sonaba en todas partes. Se centró en la voz más lejana, la del niño de carne y hueso. Extendió el brazo por el suelo, tratando de recordar dónde quedaba la puerta. ¿Cómo es que no podía encontrar la puerta de su habitación? ¿Dónde estaban las ventanas? Se veía un débil resplandor naranja a la izquierda, aunque tal vez fuera a la derecha. Le lloraban los ojos, pero empezaba a ver. Tenía que dar con esa puerta. Reptó por el suelo, a rastras, tirada. Se

conformaría con encontrar la pared.

«Eben. Piensa en Eben».

Ahí estaba. Se pegó a la pared y deslizó la mano por el rodapié hasta sentir el marco de la puerta. Su primer reflejo fue levantarse, pero se detuvo cuando ya estaba a cuatro patas.

«No te levantes, Kate. Quédate abajo y ve a por tu hijo».

Al cruzar la puerta, tuvo que deshacerse de la sábana, que se quedó enganchada, así que siguió adelante tapándose nariz y boca con el cuello de la camiseta. El brillo anaranjado inundaba el pasillo. En algunos lugares, incluso veía llamas que lamían las paredes hacia la salita y la cocina.

«La salita. Clayton». Volvió a llamar a su marido, esa vez con una voz que sonó fuerte y clara.

—¡Clayton!

La densa humareda crecía a cada instante, acercándose imparable al suelo. Era como si estuviera viva. Si el demonio fuera una criatura, se parecería a eso que iba a por ella... y a por su bebé. Dejando atrás las llamas, se arrastró por el pasillo y empujó una mesita con una lámpara y unas cuantas fotografías, que le cayeron encima. Un marco le abrió una brecha en la cabeza, pero el dolor únicamente sirvió para espabilarla. La enfureció y se concentró.

—¡Eben! —gritó. Aún le quemaba la garganta, pero había recuperado voz. Aunque le dolía al gritar, no le importaba—: ¡Ya casi estoy, pequeño! ¡Ya va mamá!

Apartó la mesa y se deslizó unos metros, en dirección a la habitación de Eben, tan pegada al suelo como podía. Cuando sintió que el rodapié del pasillo llegaba a una puerta, se arrastró frente a la hoja y empujó con fuerza. La puerta no se movió, estaba cerrada... y fría. Echó mano al pomo con cuidado de no separar la camiseta *oversize* de la cara y el tacto frío del metal fue como una lluvia de esperanza. Quizá el humo no había entrado en la habitación. Giró el pomo y, al abrir la puerta, el soplo de aire fresco la transportó a un sueño. Entró a rastras y, una vez dentro, cerró la puerta de un puntapié; el cubrejuntas de latón le había hecho un corte en la cadera. En la habitación no hacía calor y todo estaba como siempre, con la luna brillando por la ventana. Kate se quedó tendida sobre el suelo, respirando aire fresco y dejando que el oxígeno le inundara las venas... aunque no se concedió más que un segundo. Sentía un cosquilleo de alivio por todo el cuerpo hasta la punta de los dedos. Frotándose los ojos, se puso de rodillas. Eben seguía llorando desconsoladamente, pero ya lo veía agarrado al borde de la cuna para sostenerse en pie. Estaba bien e iba a estar bien. El niño le había salvado la vida con esas lágrimas. Ahora, iba a cogerlo en brazos y a salir por la ventana para ponerlo a salvo. Seguro que Clayton los estaba esperando al otro lado.

—Ya estoy aquí, pequeño —le dijo—. Estoy aquí. Todo va a salir bien.

—Yo no estaría tan seguro, zorra.

Sin incorporarse, Kate dio media vuelta y distinguió la silueta de Tate Viner a los pies de la cuna, fundido prácticamente con la oscuridad. Sin pensarlo, se abalanzó sobre él, pero solo consiguió engancharse a sus piernas antes de acabar de nuevo contra el suelo. En cuanto el hombre dejó caer su peso sobre ella, se acabó la pelea. No podía respirar ni tenía fuerzas contra él, que la agarró por el cuello y cerró sin problema sus dedos llenos de callos. Y apretó. Kate intentó girar la cabeza para ver a su hijo por última vez, pero no pudo. Solo fue capaz de estirar la mano hacia la ventana. Seguro que Clayton estaba esperándolos al otro lado. Tenía que estar allí. Siempre estaba cuando lo necesitaban.

Pero esa vez, no.

«Lo siento, pequeño. Lo siento mucho».

Repitió esas palabras en su cabeza una y otra vez, hasta que se sumió en un abismo negro que era más profundo e inevitable que el humo que anegaba la casa.

Clayton despertó bañado en sudor. Al principio, la luz y el humo lo descolocaron, pero, en cuanto vio que las llamaradas que salían de la chimenea corrían a lengüetazos por la alfombra y las paredes, volvió en sí y supo lo que pasaba. Estaba en el suelo, entre el sofá y la mesita de centro. La mesa de roble tardaba en arder y lo protegió de las llamas. Si seguía vivo, era por ella. De repente, notó el dolor penetrante en un lado de la cabeza. Lo habían golpeado. Había un hombre en la casa. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Cuánto había estado inconsciente? ¿Dónde estaba ella?

—¡Kate!

Salió a rastras del hueco que le había dado cobijo. Sabía actuar con el fuego y que había que ir pegado al suelo. Miró hacia el pasillo que daba a los dormitorios. Era pasto de las llamas.

—¡Kate! —gritó de nuevo.

No escuchaba más que el crujido de la bestia roja y naranja que devoraba la casa. La cadera y la pierna iban a matarlo, pero aquel dolor solo servía para que se moviera más rápido. Consiguió arrastrarse hasta la cocina, por el camino menos complicado. Apartó las sillas y la mesa sin levantarse. Las llamas cubrían la puerta y lamían ya los techos, bloqueando por completo la salida. Hacía mucho calor. A cada segundo, era más difícil respirar y el regusto acre del fósforo le llenaba de saliva la boca. Dirigió la vista hacia la ventana del fregadero. No estaba seguro de poder atravesarla, pero no había otra manera de salir: tenía que conseguirlo. Una vez fuera, podría acercarse a las ventanas de los dormitorios.

—¡Kate! —gritó por última vez, pero siguió sin obtener respuesta.

Arrastrándose, llegó a los armarios del fregadero y abrió las puertas. Sacó el mantel a cuadros rojos y blancos que Kate guardaba allí para las visitas. Se incorporó con mucho cuidado y levantó la licuadora de la encimera. Con toda la fuerza que consiguió reunir, agarró la base de acero y golpeó la ventana; tal fue el golpe que desencajó el marco y arrancó parte del cristal. El aire fresco del exterior le golpeó la cara, pero también alimentó las llamas que lo habían seguido hasta la cocina. Notó un calor insoportable en la espalda. Envolvió el puño con el mantel y pasó la mano por el marco de la ventana para limpiar las esquirlas de cristal. Sin hacer caso del dolor que le atravesaba la pierna, se apoyó contra la encimera y salió por el agujero. Cayó al suelo de un salto, por encima de un arbusto de azaleas que le llenó la cara y la ropa de desgarrones. Rápidamente, se tendió sobre el suelo y rodó unos metros sobre la hierba fresca y bañada en rocío. Estaba a salvo, pero no se concedió ningún descanso. Con esfuerzo, consiguió ponerse de pie y dirigirse hacia la parte trasera de la casa. El dolor de la pierna y del costado era prácticamente insoportable y, mientras corría, gritaba sin cesar el nombre de Kate. Las ventanas del dormitorio seguían cerradas y no había luz al otro lado. No habían salido ni entrado por allí. Las golpeó con el puño, que seguía envuelto en el mantel. Sabía que, si las rompía, el fuego arrasaría la habitación, si es que todavía no había conseguido entrar. El cristal estaba caliente, pero no abrasaba. Miró dentro y distinguió la cama. Y, sobre todo: no vio a Kate.

—¿Dónde estás? —preguntó en voz alta, aunque no hizo falta que nadie le respondiera. Si había conseguido salir de la habitación, solo podía haber ido a un lugar, así que siguió rodeando

la casa hasta llegar a la ventana de Eben. Estaba abierta de par en par. Sintió una tranquilidad abrumadora, como una oleada.

«Ha salido. Ha cogido a Eben y han escapado».

Jadeando, apoyó las manos contra las rodillas para recuperar el resuello y llamarla de nuevo. No hubo respuesta, pero escuchó algo. Eben estaba llorando: el niño seguía en la casa. Clayton se cubrió con la camiseta y asomó la cabeza por la ventana. Su hijo estaba en la cuna y los gritos helaban la sangre. Nunca había escuchado algo así.

—Aguanta, pequeño, voy a por ti. —Limpió de cristales el mantel que llevaba enrollado en la mano, se colgó del alféizar de la ventana y lanzó la tela hacia la cuna. Estirando el brazo tanto como pudo, consiguió agarrar uno de los barrotes y arrastrarlo hacia él. En cuanto pudo alcanzarlo, cubrió al pequeño con el mantel, lo sacó por la ventana y lo cogió entre sus brazos.

Entonces, se derrumbó.

Se quedó tendido sobre la hierba, con los ojos cerrados y apretando al niño contra el pecho. Eben lloraba, pero estaba a salvo. Los dos lo estaban. Entonces, abrió los ojos de par en par.

«Kate».

Se puso de rodillas con esfuerzo. Tenía que dejar a Eben en un lugar seguro y entrar otra vez en la casa; sin embargo, cuando aún no se había levantado, vio algo que tardó unos segundos en procesar. El todoterreno de Kate no estaba. ¿Adónde habría ido? Nunca dejaría a Eben solo por la noche sin avisarle a él. No se marcharía así. Lo comprendió en seguida y el mundo comenzó a dar vueltas en espiral.

«Por el amor de Dios... no puede ser».

Cojeando y sin soltar a Eben, se aproximó al Bronco que había aparcado junto al hueco del coche de Kate y colocó al niño en el asiento de atrás llorando sin consuelo. Lo primero que hizo fue llamar al 911 y luego cambió a un canal que solo sintonizaba una persona.

—¡Mike! ¿Me recibes?

—¿Clayton?

—¡Mike, no venían a por mí! Yo no era el objetivo.

—¿De qué estás hablando, Clayton?

—Se han llevado a Kate.

23

RÁPIDOS DE LITTLE FINGER

Carroza Viner dejó el Smith & Wesson del calibre .357 en un estante de madera contrachapada. Estaban en una casucha que había encontrado a orillas de los rápidos, un cobertizo que no ocuparía más de tres metros cuadrados y que tenía las paredes barnizadas con la sangre reseca de Freddy Tuten. Apestaba como el mismísimo infierno. Tate era muy eficaz sacando información, pero sus métodos no eran exactamente refinados. El Carroza salió a mear al lado de la puerta. Dejó un charco de barro en el suelo y se subió la bragueta. Llevándose las manos enguantadas a la boca, respiró contra las palmas para entrar en calor. Al anochecer, el viento de la montaña se había hecho helador y conseguía atravesar los árboles y cruzar los ríos como si fuera una tormenta de cuchillas. Parado en los desvencijados peldaños de la entrada, se ajustó la gorra de béisbol y se frotó las manos. Tenía las mejillas enrojecidas y agrietadas por el viento. Ese cambio de tiempo le había hecho desear volver a casa, pero olvidó la idea en cuanto vio aparecer unos faros por el camino. Llamó a Donnie, que había bajado a la orilla a beber *whisky*:

—Atento, primo. Empieza la diversión.

Donnie llevaba en el cuerpo anfetaminas más que suficientes para hacerlo inmune a los elementos e intentaba compensarlas con alcohol. Enroscó el tapón de la botella y, caminando hacia el Carroza, sacó una bolsa rebosante de polvo amarillo y apelmazado. Cogió una pizca en la uña y aspiró. El Carroza palpó las reservas que guardaba en el bolsillo de la chaqueta y miró con envidia la bolsa de Donnie.

—Ya te has metido bastante. Guarda lo que queda para el viaje de vuelta.

Sin responder, se limitó a llevarse otra pizca por la nariz y a tenderle la bolsa abierta. El Carroza la agarró, metió la llave del Tracker y aspiró el polvo que había quedado sobre la punta. Una oleada de calor lo recorrió al instante de arriba abajo. Con los ojos llorosos y enrojecidos observaron los dos el Jeep Wrangler amarillo de Kate que atravesó el bosque y se detuvo en el claro, junto al Tracker. Tate bajó del todoterreno con el encendedor en la mano y prendió un cigarrillo. El Carroza se limpió la nariz. Le dolía.

—¿Has incendiado la casa?

—Claro.

—¿Y al *sheriff*?

—Sí.

—¿Lo has visto hecho un churrasco?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabes que ha muerto?

—Está muerto, Carroza, te lo aseguro.

—¿Que me lo aseguras...? —El Carroza imitó a su primo con sorna. Tate sacudió las cenizas del cigarrillo y se encogió de hombros.

—Le rompí la crisma y lo dejé allí tirado, como me dijiste. Cuando me marché, la casa era pasto de las llamas. ¿Qué más quieres?

Al oír eso, el Carroza pareció satisfecho.

—Nada —dijo—. ¿Y qué hay del niño?

Tate vaciló y, antes de responder, dio una calada y soltó el humo muy despacio.

—Twyla dijo que no le hiciéramos daño a ningún Burroughs. El marica y el chico que matamos eran ojo por ojo... Pero esto de ahora es romper las reglas. Ni siquiera deberíamos estar aquí.

El Carroza lo agarró por el abrigo y tiró de él. El cigarrillo se cayó al suelo.

—Me importa una mierda lo que dijera mamá. JoJo era mi hijo, no el suyo, así que yo decidiré cuánta sangre hay que derramar. Ahora, responde a lo que te he preguntado. ¿Te has ocupado del niño o no?

Tate forcejeó y se soltó.

—Sí. —Pasó la mano por el abrigo—. Me encargué de él. —Sacó otro pitillo y lo sujetó entre los dientes—. Eso sí, cuando esto termine, tendrás que hacerte responsable de toda esta mierda, explicarle a Twyla lo que ha pasado y dejarme a mí fuera de este asunto. Tú has decidido saltarte las normas y no responderé ante ella.

—Yo me ocuparé de mamá.

—Más te vale.

—¿Eso es una amenaza, Tate?

El Carroza aspiró por la nariz y se limpió los mocos del labio. La meta le hacía moquear como un grifo.

—Cálmate, Carroza —dijo Tate, mostrando las manos; tal vez no estuviera de acuerdo con su primo, pero tampoco tenía intención de enfrentarse a él—. Solo es una forma de hablar. He hecho lo que me dijiste, pero no quiero que esa mujer se cabree conmigo... y sabes que va a subir por las paredes.

—Ya se le pasará —dijo Donnie.

—Cállate —dijeron Tate y el Carroza como uno solo, y Donnie calló.

El Carroza volvió a limpiarse la nariz con la manga y dio un golpe sobre el capó del Jeep.

—Bueno, basta de hablar. Vamos a sacar lo que hay aquí dentro y a empezar la fiesta.

Tate le lanzó las llaves.

—Que os divirtáis.

—¿No te quedas a probar?

—A mí no me va. Vosotros haced lo que queráis, pero violar a una blanca esquelética no está entre mis sueños. Voy a buscar un hotel con calefacción para descansar un poco. Si tengo que meterle la polla a alguien, me gusta que también tenga ganas.

El Carroza hizo sonar las llaves a unos centímetros de su cara.

—Tú te lo pierdes.

Y echó a andar hacia el portón trasero del todoterreno. Donnie se quedó mirando a Tate mientras este apagaba el cigarrillo, se marchaba hacia la carretera y desaparecía a los pocos segundos. Aquello tampoco le apetecía, pero no era como él. Si cabreaba a su primo y llegaban a las manos, no iba a aguantar ni cinco minutos, así que prefería echarse a Twyla encima que llevar ahora la contraria. Dejó la botella de *whisky* en el suelo y siguió al Carroza, que sostenía ya las llaves a la luz de la luna tratando de encontrar la del maletero. Cuando dio con ella, retiró la barra que sujetaba la rueda de repuesto y abrió el portón.

—Toma. —Le lanzó las llaves a Donnie—. Tíralas al río.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo. Además, no quiero que esta preciosidad tenga la ocurrencia de largarse antes de que termine la fiesta.

Kate llevaba una camiseta de Clayton y el pantalón del pijama. Era de algodón azul claro, pero, después de pasar por una casa en llamas y ser arrastrada por el jardín, parecía marrón. Iba descalza y tenía los pies sucios y llenos de arañazos. Le habían atado los tobillos con una brida negra, igual que las muñecas. Estaba amordazada con un pañuelo rojo con tanta fuerza que se clavaba en las mejillas y le tiraba de las comisuras de los labios en una sonrisa grotesca. Había llorado, tenía la nariz congestionada y le costaba un gran esfuerzo respirar. Todavía le ardía el pecho y se sentía completamente indefensa. Nada podría haber complacido más al Carroza.

—Fíjate bien en esto, primo. La reina de Bull Mountain envuelta para regalo y asustada como una rata. —El Carroza habló tocándose el paquete y asomando la cabeza por la capota—. Está buena, ¿no te parece? Hola, preciosa, ¿sabes con quién estás?

Kate lo miró fijamente, tratando de no romper a llorar. Se pegó tanto como pudo al respaldo del asiento trasero, hecha un ovillo.

—Soy Daniel «Carroza» Viner. —Señaló a Donnie—. Y este de aquí es mi primo Donnie. ¿Te suenan nuestros nombres? Estoy seguro de que tu marido o el gilipollas de las cicatrices nos habrán mencionado alguna vez.

Kate no se movió. No podía.

—Matar a mi hijo fue lo más estúpido que podría haber hecho tu marido y aquí nos tienes, saldando cuentas. En parte, me alegraría que siguiera vivo para que pudiera enterarse de que lo que estoy a punto de hacer contigo es culpa suya.

El Carroza metió la mano en el todoterreno y agarró la brida que llevaba Kate a los pies. Ella trató de golpearlo, pero, en cuanto la tuvo agarrada por los tobillos y la arrastró, se vio proyectada contra el suelo y no pudo frenar la caída. Se llevó un fuerte golpe en la cadera y el hombro, pero se esforzó por luchar contra el dolor del impacto y por alejarse de aquellos hombres. El Carroza la miró y se rio: no tenía forma de escapar. Y, en ese momento, vio a Wallace. Le habían dado una paliza de muerte y estaba maniatado. La hinchazón le cerraba un ojo y llevaba la nariz rota, chafada y sanguinolenta, como si le hubieran hundido un dólar de plata teñido de púrpura en mitad de la cara. Seguía vivo, pero, si sobrevivía, nunca volvería a ser ni a parecer el mismo. Al verlo así, sintió todo el peso de la culpa. Lo conocía bien y sabía que habría hecho lo que fuera para evitarle lo que estaba a punto de suceder y que por eso lo habrían golpeado de aquella forma. Chorreaba barro, casi todo reseco en terrones sueltos que le colgaban de la piel como bolas de cartón alquitranado. La camiseta, siempre de un blanco immaculado,

estaba marrón y embadurnada de barro pringoso y resbaladizo. Por un instante, se diluyeron el dolor y la culpa, y en la mente de Kate no quedó más que hueco para la rabia. Se movió lentamente hacia él, acompañada al paso por el Carroza, que la miraba complacido y con una sonrisa tan amplia como la de un niño el día de Navidad. Desde luego, a él le parecía mejor que cualquier Navidad.

—Ah, claro. Es tu novio, ¿verdad? Le hemos dado una buena tunda, pero no te preocupes, sigue vivo. Se nos ocurrió que te gustaría tener un testigo. —El Carroza alzó la voz para hablar con Wallace—: ¡Eh, señoritingo, no cierres el ojo bueno! Seguro que no te lo quieres perder.

Wallace no se movió. El Carroza se agachó para agarrar a Kate de la camiseta, pero ella rodó sobre el suelo y le soltó una patada en la entrepierna. Entre maldiciones, el Carroza se echó para atrás dando tumbos, como si estuviera pisando un hormiguero, y Kate aprovechó esos preciosos segundos para tratar de soltarse hasta que Donnie le asestó una patada en la boca del estómago y no pudo forcejear más. Se acurrucó y vio un relámpago de luz blanca, aunque no llegó a perder el conocimiento. En cuanto el Carroza se recuperó, la cogió por la camiseta y el pantalón y la puso boca abajo contra el suelo. Entonces, la agarró del pelo, tiró con fuerza y le hundió la cara en el barro.

—Eso te va a costar caro, zorra.

Se enrolló el pelo de Kate en la mano y cargó con ella unos metros hacia la orilla, en una parte donde el arroyo apenas cubría. Le iba arrastrando la cara contra la tierra y las piedras, cuando una raíz se enganchó a la mordaza y la dejó colgando del cuello. Kate siguió sin abrir los ojos y apretando los labios para que el lodo no la cegara ni la asfixiara. Mientras, oía farfullar al Carroza, que describía con todo lujo de detalles lo que le iban a hacer. Una vez, consiguió levantar el cuello y sacar la cabeza del barro para gritar, pero el hombre giró la cabeza como si fuera una marioneta y la abofeteó en la cara.

—Deja eso para luego, tesoro. Enseguida podrás gritar tanto como quieras.

Giró la mano una vez más, hasta que el mechón que tenía enganchado comenzó a separarse del cuero cabelludo y, con la otra, la agarró por la cinturilla del pantalón. Llevándola por los aires, la colocó sobre una enorme piedra que sobresalía de los rápidos y llamó a Donnie para que la sujetara. El otro acudió con movimientos torpes y pesados; aunque no estaba convencido de lo que iban a hacer, cumplió las órdenes tan escrupulosamente como siempre. No le hizo falta mucha fuerza para inmovilizarla. La energía que recobró al ver a Wallace se había esfumado, aunque tampoco le habría servido de nada: eran demasiado fuertes para ella. De repente, Kate no sintió nada más que el olor agrio del sudor del Carroza que le revolvió el estómago. Cerró los ojos y se refugió en una idea que empezó a repetirse una y otra vez como si fuera un mantra y que le atravesaba y llenaba el cerebro igual que la sangre le corría por las venas.

«Busca una salida. Sigue viva y busca una salida».

Lo repitió sin cesar, hasta que el cuerpo entero le empezó a latir al ritmo de aquellas palabras y se le adormecieron los demás sentidos. Lo repitió hasta que no quedó nada más dentro de ella.

«Busca una salida. Sigue viva y busca una salida».

—Bájale los brazos, Donnie, joder.

El gigantón le agarró las muñecas y tiró de los brazos, extendiéndolos sobre la roca. Para conseguirlo, tuvo que meter los pies en el río; el agua le llegaba por los tobillos y le entraron más ganas todavía de largarse. El Carroza se abalanzó sobre Kate y se sentó a horcajadas en los muslos, justo por encima de las curvas delicadas de las rodillas. Si en algún momento reunía

fuerzas para resistirse, el Carroza no tenía más que empujar un poco hacia abajo. Consiguió sacar voz y volver a gritar, pero no fue de miedo, sino un sonido más primario, como el de un animal. El Carroza empuñaba un cuchillo estrecho que había encontrado en el cobertizo, de los que se utilizan para escamar y destripar peces, y se lo puso contra la garganta con la hoja bañada en la sangre seca de Freddy Tuten.

—Si gritas cualquier cosa que no sea mi nombre a partir de ahora, te rajaré el cuello de oreja a oreja. Te desangrarás como un ciervo abierto en canal y luego, ¿sabes qué pasará? Que te follaré de todas formas.

Pero Kate no lo escuchó, estaba ausente de nuevo.

«Busca una salida. Sigue viva y busca una salida».

El Carroza apartó el cuchillo.

—No vales una mierda, zorrita. Sé que te creías algo por estar casada con el *sheriff*, pero no es así. No eres nada. Y ahora yo soy el rey de la selva. El león de esta montaña soy yo. No lo sois ni tú ni el gilipollas de tu marido ni el señorito que tienes ahí tumbado. Carroza Viner es el puto amo de este sitio. —Le giró la cabeza y se abrió la camisa para que solo pudiera ver el tatuaje del león que le rugía en el pecho—. Esto es lo que soy y tú eres una gacela... o un conejito. No eres más que un Happy Meal con patas.

Cuando Kate abrió la boca, no gritó. Habló con una voz fría que salía de un lugar más allá del miedo. Se sentía vencida e impotente, pero había superado el temor y lo había convertido en un odio espeso y desbordante que le hacía más recia la piel y llenaba el aire que la rodeaba. Dijo lo único que importaba y lo hizo con una voz que no era la suya:

—Me llamo Katelyn Burroughs y no puedes hacerme daño.

El Carroza echó a reír y miró a su primo. Donnie forzó una sonrisa, aunque no le parecía divertido.

—Basta de chácharas. Donnie, ¿la tienes bien sujeta?

—Sí.

El Carroza cortó la tela del pijama con el cuchillo para pescado. Seccionó con cuidado la costura que unía las perneras y luego el elástico de la cintura. El tejido azul y sucio se deslizó y cayó a los lados de las caderas de Kate, dejando a la vista toda su desnudez.

—Mira esto, Donnie. Lleva toda la *chimba* al aire. Me habría gustado que tuviera un tanga bonito o cualquier cosa que colgar del retrovisor del Tracker. Menuda pena.

La piel sonrosada de Kate era lo único limpio que había en varios kilómetros a la redonda. Puede que lo único que quedara limpio en toda la montaña. Donnie apartó la vista. Miró hacia los rápidos e intentó pensar en otra cosa. Se preguntó dónde estaría Tate y se arrepintió de no haberse marchado con él.

—Date prisa, Carroza. Se me están congelando los pies.

El Carroza sonrió y dejó el cuchillo sobre la roca para desgarrar el pijama con las dos manos, y luego se bajó la bragueta. Wallace se revolvió sobre el barro y trató de gritar con la mordaza. Sonriente, Viner se burló de sus gruñidos mientras lanzaba el cinturón a su lado y se bajaba el pantalón. Wallace se retorció otra vez y rodó para alejarse del agua y darles la espalda. Kate lo vio y lo comprendió. El Carroza se sacó los guantes y escupió en la mano para masturbarse maldiciendo el frío. Al momento, le escupió a Kate en el trasero. Las temperaturas y la meta que llevaba en el cuerpo no se lo estaban poniendo fácil. Donnie miraba asqueado cómo movía la

pierna derecha espasmódicamente tratando de bajar la pernera. Cuando consiguió liberarla, se agachó para agarrar mejor a Kate y quedar sobre ella. En ese instante, sonó un disparo. La bala pasó tan cerca que le dejó al Carroza una marca en la mejilla. Sonó como un cañonazo y el eco retumbó en la montaña. Falló el blanco, pero le dio a Donnie en el hombro como una mordedura de serpiente y lo tiró al arroyo. Se quedó sentado en el agua y desorientado, mientras la sangre brotaba del agujero que le atravesaba el abrigo. Inmediatamente, el Carroza se separó de Kate y rodó hasta el otro lado de la piedra, cubriéndose la cara con las manos. Seguía con los tejanos colgando de una pierna hechos un enredo y empezó a tocarse para comprobar que no le habían dado. Siguió quieto, esperando oír más disparos o la voz del tirador, pero no escuchó nada más que el agua de los rápidos. Intentó subir el pantalón, pero le temblaban tanto las manos que no pudo. Con mucho cuidado, asomó la cabeza para mirar al otro lado de la roca, entre los árboles. El farol que había dejado encendido en los peldaños del cobertizo daba bastante luz, aun así no conseguía ver a nadie, por mucho que forzara la vista. Gritó y lanzó amenazas al vacío, pero solo sonaba su voz. Rodando por el suelo, se asomó por el lado de la piedra que tocaba el río. Donnie seguía en el agua, con la mirada perdida en el hombro ensangrentado y tratando de entender lo que había pasado. Le habían dado y estaba al descubierto.

«¿Por qué no le disparan de nuevo? —se preguntó—. Es un blanco fácil».

Entonces miró a Kate, que apenas se había movido y parecía totalmente ausente; se asomó un poco más y vio que Wallace seguía maniatado y vuelto de espaldas. Hasta que no examinó otra vez la zona, no distinguió un pequeño destello plateado en el barro, justo al lado de Wallace. Estuvo mirándolo un buen rato antes de sacudir la cabeza y ponerse de pie.

—Hijo de puta.

El Carroza salió de detrás de la piedra con el pantalón colgando de una pierna y se acercó para ver mejor el objeto metálico que se escondía entre el barro. Estaba a solo unos centímetros de la mano de Wallace Cobb.

—Qué hábil, ¿un revólver de bolsillo? —El Carroza se agachó a recoger el arma. La sostuvo a la luz de la luna y la examinó detenidamente, desnudo de cintura para abajo. Era un revólver del calibre .45 con una sola bala, un arma tan pequeña como un Derringer, pero más potente, y que se podía esconder fácilmente en el bolsillo... o dentro de una bota—. Por el amor de Dios, ¿no se le ocurrió a Tank mirar dentro de las botas? ¿Lo ves, Cobb? Estoy rodeado de inútiles. En cuanto vea a ese gilipollas, le meteré una bala en el culo con este juguete. —Volvió a examinar la pistola—. ¿Lo has tenido todo el tiempo? Eh, Donnie, ven a ver esto. Este cabrón podría haberme pegado un tiro en la polla.

Wallace hizo ruidos. Se estaba riendo. El Carroza se acuclilló y le despegó la cinta adhesiva.

—¿Qué te hace tanta gracia, gilipollas? —Wallace dio dos grandes bocanadas. El aire frío le hizo toser, aunque la risa, lejos de parar, se convirtió en una carcajada—. Has fallado, Cobb. —Wallace siguió riendo—. Sabes que voy a matarte, ¿verdad? Te voy a rajar la garganta. No le encuentro la gracia.

Wallace cogió aire y de las carcajadas pasó a una risa suave y templada.

—Ya lo sé, Carroza. Aun así, lo que has dicho ha tenido gracia.

—¿Y qué he dicho, Cobb?

—Ya sabes, eso que has dicho hace un minuto. —El Carroza se quedó en blanco, no se le ocurría nada—. Lo de la polla...

El Carroza no reaccionó y Wallace trató de sonreír sin hacer caso del dolor ni del labio

partido ni de los dientes rotos. Miró directamente a los ojos azules y brillantes de Viner, sin sombra de miedo.

—Es halagador que confíes tanto en mis habilidades, ¿sabes? —Wallace escupió una flema de sangre y mocos que no se soltó de la lengua y se le pegó a la mejilla—. Lo que pasa es que no hay francotirador en el mundo capaz de dar a un blanco tan pequeño. Joder, Viejales, esa cosa que llevas ahí colgada es como la de un prematuro, seguro que no tiene ni pelo. —El Carroza se incorporó—. Venga, entre tú y yo, ¿no sería mejor dejar lo de Carroza y llamarte Viejo Chocho, en plan cariñoso? —De tanto reír, empezó a toser más flemas y sangre—. Más que un soldadito parece una *majorette*, es como juntar tres moneditas de diez centavos. Mierda, estoy a punto de morir y el que me da pena eres tú.

Wallace escupió por última vez, pero no cerró el ojo con el que todavía veía. El Carroza buscó el cuchillo de pescado en el abrigo, pero no lo encontró. Wallace volvió a reír, con una risa casi descontrolada.

—Sigue riendo, Cobb. Enseguida vuelvo.

El Carroza se giró hacia la roca y, por primera vez desde que había llegado a la montaña, vio algo que lo asustó. Kate no estaba. No conseguía sacarse el pantalón y se apoyó contra la piedra.

—Has perdido, Vejestorio —dijo Wallace—. Te va a matar.

—Lo dudo mucho, no llegará lejos. —Miró hacia el arroyo—. Donnie, lo mejor será que les peguemos un tiro y terminar con esto de una vez. —Se subió otra vez el pantalón y cerró la cremallera—. ¿Donnie?

Forzando la vista, vio a su primo tendido de espaldas en el río. Le salían chorros de sangre negra de las puñaladas que le cubrían el pecho. La cara estaba tan blanca que relucía.

—Hija de puta.

El Carroza corrió hacia el cobertizo para coger los zapatos y el calibre .357.

—Voy a por ti, muñeca.

Sabía que no podía haber avanzado mucho. Le habían pegado y estaba medio desnuda y descalza. La iba a encontrar. No le quedaba otra. La cosa no debía torcerse.

Fue a por el farol y lo puso en alto para alumbrar la orilla. Sin preocuparse más por su primo, encontró lo que estaba buscando: en el barro, las huellas de Kate se veían tan claras como si fuera de día. Con una sonrisa, empezó a calzarse.

—Allá voy, pequeña. No te escondas de papaíto.

Siguió las pisadas que iban desde el barro de la orilla hacia los árboles. Kate había lanzado el pijama a unos arbustos y el Carroza examinó el rastro. Las ramas partidas y las huellas frescas conducían hacia unos pinos que había al otro lado de una zanja honda. Dejó el farol en el suelo y silbó.

—Vamos, muñeca. No hagas esperar al Carroza. —Puso el dedo sobre el gatillo y avanzó hacia los árboles—. Siento que nuestra cita se haya echado a perder, pero lo de matar a mi primo ha estado feo. Nos tenemos que saltar la parte del flirteo y entrar directamente en materia. Ven aquí y vamos a terminar con esto.

Al ir a salvar la zanja de una zancada, algo crujió a su lado. Kate salió de debajo de un montón de hojas y agujas de pino y le cortó el tobillo con el cuchillo. El músculo salió disparado hacia arriba y el Carroza gritó de dolor, pero, antes de tocar el suelo, le dio otro tajo en la pantorrilla y la rajó de arriba abajo. Cayó de rodillas e intentó arrastrarse hacia el agujero, pero

Kate salió de su escondrijo, se abalanzó sobre él y lo tiró contra el suelo. Entre gritos del Carroza, ella le hundía el cuchillo en la espalda incansable, una y otra vez, hasta que dejó de emitir ningún sonido. Entonces, se quitó de encima, le dio media vuelta y, soltando el cuchillo, dejó escapar un grito que retumbó en toda la montaña. Kate lo agarró por el abrigo y lo miró directamente a una cara en la que no quedaba ningún rastro de color.

—¿Sigues ahí, Carroza? —Como única respuesta, eructó una burbuja de sangre negra que estalló y le resbaló por el labio y por el mentón hacia abajo—. Bien, porque quiero que mi cara sea lo último que veas en este mundo y que sepas que tenías razón, que eres como esto de aquí.

Le hundió el puño en el pecho, pero el Carroza estaba ya tan débil que ni siquiera se sacudió. Volvió a golpear el tatuaje del león, que estaba resbaladizo y teñido de rojo de la sangre que llevaba ella en las manos. El hombre tenía los ojos desorbitados y a la luna brillaban como guijarros del río. Kate lo abofeteó para que espabilara. Apretó las dos manos contra el tatuaje:

—Esto es un león macho, un animal perezoso, arrogante... y débil. Cualquiera que sepa leer sabe que las leonas son las que matan. Recuérdalo, allá donde vayas, Carroza. Recuérdalo y recuerda también quién te envió allí. —Le escupió a la cara—. Te lo dije, me llamo Katelyn Burroughs y no puedes hacerme daño.

Esas fueron las últimas palabras que escuchó Carroza Viner antes de que lo que quedaba de él se esfumara con un último destello en la mirada.

Kate continuó un buen rato mirándolo fijamente y sin soltar el abrigo, y luego se dejó caer sobre el manto de hojas en el que se había ocultado. Siguió así hasta que se le calmó la respiración y comenzó a sentir el frío de la noche en las piernas desnudas y en los brazos pringosos. Se sentó con esfuerzo y miró hacia el camino. Solamente podía pensar en Clayton, en su hijo y en lo que Tate decía que les había hecho. Mientras le quitaba al Carroza el abrigo y los zapatos, rezó para que fuera mentira.

24

CRIPPLE CREEK ROAD

—No responde nadie.

—¿No tenías a hombres en la casa, Mike?

—Sí, tres de los mejores. Nos habrán traicionado o estarán muertos. En cuanto a Tank, seguro que se ha vendido.

—¿Y qué hay de Cobb?

—Tampoco consigo hablar con él.

—Él nunca nos traicionaría.

Interferencias.

—Lo sé. No quiero ni pensar en lo que le puede haber sucedido.

—Mike, concéntrate, Wallace sabe cuidarse. Antes de desaparecer, ¿te dijo alguna cosa sobre los Viner?

—Sí, poco antes. Llamó por radio para decir que faltaba uno, el negro. El tal Tate.

—Ese fue el que me golpeó. —Clayton se llevó la mano a la herida que le atravesaba la sien —. Debió de llevársela él, Mike. ¿Dónde dijo que estaban los otros dos?

—En una vieja cabaña de pescadores de Little Finger, pero de esas hay centenares.

—No tantas. Son cuatro y, entre todas, solo hay una lo bastante aislada...

Interferencias.

—¿Clayton?

—Está en Pine Camp Road, en la milla treinta y uno.

—Voy para allá.

—¿Dónde estás ahora?

—En la finca... en casa de tu padre.

—Lleva contigo a todos los hombres que tengas, ¿me has oído? No dejes a ninguno. La ambulancia y los bomberos están a punto de llegar. En cuanto me asegure de que Eben va a estar a salvo, iré para allá.

—Clayton, quédate con el niño. Yo iré a por Kate.

Clayton miró a su hijo por el retrovisor.

—La cima está a casi media hora de distancia de Pine Camp. Puedo llegar más rápido que vosotros.

—Como quieras, jefe.

—Coge a tus hombres. A todos.

—De acuerdo.

—Una cosa, Mike. —Clayton montó en el Bronco para ir al encuentro de la ambulancia por el camino principal.

—Dime.

Interferencias.

—Si te adelantas, deja vivo a ese hijo de puta hasta que esté yo.

—Por supuesto.

—Venga, no hay tiempo que perder.

—Voy para allá.

Clayton dejó el transmisor y metió una marcha. Las sirenas se oían cerca, iban a llegar en cualquier momento. Fue hacia el camino para salirles al paso, sin ni siquiera mirar hacia las llamas que habían terminado de consumir toda la casa. No le importaba. Lo único que le importaba estaba en el bosque. Estaba sola. Y contaba con él.

«Aguanta, Kate. Ya voy».

En cuanto se puso las deportivas, Kate se ató la camisa del Carroza a la cintura. Le repugnaba, pero no podía hacer otra cosa. Ya tapada, empezó a registrar los bolsillos del cadáver en busca de un teléfono o de las llaves del Tracker, pero no hubo suerte y, por mucho que tanteó el suelo, tampoco encontró el arma. El aire olía a rancio, una mezcla de cobre y excrementos y, de repente, la golpeó una vaharada tan fuerte y desagradable que estuvo a punto de perder el conocimiento entre arcadas. Se acordó de Wallace y miró hacia el río. No había más que oscuridad, pero no podía volver. Y él tampoco querría que lo hiciera. Tenía que llegar a la carretera. Ahí era más fácil que la viera alguien; además, el tipo que la había secuestrado podía regresar.

—¡Wallace! —gritó con una voz ronca que le dejó la garganta en carne viva. Nadie respondió. Empezó a llorar, con la sensación de que la temperatura había bajado de golpe unos cuantos grados. Estaba tiritando. Volvió a llamarlo, pero esa vez apenas tuvo voz. Un ave nocturna echó a cantar acompañada por los grillos, mientras ella trataba de escuchar algo, cualquier sonido del hombre que la había ayudado a sobrevivir aquella noche... pero no oyó nada. Wallace le había conseguido tiempo y no le haría ningún favor volviendo a su lado. Tenía que subir hasta Pine Camp Road, así que se secó las lágrimas, calmó la respiración y comenzó a ascender la colina. Apenas le respondían las piernas, estaba agotada. Nunca había estado tan cansada, tan sucia ni tan sola y, aunque la carretera estaba solo a quince metros colina arriba, le parecieron quince kilómetros. Se sentía exhausta, pero no dejó de hundir las manos en la tierra mojada ni de agarrarse a las raíces hasta que llegó a la carretera. Por mucho que tuviera las rodillas destrozadas por las zarzas y las piedras del camino, su mente estaba tan lejos de allí que nada la alcanzaba y se preguntó incluso si podría volver a sentir dolor alguna vez. Solo podía estar segura de una cosa: si Clayton había sobrevivido, la estaría buscando. Y sabría dar con ella. Era un misterio cómo podría saberlo, pero lo haría.

«Pero ¿y si no ha sobrevivido al incendio? ¿Y si mi marido y mi hijo están muertos?».

La idea le heló hasta los huesos, pero enseguida se la sacó de la cabeza. Era imposible.

Clayton no iba a permitir que le pasara nada y estaba yendo a por ella. Y Michael también. Todos los hombres leales a su marido estarían peinando la montaña, así que debía ponérselo fácil.

«La carretera».

La luna se reflejaba en la línea discontinua de pintura amarilla, pero no se acercó al asfalto; sin salir de la cuneta, se recostó contra un pino y miró hacia el cielo a través de las hojas. Se acordó del magnolio y del día en el que lo cortó, recordó cómo fueron cayendo las ramas al suelo. En cuestión de segundos, la venció el cansancio y perdió el conocimiento.

Cuando aparecieron los faros, podían haber pasado unos minutos o varias horas. Avanzaban despacio hacia donde estaba ella y, por la ventanilla del acompañante, asomaba una linterna que barría los árboles de lado a lado. La despertó al pasar sobre su cabeza, pero seguía embotada. No sabía si estaba muerta o si las luces que brillaban entre los árboles eran ángeles que acudían para salvarla... aunque los ángeles en verdad nunca salvaban a nadie. Solo iban al rescate, cuando el daño ya estaba hecho. Alguien dijo su nombre.

—¡Kate!

La estaban llamando.

—¡Kate! ¿Estás ahí? ¡Kate!

Agotada y al borde de la locura, salió rodando de su escondite y respondió a la llamada, estirando el brazo hacia los chorros de luz. Cuando su nombre sonó de nuevo, no le quedaron dudas de que la había encontrado un ángel: era una voz de mujer.

Clayton llegó a la zanja veinte minutos después. Dejó el Bronco con el motor en marcha a un lado de la carretera, a la altura de la cabaña. Nada más poner el freno de mano, bajó de un salto de la camioneta, sin molestarse en cerrar la puerta. Al ver el todoterreno de Kate cerca del arroyo, se lanzó colina abajo a trompicones, sin detenerse por nada. Encontró a Wallace Cobb en el barro y el cadáver de Donnie Viner dentro del agua. Enseguida sacó una navaja del abrigo y se arrodilló junto a Wallace para cortar las bridas. Por fin, al extender brazos y piernas sobre el fango, Cobb dejó escapar un jadeo.

—Wallace, ¿dónde está? —Solo gimió. Clayton lo agarró por la camiseta y lo incorporó—. ¿Dónde está Kate?

Wallace gimió de nuevo, pero esa vez Clayton vio que señalaba hacia una luz que se distinguía a lo lejos. Y comprendió que lo que parecía un gemido era en realidad una palabra:

—Ve.

—Enseguida vendrá la ayuda.

—Ve —dijo Wallace por tercera vez antes de desplomarse en el suelo.

Clayton ya estaba de pie, avanzando campo a través en dirección al farol y llamando a su esposa:

—¡Kate!

Se aferraba a la esperanza de encontrarla con vida y esa luz tenue le daba fuerzas. Echó a correr buscando a tientas el Colt, sin darse cuenta de que ya lo llevaba en la mano, y frenó en seco al encontrarse con el cadáver descamisado de Carroza Viner empapado en sangre y cubierto de agujas de pino. Pero allí no había nada más.

—¡Kate!

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Levantó el farol y empezó a dar vueltas en círculo a la desesperada, buscando cualquier rastro. Cuando lo encontró, subió a toda velocidad la colina tras las huellas que Kate había dejado en el barro, sin sentir dolor ni el daño permanente que se estaba haciendo en la pierna. Iba más rápido a medida que se aproximaba a la carretera. A mitad de camino, vio la cuneta y las marcas de arrastre sobre el barro, y perdió la razón. La llamó a gritos. Llamó a quien pudiera oírlo. Recorrió con las manos la forma que había dejado un cuerpo en el barro. La arcilla roja y las hojas húmedas se extendían sobre el asfalto y se interrumpían justo al lado de la carretera: en el punto exacto en el que se habría detenido un coche. Era imposible que Mike se hubiera adelantado y, en ese caso, le habría avisado por radio. Alguien la tenía.

Los ojos grises de Clayton se volvieron negros y fue como si se perdiera en el abismo de la locura, pero enseguida la desbancó la ira, que reventó igual de rápido que se había presentado. Las lágrimas le nublaron la vista y volvió a llamarla, pero solo le respondió su propia voz. Aquello no podía estar pasando. Todo le daba vueltas. Había fallado a Kate. Gritó su nombre una y otra vez, sin cesar. No conseguía salir de la cuneta, porque la pierna ya no era más que un trozo inservible de goma. Hundió el Colt en el suelo para apuntarse, pero el dolor era tan insoportable que cayó de espaldas. Apuntó con el revólver hacia el cielo, como si pudiera disparar contra la luna. Y entonces, él también vio ángeles. Aunque los suyos eran unos faros. Luego, oyó la camioneta, más y más alto cada vez. Un motor que traqueteaba y chirriaba. Oyó unas puertas que se abrieron y se cerraron de un golpe. Bajó el arma y apuntó hacia los pasos que venían hacia él. Bajó el percutor, colocó el dedo en el gatillo... y disparó.

—¡Joder, Clayton! ¿Qué haces? ¡Soy yo, Mike!

La mano con la que sujetaba el arma apenas tenía fuerza y, derrotado, se desplomó en la cuneta. El sombrero salió rodando y terminó en el suelo.

—¿La has encontrado? ¿Clayton? Dios mío, ¿dónde está Kate?

—No lo sé... —Apenas podía respirar—. No lo sé. —Clayton miró a Mike y a los hombres que lo acompañaban, recortados contra la luz de los faros—. Ayudadme. Hay que encontrarla.

—Sacadlo de ahí.

Clayton no reconoció a los dos hombres que lo sacaron de la zanja. No podía sostenerse de pie sin ayuda, así que lo ayudaron a ir hasta la camioneta y lo dejaron apoyado contra el morro.

—Aquí tiene, señor Burroughs.

Uno de ellos le tendió el sombrero y Clayton lo dejó sobre el capó. Seguía sin soltar el arma y, con la misma mano, trataba de agarrarse a la parrilla de la camioneta para no caer de bruces. Todos lo observaron en silencio mientras se secaba las lágrimas.

—Cobb está abajo, junto a la cabaña. Está muy malherido, pero sigue vivo. —Mike silbó y señaló en aquella dirección. Otros dos hombres se lanzaron hacia el bosque a toda velocidad—. Necesita un médico, aunque tenéis que ser rápidos. Hay dos cadáveres que deberían desaparecer antes de que llegue la ambulancia. —Poco a poco, iba recuperando el control—. El Carroza y Donnie Viner están muertos. Creo que Kate se los cargó a los dos.

Mike se quitó la gorra y la estrujó entre las manos.

—Entonces, ¿dónde está ahora? ¿Qué le ha sucedido?

—No lo sé. Seguí el rastro hasta aquí arriba, pero se corta en seco. —Señaló a un lado de la carretera, cerca de donde estaban parados.

—¿Por dónde empezamos, Clayton? Dime, ¿qué hago?

Al pasar el peso a la pierna que tenía ilesa, estuvo a punto de caer al suelo, pero Mike y los demás lograron sujetarlo.

—Que yo sepa, solo hay dos personas más en juego: el que entró en casa y Vanessa.

—¿No habías dicho que no tenía nada que ver con esto?

—Eso es lo que dijo ella, pero no sé qué pensar. De lo único que estoy seguro es de que Kate ha desaparecido y esas son mis únicas pistas. Coge a los demás hombres y ve a buscarlos. Yo me quedo con estos dos y...

La radio empezó a sonar y el zumbido de las interferencias interrumpió a Clayton.

—¿*Sheriff* Burroughs? ¿Me recibe?

El hombre que estaba junto a Mike tenía sintonizado el canal de la policía. Clayton le hizo señas para que le entregara el transmisor.

—¿Cricket? Soy yo, dime.

—*Sheriff*, se trata de Kate.

—¿Qué pasa? ¿Sabéis dónde está?

Interferencias.

—Clayton, una mujer la ha llevado al hospital McFalls Memorial. Debería ir para allá.

—¿Está en el hospital de Waymore?

—Sí, señor.

Clayton cerró los ojos y se dejó caer contra la camioneta.

—¿Y está bien?

—No, señor. La enfermera Debbie Payne acaba de llamar. Dice que parece recién salida del infierno, pero está viva. ¿Qué ha pasado?

—Está viva. —Clayton repitió esas palabras para sí mismo, tan aliviado de pronto que echó a temblar—. Ahora no hay tiempo para contártelo —respondió al transmisor—. Llama a Debbie y dile que estoy de camino y que envíe una ambulancia a Pine Camp Road, a la altura de la milla treinta y uno. Hay un hombre que necesita atención urgente. Que pisen el acelerador.

—Enseguida, señor.

—Una cosa, Cricket.

—Le escucho.

—¿Quién era la mujer que llevó a Kate al hospital?

—No lo sé. Debbie no la conocía. Solo dio el apellido, creo que era Viner.

Clayton y Mike se miraron y Clayton devolvió la radio. Se oía a Cricket preguntar qué es lo que pasaba, pero Clayton ya no prestaba atención.

—Apaga eso —le dijo al dueño del transmisor—. Mike, hay que deshacerse de esos cuerpos. Tienen que desaparecer ahora mismo.

—Entendido, nosotros nos encargaremos de todo. Tú márchate.

Clayton cojeó hacia el Bronco sin pedir ayuda, pero Mike le hizo un gesto con la cabeza al tipo del transmisor, que corrió hacia el *sheriff* para echarle una mano.

—¿Clayton?

—Dime —respondió, sin detenerse.

—¿Crees que Vanessa sabía lo que iba a pasar? ¿Crees que lo planeó ella?

—Todavía no lo sé.

—Clayton, ¿y si permitió que sucediera para luego intervenir y ganarse tu confianza?

—Tal vez. Si yo fuera tú, cavaría tres hoyos en lugar de dos, por si las moscas.

25

HOSPITAL MCFALLS MEMORIAL WAYMORE VALLEY

Kate dormía y Clayton esperaba a su lado sin soltarle la mano en esa habitación de hospital donde todo era blanco y frío. Acarició con el pulgar el esparadrapo que le sujetaba la vía y sintió una angustia que no conocía. A pesar de todo por lo que había pasado (el tiroteo que lo dejó lisiado, el dolor constante y el incendio que había consumido la casa y por poco los mata a él y a su hijo), no había nada comparable al latido hueco que lo mantenía pegado a aquella incómoda silla de acero junto a la cama de Kate. Había estado a punto de morir, aunque probablemente parte de ella ya había muerto. Lo que había vivido y lo que había tenido que hacer para sobrevivir habrían terminado para siempre con la persona que era no hacía ni doce horas.

Deslizó un dedo por su pelo. Parecía de paja. A Kate no le gustaría que la vieran así de destrozada... y vulnerable. Ahora entendía cómo se había sentido ella los meses que estuvo en Atlanta postrado en una cama parecida a aquella. Ahora entendía lo sola que debió de sentirse, no sabiendo si volvería a despertar o si tendría que afrontar la vida sin él. ¿Cómo había sido tan egoísta? ¿Cómo permitió que pasara? Le prometió que iba a protegerla, que con él estaría a salvo. Y lo había creído. Lo creyó siempre que se lo dijo, hasta que acudieron los lobos y tuvo que enfrentarse sola a ellos. Le apretó la mano con suavidad y volvió a llorar. Cada pocos minutos, una oleada de lágrimas se apoderaba de él. La miró y se prohibió dormir. Al otro lado de la cama, una máquina pitaba al ritmo de las lágrimas y cada pitido lo sobresaltaba. Soltaba una cinta interminable de papel que no le decía nada, no era más que un galimatías de tinta indescifrable. Lo que sí entendía era que el pecho de Kate subía y bajaba acompasado con el suyo: estaba viva. Se asustó al oír la puerta. Apareció la enfermera, Debbie, con bata y un portapapeles, y le sonrió mientras él se secaba las lágrimas.

—¿Cómo está Kate?

—Sigue igual. No ha despertado.

Sin decir nada, Debbie cortó la cinta de papel que escupía la máquina y anotó los datos del electrocardiograma en la pizarra.

—Eso es bueno, Clayton. Tiene que descansar. Si sigue igual, son buenas noticias.

Clayton apoyó los brazos sobre la barra de la cama y hundió la cabeza. Debbie acercó una silla.

—Mire —dijo, mientras se sentaba a su lado—. Sé que quiere estar aquí cuando vuelva en sí, pero puede que aún falte mucho. Tiene que dormir. Le hemos administrado medicamentos para

ayudarla y, por su aspecto, diría que usted también lo necesita. ¿Por qué no va a que echen un vistazo a ese corte tan feo que lleva en la cara y luego trata de echar una cabezada?

—Estoy bien. —No se movió.

Debbie suspiró.

—En ese caso, permita que lo releve un rato y vaya a lavarse.

Clayton miró las botas. No se había fijado en las manchas de arcilla roja que había dejado por el suelo de la habitación. Aquel rastro solo lo convenció de que emponzoñaba cuanto tenía cerca con su mera presencia. Aun así, no mostró intención de levantarse.

—Está en el mejor lugar en el que podría estar ahora mismo, *sheriff*. No voy a dejarla sola, se lo prometo. Vaya a ver a Eben. Él también lo necesita y Kate está en buenas manos. —Debbie le puso una mano sobre el hombro—. Los dos lo están.

Clayton siguió otro minuto sin responder ni moverse. Entonces, miró a la mujer de bata blanca que le hacía promesas que no podía cumplir.

—Dígame, la mujer que la trajo al hospital... —comenzó a decir, recogiendo el sombrero que tenía en el suelo.

—Sí, ¿qué sucede?

—¿Dónde está ahora?

Clayton encontró a Darby Ellis a las puertas de la habitación de Wallace Cobb. Le habían dado el alta esa misma mañana en ese mismo hospital y, en lugar de ir a descansar a casa, seguía allí, vestido con el uniforme de color tostado y esperando a que Clayton lo pusiera al día.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Clayton.

—No muy bien. Es sorprendente que siga vivo. Le han destrozado la cabeza, el pecho y la espalda. Tiene las dos piernas rotas, una fractura en el cráneo, la nariz aplastada y tendrán que reconstruirle la cara, si es que sobrevive.

—Por el amor de Dios.

—Lo más grave son las hemorragias internas. Aunque los médicos dicen que se encuentra estable, creo que ya no está en sus manos, sino en las de Dios.

—Saldrá adelante.

Darby se quitó el sombrero y se rascó una poblada mata de pelo de color arena.

—¿Qué narices ha pasado, jefe? ¿Quién ha hecho esto?

Clayton metió las manos en los bolsillos y miró hacia la habitación de Cobb.

—No lo sé.

Darby sabía dos cosas del hombre que tenía delante. La primera era que no mentía bien y la segunda que, si lo hacía, metía las manos en los bolsillos y nunca miraba a los ojos.

—Clayton, quiero ayudarte. Dime si necesitas cualquier cosa y lo haré.

—Lo sé, Darby, pero ya me estás ayudando. No puedes reincorporarte todavía y este hombre necesita que lo cuiden. Quédate aquí. Si descubro algo, serás el primero a quien llame.

Darby no insistió.

—¿Ha venido alguien más?

—Mike el Costras y McKenna el Zarpas se presentaron hace un rato, pero Jim, el vigilante de seguridad, no les ha dejado pasar. Solo permiten visitas de familiares.

—¿Y está bien?

—¿Cuál de los dos?

Clayton miró a Darby.

—Jim.

—Ah, sí. Se fueron sin armar jaleo.

—Mejor. —Dio media vuelta para marcharse.

—Señor, sobre Kate. Yo...

—Lo sé, hijo, no te preocupes. Cuando despierte, le diré que has preguntado por ella.

—Gracias, señor.

Clayton dejó a Darby en el pasillo y fue hacia el ascensor. Encontró la salita de espera de la primera planta que le había indicado Debbie. La mujer que había llevado a Kate dijo que, si alguien preguntaba por ella, estaría allí. Vanessa lo esperaba para empujarlo a una falsa red de seguridad que había estado tejiendo desde que le conoció. Sabía que no podía confiar en ella, sentía una punzada en el estómago, pero debía mirarla a los ojos y averiguar si había tenido algo que ver con lo sucedido... incluso si no sería ella la última responsable. Cuando abrió la puerta, el corazón estaba a punto de salirse del pecho... pero no la encontró. En la sala no había más que una anciana con agujas de punto que parecía tan cansada como él. Al verlo entrar, dejó de tejer y guardó la lana azul en una bolsa que tenía a los pies. El *sheriff* se sentó con ella.

—Hola, *sheriff*. ¿Ha venido a hablar conmigo? —le preguntó, mirando hacia la placa que llevaba en la chaqueta.

—No, lo siento. Buscaba a otra persona.

La anciana miró alrededor.

—Pues aquí solamente estoy yo.

—Habrás visto a otra mujer, ¿cuándo se ha marchado?

—Lo siento, hijo, pero he estado sola todo el tiempo.

—¿Cuánto lleva aquí?

—Ay, Dios, no lo sé... unas cuantas horas...

Clayton la miró perplejo.

—Busco a una mujer joven de ojos azules y pelo rubio. Bastante alta. ¿No ha entrado nadie así?

—Lo siento mucho, *sheriff*, pero no.

—Siento haberla molestado. —Clayton se preparó para irse.

—No es molestia —dijo la mujer, levantó un tubo de plástico que tenía conectado a una bombona de oxígeno y cogió otra vez las agujas de punto—. En realidad, es morena.

Clayton dio media vuelta.

—¿Cómo dice?

—Digo que Vanessa es morena. No sé para qué se pone esa peluca tan espantosa. —Clayton se quedó petrificado—. Creo que está buscando a mi hija, *sheriff*.

Clayton miró fijamente a la mujer y entonces advirtió el parecido.

—Es usted Twyla Viner.

—En efecto. —Comenzó a levantarse muy despacio.

—¿Ha traído a mi esposa al hospital?

—Exactamente.

Aquella respuesta lo pilló desprevenido y estuvo a punto de perder el equilibrio. Fue como un mazazo mezcla de dolor y de rabia.

—¿Usted está detrás de esto?

—¿De lo que le ha ocurrido a su esposa?

—De todo, señora. No se haga la inocente. ¿Fue idea suya lo que esos cabrones nos han hecho esta noche?

—No, *sheriff*. Yo no tengo nada que ver. Mi hijastro Daniel vino con sus hombres por su cuenta. De hecho, le supliqué que no se acercara a la montaña, pero Daniel siempre ha seguido su propio camino.

Clayton se aproximó a la anciana, todavía conmocionado, y le habló con un suave gruñido:

—Ese camino se ha cortado en seco esta noche y ya no irá a ninguna parte, se lo aseguro.

Twyla cerró los ojos y suspiró.

—Seguro que tiene razón, hijo. Me siento responsable de lo que le ha sucedido... De todo, en realidad. Por eso estoy aquí.

—¿Dónde está Vanessa?

—No lo sé.

—No la creo. ¿Ha tenido ella algo que ver?

—No. Ya no pondría la mano en el fuego por nadie, *sheriff*, pero conozco a mi hija y Bessie May..., Vanessa, jamás participaría en un asunto como este.

—Eso me gustaría oírsele a ella. Si sabe dónde está, será mejor que me lo diga.

—¿Y qué planea hacer si la encuentra?

—No voy a preguntárselo otra vez, Twyla. Si sabe dónde está, debería decírmelo.

Twyla señaló hacia el sillón.

—¿Le importa si me siento? Estas rodillas me están matando.

—Haga lo que quiera, pero dígame dónde está.

—Clayton, se lo ruego, siéntese un momento conmigo. Escúcheme y luego le diré lo que quiera.

Clayton miró fijamente a la anciana, tratando de hacerse una idea de quién era aquella mujer. Lo trataba como si lo conociera de toda la vida, estaba claro de dónde había sacado Vanessa esa confianza. También eran las dos igual de insondables.

—Adelante —le dijo—. Pero procure darse prisa, porque se me está agotando la paciencia. Además, si descubro que tuvo algo que ver con lo que ha ocurrido esta noche, retomaremos esta conversación muy pronto.

—Naturalmente. —La anciana tomó asiento con cuidado y se colocó la cánula del respirador bajo la nariz. Cuando terminó de acomodarse, siguió callada un buen rato, respirando oxígeno a través del tubo. Clayton tampoco habló y la dejó hacer—. Nunca imaginé que terminaría así, convertida en una vieja que ni siquiera puede ir hasta el buzón de casa sin asfixiarse. Quería una vida mejor para mí y para mis hijos... Pero ya ve dónde he terminado. Ahora, a lo único que aspiro es a pasar los días que me quedan de la mejor manera posible.

Jadeaba y entrecortaba las frases. Tenía la cara ajada y marcada por la edad, el estrés y el tabaco, pero su mirada le dijo a Clayton que debía de haber tenido una belleza que perdió de la misma manera que el carbón se arranca de la tierra, dejando atrás una costra hueca y reseca en la

que no vuelve a crecer nada. Al pensar que eso podría estar sucediéndole a Kate en aquella fría habitación unas plantas más arriba, volvió a sentir el mazazo más fuerte todavía y decidió cortar el sermón por lo sano.

—Puede saltarse esa parte, Twyla. No la conozco y no me interesa su vida.

—Tenemos mucho en común, ¿sabe? —respondió ella, acercándose más al *sheriff*—. Podríamos pasar horas hablando de gente de por aquí.

—Vale, se acabó. —Clayton se agarró al respaldo del asiento para levantarse.

—Conocí a su padre.

Clayton se detuvo y la fulminó con la mirada. La mujer miró alrededor, como si le preocupara que la oyera alguien, aunque sabía que estaban solos. Además, en realidad tampoco le importaba. Hacía tiempo que no le importaban los secretos.

—Yo lo maté.

—¿Qué?

—Bueno, no exactamente. Envié a mi marido Joseph y a su hijo Daniel a que quemaran el establo de su padre. Se me ocurrió que, si destruía toda la maquinaria, sus hermanos no llegarían a entrar en el negocio, pero lo único que conseguí fue matar a su padre. Daniel no era más que un crío y creo que esa noche también lo marcó para siempre. Nunca volvió a ser el mismo. Incluso puede que mi Joseph terminara con cáncer por los vapores que inhaló en aquel incendio. Creo que también lo maté a él.

Twyla hablaba despreocupada, como si no acabara de confesar que había asesinado al padre de Clayton. Él se sentía tan desconcertado que se quitó el sombrero y se sentó a escuchar el relato, como si el asesinato que acababa de confesar la anciana no fuera el de su padre.

—Casi todas las personas que he querido alguna vez han muerto, y yo soy la culpable. —Twyla lo miró a los ojos, con una mirada franca e intensa que le hizo sentir incómodo—. No espero perdón ni que entienda cuánto lo siento.

Clayton no respondió. Se dio cuenta de pronto de lo loca que debía de estar esa mujer. Todo el mundo sabía que su padre había muerto en un incendio y cualquiera podía atribuírselo, pero estaba tan pasmado por lo que oía que decidió seguir escuchando. A Twyla no se le escapó y respiró hondo:

—Imagino que estará desconcertado, *sheriff*. No sé cómo se siente al escuchar esto ni si me cree, pero no importa. No me ha traído aquí el pasado. Casi toda la vida me he arrastrado por miedo a ese pasado, el terror era el imperio de su padre y de su hermano y ya no quiero seguir sometida... Vea cómo he terminado. Mírenos a los dos. Su esposa está en el hospital y mi marido, muerto, igual que mi nieto. Y yo tengo que vivir para verlo. No puedo seguir así. Me gustaría pasar el tiempo que me queda sin miedo a morir ni a que mueran más personas. Por eso he venido. Me he dado cuenta de que la maldición que ha perseguido a mi familia debe de tener algo que ver conmigo. Antes creía que yo los protegía, pero en realidad era yo quien la alimentaba. Les fallé. Les he fallado a todos... menos a una, y estoy aquí para intentar salvarle la vida.

Otro jadeo.

—¿Ha terminado? —Estaba harto de escuchar aquel cuento, así que se incorporó y se puso el sombrero—. Dígame dónde está Vanessa.

—Se parece usted tanto a él, a su padre...

—Déjelo ya, señora. Dígame dónde está.

—Ya le he dicho que no lo sé.

—Entonces, ¿esto ha sido para entretenerme? ¿Me ha hecho oír esta sarta de gilipolleces para conseguirle tiempo? Después de lo que ha hecho, la encontraría aunque se escondiera en el rincón más olvidado de la tierra.

—Clayton, por favor, deje de hablar así. Usted no es como los demás. Y Vanessa, tampoco. Se equivoca con ella. Conozco bien la rabia que siente ahora mismo, pero no lo haga. No sea como el resto.

Clayton se contuvo para no agarrar a la mujer por la manta en la que estaba envuelta y tirarla de la silla.

—¿Dónde está? Última oportunidad.

Twyla aspiró tanto oxígeno como le permitieron los pulmones y extendió el brazo para recoger el bolso del suelo. Sacó un pedacito de papel y se lo entregó a Clayton. Al abrirlo, vio una dirección apuntada.

—¿Es aquí adonde se dirige?

—No, pero ahí encontrará lo que necesita para acabar con esto.

Clayton examinó el papel antes de mirar a la anciana. Se dio cuenta de que no iba a decir nada más, así que salió de la sala sin despedirse. En cuanto se cerró la puerta, Twyla Viner recogió sus cosas. Tardó unos minutos en pasar el carrito donde llevaba la bombona de oxígeno por el umbral y, cuando lo consiguió, lo arrastró lentamente hasta el mostrador de recepción. Frente a un ordenador, vio a un hombre negro, de aspecto amigable y con uniforme gris de vigilante de seguridad.

—¿Puedo ayudarla, señora?

—Verá... —dijo, mientras trataba de leer la placa con su nombre—. Jim, ¿podría hacerme un favor?

Jim se puso de pie.

—Por supuesto, señora, ¿de qué se trata?

—¿Le puede entregar esto a un paciente? —Twyla dejó sobre el mostrador la manta de lana azul marino que había estado tejiendo.

—Claro. ¿Cómo se llama?

—Burroughs. Eben Burroughs.

26

MOTEL RED LAND WASHINGTON (GEORGIA)

Tate Viner deslizó la tarjeta magnética por la ranura y, desde la puerta, lanzó la bolsa de viaje a la silla que había junto a la cama. Le dio al interruptor de la pared, pero no se encendieron las luces; siguió insistiendo unas cuantas veces y al final se dio por vencido.

—Mierda, tampoco funciona. Menudo antro.

Llevaba un par de días en esa habitación y estaba hecha un desastre, pero no iba a moverse hasta que no supiera algo del Carroza. No tenía ninguna gana de explicarle a Twyla cómo la habían liado en el norte de Georgia. A esas alturas, ya habría tenido que llamar, pero no daba señales de vida. Estaba harto de sus gilipolleces... Lo más seguro era que estuviera colocándose con Donnie. Visto así, quizá no estaría mal hablar con Twyla, tal vez la convenciera de que no podía pasarle el negocio a ese loco, que él se lo merecía más. Tate entró al baño y accionó el interruptor. Ahí las luces sí funcionaban y aprovechó para lavarse la cara. Después, se duchó y salió con la toalla atada a la cintura sin molestarse en probar el interruptor principal. La ginebra que acababa de comprar estaba en la bolsa y, dejándose caer con ella en la cama, se estiró para alcanzar la lamparilla de noche y llenar por fin la pequeña habitación de una luz tenue y anaranjada.

—Hola, Tate.

Se sentó como un resorte y tan rápido que tiró la botella al suelo. Instintivamente, se colocó bien la toalla, se recostó en el cabecero de la cama y echó mano a la bolsa.

—Ahí dentro no hay nada que pueda servirte, Tate. He cogido el cuchillo mientras estabas en la ducha. —Clayton se había sentado en el sofá y abrió el abrigo para que lo viera guardado en el bolsillo interior. También le dejó ver el brillo plateado del Colt unos centímetros más abajo—. La verdad es que me gusta, creo que voy a quedármelo.

Tate miró de un lado para otro, examinando frenéticamente toda la habitación.

—Sí, me ha sorprendido que no tuvieras más armas escondidas por aquí, ahora te das cuenta tú también, ¿verdad? Aunque, pensándolo bien, no es tan raro... —Clayton enseñó la vara de nogal ligeramente chamuscada que tenía sobre las piernas—. A ti te va meterte con bebés que están en la cuna, así que no las necesitas, ¿no?

—Señor Burroughs, un momento, sé lo que estará pensando, pero se equivoca. Lo juro.

Clayton cruzó las piernas y deslizó una mano arriba y abajo por el bastón.

—Con todo lo que se quemó en el incendio, ¿no te parece increíble que se salvara este bastón precisamente?

—Señor Burroughs, escuche, por favor...

—La madera de nogal es dura de roer.

—Por favor, señor.

—De acuerdo, Tate. Tienes un minuto: dime, ¿en qué me equivoco? ¿Vas a decir que lo de golpearme con este palo en la cabeza y prender fuego a la casa no es lo que parece? ¿Que no he entendido bien lo que querías decir cuando nos dejaste a mi hijo y a mí en la casa, secuestraste a mi mujer y se la llevaste a esos salvajes? Claro, disculpa, soy todo oídos. —Tate se deslizó hasta el borde de la cama, pero Clayton acercó una mano al revólver—. Me lo puedes contar desde donde estás.

Tate extendió los brazos.

—Bien, bien. Vamos a tranquilizarnos los dos. No voy a negar lo que hice, pero, si están a salvo, también es gracias a mí.

—Caramba, no me digas.

—Estoy diciendo la verdad. El Carroza me dijo que los matara a todos, que prendiera fuego a la casa y me quedara allí hasta que los viera muertos. Él fue quien lo ordenó y yo le di una oportunidad para luchar por su vida.

—¿Es eso cierto?

—Sí, yo encendí el fuego, pero le di tiempo para escapar. Jamás le habría hecho daño al bebé. Twyla nos lo advirtió... y yo tampoco quería. Fue cosa del Carroza. Debería ir a por él.

—Ya está muerto. —Clayton le dio tiempo para digerirlo antes de continuar—: Y Donnie también. Kate los mató al poco de que la abandonaras con ellos.

Tate avanzó lentamente hacia él sin bajar de la cama ni soltar la toalla.

—Entonces, ya tiene su venganza. ¿De qué le serviría matarme a mí? Solo he intentado ayudar a la familia, pero sin matar a nadie. Siempre he tratado de hacer lo correcto.

Clayton lo miró con unos ojos tan grises como fríos.

—¿A ti te parece que abandonar a mi mujer con tus parientes para que la violaran y torturasen fue lo correcto?

—Señor Burroughs, por favor... Traté de evitarlo. Se lo aseguro.

—Bueno, no le des más vueltas. Kate consiguió detenerlos. Los abrió en canal con un cuchillo de limpiar pescado y luego echamos los cadáveres a un agujero perdido. Fue un auténtico placer. Ahora solo queda un cabo suelto. —Clayton colocó bien una esquina de la moqueta con la punta del bastón.

—Después de desobedecer las órdenes y apiadarme de usted, ¿va a matarme y a dejarme tirado en un hoyo?

Clayton se levantó.

—No, Tate, no he venido a matarte, sino a decirte que tus primos están muertos. Además, también te gustará saber quién me ha dicho dónde estabas... Te ha vendido tu familia.

Tate se acercó un poco más, pero Clayton siguió mirándolo sin inmutarse.

—Seguro que ha sido la zorra de Bessie May.

—Qué va. No he visto a Vanessa todavía. Fue Twyla. Me lo dejó todo bien apuntado. Primero acompañó a Kate al hospital y luego estuvo encantada de decirme dónde podía

encontrarte. Vaya, creo que no eras su favorito, después de todo...

Clayton cruzó la habitación y se puso el sombrero. Al llegar a la puerta, dio media vuelta agarrando el pomo. Tate se había levantado de la cama.

—¿Sabes qué? —preguntó Clayton—. No quiero darte la impresión de que no te he escuchado... Has dicho que te apiadaste de mí, ¿verdad? Fantástico; entonces, habrá que devolver un favor con otro. —Abrió el abrigo y sacó el cuchillo que había cogido de la bolsa—. Aquí tienes tu oportunidad para luchar por tu vida. —Lanzó la navaja al suelo—. Adiós, Tate. Que tengas suerte.

—No lo entiendo.

—Lo sé, pero no te preocupes, enseguida te quedará claro.

Clayton abrió la puerta y salió a la oscuridad de fuera, pero, antes de que se cerrara, McKenna el Zarpas asomó la cabeza y entró en la habitación.

—Sé que fuiste tú.

—Pero ¿qué cojones?

Tate trató de abalanzarse a por el cuchillo, pero el Zarpas lo lanzó de un puntapié bajo la cama y lo agarró a él por el cuello. Apretó y cerró el brazo con todas sus fuerzas tirando del puño con la mano deforme. Aunque era un hombre musculoso de casi dos metros, el Zarpas no tuvo problemas para levantarlo medio palmo del suelo y seguir apretando. Tiró del antebrazo hasta que se le hincharon las venas y los ojos de Tate se volvieron rojos y empezaron a estallar capilares. Desencajado, Tate trataba de meter los dedos entre su cuello y el brazo del otro, pero no había forma y la cara se le inflaba y se le volvía del color de una berenjena. Agitó las piernas y tiró la lámpara de la mesita, pero el Zarpas no aflojó ni cedió un milímetro. Tate consiguió impulsarse contra el borde de la cama, pero solo sirvió para que su rival acabara contra la pared y lo apretara más fuerte todavía.

—Sé que lo hiciste tú —repitió.

Tate gorjeó y empezó a golpear el brazo del Zarpas para que se apiadara... para que lo dejara respirar una sola vez y poder explicarse. Pero no tuvo piedad. Al rato, Tate dejó de moverse, pero el Zarpas no lo bajó al suelo, lo mantuvo en alto e inerte. No lo dejó caer hasta que no terminaron las sacudidas.

—Era mi amigo.

El Zarpas metió la mano en el bolsillo y sacó una fotografía. Desde que conoció a Freddy Tuten, siempre la había visto en el bar, junto a la caja fuerte. Se la había hecho con su hermano Jacob cuando estaban en Corea y era lo único que le importaba a Freddy en el mundo. Una noche, se quedaron los dos solos en La Cloaca y se lo contó; también le dijo que no se lo había dicho a nadie más. Esa noche y por primera vez en mucho tiempo, el Zarpas se sintió humano y aquel recuerdo lo era todo para él. Dejó la fotografía sobre el cadáver de Tate y la miró, recordando aquella conversación y al único amigo que había tenido. El amigo que habían asesinado y descuartizado sin motivo. El Zarpas siguió diez minutos en trance, con la mirada perdida en la fotografía y el cadáver de Tate. Después, se bajó la bragueta con la mano buena y meó encima.

Clayton condujo hacia el norte durante dos horas sin detenerse. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, no le reconfortaba estar solo, lo que quería era estar con su familia. Acarició el

bastón de nogal que aguardaba sobre el asiento del acompañante del Bronco. Prácticamente no se había separado de él en los últimos días. Durante más de un año, el orgullo le había impedido usarlo, pero ya no quería seguir plegándose a una arrogancia que al final siempre le había fallado o acababa matando a alguien. Se terminó. Era el momento de ser el hombre que quería ser y no el que se esperaba que fuera. Y ese hombre debía estar en el hospital McFalls Memorial al lado de su mujer y su hijo. Antes, sin embargo, todavía quedaba un asunto por resolver. Habló por teléfono con Mike el Costras y, cuando llegó a McFalls County, estaba todo arreglado.

ESTANQUE DE BURNT HICKORY

Cuando el sol empezó a asomar por la otra orilla, Clayton esperaba ya junto a las lápidas que marcaban el lugar de descanso de su padre y sus dos hermanos. Era el pequeño y el único superviviente del clan Burroughs, y aquel lugar le hacía vivir sentimientos enfrentados. El estanque era el campo de batalla de sus fantasmas particulares: los de la infancia —él y sus hermanos balanceándose sobre las aguas de color esmeralda en una rueda de tractor colgada de una cuerda— y los de los últimos años —los hombres que llegaron a ser aquellos niños—. Los fantasmas del pasado y del presente estaban en un combate perpetuo que lo había tenido paralizado entre la vergüenza y la culpa.

Pero ese día terminaría todo.

Aquellas aguas también eran un enigma, aunque durante mucho tiempo no había querido prestarle demasiada atención. Hasta ahora. Al fin entendía por qué Halford enterró a su padre en ese lugar. Mientras la camioneta de Mike entraba en el claro, se dirigió a la parte trasera del Bronco, abrió el portón, sacó dos palas y las dejó apoyadas contra la camioneta. Después, cogió un cigarrillo y lo tuvo un rato entre los dedos sin encenderlo hasta que lo guardó otra vez en la cajetilla y lanzó esta al asiento de la camioneta. También iba a dejar aquella basura. Mike apagó el motor y bajó del coche.

—Bueno, aquí me tienes. ¿Por fin vas a contarme para qué me has hecho venir? Creí que íbamos a cerrar este asunto en la finca.

—Así es, pero antes quiero enseñarte una cosa. —Cogió una pala y se la lanzó a Mike; la otra se la quedó él—. Vamos.

La brisa de la mañana dibujaba ondas diminutas en el estanque y los árboles comenzaban a encenderse con la luz del sol. Clayton se detuvo sobre la hierba que cubría la tumba de su padre.

—Un momento, Clayton, ¿qué haces? —Mike se detuvo antes de pisar la hierba—. No irás a desenterrar a alguien, ¿verdad?

—A alguien, no. Algo. —Mike no se movió—. ¿Qué pasa, Mike? No me vas a decir que te asusta hacer un agujero, ¿no? Has cavado más hoyos que nadie que conozca...

—No entiendo nada, Clayton. Dime qué pasa.

Clayton leyó el nombre de su padre en voz alta, vuelto hacia los árboles.

—No te preocupes, Mike. No está aquí.

—¿Por qué lo dices?

—Simplemente lo sé.

—Bueno, tengas el motivo que tengas para hacer esto, quizá no sea buena idea que te eche una mano.

Clayton dejó el sombrero sobre la losa de granito.

—¿Y eso por qué?

—Porque tú eres su hijo y puedes hacer lo que quieras con la tumba, pero yo no soy de la familia y no quiero convertirme en el tipo que desenterró y profanó los restos mortales de Gareth Burroughs. Algo así podría costarme la cabeza aquí.

Clayton hundió la pala en la tierra con una sonrisa.

—Y ese es el motivo por el que sé que no hay huesos dentro del ataúd.

—¿De qué motivo hablas?

—Del miedo.

—No te sigo.

—Claro que sí, Mike. Tenías razón. Halford no estaba loco, no hizo más que seguir el ejemplo de nuestro padre. Desde el primer momento, supo que esta montaña era un castillo de naipes construido sobre el miedo. No hay cimientos más firmes que esos. No te digo nada que no sepas ya. El miedo es la moneda de la que se han servido los reyes de este lugar y, si no querían que nada ni nadie los molestara, solamente tenían que acumularlo en cantidad suficiente y luego abrir las compuertas para hacerlo correr. Mi padre era un maestro, pero Halford lo superó con creces. Si convences a todos para que te teman, el miedo comienza a confundirse con el respeto. Así, los engranajes de la maquinaria Burroughs estuvieron engrasados y en funcionamiento durante décadas; los de por aquí decían que querían seguirlos, que sabían ejercer el mando, pero en realidad, solo estaban asustados. Después, para convertirse en leyenda únicamente necesitaron que pasara el tiempo y que se reescribieran suficientes historias.

Mike se secó las primeras gotas de sudor del día.

—No lo sé, Clayton. Yo no estuve al lado de tu hermano porque le tuviera miedo. Lo hice porque lo quería.

Clayton arrojó una palada de tierra y hierba a un lado del hoyo.

—¿Recuerdas la vez que Hal pensó que te gustaba Michelle Wallen? Te agarró del cuello y te llevó hasta Pumpkin Center amenazando con tirarte cantera abajo, ¿no es verdad? ¿Cuántos metros tendría aquella caída? ¿Veinticinco? —Mike no lo sabía o no quiso decirlo. Se quedó inmóvil sin soltar la pala. Clayton se apartó el pelo de la cara—. ¿Ves a lo que me refiero al decir que el tiempo cambia las cosas? Si aquel día le hubieras dicho la verdad, te habría dejado caer a la vista de todos.

Mike pensó un momento en lo que acababa de oír.

—Un momento, ¿cómo sabes lo que sucedió entre Michelle y yo?

Clayton dibujó una sonrisa.

—Siempre quise ser detective, Mike, ¿lo recuerdas? —Hundió la pala otra vez en el suelo—. Es lógico que Hal utilizara ese mismo temor para que nadie se acercara al dinero. Si fueras a buscar un tesoro enterrado, ¿en qué sitio no excavarías nunca para no desatar la ira de toda la montaña?

Mike asintió. Comenzaba a comprender.

—En la tumba de Gareth Burroughs.

—Exactamente, porque, por algo así, terminarías muerto.

—Eres listo... Y, lo quieras reconocer o no, se lo debes al hombre que está aquí enterrado.

—Ya te lo he dicho, Mike. Aquí no hay nadie. El cuerpo de mi padre está en Cooper's Field, como debe ser. Aunque solo Halford sabía dónde y ya no nos lo puede decir. Su última jugarreta.

Lanzó otra palada de tierra.

—Eso sí me encaja. —Mike se aproximó y empezó a cavar.

—¿Quieres saber algo más? —le preguntó Clayton.

—¿El qué?

—Yo también creo que Hal quería que lo encontrara yo.

Mike se echó a reír. Clayton le estaba pidiendo demasiadas pruebas de fe.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te hace pensar eso?

Clayton miró la lápida de Halford, justo a la izquierda de la de su padre, y habló sin apartar la vista de la piedra.

—Nunca entendí que lo enterrara aquí y creo que contaba con eso. También sabía que no iba a descansar hasta encontrarle un sentido. Creo que estaba convencido de que lo averiguaría en algún momento. Al fin y al cabo, soy hijo de mi padre, como tú has dicho.

Mike lo pensó un momento y, acto seguido, levantó la pala. Siguieron cavando un buen rato hasta que dieron con algo sólido. Mike notó un golpe tan fuerte contra la madera que el mango se sacudió. Fue un ruido sordo y apagado, no hueco como el que haría un ataúd. Empezó a apartar tierra hasta dejar al descubierto una plancha de madera contrachapada.

—¿Estás preparado? —dijo Clayton.

Mike asintió y se arrodillaron los dos. Después de limpiar el borde de la caja, Clayton levantó una esquina de la tapa y Mike hizo palanca con la pala, aunque con la madera podrida no les hizo falta mucha fuerza para romperla. La esquina cedió. Mike dejó la pala a un lado, se acuclilló y ayudó a Clayton a seguir apartando tierra. No olía a muerte ni a carne podrida. Al tirar de ella, la madera se despedazó entre los dedos. Dentro, el dinero estaba atado con cintas y envuelto en celofán. Mike metió la mano y sacó un fardo con billetes de todos los valores.

—¡Hay que joderse!

CIMA DE LOS BURROUGHS

Clayton estaba sentado en el porche de la casa de su padre, contemplando el paraje donde se crio y cubierto todavía de la tierra que había sacado de la fosa junto al estanque. Aquello no se parecía en nada a la casa donde había vivido. Ahora era más una fortaleza que un hogar y, aun así, no podía evitar sentirse otra vez como un niño, sentado al sol y deseando ser su hermano mayor, aun sabiendo que nunca lo sería. Le resultaba extraño ver aquel lugar tan vacío y tranquilo, y lo invadió una nostalgia que no sabía que seguía teniendo: el deseo de pertenecer a algo que nunca fue suyo. Ahí estaba la losa de cemento del antiguo establo donde murió su padre y pensó en la historia de Twyla Viner. Tenía sentido. Desde luego, más que pensar que Gareth desencadenó el incendio, como contaba Halford. Su hermano se había dedicado a reparar allí coches de desguace para sus carreras ilegales, así que el suelo estaba repleto de manchas de aceite y barro seco, aunque a Clayton le parecía distinguir todavía en el cemento las marcas carbonizadas en el punto exacto en el que se abrasó su padre hacía más de diez años... Sabía que serían imaginaciones suyas, pero le sobrecogía igual. Echaba de menos a su padre, por cruel y despreciable que fuera. Y, a pesar de que aquello se había convertido en «la finca Burroughs», para él continuaba siendo su casa. Sacó el teléfono y marcó el número del hospital.

—Habitación 1108, por favor.

—Un momento.

Clayton escuchó unos pitidos, hasta que respondió Charmaine Squire.

—¿Clayton?

—Hola, Charmaine, ¿cómo está Kate?

Charmaine hablaba en poco más que un susurro, pero a Clayton no se le escapó la emoción.

—Ha despertado, Clayton. Está destrozada, pero ha vuelto en sí.

El *sheriff* se levantó y agarró el bastón.

—¿Puede hablar?

—Los médicos han dicho que no le conviene, pero no ha parado de preguntar por usted desde que ha abierto los ojos. Debería venir enseguida... Un momento.

Clayton escuchó voces apagadas. Charmaine debía de tener el teléfono apoyado contra el pecho.

—Clayton, ¿sigue ahí?

—Claro.

—El médico ha dicho que no se alarguen.

Esperó.

—¿Clayton? —La voz de Kate sonó seca y ronca, pero para Clayton fue como escuchar un coro de ángeles.

—Soy yo, pequeña. Estoy aquí.

—¿Dónde?

—Tengo que ocuparme de un par de asuntos en casa de mi padre, pero enseguida voy.

—No tardes mucho.

—Te lo prometo.

—Vale.

—¿Kate? ¿Me escuchas? Te quiero.

—Se lo diré, Clayton. —Era Charmaine—. Apenas se mantiene consciente, pero seguro que vuelve a despertar cuando esté usted aquí. ¿Cuánto cree que tardará?

Clayton se sentó en los peldaños, ya venía el coche.

—No mucho.

El BMW cruzó el portón automático, atravesó el patio y aparcó justo delante del porche. Clayton observó a Vanessa apagar el motor, revisar el maquillaje en el retrovisor y guardar las gafas de sol en un estuche. Al rato y sin ninguna prisa, abrió la puerta y bajó del coche. Era más alta de lo que recordaba y, esa vez, lucía el pelo de color azabache, en lugar de la peluca rubio platino que llevaba en el Lucky's. Ahora se daba cuenta. Con el pelo oscuro y el sol iluminándole la cara, parecía otra. Le resultaba más familiar. No sabía cómo ni dónde habría podido verla... Aunque de eso tendría que ocuparse en otro momento, porque, en ese, le ardía tanto la sangre que no era capaz de hacerse nuevas preguntas.

—Clayton —le dijo ella, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Vanessa.

—¿He llegado pronto?

—No.

—Ajá... —Vanessa miró alrededor y subió las manos—. ¿Los demás han venido a pie? No hay ninguna moto, ¿está Leek en la casa?

Clayton se rascó la barba.

—No.

Se le borró la sonrisa.

—¿No será uno de sus juegos, *sheriff*?

Clayton entrecerró los ojos y dejó escapar una leve sonrisa.

—No.

Vanessa se llevó las manos a las caderas.

—Pensé que íbamos a hablar de nuestra colaboración.

—¿Eso dijo Mike? —Clayton se quitó el sombrero y se rascó la cabeza, haciéndose el sorprendido.

—Sí, eso dijo. —Vanessa empezaba a perder la paciencia.

—En ese caso, está claro que ha habido un problema de comunicación. A estas alturas, Bracken ya estará de vuelta en Florida.

—¿Qué narices pasa, Clayton?

—Verás... —Clayton se tomó su tiempo para incorporarse—. Mi familia ha tenido unos ingresillos extra que bastarán para mantener todo esto unido sin tener que convertirlo en una autopista de opiáceos, como queríais los moteros y tú.

Vanessa lo miró con los ojos como platos.

—¿De verdad?

—Sí. La verdad, no sé si habrá merecido la pena lo que ha pasado, las muertes, el ataque a mi familia, prender fuego a la casa... —El tono de Clayton se endureció y perdió cualquier sombra de cordialidad.

—No sé a dónde quieres llegar. Me marchó.

Vanessa bajó los brazos y agarró la puerta del BMW. Mientras, Clayton desenfundó el Colt, aunque no llegó a apuntarle.

—No des ni un paso y aparta del coche.

Vanessa siguió hacia el BMW, sin abrir la puerta y barajando opciones. Luego, hizo exactamente lo que Clayton había imaginado: se giró y lo miró de frente.

—Venga, *sheriff*, ¿no confías en mí? —Casi mecánicamente, se desabotonó la chaqueta y ladeó la cadera, dejando que la tela cayera por detrás—. Ya te lo he dicho, no he tenido nada que ver. Fue cosa de mi hermano y sus hombres. Yo solo he venido a hacer negocios.

Entonces, Clayton le apuntó con el revólver. Sostenía el arma con más firmeza que nunca, sin rastro del temblor incontenible de hacía tan solo unos días.

—Ponte de rodillas, Vanessa. —Bajó los peldaños de ladrillo y avanzó hacia ella.

—Esto es una broma, ¿no? —Parecía más decepcionada que asustada.

—¿Un calibre .45 te parece un chiste?

—¿Y qué vas a hacer? ¿Me vas a matar? ¿Vas a disparar a la persona que puede convertirte en el hombre más rico del estado?

—Ya te he dicho que no nos hace falta más dinero. He encontrado el alijo de mi hermano y resulta que Bracken es un hombre de palabra. En cuanto le dije que no quería participar en el negocio, desapareció. Eso sí, me dejó saludos para ti. —Le dio un tiempo para asimilar aquellas palabras. Quería que Vanessa supiera lo que iba a pasar. Quería que supiera que estaba sola. Aunque, si se daba cuenta, no lo demostraba. Parecía tan llena de confianza como cuando llegó, así que Clayton decidió decirlo con palabras—: Imagino que sabes lo que eso significa... Solo te he hecho venir por una razón.

Clayton bajó el percutor.

—Estás cometiendo un error. —Vanessa seguía en pie.

Tampoco el arma bajó un solo milímetro. Clayton dio un paso más hacia ella.

—Ponte de rodillas.

—No lo voy a hacer. —Entonces, como si estuviera hablando con alguien escondido a su espalda, añadió muy despacio—: Adelante, Chon.

Clayton avanzó de nuevo. No necesitaba más pruebas y sacudió la cabeza. Ahora, el decepcionado era él.

Vanessa alzó la voz:

—Chon, he dicho que te encargues de él. Las cosas se han torcido. Mávalo.

Siguió sin suceder nada y, por fin, la arrogancia dio paso al miedo con el que contaba

Clayton.

—Te puedes quitar el auricular, Vanessa. No hay nadie al otro lado.

El traqueteo de un viejo motor Ford llenó el aire. La camioneta de Mike el Costras subía por el camino de tierra rumbo a la finca. Vanessa no se giró ni apartó la vista de Clayton, con una mirada más desesperada a cada segundo. Mike atravesó el portón y apagó el motor. Estirándose sobre el asiento del acompañante, abrió la puerta y dejó caer de una patada el cuerpo sin vida de Chon. Esa vez, Vanessa sí se volvió a mirar. No se veía más que un agujero de bala sobre el ojo izquierdo, sin una gota de sangre.

Clayton levantó la mano que tenía libre y miró a Mike, sorprendido.

—¿Qué pasa? No fue a propósito —dijo Mike, mientras rodeaba la camioneta—. Ha sido imposible lograr que cooperase.

Vanessa se giró hacia Clayton, con llamaradas de hielo azul en los ojos. Con ese, iban tres cambios de actitud. Ahora, tenía ganas de pelea y, por un momento, Clayton tuvo incluso la impresión de que iba a abalanzarse sobre él.

«Ahí está —pensó Clayton—. Por fin conozco a la verdadera Vanessa».

—No hacía falta matarlo, no os había hecho nada.

—Por favor... —dijo Mike—. Si no me lo cargo yo antes, este hijo de puta nos habría matado sin pestañear.

Vanessa se dirigió a Clayton.

—Eres el *sheriff*, Clayton, no un asesino. No tienes que hacer esto.

Clayton se miró la camisa, desabrochó la estrella de plata del bolsillo izquierdo y la tiró al suelo.

—Ya no —respondió—. Desde este mismo momento, no soy el *sheriff*. —Dio un último paso hacia delante y le colocó el cañón del Colt a unos centímetros de la cara—. Ahora ponte de rodillas o te las vuelvo de un tiro.

A Vanessa empezaron a temblarle las manos, pero se mantuvo firme y sin apartar la mirada de los ojos de Clayton, buscando una rendija... un asomo de piedad. No encontró nada. Tras pasar unos segundos en silencio, Mike también desenfundó el arma y la cargó. En ese instante, Vanessa desapareció y cedió el puesto a Bessie May Viner. Parecía fría y despiadada, y no mostraba ningún temor. Aun así, obedeció y se puso de rodillas.

—Vamos, cateto. Haz lo que quieras, pero no creas que voy a suplicar.

Clayton se acercó más y vio que el sudor de la frente le borraba el maquillaje. Vanessa lo miró directamente a los ojos.

—Ya le dije a mi madre que eras como los demás.

—Tenías razón y el único motivo por el que sigue respirando es por lo que hizo por Kate. Sé que nos la has jugado, Vanessa. Diste vía libre a tu hermano y luego te presentaste como la salvadora. No lo planeaste, es cierto, pero tampoco hiciste nada por evitarlo. Tu madre trató a la desesperada de arreglar lo que habías fastidiado... Por eso te he dado tanto tiempo, quería ver hasta qué punto estabas convencida de haberme engañado. Al principio, lo hiciste. La verdad es que a mi padre le habrías encantado.

Vanessa ladeó la cabeza y miró hacia el cañón del revólver.

—Conociste a mi madre, ¿verdad?

—Sí. Me suplicó que te salvara la vida. Dime, ¿por qué iba a hacerlo, si no estuviera

convencida de que eres culpable?

Vanessa no bajó la mirada.

—Quiero preguntarte una cosa, detective. Después de pasar un tiempo con mi madre, ¿de verdad crees que pudo conducir toda la tarde por caminos y carreteras secundarias buscando a Kate y luego meterla inconsciente en el coche? Apenas puede levantarse de la silla... ¿No se te ha ocurrido que necesitaría ayuda?

Clavó la mirada en el cadáver de Chon, mientras Mike lo arrastraba por el suelo de gravilla y lo metía en el maletero del BMW. Entonces, se giró hacia Clayton y esperó a que le disparase. Cuando Mike cerró el portón, se estremeció, pero Clayton enfundó el arma.

—Vete a casa, Vanessa. —Ella lo miró a la cara, con alivio y rencor a partes iguales—. Se acabó, vuelve a casa.

Vanessa no perdió tiempo en ponerse en pie.

—¿Sin más?

—Sí, sin más.

—¿Y no tengo que preocuparme por ese de ahí? —Señaló a Mike—. ¿O por el engendro que asesinó a Tate?

—No, pero quiero que te largues de mi condado y que no regreses. Si lo haces, no volverás a salir de aquí con vida. ¿Está claro?

No hizo falta repetirlo. Subió al coche a toda prisa y arrancó el motor antes incluso de cerrar la puerta. Mike se puso al lado de Clayton y juntos la vieron salir del patio. En cuestión de segundos, había desaparecido, sin dejar atrás nada más que una polvareda. Mike guardó la pistola en el pantalón y sacó el transmisor.

—Avisaré al Zarpas de que va para allá.

—No.

Mike lo miró confundido. Ese era el plan: el Zarpas iba a encargarse de ella en cuanto dejara la cresta meridional de la montaña para no implicar a Clayton.

—¿Qué quieres decir?

—Deja que se marche.

Mike guardó la radio.

—¿Estás seguro, Clayton?

—Completamente.

—¿Con todo lo que ha hecho?

—Sí.

—No vaciló un segundo en ordenar que te mataran.

—Lo sé, pero yo no soy como ella. Tenía razón, no soy un asesino. —Clayton regresó al porche y recogió el bastón—. ¿Qué has hecho con la pistola con la que lo has matado?

—También va en el maletero.

—¿Está limpia?

—En todo caso, llevará hasta ese tipo. Era suya.

Clayton dejó escapar una risa mientras se sentaba en los peldaños de la entrada.

—¿Qué pasa? —preguntó Mike.

—Nada, no te preocupes. Dame un minuto. —Dejó el revólver a su lado y sacó el teléfono.

Marcó un número y descolgaron con el primer tono.

—Agente especial Finnegan.

—Hola, Charles.

—¿Qué tal, paleta? Es la segunda vez que hablamos en lo que va de semana, me siento como si hubiera ganado la lotería. ¿Qué pasa?

—Ahora no tengo mucho tiempo. Solo quería avisarte de que tengo una pista del asesinato de Fannin County.

—Cuéntame.

—Un amigo acaba de ver el coche del que me hablaste cerca de la Cima de los Burroughs.

—¿Qué amigo?

—¿Acaso importa?

—Bueno, supongo que no. ¿Seguro que era el mismo coche?

—Casi al cien por cien.

—¿Hace cuánto?

—Ahora mismo. Solo hay tres salidas de Bull Mountain. Si pones allí a tus hombres, será pan comido. Con eso podrás cerrar el asesinato del *sheriff* Kirby... —Clayton sonrió a Mike—. Y quién sabe si no encontrarás algo más.

—Me encanta cuando te pones así de misterioso, palurdo.

—Bueno, date prisa o se te escapará el tren.

—Ahora mismo.

—Una cosa más, Charles.

Clayton le dio la espalda a Mike, que cogió la indirecta y se apartó un poco.

—Dispara.

—¿Sigue en pie la oferta del otro día? ¿La del trabajo en Atlanta?

—Por supuesto.

—¿Tienes un hueco para hablar la semana que viene?

—Clayton, trabajo para el Departamento. Siempre tengo huecos.

—Entonces, tenemos una cita.

—¿Y qué pasa con tu trabajo? ¿Crees que los respetables ciudadanos de McFalls County podrán arreglárselas sin su intrépido *sheriff*?

Clayton miró hacia el brillo plateado en mitad de la gravilla.

—Bueno, acabo de dimitir, así que no les queda otra.

—Vaya con el paleta. ¿Una cena, entonces?

—Si pagas tú... Te llamaré pronto, ahora tienes que resolver un asesinato.

En cuanto Clayton colgó el teléfono, Mike se sentó a su lado.

—Nunca tuviste intención de matarla, ¿verdad?

—No, Mike, ya te lo dije, no soy un asesino. Además, la vida en prisión es peor destino que la muerte para una mujer como ella.

Mike se incorporó y sacudió la cabeza.

—¿Lo ves?

—¿El qué?

—Halford tenía razón. Eres temible.

Mike montó en el viejo Ford y salió de la cima sin decir nada más, bajo la mirada atenta de Clayton. Cuando perdió de vista la camioneta, fue hasta el Bronco y, con el bastón contra el parachoques, abrió el maletero y echó a un lado la bolsa de viaje propiedad de McFalls County. Allí estaban los fajos de dinero y no tenía intención de quedárselos. Además, aunque quisiera, Kate no iba a permitirlo y ya no iba a tener secretos para ella. Los guardaría hasta que Wallace se recuperase. Clayton estaba en deuda con él y ese dinero le pertenecía. Después de apartar la bolsa, sacó dos bidones de gasolina de veinte litros y los llevó hasta el porche. Tardó unos diez minutos en regar la casa de su infancia por dentro y por fuera. Después, prendió el mechero que había comprado días antes en el Pollard's Corner y el fuego no tardó ni unos segundos en recorrer el reguero de gasolina que salía del aparcamiento. No había nadie en varios kilómetros a la redonda y se había asegurado de que Mike estuviera entretenido con su parte del dinero. Además, la casa estaba apartada de los árboles y no haría falta llamar a los bomberos del condado. Las llamas saltaron al momento a las partes de la estructura que seguían siendo de madera. A Clayton le sorprendió no sentir ningún remordimiento. Se quedó observando el fuego hasta asegurarse de que todo iba a desaparecer y luego lanzó el bastón al asiento de atrás del Bronco y puso rumbo al hospital. Había pasado toda la vida desgarrado, como si tiraran de él en dos direcciones opuestas por saber en quién iba a convertirse, por decidir si iba a estar en lo alto de la montaña o acabar aplastado por ella. Por fin, había elegido: no iba a ser ninguno de esos dos hombres. Al cruzar el portón, ni siquiera miró atrás. Encendió la radio del Bronco y la camioneta se llenó de la voz de Waylon Jennings, mientras la cima de Bull Mountain se consumía entre las llamas.

EPÍLOGO

ÁREA DE DESCANSO T&A HART COUNTY (GEORGIA)

1972

Annette Burroughs contó el dinero que llevaba encima y separó los once dólares que necesitaba para pagar la cuenta. Con eso le quedaban ochenta y nueve dólares con sesenta centavos. Había calculado que el dinero le llegaría para más de dos semanas y que, para entonces, ya estaría fuera del estado. Se había equivocado, aunque al menos había abandonado McFalls County. Se emocionó al pensarlo, nunca antes había salido de las montañas. Sin embargo, como siempre que comenzaba a sentirse bien, recordó a sus hijos y se esfumó la alegría. Tanto que estuvo a punto de romper a llorar. Ya había llorado tres veces desde que estaba en aquel bar de carretera y empezaban a mirarla, aunque también podía ser que la mirasen por su aspecto. No se había duchado desde que un encantador matrimonio le pagara una habitación en el Motel 6. Allí se duchó con unas botellitas diminutas de un jabón que olía a gloria y se sintió más limpia que en años... pero de eso hacía una semana y a esas alturas parecía una jipi andrajosa. Si seguía a ese ritmo, en unos días tendría que hacer autostop con un letrero de cartón. Tenía el pelo tan sucio que lo llevaba recogido en un moño para no asustarse en los espejos de los baños de las gasolineras, el único lugar en el que conseguía asearse un poco.

—¿Me lo llevo? —preguntó la camarera al pasar, señalando la cuenta y el dinero que había sobre la mesa.

—Sí, gracias.

—Enseguida vuelvo con el cambio, cielo.

—No hace falta. Puede quedárselo.

La camarera era una mujer alta y corpulenta, con sombra de ojos azul y labios de color chicle. Dejó una mano sobre el dinero y sonrió a Annette con ternura.

—¿Estás segura, querida? —Se acercó a ella—. No te lo tomes a mal y no creas que quiero meterme donde no me llaman, pero tengo la impresión de que el dinero te vendría mejor a ti. No pasa nada por no dejar propina, no me has dado trabajo.

—Oh, gracias —dijo Annette—. La verdad es que no estoy pasando por una buena época. En algún momento, tomé el camino equivocado.

—Tranquila, cielo. Algunas no lo abandonamos nunca.

—Me gusta su pintalabios, es muy bonito —soltó sin pensar. Echaba mucho de menos maquillarse.

—Gracias, querida. —La camarera sonrió con dulzura—. Enseguida vuelvo.

Cogió la cuenta y el dinero del desayuno y, cuando iba a marcharse, Annette la agarró del brazo y le susurró:

—Me da vergüenza preguntarle esto, pero ¿esas duchas las puede utilizar quien quiera? — Señaló hacia las puertas de los baños.

—No, cielo. Lo siento mucho, pero son para los conductores de larga distancia. Si pillaran a una preciosidad como tú ahí dentro, no sé lo que pasaría.

Annette se sintió avergonzada, como si hubiera tentado demasiado a la suerte.

—Oh, claro. Era curiosidad.

La mujer le regaló otra sonrisa, esa vez insegura y triste, de las que Annette conocía bien, como la que tenía Big Val en el bosque la noche que huyó, cuando aquel hombre desobedeció a su marido y le perdonó la vida. La camarera fue hacia la caja y, minutos después, regresó con la cuenta, un billete de dólar y unas cuantas monedas. Se inclinó hacia Annette y bajó la voz:

—Escucha, querida. Le he dicho a Hector que cerrara las duchas para limpiar y que no entre nadie. Si te das prisa, puedes ir a lavarte, pero no te entretengas. No quiero que Hector entre a husmear y nos metamos en un lío.

—Dios mío, muchas gracias. —Annette empezó a recoger sus cosas atropelladamente.

—Puedes dejarlo todo aquí, si quieres. Yo lo cuido. Coge solo el dinero, por si acaso. Dentro encontrarás jabón y toallas limpias.

—No sé qué decir, señora. Muchas gracias.

—Con eso me basta.

Annette se duchó rápidamente y se vistió con la misma ropa. Cuando salió por detrás del letrero amarillo de la limpieza, algunos clientes la señalaron entre cuchicheos, pero no le importó. Se sentía a gusto. Regresó a la mesa para coger las cosas. Eran pocas: una bolsa de Dollar General con algo de ropa que había ido encontrando, un par de chancas, una manta y la Biblia de Gedeón que se había llevado del motel de Habersham. Al recoger la bolsa de plástico amarillo, vio algo dentro: una barra de carmín de un precioso color rosa chicle. Buscó a la camarera, que le guiñó un ojo mientras ella le daba las gracias sin palabras desde la otra punta del restaurante. Después, recogió la cuenta y la calderilla, y salió del local. Cuando estaba cruzando el aparcamiento, oyó la voz de un hombre:

—¿Adónde vas, preciosa?

Annette se sentía bien por primera vez en varias semanas, así que respondió. Le pareció extraño hablar con un hombre que no fuera su marido sin temor a las consecuencias, pero la sensación fue agradable. Se acercó al Peterbilt de color burdeos donde la esperaba el atractivo rubio de ojos azules que la había llamado.

—Aún no lo tengo claro, señor. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque me encantaría ir a donde quiera que vayas tú.

—¿De verdad?

—No lo dudes.

—¿Y va a portarse bien conmigo?

—No tengo elección. Es lo que me ha enseñado mi madre.

Annette sonrió, y el hombre con ella, mientras señalaba hacia el otro lado de la cabina. Le gustó esa sonrisa, era sincera. En cuanto estuvo dentro, se miró en el enorme espejo retrovisor y sacó el carmín de la bolsa. Se cubrió los labios de rosa chicle y los secó en la cuenta del restaurante. Volvía a sentirse guapa.

—Bueno, ¿cómo te llamas? —El hombre le ofreció la mano y a ella la invadió de pronto la tristeza de siempre. No quería darle su nombre, porque sería como invocar un fantasma. Incluso podría conocer a su esposo y llevarla de vuelta con él... Prefería morir a regresar allí. El camionero seguía esperando con la mano extendida, pero Annette no quería responder. Ya no quería ser Annette. Sintió náuseas y hundió la mirada en la cuenta que aún sujetaba entre las manos, llena de besos de color rosa. La camarera había escrito una nota por detrás.

«Buena suerte, querida. Twyla».

Annette se sintió renacida. Sonrió a su nuevo amigo y le estrechó la mano.

—Soy Twyla. Encantada de conocerle.

—El placer es mío, Twyla. Yo soy Joseph. Joseph Viner. Tengo una idea, ¿qué tal si nos echamos a la carretera y vemos adónde nos lleva el viaje?

AGRADECIMIENTOS

Mi amigo y escritor Jordan Harper escribió en *She rides shotgun*, su extraordinaria ópera prima, que escribir novela es complicado. Estoy de acuerdo, aunque a medias. Escribir, revisar y corregir mi primera novela, *Bull Mountain*, fue puro placer. Creo que escribir ese libro, sin esperar nada del resultado, fue lo más divertido que he hecho nunca. Si creo que Harper tiene una parte de razón es porque yo diría que «escribir la segunda novela sí que es complicado».

Porque así ha sido.

Es muy diferente escribir una historia en solitario y crear, palabra a palabra y página a página, un mundo propio del que quizá nadie llegue a participar, que intentar repetirlo con un mundo que ha visto la luz y que muchos comparten. El peso de las expectativas y del gran número de personas que confían en ti (desde el editor o tus familiares y amigos hasta los lectores a los que debes todo) es lo más parecido a estar metido dentro de una olla a presión. El paso de ser bombero y escritor de relatos a tiempo parcial a convertirme en autor con una novela publicada, hacer una gira por Italia o escuchar comparaciones con maestros como Steinbeck y Mario Puzo también puede ser chocante, por decirlo con palabras sencillas. A lo largo del recorrido, me perdí varias veces en la oscuridad y adquirí una enorme deuda de gratitud con Nat Sobel y Judith Weber por encender la luz, no darse por vencidos y convencerme para que no tirara todo por la borda tantas veces. Os quiero a los dos y os querré siempre.

Además, todas estas personas me han ayudado a creer no solo que iba a conseguirlo, sino que podía resultarme divertido:

La asociación Southern Independent Booksellers Alliance y cuantos libreros vendieron mi primera novela e hicieron posible mi carrera. Las pequeñas librerías independientes se cuentan entre los últimos lugares mágicos de este mundo y tengo la suerte de haber estado en muchas de ellas. Busca una en tu ciudad para saber de qué hablo... No querrás salir nunca.

Gracias a la International Thriller Writers Association, por acogerme y hacerme uno de ellos. El club no tiene nada de elitista, son personas que aman lo que hacen y solo por estar cerca de ellos consiguen que yo también lo ame más a cada instante.

A Matt Blackwell, de Barnes & Noble —también conocido como Thunder Smoke Mandando—, mi amigo y una de las personas más amables del mundo.

A Reba Brown, Kat McCall y Steven Uhles, por crear una alianza tan inverosímil como hermosa.

A David Hutchison, de Book Tavern y Chuck Box, por darme tiempo para aclarar las ideas y saber adónde quería llegar y cómo.

A Reed Farrel Coleman, por ser Reed. Eres increíble.

A Zach Steele, de Broadleaf Writers Association, y a Joe Davich, de Georgia Center for the Book, por darme luz sobre Georgia.

A Chuck Reece y *The Bitter Southerner*.

A Karen y Gary, de FoxTale Book Shoppe, y a Nic Cheetham, por los retoques... Teníais razón, la última frase es música.

A Ashlee Duren, de *Augusta Magazine*, por darme un púlpito desde el que predicar.

Y, por supuesto, gracias a mi editora, Kelley Ragland, porque el barco solo consiguió enderezarse y tomar buen rumbo gracias a su paciencia y fe en mi trabajo.

Para terminar, gracias a todas las mujeres de mi vida, para las que he escrito y a las que dedico este libro. A mi madre Doreen, a mi esposa Neicy y a mis hijas Talia, Ivy y Olivia. Estoy orgulloso de vosotras y tengo mucha suerte de teneros conmigo.

Estoy deseando que continuemos el viaje juntos.